

LUIS DE ARMIÑAN

Bajo el cielo ^{de} Levante

LA RUTA

DEL CUERPO DE EJERCITO

DE GALICIA

PROLOGO DEL
GENERAL ARANDA



EDICIONES ESPAÑOLAS, S. A. - MADRID

TB

688

MEMORIAS INTIMAS DE AZAÑA

con anotaciones de
JOAQUIN ARRARAS

publicadas por
Ediciones Españolas
(S. A.)

M A D R I D

Un libro sensacional y a la par documento de extraordinario valor para la historia de la II República Española. En él se ofrecen, ordenadas y con notas explicativas y aclaratorias, que a veces se transforman en amenísimos comentarios, las Memorias íntimas y secretas que escribía Azaña y que fueron halladas de modo muy ingenioso, según en el libro se cuenta.

Las anotaciones son debidas a la pluma de JOAQUIN ARRARAS, el biógrafo del Caudillo, cuyo libro "FRANCO", en frase de un crítico, ha vencido al espacio y vencerá al tiempo.

Ayuntamiento de Madrid

BAJO EL CIELO
DE LEVANTE



Ayuntamiento de Madrid

2498

DIANA. Artes Gráficas.—Larra, 6. MADRID

Ayuntamiento de Madrid

L U I S D E A R M I Ñ A N

TB/688

Bajo el cielo de Levante

LA RUTA DEL CUERPO DE EJERCITO DE GALICIA

PRÓLOGO
del
GENERAL ARANDA

PRIMERA EDICION



R. 86.075

EDICIONES ESPAÑOLAS, S. A. - ALMAGRO, 40

M A D R I D

COMPANIA LIBRERA ESPAÑOLA, S. L.

FERNANDO FÉ
Ayuntamiento de Madrid

PUERTA DEL SOL, 14
MADRID

Ayuntamiento de Madrid

PRÓLOGO

Terminada la campaña del Norte, salió de Asturias, para Aragón, el Cuerpo de Ejército de Galicia, y, cuidadoso siempre de sostener su espíritu magnífico, hube de pensar en la manera de tener una publicación que diese a mis soldados el calor de su tierra y a Galicia una medida frecuente de su valor y entusiasmo.

Lamentaba las dificultades de tal proyecto, cuando una carta breve y franca de mi amigo Armiñán me dió la solución: "Mi hermano José Manuel ha muerto bravamente en Andalucía—escribió—; yo no tengo ya nada que ver en el frente de Madrid, donde llevo once meses; dicen que vas a batirte de nuevo, y duro. ¿Me quieres contigo? Dame un puesto y un fusil; para algo serviré." Me faltó el tiempo para llamarle.

Conocía su temple sereno, su pluma ágil y la poesía con que lo adornaba todo en la vida, y me dije: "A buen soldado, buen cantor."

Y llegaron las nevadas de Teruel y el tronar interminable del Maestrazgo; se destrozaron las unidades, en constante batallar, y los buenos gallegos y navarros y aragoneses cayeron para sostener el corte al mar. Y llegó la marcha relámpago a Castellón, y los días terribles, interminables, de Espadán y de Nules. Mis soldados, fieros, hidalgos y disciplinados, todo lo aceptaban y todo lo vencían, y Luis de Armiñán fué su cantor; lo vió todo, y lo metió en su corazón de español y de artista. Con ellos supo lo que un español puede soportar de frío y de calor, de sed y de trabajos; cómo morían los héroes y cómo marchaban los supervivientes. Sus crónicas, breves, ágiles y nerviosas como una copla andaluza, formaron un índice de cuanto en la guerra había de singular y de bello, de trágico y de horrible. En ellas se omite el nombre y se perfila el rasgo como silueta entrevista al ful-

gor de un estallido. La flor y la mujer ponen su nota de alegría y dulzura. La fe, el bálsamo de la religión. Rien como los niños y lloran como las madres. Cuando su suerte lo quiso, Luis de Armiñán supo mirar la muerte cara a cara sin temblar.

No estaban estas crónicas destinadas a libro, sino tan sólo a llevar a Galicia, Aragón y Navarra el episodio vivido, el heroísmo de sus hijos. Pero poco a poco se ha ido tejiendo en ellas el momento singular de cada día, marcando paso a paso el gran camino victorioso de Galicia a Valencia, y al pensar en reunir para la posteridad la historia de los hechos de este Cuerpo de Ejército, todos hemos creído dirían más al corazón esas frases breves y sentidas que el farrago mejor presentado de mapas y estados, balances y demostraciones.

Sobre ellas flota una admiración profunda por los caídos, el fanatismo por la Santa Cruzada, el culto a todo lo grande y todo lo bello. Y sobre todo, la admiración sin límites por el soldado, esa maravilla de abnegación y modestia, ese ser extraordina-

rio que lo da todo sin aspirar a nada, que moría contento y orgulloso si le decían que el enemigo no había podido entrar en su posición. Que no se olvide nunca en España que su Ejército es la suma de sus virtudes y medula de su grandeza, y que cuando pase un soldado se descubran todos, porque él, EL SOLDADO, con mayúsculas, es, después de Dios, lo más grande que tenemos.

¡Canta a mis soldados, Luis de Armiñán, canta!

EL GENERAL ARANDA

Valencia, 15 julio. Año de la Victoria.

C a m i n o d e T e r u e l

Frío; un frío intenso, punzante; aire fino que clava los alfileres del hielo en la cara y deja los pies sin sangre. Cae la nieve intensamente desde media tarde, y aunque la luna está cubierta, la noche blanquea, dejando percibir los bultos distantes.

Vamos por la carretera de Teruel, y en los últimos kilómetros las patrullas de servicio reposan inmóviles, sin encender el pobre fuego del soldado de avanzada.

En las arrugas de los montes, la nieve queda sin fundirse. El suelo, duro, sería buena pista de deportes. ¡Qué noche! Este paisaje navideño, en la luz lechosa, es precioso para entrevisto con la imaginación como fondo de un cuento, pero aquí, "gozándole" entre el polvillo que se levanta como si fuese humo a la luz de las linternas, su dureza entra en las carnes, petrifica los pies, agarrota las manos.

Hemos llegado por la carretera de Teruel. Allá lejos nos dijeron que a media tarde había fuego en ella. Todo porque un camión se incendió sin que la mano del hombre interviniera, y el estallido de la cartuchería que portaba alarmó a las gentes paisanas.

Tiene ahora el campo un gran silencio, una calma casi inaudita. La guerra ha sido vencida por la ventisca, y nuestros hombres sufren en silencio los mordiscos del frío.

En convoy que pasa ahora, van cantando. El inmenso coro brota de unos bultos informes y llega entre el rápido siseo de los camiones que nos rozan.

Gran espíritu el de nuestros soldados, que caminan

a la guerra con un tiempo como aquel de la rota de Napoleón y cantan sus himnos de amor y de muerte.

Los rojos han hecho su ofensiva entrando por los boquetes naturales de un amplio frente, con sobra de elementos y quedándose en posiciones que el "argot" militar tilda de incómodas.

Es la ira roja una vez más, lanzándose ciega. Les vemos y sentimos cavar, cavar siempre, con ese afán de pegarse al suelo y hundirse en sus entrañas a fuerza de azadón.

C u a n d o l l e g a m o s

Nuestro frente era Almudévar: todo llano y tranquilo ante la masa cerrada de un montecillo que llamaban Obscuro. En el pueblo había gente civil, y ellos y nosotros tomábamos el sol, respetándonos. Sólo un "rata" cruzaba a veces por la recta carretera de Zaragoza para molestar el tránsito. El tren funcionaba, y un día tuvo que huir de aquel aparato, con heridas los dos hombres de su máquina. Era un descanso, un alivio y un encanto.

Se nos otorgaban permisos para ir a la capital y divertirnos. Y en ella, en la madrugada del 9 de diciembre, llegó el mandato:

"Salid por la carretera de Teruel. En Caminreal, ordenes."

Las informaciones señalaban peligro para la ciudad mártir. Había en los dos bandos como una carrera de minutos para lanzar sus ofensivas. Ellos nos ganaron en velocidad, y es ése, quizá, el único lance de la guerra en el que acertaron. Todo estaba de su parte. Nuestro Ejército tenía que recomponerse después del triunfo en el norte.

El enemigo no había prestado la menor ayuda "interior" al Norte. Era difícil que llevaran por el mar o por el aire un Ejército de socorro a Vizcaya, Santander o Asturias, y dejaron que allí se peleara sin apoyos definitivos. Tenían los hombres suficientes y no carecían de elementos. Prieto, ministro de la Guerra, comenzó a construir el mejor ejército que han tenido los rojos para lanzarlo en una ofensiva por el lugar que conside-

raba más débil en nosotros: Teruel. Sesenta mil hombres escogidos, con sobra de material de aire y tierra.

Al disfrutar aquel permiso de horas, por el camino decíamos:

—Mañana debe comenzar el ataque de Teruel.

Y lo decíamos con entera confianza, seguros de que resistiría quien allí mandaba, y todo sería uno de tantos incidentes de la guerra, de una guerra con aquel frente serpenteante e inmenso. Al recibir la orden comentamos simplemente:

—Ya está.

No podíamos figurarnos que se iniciaba el episodio más duro y dramático de la campaña, en el que iba a resolverse la lucha.

Eran las cinco de la tarde. Noche. Zaragoza, con sus luces azulencas, quedaba detrás. Pasado Daroca, en el puerto, comenzó a nevar sobre el hielo que cubría el camino. Lentamente nos deslizábamos. En Caminreal se abre amplia la carretera, como en una plazoleta de tres veredas. Estaba sola.

—Baja y mira si hay alguien en aquella casa.

El aire se cuajaba delante de mi boca. Subí el cuello del capote y fuí. Un gran silencio atemorizador. Quise entrar en la sombra con mis pobres ojos, y aquella sombra me devolvía su negrura silenciosa, como muerta. Era un camino aterido, sin pájaros, ni ruidos. Parecía uno flotar en aquello, abandonado de todos.

—Acércate al pueblo y pregunta.

Los pasos resonaban en el propio cerebro. La carne temblaba de frío. En una casucha que fué de consumidores se calentaban con las brasas que encerraron en un barreño dos soldados.

—¿Tenéis alguna orden?

—Sí.

Reconocido por ellos, me la dieron.

“En la fábrica de azúcar de Santa Eulalia.”

Retrocedí hasta el coche. Dentro, en el aire tibio del

humo del tabaco, me pareció gozar las delicias del paraíso ofrecido a los fieles.

—¿Dónde está eso?

—Carretera adelante.

El hielo no nos dejaba rodar; seguimos deslizándonos.

Seis o siete kilómetros más allá comenzamos a ver, muy separados, infinitamente separados entre sí, soldados con la ametralladora montada.

—Bien vigilada la carretera—comenté.

Estaban fuera de ella, a cincuenta metros de la cinta de asfalto, a nuestra derecha; a la izquierda, en el fondo, una masa sombría que parecía la falda de un monte.

Cuando presentíamos el caserío de un pueblo nos pararon.

—Vayan sin luces.

—¿Qué pueblo es ése?

—Singra.

—¿Y Santa Eulalia?

—Más allá, a la derecha.

Arrancamos, convertidos también en sombras. Se nos gastaban los ojos mirando al suelo. Nos guiaban aquellos árboles pelones, que parecían inmensos. Pensaba, y tuve que decir mi pensamiento:

—Oye, eso no era vigilancia.

—No. Eso era la línea.

Aplastaba nuestro pobre corazón el convencimiento.

—¿Conoces esto?

—He mirado el mapa antes de salir. Esa masa debe de ser Sierra Palomera.

Brillaban unas lucecillas entre las maderas de la casa. Las construcciones de la fábrica se alzaban al lado. Los coches estaban. Soldados iban y venían, vigilantes. Entramos.

Era un chalet cómodo, bien amueblado, intacto. La calefacción caldeaba aquellas habitaciones burguesas,

con amplios sillones. En uno estaba el general Muñoz Castellano, blanco el pelo, firmes las gafas de concha. Le conocía de Africa y de Madrid. El nuestro ya descansaba, después de haber conferenciado con él largamente.

—Acomódense por aquí. Yo dormiré en aquel diván del despacho.

—¿Qué pasa, mi general?

Pudo sonreír.

—Un accidente que convertirá el Caudillo en victoria.

—¿Y Teruel?

—Han cometido el error de abandonar el campo y refugiarse en dos lugares dentro de la ciudad. Creo que llegaremos a tiempo. Ahora, a dormir, que hay poco tiempo.

Nos arrugamos en una de aquellas butacas que estaban en un cierre, separado del comedor por la barandilla de madera.

Y llegó el día. Un día claro, de sol, brillante y magnífico. Toda aquella luz entraba en el cerebro, caldeándole. Miramos.

El hielo se iba en arroyuelos negruzcos.

—¿Quieres pasar al general el radio de Teruel?

Me lo leyó quien podía. Había dentro como un grupo entusiasta y otro desalentado. En el papel rosa se reflejaba claramente.

—¿Mucho enemigo?—pregunté tímidamente.

—Mucho.

—¿Y nosotros?

—Hoy, nueve batallones.

Y mirando el mapa, que ya estaba clavado en el tablero que utilizaría el ingeniero de la fábrica de azúcar para sus estudios, añadió:

—Con ellos les haremos volver la cara hasta que lleguen los que han de llegar.

Salimos. Nos tiraban desde todos los sitios posibles.

Un ejército rabioso, envalentonado, nos recibía con todos los honores.

Enfrente de Caudé, el trincherón del llano, que se hizo famoso.

—¡Qué buen tiempo!

—Dios nos ayuda.

Al mediodía, otro radio:

"Sabemos que estáis ahí. Adelante."

Comienza la batalla

El mejor resumen de la jornada de hoy nos lo da hecho el radio que la guarnición de Teruel pasó al general sobre las siete de la tarde, cuando se han apagado los fuegos de las baterías, reposan los pájaros en sus nidos de retaguardia y los infantes dormitan arrebujados en sus pardas mantas, bien hundidos en las sutiles fortalezas de una noche, cavadas para su reposo.

El telegrama, reflejo de un temple y de un espíritu que es todo el heroísmo de Teruel, dice así: "Estamos verdaderamente entusiasmados por lo que vimos y vemos, y os expresamos nuestra gratitud, especialmente a la Aviación, cuya actuación ha sido admirable, y a la que enviamos un abrazo."

¿Qué ha pasado hoy? Sencillamente, que ha comenzado la batalla de la liberación de Teruel, y que esta primera fase no ha podido tener mejor resultado. Antes de que clareara por Oriente, las fuerzas, desplegadas, escondidas en el amplio llano, esperaban la orden de avance. Sólo quienes aquí están pueden saber lo que ha sido la noche y la madrugada de hoy. Diciembre, un diciembre crudo y claro, nos envuelve en sus hielos. Los soldados, arropados en los capotes, con los fusiles al lado, dormitan encima de la blanca tierra. Era el momento artillero, y los batallones se dejaban en el sueño las últimas nieblas de la amanecida. Como un saludo al día, aquellas baterías, sabiamente dispuestos y llevadas a sus lugares en la noche, rompieron sus alertas a las filas enemigas. Ellos se habían fortificado ahí delante, con esa tenacidad, con ese esfuerzo agotador que es su

norma. En algunos sitios, los trincherones de roja tierra recién removida se adornan con las triples alambradas de costumbre. Los soldados que bajan de las cumbres asturianas y saben bien lo que es batir fortalezas camperas estaban en sus glorias. Los rojos les presentaban una forma de lucha a la que están habituados y conocen mejor que nadie. Machacaron los del 15 desde lejos, mientras sus hermanos pequeños, más cercanos, golpeaban sobre el llano inmenso, y cuando sobre las alturillas del horizonte sólo quedaban los jirones de niebla que nacían del río, unos cuantos "ratas" muy altos vinieron a saber lo que pasaba. Pronto el gruñido de nuestros motores resonó sobre la cresta del Panizo. ¡Ya están aquí! Los "ratas", después de ametrallar desde su altura, se fueron a Valencia a dormir al sol, y ya durante todo el día hemos sido dueños del aire, porque no han vuelto ni han querido luchar. Los grandes bombarderos iban a sus objetivos como amos del azul. Se les indican los lugares precisos, y dejan caer sus bombas. Van y vuelven. Durante diez horas, ni un solo momento han dejado de volar, y, certeros, acompañan a la Infantería en su tremendo esfuerzo.

No ha sido un día fácil, ni mucho menos. Para mayor gloria de todos, el enemigo ha intentado resistir, y el triunfo vino lento, despacio, forjado en sangre. A las tres de la tarde todo lo que estaba señalado en las cartas como labor del día se lograba. Y los que iban a la avanzada por determinado punto avistaban la ciudad heroica, que permanece, aunque el esfuerzo rojo ha querido triturarla.

Hoy el enemigo no ha molestado a los defensores de Teruel. Tenía demasiado trabajo delante para ocuparse de ella. Y se ha limitado a aguantar y a retirarse.

Dijeron ellos, y algún periódico francés lo ha recogido, que en el frente de Teruel no se combatía ya en una guerra civil, sino que la batalla tenía características de gran guerra. Es verdad. Añadieron que dos tá-

L U I S D E A R M I Ñ A N

licas se pondrían frente a frente, y serviría la lucha para enseñanzas futuras. Es verdad. En el puesto de mando del general hemos podido comprobarlo y comprenderlo. La primera jornada es nuestra. Nuestro desgaste, muy pequeño, y al terminar la batalla de Teruel diremos cómo se desarrolló el combate y cómo vencimos a un ejército y a un Estado Mayor que no son españoles precisamente.

Las grandes jornadas

Uno de los prisioneros que se hicieron ayer dijo muy serio que Negrín y su animador, Indalecio Prieto, están en un coche-salón situado dentro de un túnel de la línea férrea de Valencia.

Es probable que sea verdad. Y si no lo es, queremos creerlo, porque el sitio es reflejo de su situación: calientes camas, lujo "standard" y una madriguera bajo miles de toneladas de tierra. Así no llega hasta ellos ni el rumor de la lucha, y cuando les llegue bastará tocar el pito.

El lugar de nuestro general, del hombre que manda este sector, era semejante. Un cajón de municiones sobre el lomo pelado de una suave ondulación del llano, mientras los batallones de Infantería se aprestaban al ataque, con la Artillería grande y pequeña. Delante, las avanzadillas y el enemigo, que deja caer sus proyectiles en las primeras horas. El aire helado, el suelo blanco de escarcha y un sol claro que parece dejar ver el paso del aire.

A las siete y a las diez, tres "ratas" aparecen a enorme altura, como sorprendidos del estruendo artillero. Tímidamente dejan caer unas ráfagas, que nada hacen. Se van hacia el mar a contar lo que han visto; luego, en su momento, vienen los nuestros, y ya durante largas ocho horas señorean el aire con ganas de pelea, sin lograrla. Los grandotes dejan caer sus bombas, muy bajos, atacados por algunos antiaéreos, cuyos disparos estallan muy por encima de ellos, y los otros,

traviesos y gentiles, van y vienen, suben y bajan, rozan el suelo y miran al cielo.

Los objetivos del día van llenándose lentamente, porque ellos se sostienen y defienden. Esto no es una batalla entre un ejército y unos milicianos, sino entre dos ejércitos, con todos sus elementos, en la que se oponen dos tácticas, dos espíritus; en suma: dos civilizaciones.

Ya se alcanzaron las rectas cumbres de la izquierda. Marcan el avance las columnas de humo artillero y el alargamiento de los vuelos de la aviación. Cada minuto estamos más allá, y las avanzadillas deben contemplar el caserío de Teruel.

Desde luego, parece que hoy no han tirado sobre la heroica ciudad, porque todo lo han tenido que volver hacia nosotros. Al caer de la tarde, la radio nos trae el emocionante saludo de los sitiados. Dice así: "Estamos verdaderamente entusiasmados por lo que vimos y vemos. Os expresamos nuestra gratitud, especialmente a la aviación, cuya actuación ha sido admirable, a la que enviamos un saludo."

El mensaje basta por sí solo para resumir la jornada. Refleja el éxito de la primera fase y el espíritu de estos hombres, que han sabido resistir el empujón comunista y han tenido el estoicismo de convertirse en espectadores de una gran batalla que se da a las puertas de su ciudad para liberarles.

Todo lo que pudiéramos decir como comentario de esas líneas, escritas con la fiebre del sitio y la alegría de ver morir a sus hermanos por ellos, sería empalidecer el documento, ya histórico. Hablamos de la primera fase de la batalla, quizá la mayor de las habidas en nuestra guerra. Con las armas calientes esperamos días futuros.

Se ha progresado por los dos flancos, y el desgaste del enemigo ha sido enorme. Líster se ha visto obligado a fusilar individuos de su división para contenerlos...

Ya de noche pregunté al general:

—¿Estás contento, mi general?

—Y me contestó:

—Mucho. Primero, porque se ha conseguido todo lo que nos proponíamos, y después, porque no hemos tenido que rectificar ni una sola línea del plan que, elaborado en el despacho, hemos desarrollado en el campo. Y mañana veremos...

Después de dos días de combatir incesantemente

La segunda fase de la que los rojos quisieron que fuera una gran batalla, dada en el terreno que ellos mismos eligieron, ha transcurrido hoy con mayor éxito que la inicial, desarrollada en el día de ayer.

Puede decirse que el día 29 se golpeó la línea enemiga con el único objeto de producirle un desgaste, porque en este género de luchas el triunfo es del ejército que al final de la batalla conserva mayor moral en sus núcleos y un menor número de bajas. Las nuestras, si atendemos a la magnitud del combate, son muy pocas, y el espíritu de las fuerzas combatientes se conserva tan entero, que en esta misma noche, después de las dos jornadas transcurridas, en las que no se ha cesado de hacer fuego, continúan su avance para reafirmar los objetivos logrados y tomar definitivamente algunos puntos, como el pueblo de Concud, que fué rebasado con exceso en las últimas horas de la tarde.

El desgaste del enemigo ha sido enorme; tan enorme, que la división de Líster, según nos dice un prisionero, fué relevada sobre las cinco de la tarde con un cuarenta por ciento de bajas. Es preciso decir que una división que tiene el cuarenta por ciento de bajas se ha batido más que suficientemente. La diferencia entre ellos y nosotros es que si se nos producen, por ejemplo, doscientas bajas en una agrupación de trescientos hombres, los ciento que quedan en pie continúan combatiendo con mayor entusiasmo que antes. Y ellos, a

la tercera parte de bajas de su totalidad, tienen que ser retirados del campo, porque ya no tienen fuerza moral para continuar el combate.

La hecatombe roja es hoy tan grande, que al cerrarse una de las tenazas de nuestro frente hemos hecho prisioneros trescientos hombres, y entre ellos un general de brigada con todo su Estado Mayor.

La operación de ayer consistió, como he dicho, en golpear la formidable línea que los rojos habían interpuesto entre nosotros y Teruel para impedirnos la liberación de la plaza sitiada, y en la de hoy, las dos pinzas que formaba el frente nacional han avanzado por los dos flancos, cerrándose lo suficiente para dejar el llano y Teruel en medio. Con tal éxito se ha maniobrado, que han caído en nuestro poder Campillo, La Paniza y Los Morrones y un trincherón formidablemente acorazado que se extendía delante de nosotros en el llano que se abre entre las crestas rizadas que tenemos a derecha e izquierda.

La aviación ha permanecido una vez más durante doce horas en el aire. El ruido de sus motores ha sonado a gloria sobre nuestras cabezas durante todo el día. Y las cadenas de los bombarderos y de los cazas se han extendido sobre el frente nacional para entrar de Sur a Norte en la línea roja, haciéndoles enormes estragos con sus toneladas de metralla.

Ellos han aparecido hoy en el aire. Los vuelos de la aviación tienen unas pausas que dejan el aire limpio de aparatos, los minutos suficientes para ir a aprovisionarse. Uno de esos paréntesis fué aprovechado por los rojos para hacer una incursión sobre nuestras líneas. Pero los aviadores rojos temen la pelea y no quieren ponerse al alcance de los antiaéreos, y así, dejaron caer sus bombas sobre Santa Eulalia y Cella, pueblecitos de retaguardia, causando sólo una víctima.

Pero no se fueron tan de prisa que pudieran esquivar el encuentro con los nuestros, que en rápida lucha

les derribaron seis aparatos sobre nuestras líneas, más dos que han caído en las suyas.

La infantería ha encontrado a los famosos tanques rusos, y replegándose hábilmente, a ellos se les han opuesto los carros nuestros, con sus cañones de tiro rápido. Cuatro tanques tenemos delante, como prueba de su derrota.

Terminadas estas dos fases de la batalla de Teruel, y llegada la noche con el triunfo de nuestras armas, sólo falta penetrar de modo que quede libre la ruta de Teruel y formar recia y segura la línea del frente.

Añadiré que en el día de hoy el puesto de mando de nuestro jefe ha sido avanzado tres veces. Lo tenía primero en un rizo de la llanura, desde el que se dominaba toda la línea de lucha. Pasadas tres horas, nuestro general consideró que aquello quedaba demasiado atrás, y se fué al puesto de observación de avanzadas. Y dos horas más tarde se introdujo en la misma línea de combate, y allí, acompañado de su Estado Mayor, ha dirigido con palabras breves y firmes toda la batalla, que mecánicamente obedecía a sus pensamientos. He estado yo en muchos puestos de mando. Dieciséis meses de guerra me han hecho conocer momentos alegres y tristes, pero en ninguno como hoy he visto a un general en jefe dirigir a sus hombres bajo el fuego de los fusiles enemigos y rodeado de los estampidos de los proyectiles de más distintos calibres.

Tiene que ser así, y así es como se logra un triunfo de la magnitud del conseguido esta tarde.

Nuestro general, en el día de hoy, ha recordado sus verdes tiempos de oficial en la guerra de Marruecos, y al volverse a nosotros podía sonreír como en aquellas fechas en las que su compañía lograba algo más de lo que se le había mandado.

¡Dieciocho grados bajo cero en el campo de batalla!

No es posible decir hoy cómo ha sido el día. Cuentan por ahí que el termómetro descendió a dieciocho grados. Lo creo. Un viento de estepa levantaba la nieve del campo con esa rizada del mar que se esparce en abanico al romperse en los cantiles playeros. La guerra se desarrolla en las peores condiciones en estos momentos, en los que bastaría un poco de calma para terminarlo todo. Pero no ha querido la Providencia, y andamos con nieve a las rodillas con la cara cortada por las agujas del hielo y teniendo que dejar el camión y los coches empotrados en la montaña de nieve que se opone a su paso. Los que estáis detrás pensad un momento en los soldados de España que en estas noches tiritan bajo el cielo implacable con el fusil en las manos. Muchas más bajas que por el plomo se tienen por enfermedad. Afortunadamente, bajas de horas, porque bastan unas cuantas para que la carne joven recobre su calor. Nuestro general ha repartido en el campo todo el licor que atesoraba. El coñac es líquido de dioses, que se mira con ansia. Los que podáis, enviad un poco a Santa Eulalia, para que desde allí llegue a los soldados que luchan por vosotros y por la Patria.

En estas condiciones poco puede hacerse en la guerra. Y, además, poco podemos saber nosotros; sólo vemos a los que tenemos delante.

Hemos dado un paseo por lo que fueron líneas rojas. El gran trincherón que cerraba el llano, aunque está

L U I S D E A R M I Ñ A N

casi tapado por la nieve, permite advertir que era una defensa formidable atravesada en el camino nacional hasta Teruel.

Los cadáveres asomaban sus miembros rígidos entre el blanco immaculado. Más allá, dos tanques rusos requemados, con sus conductores y ametralladores dentro. Es un paisaje terrible en la desolación del día cruel.

S

ofe
Ter
un
Suf
mie
lan
que
fec

par
acu
dis
inic

tra
pañ
pia
de
go
de
cur
Esa
se p
ción
y a
sici
tier

S i g u e l a b a t a l l a

Los rojos han lanzado al aire con cierta timidez la ofensiva desencadenada por sus fuerzas en el frente de Teruel. Es la primera vez que sus propagandas toman un tono medio, en el que toda cautela tiene su abrigo. Suficientemente castigados a lo largo de la guerra, comienzan a prevenirse contra posibles fracasos, y aun lanzando al campo todos los hombres y elementos de que disponen hablan de su iniciativa con palabras perfectamente meditadas.

El frente de Teruel ha sido ahora elegido por ellos para un combate de gran envergadura, en el que han acumulado esperanzas y energías. No creo que sea indiscreto decir ya cómo se encontraba en el momento inicial de la ofensiva.

Era uno de estos frentes cristalizados de nuestra guerra, modalidad casi desconocida en otras campañas, pero natural en la que llevamos, por su propia índole. La línea se extendía paralela a la carretera de Zaragoza y a poca distancia, de modo que el enemigo estaba en Sierra Palomera y sus estribaciones, desde Monreal del Campo, y Teruel se encontraba en una curva de la línea, que se dobla en sus mismas puertas. Esa carretera podía ser fácilmente batida, y si por ella se pasaba sin dificultad, era por la indicada cristalización del frente. Nuestros puestos iban por esa llanada, y algunas veces en el mismo borde de la ruta. Las posiciones del interior estaban separadas, sin que permitiera el gran número de kilómetros de este frente otra

cosa que sostener en los puntos culminantes las suficientes reservas.

Enervados los rojos por la pausa de las armas después de la victoria del Norte, y no acertando a descubrir por qué punto les llegaría el nuevo ataque, acumularon elementos que prontamente fueron señalados por nuestros servicios de información, que pararon así una posible sorpresa.

No es difícil que una masa de ejército se lance sobre un vértice y en el primer momento alcance pequeña o grande ventaja. Tenían ellos aquí, sobre nosotros, otra más: la que les otorgaba el terreno. Paisaje enjuto el del frente aragonés. Llano sobre el cauce de los ríos, únicamente se riza a distancia en cotas de no muy grande altura, y sólo los árboles de la carretera borran la monotonía de un horizonte liso. Los pueblos, del mismo color de la tierra, son grandes, desiguales, de apariencia pobre. Se hiélan o calcinan bajo un cielo alto, casi siempre puro, pero de un azul ceniciento. Y en el fondo, Teruel, sobre un morro.

La maniobra debe ser difícil en lugares de esta traza. Yo no pretendo entender de estas complejas cuestiones, y mi labor se limita a reflejar lo que mis ojos ven; pero ven cómo las figuras se recortan en la lejanía apenas se alzan y ponen en práctica el viejo ejemplo de los libros infantiles sobre la curva del horizonte. A la luz cruda de estas mañanas transparentes, las siluetas se recortan enérgicas y son percibidas desde cualquier sitio. Así, esa tarde en sus dos horas.

Un carro se deslizó sobre Caudé, pueblecillo de nuestra izquierda, y lanzó algunos disparos en sus callejas. Corrióse luego hacia la derecha, y después de atravesar la carretera se inmovilizó, como buen monstruo cazador que con apariencia de sueño espiara el menor movimiento de la posible presa. Al marcharse con aquel mismo silencio respiramos tranquilos; pero ya nos había visto, e iba a señalar a sus compañeros de guerra

la existencia de unos hombres que podían formar un puesto de mando.

Poco después, los aparatos hacían en medio kilómetro sus tres pasadas de infierno. La tierra tembló bajo nuestros pobres cuerpos, que eran una coquita entristecida dentro de la noche acre del humo.

Así se desliza la guerra en este sector. El viejo aeródromo sin pájaros tiene la huella roja en sus tierras removidas, y los instrumentos de guerra son hostilizados aún a distancias sin eficacia y dolor.

Acostumbrado a la campaña del Norte, llenos los ojos de cumbres casi infinitas, al llegar aquí tuve un momento de perplejidad. Consideraba yo, en mi ignorancia, que nada había más difícil para un general que mover a sus fuerzas por las cumbres, y pienso ahora si no será mucho mayor la dificultad al empujarlas por la estepa.

Nuestro general llegó en el atardecer al sector delicado que se ponía en sus manos. Delante, un ejército. A sus órdenes, núcleos de resistencia que opusieron sus pechos al alud rojo. Con ellos atacó al enemigo, que estaba situado en un punto "incómodo", porque pretendía coger su presa batiendo a los que desde dentro y desde fuera de la plaza resistían. Esos pocos van desde el llano y conquistan las cotas necesarias. Se mueven entonces por el monte, y en hábil maniobra comienzan a estrechar las pinzas que han de desalojarle de los puntos en que se encuentra.

¿Y dentro de la plaza? Es natural que las comunicaciones se interrumpan momentáneamente. Ofrecen ellos su gran masa, y tenemos nosotros que romperla. Se los acosa, se les come lentamente terreno. Todo este complejo problema de un gran ejército se encuentra sobre el campo. Cada soldado necesita una cantidad de elementos diarios sin los que nada es ni supone. La máquina se desliza a su marcha.

El tiempo es otra de las circunstancias que a ellos

favorece. Su sistema es igual desde el mar. No tienen sus aviones que atravesar cadenas montañosas, y si gozamos de sol en las líneas de fuego, sol tienen ellos hasta los cantiles costeros. Nosotros llegamos por la nieve del puerto de Paniza, y mientras aquí vemos un cielo claro, en nuestra retaguardia la niebla cierra los pasos y la lluvia los caminos.

Todo esto no importa. El ir por las líneas es una gran esperanza de lo que será la nueva España. Así como el general adelanta su puesto hasta el borde del enemigo, y desde él, erguido, observa y ordena con esta manera peculiar que otorga a su mando, los soldados, que le adivinan, combaten con renovados entusiasmos. El general no instala nunca su puesto de mando; puede decirse que lo tiene en su automóvil o en su caballo. Teléfonos, señales, enlaces, todo eso que forma un cuartel general de división, es artefacto inútil en sus manos. Desde su despacho, situado siempre al ras del frente, estudia y manda; después, al filo del día, sale al campo y recorre las líneas de batalla. Si algo no va a su gusto, lo recompone con su propia mano desde el modesto lugar que ocupa el primer capitán que encuentra a su paso, al aire libre y sin levantar la voz.

Es admirable este perfil del general, pero es asustante. Muchas veces le bordan con plomo las líneas de su capote.

Yo, el último, escudado en mi vieja amistad, le he advertido un solo día. He visto la burla en sus ojos, y he sentido cómo me subía la sangre a la cara. Después he guardado silencio para siempre.

En nuestra Cruzada ha saltado este incidente de Teruel, que será resuelto rápidamente. A ciento cuarenta kilómetros de Valencia las espadas están en alto.

Quinto día de temporal

Ya la nieve se ha helado, y podemos ir con los coches un poco más allá. El resbalón es un accidente que se remedia fácilmente: todo estriba en la corpulencia del árbol que nos detenga. Pero, además, los árboles, por aquí, o están tronchados por la metralla o por la mano de los soldados, que en su leña encontraron llamas. Es el quinto día de temporal, de frío, de un frío que sólo en Ucrania gozaban. La gente es posible crea que el aire que cala ropas y piel es semejante a ese que les hace frotarse las manos al ir de su casa al café. No; es otra cosa. Es un frío de veinticuatro horas que crece, crece en el transcurso del día, y ya en la madrugada es superior a las fuerzas humanas.

En fin, salimos de la zona de camiones a la de guerra. Pasamos Caudé, considerándolo un pueblo de retaguardia. ¡Qué lejos los minutos aquellos en los que llegar hasta la venta del cruce era ir a la línea de fuego! Adelante ya por el camino real, que se pasa con holgura. La fila de álamos de la carretera de Albarracín es cosa nuestra y tierra de sesteo. Después llega el puente que volaron, y que se recompone rápidamente. Por aquí quedan los dos tanques rusos que vimos un día naufragar. Están calcinados, y en su interior yacen los cuerpos destrozados de los sirvientes. Nos recuerdan otros despojos de hierro a los que abandonamos un momento antes, y que son nuestros en el dolor: el coche de los compañeros extranjeros pulverizado por el cañón rojo. Una hendidura nos señala el famoso trincherón del llano, corte perpendicular defendido por alambradas, y

ahora lleno de nieve. Los que quedaron para su defensa déjanse adivinar entre el manto puro que les sirve de sudario.

Todo aquello está minado. Callejones en curva, a los que se entra por un agujero negro en la blancura. Los muertos los guardan aún. Están por todas partes, sin que el temporal permitiera darles tierra. Cenicientos, tristes, despojos del horror, semejan aguafuertes del lápiz terrible de Gustavo. Una casilla de peones que marca los cuatro kilómetros a Teruel, y a la derecha, La Muela.

Hay mucho fuego por esta ala, y entre su fragor, que brota de nuestras líneas, largamente miramos la enorme verruga plana, a cuyo pie corre el río. Estamos ante la zona maldita, en esa explanada de horror que encoge el ánimo a los poco acostumbrados a la guerra. No sé lo que es. Algo en el aire, en el ambiente, en el espacio. Como un gran silencio en medio del retumbo de las armas; llega a no oírse más que la voz humana en frases cortas y rápidas, como si sólo el gemido del hombre y su despreocupación tuvieran resonancia en la tierra que pisamos. La Muela, plana, ligeramente levantada, nos da las llaves de Teruel. Un kilómetro más, y entramos en las piedras venerables que se esparcieron al empuje del monstruo. Pero a Teruel nos debemos. Del suelo brota un velo que se une al que desciende de lo alto y que nos tapa las familiares torres de la plaza. La presentimos, estremecida, febril, en la tarde invernal, silenciosa de ruidos de ciudad feliz. Sin pregones, sin pasos de trabajo, sin runrunear de comadres ahitas de experiencia. Muda también la Catedral, arañada ya por el 15, empapada de soledad la plaza del Torico. ¡Cuánta pena! Hemos sentido la ciudad bajo los rayos de un sol amarillento. El halo iluminó un punto, y como la sinfonía famosa del músico modernista, se sumergió en lo gris, queriendo ocultarnos todo su dolor. Nos arrancamos de allí y entramos por el frente ha-

cia esa casita que hay en el cruce, hacia el río, que conocerán todos los que caminaban por la carretera de Zaragoza en las tardes tibias. Los soldados estaban en el suelo, apoyados en su arma automática. Como si algo eléctrico los impulsara sin que nadie advirtiera nada, atendieron la llamada silenciosa, y vemos luego cómo despliegan y, encorvados, inician su avance. Otra vez el sol esparcía todos aquellos jirones nebulosos y por momentos aclaraba el campo brillador bajo la caricia casi cárdena. Entonces, unas ametralladoras esparcieron sus ráfagas, y los muchachos volvieron al suelo, a esa inmovilidad casi pétrea del trocito palpitante de carne y las toneladas de corazón ya acostumbrado a los embates de la guerra que toma el fuego, el dolor y la muerte como un juego inevitable. Luego, a un ademán del oficial, encorvados, se adelantan con el triunfo en la bomba de mano. Hoy se ha combatido superándose las fuerzas en el frío, la niebla y el deseo de terminar. Desde luego, la batalla, que culminó en la tercera jornada de su desarrollo y fué absoluta derrota para el Ejército rojo, ha cesado en su violencia y en sus elementos de conjunto; resta una limpieza de alrededores, corta pausa impuesta por el tiempo, de paso, por las alturas serranas, que dejarán la ciudad despejada de fuego y reforzados los bordes de la plaza.

Y esto es todo. Ellos han vuelto sus armas hacia Levante, pero no por eso han dejado de reforzar su frente en retroceso más por impedir que se trabaje rápidamente que por otra cosa. Teruel cercado, inundado en sus barrios, después martirizado en sus campos, es abandonado con furor por las hordas, que en algunos sitios han disparado su artillería pesada a ciento cincuenta metros de distancia del edificio que deseaban batir. Ello enaltece aún más el heroísmo de los que supieron resistir.

Por la planicie blanca de los llanos de Teruel van los soldados de España. El general los ve pasar y mira atentamente el traje, las botas de cada uno. "Son mis



gallegos", dice emocionado. A uno le da su pasamontañas, a otro la cantimplorilla de donde bebe un trago de coñac, a otro más le ofrece un capote. Y los ve seguir...

¿Dónde está el general? Allí, en la casa del cauce del río, que han horadado las ráfagas de las ametralladoras a los claros del sol.

T e r u e l

Ya ha cesado de nevar. Ha cesado de nevar, pero como si ello fuera señal enemiga, el frío es más intenso que nunca. El suelo es un pulido cristal, que es preciso pisar firmemente para que no se nos vaya un pie. Los soldados gallegos han aprendido a caminar por este terreno duro y peligroso, y fácilmente van hacia sus lugares, sin que uno solo sufra el menor accidente. Buena raza la nuestra. Si otra cualquiera tuviera que vivir en una estepa que semeja un desierto—que como cosas de horror describen novelas hechas para leídas al abrigo de mantas—, y por la fuerza del poder y la necesidad tuvieran además que alimentarse varios días con ranchos fríos, creo yo que nadie ni nada la movería de aquel sitio donde su pobre humanidad encontrara apoyo. Esta infantería menuda, nerviosa, ágil y sonriente entra en el monte, y sólo pide que cuando la ordenen detenerse haya por aquí unas ramitas con que calentarse. En éstas, la carretera es pródiga. Los árboles, barridos por la metralla, sólo esperan la mano del hombre para ofrecer el tesoro de su leña. La nieve está salpicada de despojos que todos utilizan con emoción contra el frío.

Ya vamos por estos caminos que estaban vedados hace unas horas; carretera de Valencia, promesa de sol y brisas templadas. Sólo el nombre parece que nos conforta un tanto. Por la desviación que busca el cauce del arroyo cruzamos un puente volado que los pontoneros casi terminan de arreglar. Nadie tira, nadie nos molesta. La guerra se aleja por instantes, y todos los cerros

de la izquierda están mudos para siempre. Aquellas alturas de Cerro Gordo, que bordaron nuestras granadas primero y horadaron las de ellos después, sólo muestran sus lomos pelados y fulgen bajo la luz tamizada por el cielo bajo.

Hemos pasado ya el trincherón que militarmente se llamaba del Llano. Anchas zanjas defendidas por alambradas de espinos que nos dejan ver entre los montones que el viento barre, los miembros rígidos de los muertos.

Poco más allá, dos tanques rusos negrean entre cárambanos de aguas congeladas. Estos—pensamos—son aquellos que en una tarde quisieron cazarnos y nos delataron a la aviación enemiga. Nosotros aún caminamos; ellos, inmóviles, sufren su error.

Más adelante, el campo se agujerea en abrigos y cuevas. Otra vez los muertos. En posturas de vigilancia, de tiro, uno con un plato sobre las rodillas, como si la muerte le hubiera sorprendido al buscar la vida. Más allá, la cota 1.149, que nos disputaron después de alcanzarla en los primeros días, y a la derecha, La Muela, que contemplamos ya poniendo el pie en su meseta. ¡Con cuánta emoción la contemplamos! Abajo, el cauce del río, que cristalea también en sus orillas, y al otro lado, la ciudad.

Esta ala derecha de nuestro frente lleva hoy el peso de la guerra. Intensos cañonazos de nuestra parte despejan la entrada de la plaza, y ellos replican, cuando pueden, con sus ametralladoras. Dicen por ahí que los rojos han intentado reforzar sus efectivos destrozados. Puede ser. La batalla, en su dureza, ha terminado, y sólo resta esta labor de barredura que permita la vida de Teruel para encauzar la normalidad. Si el tiempo fuera mejor, todo habría terminado; pero aunque la nieve no ha impedido el triunfo, sí ha retrasado el total aniquilamiento del ejército rojo en su retirada hacia el mar.

A un kilómetro tenemos Teruel. Al abrirse el sol unos instantes contemplamos la ciudad por trozos, como si el velo que la cubre se descorriera muy lentamente. Es verdad que el sol nos trae también algunas ráfagas, pero inmovilizadas. Al pie de la casita que nos resguarda, con los ojos empañados, miramos, miramos fijamente. ¡Teruel! ¡Pobre Teruel! Un pueblo más que unir a nuestras gloriosas ruinas. Los rojos han querido borrarle de nuestra España, y sus heridas gloriosas se perciben claramente.

La batalla ha terminado. En un frente de treinta kilómetros hemos profundizado casi veinte en días de fuego intensísimo. Quisieron ellos que fuera así, y se les dió la respuesta apetecida. Ya no hay delante ejército rojo, con plétora de elementos, con ilusiones nove-citas, difícilmente renovadas después de la derrota del Norte; ahora, los núcleos rojos son como los que tuvimos siempre, y se limitan a hostigar para retrasar el avance.

Ha sido ésta quizá la mayor batalla de la campaña. Comenzó para nosotros en las peores condiciones, y superándose servicios y hombres, en pocos días se transforma en gloria. Han luchado cien mil hombres rojos contra la mitad de nacionales, pero la superioridad de nuestras armas ha quedado demostrada. En horas en las que era imposible andar volaron los aviones, en horas en las que la presencia de un hombre en la estepa nevada era una locura ha dormido un ejército que pasó doce combatiendo e iba a combatir otras doce. Así han sido.

El general ha salido hoy al campo, como siempre. En las guerrillas, en aquellos puntos en que los hombres tenían que tirarse al suelo para esperar que se fatigarán un poco las ametralladoras enemigas, de pie, lo ha observado y estudiado todo. Y ha dejado sus prendas de abrigo sobre los cuerpos de los que se protegen con una manta.

La noche llega entre nubes rojizas. Parece que al irse el sol quisiera anunciarnos que todavía existe. Ya casi no nos hace falta. Las casitas de los arrabales nos muestran sus muros, que son abrigos para los hombres.

Ahí mismo, la plaza del Torico espera nuestro paso. Vamos por las alturas de su círculo montañoso para mejorar las viejas posiciones. Ellos quisieran quedarse donde antes, pero ya es tarde. Deben irse, irse más allá, hasta que definitivamente se les expulse.

Y como una voz amiga y recia, la estación que no calló un solo instante durante el asedio nos trae de nuevo su consigna: "Sin novedad."

Lección de guerra

Es preciso abandonar la carretera y adentrarse en el monte por esta pista militar, que en su profundidad de seis kilómetros está transitable y después sólo permite el paso del ganado y del hombre. A los lados, bloques de hielo, como aquellos que describía meticulosamente Verne en sus gélidas aventuras.

Ayer hablamos de Ucrania un poco por reflejo. Hoy no sabemos a qué punto norteño referirnos, porque siempre tuvimos el deseo conseguido de no ver más que tierras de sol. Aquí, con nosotros, hay un hombre que camina casi todas las rutas, y con ese ademán peculiar de sus manos describe las tierras blancas con imágenes ingenuas, para dar margen a la sonrisa de los oyentes:

—Los borregos—dice—parecen coliflores marchitas.

Recogemos la frase con movimientos de cabeza, porque las palabras apenas quieren brotar de los labios apretados.

La posición tiene un nombre. Y se está bien en ella. La guarda el Tercio y la goza el general. Amplio escenario domina todo el frente, que se riza, ocultándonos la ciudad. Han desplegado los soldados, y nuestro cañón comienza a tronar.

Aquí mismo nuestro general explica una clara lección de guerra de modo que bien quisiera transcribir, y que recogeré en algunos puntos. Es preciso decir antes que une a su capacidad cierta alegría de soldado que disfruta de la guerra y sabe disminuirse hasta que se ve a la altura de la persona a quien habla. Raro talento

éste; describir el oficio en el que se culmina con frases que lo ponen al nivel de todos no es sencillo. Entre rasgos de pluma y de palabra refleja la más complicada lección de guerra de un modo que se siente uno con ánimos de dirigir acciones militares.

—Hoy—nos dice—vamos a ver muy poco. Es una preparación sobre las horas que vendrán. Vamos a colocar los hombres de manera que puedan asaltar fácilmente las posiciones rojas. Nuestra táctica ahorra así sangre, que ellos derrochan, porque sus maneras consisten en lanzar muchachos que, arastrándose casi siempre entre dos luces, cortan las alambradas. Luego, la infantería en masa, en oleadas, con los oficiales detrás para empujarles, asalta, y detrás de éstos van los zapadores, que inmediatamente se ponen a cavar. De ahí la enorme diferencia entre nuestras bajas y las suyas.

Como si todo aquello fuera dicho para aclarar lo que ante nuestros ojos pasa, vemos a una división con todos sus elementos que hace rapidísimamente el recorrido y entra en los puntos señalados. Ha sido todo tan justo, que ya lleva el teléfono la voz del general felicitando a quien supo cumplir en el campo lo estudiado en el despacho.

Así, en estas alturas, las fuerzas han quedado en posiciones dominantes y prontas a caer en avalancha sobre el enemigo, que todavía piensa en la resistencia. Al otro lado, las divisiones, en espolón, se clavan en el corazón rojo y esperan el segundo en que deban desarrollar su ataque.

Pasado el momento de la gran batalla que se ha librado delante de la ciudad, y detenidos por el temporal cuando pudo recogerse el mejor fruto de la derrota roja, es natural que el Estado Mayor enemigo, que no está compuesto por gentecillas de los suburbios comunistas españoles, se fortifique lo suficiente en las horas que el

tiempo les ha otorgado para que puedan encontrarse fuertes al iniciarse la bonanza.

La bonanza no es que haya salido el sol. Es que se ha estabilizado el frío y tenemos la nieve pegada al suelo. No es posible volar. Es difícil manejar la artillería y casi no se puede andar. En estas condiciones, lo que hubiera podido hacerse en unas horas se logrará en los días que sea necesario. La guerra no es un juego de precisión sometido a reglas fijas. Muchas cosas pueden variar los más claros planes, y cada elemento tiene que fijar su inteligencia en la réplica de lo que está delante. Aquí todo ha salido como se quería hasta que la ventisca y la niebla han aparecido en el horizonte. Desde ese momento, ni un solo instante ha dejado de combatir, pero nuestro ímpetu ha tenido que someterse al freno necesario.

¡Cuánto heroísmo! Al poner la pluma, en su día, sobre todos los hechos que apuntamos, España conocerá uno de los episodios más asombrosos de su historia. La guerra nuestra está hecha de heroísmos. Parece que cada uno anula al anterior, como si los hombres superaran en cada gesta el modo heroico de sus hermanos. A nosotros nos amarga el deseo de bajar, de abandonar las rutas alpinas para rodar sobre la carretera. Y eso será en su momento.

Las mejores brigadas rojas se des- hacen en la nieve

Por distintas causas, quiso mi suerte que hoy estuviera en Santa Eulalia sobre las once y media de la mañana. Santa Eulalia es un pueblecito crecido a la vera del camino real, a pocos kilómetros de la Sierra Palomera, sierra que hemos mirado con ira desde que andamos por aquí. Después de una curva de la carretera que llega al pueblo, y que ellos tenían hace unos días enfilada con un cañón, se llega a la mancha del caserío amarillento y pobre; buena tierra de invernada, Santa Eulalia tiritita en la mancha blanca de la estepa.

Acostumbrados al acoso constante de los aviones, íbamos a nuestro lugar bajo el ruido de los motores, que no nos hacía ni levantar los ojos, cuando algo que cae por ahí nos hizo encoger la cabeza, como si los hombres la dieran cariñoso abrigo.

¿Cuántos? Hay varias versiones. Las escuadrillas rojas entraban perfectamente formadas y nos convidaban con sus frutos naturales. En seguida, los antiaéreos llenaron el cielo de nubecillas blancas, y poco después un aparato envuelto en llamas enfilaba la Palomera, hundiéndose en sus pinares. Los otros se fueron.

Los trogloditas, nosotros, salimos de los refugios de piedra y tierra que nos hacemos la ilusión que guardan, y en la batería se presenta un cabo con la cara profundamente herida. Ya es sargento.

¡Buen principio de día!, nos dijimos. Y salimos para

Caudé, convencidos de que el campo es más seguro que la reunión de las cuatro desvencijadas casitas.

Pero en Caudé, los que se retiraban de nuestras filas encontraron la réplica, y sobre su cielo se había entablado la gresca aérea. Las nubes no permitían contemplar el espectáculo, que yo sé es bárbaramente magnífico.

Salían los aparatos a enorme altura de entre los jirones grises, y como si algo les reprochara su picada, levantaban la proa para ocultarse de nuevo.

El eco de las ametralladoras indicaba a los terrestres la lucha del aire, y los ojos nos lloraban ya de tanto mirar con curiosidad de ver la caída del enemigo. Un cuarto de hora así. Luego, los azules bajaron, y sin formación posible emprendieron el camino a sus nidos. Con emoción íbamos contándolos. Los rojos se esfumaron sin dejarse ver; no sé si sólo se llevarían el susto.

Continuamos ya por las trochas del monte. La posición de ayer nos esperaba, y al llegar nos dijeron que por allí también habían estado los pájaros de Prieto. Aprovecharon, sin duda, las nieblas que cerraban nuestra ruta, y no supieron que, a pesar de ellas, los aviones de España saldrían a visitar el cielo nacional.

Hoy se ha luchado mucho y muy duro por el ala izquierda, que es la que sostiene el peso de la guerra en este momento. Delante de las posiciones nuestras están las Brigadas internacionales 13 y 15, que, encerradas en las viejas posiciones rojas construídas desde el comienzo del Movimiento, son poco a poco desalojadas de allí, aunque con esfuerzo muchas veces. Se combate ya en tierras en que no estuvimos nunca, y ello dará idea de cómo las cubrieron de trincheras. Dura lucha, es verdad; lento camino para el soldado; pero van alcanzándose todas las posiciones. Ver a esos muchachos avanzar liados en la manta, con sus manos agarrotadas sobre el fusil; verlos cómo se niegan sus dedos helados a manejar la ametralladora, es algo único. Cuando alcan-

zan sus lugares, fatigados por la carrera y la tensión de la guerra, no pueden ni aun tirar la incómoda manta, porque el frío no lo permite. Y así van y han ido por toda esta parte, camino de la cota que será seguramente el final del episodio.

Entre los prisioneros cogidos hoy había un norteamericano que por la línea debe ser oficial. Se obstinaba el hombre en no comprender ni una sola palabra de francés ni castellano, y entonces surgió un ruso que combate voluntariamente en nuestras filas y en las de Falange catalana y que se ofreció a sostener el diálogo. El contraste bien merece un comentario. Un norteamericano comunista estrechado a preguntas por un ruso que no lo es y en los altos gélidos de un picacho español creo yo que pocas veces podrá contemplarse.

Nada de interés dijo. Nuestros servicios confirmaban alguna de sus informaciones. Estas gentes que combaten por gusto en las filas enemigas suelen traer bien aprendida la lección. Pidió de comer. Se le dió, y con sus compañeros de cautiverio bajó al llano.

El tiempo aclara. La lucha sigue su curso normal, y creo yo que culmina en estos instantes la curva ascendente. Damos la vuelta por estos cerros para alcanzar de nuevo la carretera, y en el momento en que dominamos las alturas, las divisiones que esperan abajo caminarán con la holgura deseada, rompiendo definitivamente la línea que apretaba la ciudad.

Ellos lo saben, y se agarran al suelo con ansia. Las mejores brigadas rojas se deshacen en la nieve. Corren a sus trincheras para aguantar desde ellas la metralla, y las ceden al empuje incontenible.

Y no hablo ya del frío. Nueve horas allí me obligan a no acordarme de él.

La lucha de ayer

Situar los términos de un problema de modo tan claro que cada uno sepa orientar su pensamiento a la realidad considero que es un deber de patriota. Los modos de la España que a costa de tantos sacrificios se forja no deben ser aquellos del disimulo y la falsedad.

Todos tenemos sangre nuestra perdida en los campos de honor. Muchos hemos pasado y pasaremos por estos trances en que se considera uno desligado de la tierra y se es sólo un trocito de carne estremecida en medio de la noche acre y áspera del humo de las bombas. Todo esto bien merece la sinceridad de un momento que puede ser acogida cordialmente.

En nuestra guerra, plena de jornadas de triunfo; en nuestro momento actual, triunfante del enemigo y del tiempo, es bueno y confortador contar cómo se lucha y contra qué elementos batallamos.

Ya no estamos ante las hordas de milicianos que iban al combate un momento para tomar luego café en la Granja del Henar con la ametralladora al lado.

Se ha pasado el instante en que combatíamos con un Ejército aislado de la zona roja y sometido a sus recursos. Se diluyó el frente montañoso aquel donde había un enemigo que forzosamente tenía que sucumbir ante nuestra potencia superior. Ahora, ricas regiones españolas, ricas en hombres y en frutos, resguardan las fronteras rojas, y abierta y cercana está la frontera enemiga hacia Europa. Y un ancho mar baña las costas de Levante, las de Cataluña y las de Francia.

El frente de Teruel es pequeño. En él están las me-

jores unidades rojas. Las Brigadas internacionales, con un sesenta por ciento de soldados extranjeros de las más diversas procedencias. Estos hombres no han nacido ahora a la guerra. Tuvieron las armas en las legiones galas, en los regimientos coloniales ingleses o en el riesgo por su cuenta de los terrenos propicios a la aventura de una América comunista. Sus oficiales son algo así como guerrilleros de cucaracheo: mano pronta al disparo y corazón sin latidos sentimentales.

A este enemigo, a este Ejército, regular por su propio interés, es al que tenemos que combatir en los montes de Teruel y al que su fortuna dió nieves para que se fortificara dirigido por técnicos.

La lucha de hoy ha sido la primera en la cual hemos visto que las dos partes maniobraban como sobre un tablero y en las que se responde a los ataques formidables con una manera de cubrirse de innegable habilidad.

El final fué nuestro. Llegamos al punto a que debía llegarse con un número de bajas que no excedía de treinta y seis. Pero la lucha tuvo momentos de grandioso efectismo y el espectáculo fué algo admirable. Todos los elementos de guerra estaban en la tierra y en el aire. Nuestros aviones ametrallaban el suelo, sin dejar que el enemigo llegara a mostrarse. Un "rata" que se aventuró altísimo fué perseguido por tres cazas más allá de sus líneas.

En el suelo, quizá la mejor división de España. Esa que luchó en Madrid, en Belchite, en los lugares donde fué preciso. Hombres que avanzan hurtando el cuerpo al plomo como si conocieran la ruta ciega de las balas.

Y fué así. La artillería concentró gran número de sus piezas sobre los trincheros rojos, reforzados estos días. Largos minutos de fuego. Caían los proyectiles con justeza admirable en el centro mismo de los objetivos. El enemigo abandonó los reductos y se replegó a retaguardia. Al cesar el fuego, dejando a los infantes espacio para su avance, quiso alcanzar de nuevo las po-

siciones recién abandonadas, al mismo tiempo que los carros rusos, apoyados por otra masa, atacaban de flanco a nuestros valientes.

Entonces los artilleros tiraron sobre los monstruos, parándolos, y la división gloriosa efectuaba la maniobra, lograba su objetivo y nos traía los primeros prisioneros.

Como puede juzgarse, la maniobra roja fué hábil, y quienes la pretendieron hacer no son hordas sin enlace ni mandos. Decirlo es otorgar un mayor elogio a nuestro Ejército, porque tanto mayor es la victoria cuanto más duro y valoroso es el enemigo que se ha de vencer.

La fisonomía de la guerra ha cambiado en el frente de Teruel. Se han jugado ellos todo, y no conformes con la derrota de la gran batalla de los tres días, pretenden cerrarnos de nuevo el paso que ya nos cerró la nieve. Es cuestión de horas más. Si en los primeros momentos sintieron la mano nacional en sus carnes, ahora sentirán de nuevo el dolor de la desgarradura. Pero no se gana una guerra como la nuestra alegremente, con despreocupaciones, en un comentario de sobremesa. No. Es mucho el esfuerzo. Es muy grande el sacrificio, para que no sienta uno el deber de contarle.

Hoy hemos tenido aquí un día claro, de cielo limpio. Frío. A las once de la mañana nuestro termómetro marcaba nueve grados bajo cero. Luego, las horas del día son tan breves que sólo se puede hacer la guerra desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde.

Comenzó la jornada con una misa en la posición, que oyó el general entre sus soldados; con la bendición del cura, que era como una gran absolución que se dirigía a la España que comenzaría a rebullir a nuestra espalda.

Después llegó lo que os he contado...

Al cuarto asalto se venció

Podríamos comenzar hoy rebuscando palabras que reflejaran bien toda la emoción que ha producido en mí el esfuerzo tremendo de nuestros soldados, que culmina en las horas de la noche al escalar el punto que ayer batieron, y que al cuarto asalto del día se lograba. Prefiero la sencillez del relato, para atemperarme al modo sencillo del combatiente que va una y otra vez por la victoria, sin que un gesto de cansancio ni de dolor ensombrezca su rostro.

Podría hablar de este espectáculo de romance que dan nuestros oficiales poniéndose a la cabeza de sus hombres y, con un desprecio absoluto de la vida, muda la boca, porque el trance ahorra palabras, se lanzan al ataque hasta que llegan o caen. Este brillante episodio creo yo que se mancharía con la literatura que pueda brotar de una pluma que escribe de prisa, y es mejor decirlo así, suavemente, dulcemente, como si rezáramos una oración, doblada la rodilla bajo el cielo que cubre el monte.

Al iniciar la luz del día, allá a las seis de la mañana, limpio el cielo de brumas y bajo un sol que anuncia el deshielo, la orden de ataque vibró en el campo. Como ayer, sobre el mismo punto, ligeramente avanzado al Sur, la artillería cencentró sus tiros, requemando las bocas de los trincheros. Como ayer, ellos se retiran a sus refugios, cavados en lo hondo, y al iniciarse el avance de los infantes volvieron a las trincheras para manejar sus armas automáticas. La maniobra fué prontamente contrarrestada. Una y otra vez la lucha se fija-

ba en ese reducto central de La Losilla, una de las llaves de la cota de nuestra avalancha. Lo saben bien en las filas de enfrente. Tres ataques de infierno aguantan, relevando sus masas una y otra vez, deshaciéndolas nosotros tan duramente que espanta pensar en las cifras que acumularán sus estadísticas.

El sol se va. Poco a poco, el horizonte apágase en esos tonos cárdenos del atardecer de invierno. Es aquí una transición rápida de la noche. La tierra blanca reluce aún en los últimos fulgores. Y entonces, el general pregunta al jefe de la división si aquellos muchachos de hierro y de España podrían dar todavía el último y definitivo asalto. Cuadrado el hombre, mira a los ojos del general, le dice que sí con un acento cuya firmeza hace al que manda devolverle su mirada, creo que húmeda.

Ahora los disparos no sólo resuenan: los vemos. El cañón retrocede, como asustado de la lengua de fuego que lanza, al deslizarse en la cureña; la ametralladora brilla en inmensos relampaguillos constantes; el fusil, la más noble de las armas del soldado, fulge en una llama que parece levantarse por su extremo. Es el cuarto asalto. El enemigo contesta rápido. No sé cómo puede aguantar la tensión del día. Ya van... Saltan a las alambradas destruídas, siguen y llegan. De pronto sólo se oyen las lejanas explosiones de las bombas de mano, y después, el infinito silencio del campo, apenas turbado por un disparo perdido.

El reducto central es de España, al fin. Descendemos nosotros, y llegamos a la nieve, donde unos prisioneros reposan entre nuestras bayonetas. Son de tierras yanquis. Por lo visto, América nortea ha enviado sus relieves por toneladas. Dicen algo que nos conforta más que la taza de café que bebemos. Dicen que las brigadas 13 y 15 han tenido que ser retiradas de la línea de fuego absolutamente deshechas. Cuentan el horror de las bajas rojas, superiores a todos los calificativos, y hasta se quejan de sus mandos, que les obligan a permanecer en

lugares que de sobra saben perdidos, y de los que pocos pueden escapar del horror para contarlos en su retaguardia. Bien está, y ellos lo han querido.

En las sombras caminamos con un oficial de enlace que llega de otro sector.

—¡Qué espectáculo!—me dice—. Figúrate que los aviones rojos volaron, y sin duda descubrieron un puesto de mando; confiados, se lanzaron sobre él como gavilanes, y ya bajos, a gusto, les hicieron fuego nuestras baterías. Dos cayeron instantáneamente, y ardían como pajas. Al golpetazo, todas las bombas de sus vientres estallaron, y la fogata avisó a los otros, que se fueron. Poco después, uno más caía, también en nuestras líneas, no sé si abatido por un caza. Pájaro herido, describió los amplios círculos de la muerte, hasta hundirse en la nieve.

¿Cuántos aviones rojos han caído en estos días? Es un arma que les destrozamos, y nótase el daño en la cautela con que vuelan y el miedo que llevan posado en sus alas. Hoy, en resumen, ha sido un buen día de guerra. Horas de dureza, como todas, pero con un resultado efectivo y con ánimos renovados. Parece como si al borrarle un poco la nieve al rayo de este sol, que a veces calienta y todo, el brillo de los aceros nacionales tomase nuevas tonalidades.

Y Teruel permanece.

De la batalla de Teruel, que no tendrá par en la campaña, salen las divisiones rojas trituradas para siempre, y difícil va a ser recomponerlas.

Estos soldados extranjeros que caen bajo los verrugones de las alturas son sangre que brota de las venas del Gobierno comunista y se pierde en arroyos sobre la nieve que se derrite.

Aquel día de Caudé

Muchas veces he estado en un puesto de mando. Puesto de mando de capitán de batería y de general en jefe, pasando por los distintos grados de la escala militar. Suelen ser puntos de observación desde los que se atisba el horizonte y se advierte la línea que ha de combatirse. Un vértice, una casita, la "paridera" del ganado de la tierra; pequeña referencia y lugar para los oficiales y jefes; el chalet solitario o la casa infanzona digna de albergar al general.

Estaba yo acostumbrado a ser testigo del aparato guerrero del puesto de mando. Hilos telefónicos. Planas mesas donde se extendían las cartas. Luces supletorias y todo el callado estruendo de las transmisiones que en labor nocturna clavan los hilos que llevarán la voz del general a los puestos avanzados donde la guerra continúa. Por aquellos frentes de Madrid era fácil encontrar el hotelito en que instalar al jefe. Madrid estaba rodeado de casas veraniegas útiles para algo más que la noche del sábado. Luego, en Guadalajara o en la montaña, dábamos con palacios que sólo habitaban buenos fantasmas castellanos que desde siglos runruneaban por los desvanes, sin meterse con nadie. Pero aquí no hay castillos ni chalets al modo de una Francia de grandes almacenes; aquí, el campo ralo, los pueblos grandes y amarillentos, los kilómetros en los que sólo aparece eso, la "paridera", hacen imposible que nadie encuentre un lugar propicio para albergue de quien manda. Además, nuestro general no es hombre de nervios tan sujetos que se resigne a permanecer entre cuatro

paredes. Su recia silueta se alza sobre el peligro con apenas una sonrisa de desdén. Sobre el corazón dibújase la venera de San Fernando, y dicen los reglamentos de la Orden que quien la lleva debe ir delante en los momentos de fuego. El general no necesitaba ese mandato. En aquellos montes que tan bien conocía, muchas veces se ha erguido unos pasos delante del parapeto para dibujar la panorámica que le interesaba. Los soldados le miraban silenciosos, sin atreverse a hacer un gesto, fijos en la silueta que tan clara se recortaba ante el enemigo. Así le hirieron aquel día; así Dios le ha salvado en este frente, donde los días de guerra han sido muy duros.

El general sale apenas apunta el día con la sola compañía de sus oficiales íntimos. ¿Adónde? Casi siempre sólo él lo sabe. Deja en el cuartel una indicación de su ruta y desliza el coche por los caminos de guerra. Cuando el ir en automóvil ha dejado de ser una locura para convertirse en trance sin segundo, desciende de él y continúa. Cualquier sitio es bueno si lo que se extiende delante es la lucha. No importa otra cosa que ver, ver bien, penetrarse de cómo van unos y otros y estar lo suficientemente cerca para que un jefe de columna llegue a su lado sin demasiada molestia y sin abandonar por mucho tiempo a los soldados que conduce. Dotado de una memoria geográfica portentosa, habla de cada pliegue del terreno dándole su nombre y parece que ha pisado los más leves senderos de la serranía.

Habla con pocas palabras, las suficientes para traducir su pensamiento. A veces, los que estamos detrás le escuchamos un "¡Bueno!" dicho con cadencia distinta, que nos da la medida de su disgusto o contento; y al caer de la noche torna a su cuartel, sin comentar otra cosa que las incidencias del último instante, como si todo el pasado se borrara de su frente.

Militar, hombre de guerra, creo yo que le atrae el peligro como a otros cualquier motivo del que hacen

eje de su vida. Húndese en él con alegría de guerrero, con fervor de soldado. Y sólo su bastoncillo le ayuda en los lances amargos. Hay uno...

Aquel día de Caudé había escogido para puesto de mando el cruce de la carretera general de Valencia con la que va al pueblecito y un camino todavía sin terminar que serpentea hacia los montes de la derecha. A ambos lados de la carretera había dos casitas con sabor de venta de arriero. En una estaba el puesto de socorro y en la otra los elementos de guerra que a cubierto esperaban ser transportados por las líneas, distantes unos ochocientos metros. Delante se extiende la explanada que termina desviándose un poco en La Muela. Todo el terreno es llano, amplio, sin un árbol; sólo en el fondo, las peladas estacas de unos álamos se alinean, indicándonos otro camino que parte perpendicularmente la carretera.

El general permaneció allí cinco horas, y, encariñado con el observatorio, a él volvió en la madrugada siguiente.

Sobre la una de la tarde, un carro ruso deslizóse hacia Caudé, y el pobre Caudé sufrió las iras de sus once disparos. Luego retrocedió hasta colocarse en esa fila de álamos que teníamos enfrente. Le veíamos, le veíamos, sin poder apartar la mirada de su masa negruzca. El general no fijó sus ojos en él más allá de un segundo. Sin prismáticos le percibíamos claramente.

—¿Qué hará, mi comandante?—pregunté a mi jefe.

—¿Quién lo sabe! Estad atentos a sus movimientos.

Pero no se movía. Era el monstruo de vendedoras narices que se agazapa y espera el momento de saltar. Buena bestia cazadora, que sabe cuánta es su fuerza y quiere la presa con el mínimo riesgo.

—Se va...

—Sí, parece que se mueve.

Nosotros le seguíamos, sin que nuestro general abandonara sus órdenes, sus datos, la calmosa precisión de

un ademán señalador del avance. El armatoste rodaba, rodaba, y llegó el momento en el que no le veíamos. Aparentemente nada había cambiado en el puesto de mando, pero en lo hondo de nuestros corazones la sangre comenzó a circular con otro ritmo. Continuó el día.

—Acércate al teléfono y di esto.

—Coge el coche y llama al coronel del sector...

—Aquella batería, aquella que tira a nuestra espalda, en la falda, que se adelante.

Ya eran las dos. En la casita que era puesto de socorro, una lumbre crepitaba, y en sus brasas se calentaban las latas abiertas, de conserva, que comerían los sanitarios. El café hervía con su canto de hogar, que nos acercaba un poco en el recuerdo a los nuestros, tan distantes. Era un buen día de guerra. Las camionetas de Sanidad paraban un instante.

—¿Hay algo?

—Nada.

Nada. Ni un herido, ni un lesionado. Parecía que aquel estruendo era sólo como una demostración de lo que es la guerra. Treinta minutos más. Una niebla espesa se alzaba detrás de nosotros, muy lejos, por los puertos que nos separan de Zaragoza. Estábamos bajo el sol, y el sol brillaba seguramente hasta el mar, allá...

El ayudante se fué al otro lado de la carretera, como si paseara. Miró al cielo y vino hacia nosotros.

—La aviación.

Ingenuamente pensé en voz alta:

—Por fin han podido venir.

El general me miró, creo que risueño. Y dijo:

—Poneos contra el muro.

Allí nos alineamos como si delante tuviéramos los fusiles juzgadores. El campo quedó desierto de sombras humanas. Aplastados contra el suelo, los hombres buscaban a la tierra, que les llamaba.

—Son de bombardeo—dijo uno, con los prismáticos clavados en el cielo.

Y entonces todos los movimientos tomaron una calma estremecedora. Las palabras brotaban lentas, los ademanes eran lentos. Nadie corrió. ¿Para qué? En línea, las escuadrillas rojas volaban en la recta. Eran sesenta y un aparatos.

—Mi general, apártate de esa casa, que tiene municiones.

—¡Ya qué más da!...

Era un diálogo de muertos, frases sueltas de quienes con la mirada se despiden. Alguien musitó:

—Una, dos...

Eran las bombas, las bombas, que comenzaban a caer. Se las veía desprenderse de los aparatos, que volaban muy bajos, confiados, silbar en la vertical y ensordecernos con su estampido de infierno. Segundos eternos aproximaban las explosiones.

Hablo por mi propia impresión. El miedo se había diluido en una conformidad de aplanamiento. Las cosas más pequeñas se reflejaban vivamente en el cerebro. A mi lado, un soldado tenía la cara de un verde terroso.

“Yo estaré igual”, pensé.

Tosiendo, los ojos llorosos por el humo, levantamos un poco la cabeza. El hermano del general gritaba:

—¡Mi general!

De allá, la voz del jefe y del hermano respondía:

—¿Qué quieres?

Luego, el silencio humano en medio del estruendo. Quería sólo saber si le llegaba aún la voz fraternal.

—¡Mirad! ¡Mirad!

Como bandada de pájaros heridos, los aparatos se derrumbaban.

—¡Uno! ¡Otro!

—Hay lucha en el aire.

Ansiosos de vida, ebrios de alegría y triunfo, nos levantamos.

—¡Viva España! ¡Arriba España!

—¡Vamos por los pilotos!

Y entonces la voz serena nos volvió al horror con una sola frase:

—¡Al suelo! La segunda pasada.

Venían ellos tan dispuestos a acabar con quien sabían, que a pesar de que los antiaéreos colocados allí aquella mañana habían derribado ocho aparatos en dos descargas recompusieron su formación de combate y dándonos la vuelta tornaban a vaciar sus panzas con raro método. Habían ahora rectificado el vuelo; estaban seguros de conseguir su fin.

Ya éramos otra vez una pobre masa resignada. Alguien me cogió de las piernas, arrastrándome a la leve ondulación que tenía delante.

Un hombre, con las manos en la nuca, murmuraba:

—Tanto va el cántaro a la fuente...

Volví a ver las pequeñas cosas agrandadas con todo detalle; percibía cómo un soldado se hundía en el boquete de reciente explosión, seguro de que allí no caería otra; vi a un mulo fundido en la humareda encabritarse con los bastes en la barriga, galopar loco y caer como si se hubiera disuelto en el aire. El horror venía, se acercaba, estaba allí. Me acariciaron la espalda unas uñitas de hierro, y luego algo casi me enterró. Pude darme cuenta de que a unos metros se alzaba la tierra en estrecha columna vertical altísima y arriba se abría como un surtidor de fango.

—No les veré más—suspiré por los míos.

El retumbar de la tierra, el negro humo espeso sostenido por la calma del aire, todo aquello que no puede describirse luego, quedó cortado de nuevo.

—¡Mi general!

—¿Qué quieres?

Algunas siluetas se alzaban entre lo negro. Me acerqué a la que me interesaba.

—¿Hay algún herido?

—No lo sabemos. Sube al coche antes de que se repongán de nuevo.

Llegó a la carretera como si viniera de tomar el sol. Le seguíamos a su paso. Entonces dirigimos al conductor como si fuera un autómata.

—Mete la primera. Arranca suavemente, no se cale. Así. Ve atento al volante. Vamos, que vuelven.

El coche se alzó de atrás como si diera una coz. Saltaron los cristales. Corrimos. Un kilómetro más allá se mandó parar. Comenzaron a llegar los demás. El último, el ayudante.

—Enhorabuena a todos — nos dijo —. Tú, ¿qué tienes?

—Nada; esta pata, que se queja un poco.

—¿Y el médico?

—Volveremos por él.

No hizo falta. Muerto de risa, venía en el soporte de una moto de enlace, y al parar nos dijo, limpiándose las lágrimas del viento:

—Yo, que había jurado no montar en estos trastos desde que me caí de una bicicleta...

Comimos con un hambre infinita. Todos los instintos animales parecían brotar por nuestra piel. El vino, ¡néctar de gloria! La carne, ¡cómo sabe la carne asada! Y un cigarro que se quema sobre la taza de "café con copa".

Es la vida que vuelve.

Teruel se pierde

Estábamos en nuestra "finca de espera", situada en la casi retaguardia, cuando nos llegaron las primeras noticias. La ofensiva roja nos dolía en el corazón, pero no perturbaba nuestra vida corriente, porque era en un sector que no mandaba nuestro general. Pronto el jefe tuvo que avanzar a sus hombres, y horas después se hacía cargo del sector. Una noche de frío y nieve llegamos a Monreal, donde nos esperaba la orden de continuar. ¿Qué había pasado? Muy sencillo. Enervados los rojos con nuestra ofensiva que estaba cuajándose en algún punto por ellos desconocido, habían reunido sus mejores elementos, y lanzándolos por las brechas naturales de los parapetos, en golpe de mano, cerraban los caminos de Teruel, asediando la ciudad, que se defendía heroica. Un puñado de españoles estaban dentro; otro, fuera, y en medio, sesenta y un batallones rojos con modernísimo material.

El general, aquella misma tarde, llegó a las avanzadas y desplegó a sus hombres. En los primeros momentos no llegarían a un batallón y dos banderas de Falange. Horas de angustia, de peligro, de amarguras. La noche sobre los planos, el día sobre el fuego. Y a diez grados bajo cero.

Con ese núcleo ínfimo logró llamar la atención de los rojos hacia el Norte. El día siguiente habían aumentado nuestros efectivos hasta nueve batallones, y desplegándolos en la cota X, a la derecha, obligaba al enemigo a volver la cara. Un día más, y ya había divisiones. Entonces abrió las dos pinzas que debían cerrarse

sobre Concud y La Muela de Teruel. Mientras se desplegaba la artillería y llegaban todos esos elementos que necesita un gran ejército en campaña, el general hostilizaba a los rojos, sin dejarles maniobrar por su cuenta. De Teruel nos llegaban radios de entusiasmo y esperanza. "Os esperamos—decían—; venid cuando podáis. Teruel es de España."

Ya los rojos habían nombrado las autoridades de la ciudad, que decían haber tomado, y lanzaban las ondas de su conquista. Después comenzó la gran batalla, la mayor de la campaña, que un periódico francés ha calificado como de "guerra europea, en la que deciden dos métodos". Se ha dado en el sitio que eligió el enemigo, y, como es natural, con todas las ventajas geográficas en su favor.

La lucha ha tenido tres fases perfectamente definidas. La primera consistió, una vez logrado que la iniciativa, la moral y el avance fueran nuestros, en machacar las líneas enemigas para producirles un desgaste irreparable. Conocemos bien su moral, y sabemos que sus unidades han de ser retiradas del campo en cuanto tienen el tercio de bajas. La única que ha aguantado en su puesto ha sido la división Líster, que ha fusilado a los medrosos y no ha vuelto la cabeza hasta perder el cuarenta por ciento de sus hombres. Entre nosotros están algunos de sus componentes que así lo aseguran. Nuestras unidades del primer día atacaron el segundo y los demás con el mismo ímpetu.

La fase siguiente tendió a cerrar las dos pinzas de la tenaza que dejaba la plaza en su centro, sobre Concud y La Muela de Teruel. Al final de la segunda jornada se rebasaba el primer pueblo y al principio de la tercera caía la cota llamada de La Muela. Era un día de nieve, de frío intensísimo. Se acabó el coñac en todas partes. La visibilidad era muy corta en el ala izquierda. Concud se toma al asalto. Quedaba ya el centro libre para el avance, todo el llano como ruta libre de fuego

por los lados. Teruel, de hecho, estaba liberado. Podían avanzar casi a gusto las divisiones de la derecha, que además tenían la suerte de no sufrir nieblas como las nuestras.

La aviación ha trabajado de un modo que no puede ponderarse. Los infantes eran la Infantería de España. Y en Teruel se resistía bajo las minas que calcinaban la ciudad. Los rojos, que no sabían ganarla con sus bayonetas, entraban en sus arrabales bajo tierra y con dinamita, como siempre.

El temporal crece, aumenta, se hace irresistible. Una noche más bajo la corteza de hielo y entre la nieve. Es como si viviéramos en las estepas nortañas que describen los atormentados novelistas de la tierra blanca; no puede ni hacerse lumbre.

Con la tarde del 31 alcanza una división los arrabales de la ciudad, y desde allí nos radian su entusiasmo. Las doce campanadas caen en el silencio augusto de una noche de victoria lograda con esfuerzo. España ha tenido delante cien mil hombres; ella puso apenas cincuenta mil. Y termina el año con la conquista del cementerio, con el levantamiento de una enorme mina que iba por las piedras venerables de Santa Clara y la retirada de la deshecha brigada de Carabineros, que es la que ha atacado más firmemente a los sitiados.

Ya el enemigo sólo quiere proteger su retirada. Vuelan los aviones azules sobre nuestro pasmo. Ellos hacen fuego de cañón en Muntadas, y les batimos el alto de Celadas para proteger el paso de nuestras columnas al interior. Teruel se abre al triunfo, enjugamos sus lágrimas, restañamos sus heridas.

Canta el poeta que al llegar a aquel círculo del infierno encontré con un gran número de hombres que agonizaban bajo un mar helado. Apenas alguno podía asomar sus ojos cristalizados entre las aristas de hielo. Horrorizado, se cubrió el rostro, cuando una mano crispada engarfó su manto.

—¿Quién eres—preguntó el pecador—, que así te acercas a nuestro infortunio?

Bajo la capa blanca de la nieve eterna, millares de hombres están tendidos en el círculo del infierno de los alrededores de Teruel. Sus manos no pueden agarrar nuestros capotes empapados. Y sin palabras les decimos:

—Vuestro error os trajo aquí, y, pasada la lucha, tenéis toda nuestra piedad.

Teruel se ha rendido

Los sectores que resistían en Teruel se han rendido: Es preciso decirlo con entera crudeza, y es preciso añadir que la ciudad, momentáneamente, sufre las mordeduras enemigas.

Teruel, atenazada por el dogal rojo, embestida por todos sus puntos con dinamita, defendida hasta el más hondo sacrificio por un puñado de valientes, tenazmente asaltada por los nuestros, hasta el punto de que la sangre de los soldados salpicaba los muros de los arrabales y las balas españolas rozaban las paredes. Pero ni un solo cañonazo cayó en sus calles desde nuestro campo. Los aviones volaban, dejaban caer vendas y pan, y unos centenares de muchachos, flor de juventud, morían en sus puertas para liberar a los que allí sufrían.

Teruel se ha rendido cuando ya estábamos a unos metros de él. Quiso el destino que no se pudiera salvar por unas horas del desbarajuste rojo; pero Dios ha querido que los españoles que allí estaban llegaran a nuestras filas, y entre nosotros están ya, reponiéndose de sus amarguras. Otros han quedado, cuya suerte seguiremos con lágrimas. Fueron las mujeres y los niños, los viejos y los enfermos, que no pudieron arrostrar las inmensas penalidades de un cuarto de hora de viaje a pie.

El destino clavó en sus carnes enfermas su garra negra, y ellos, inocentes, han pagado su tributo.

Hoy, debidamente autorizados, hablamos del episodio, que no tiene más transcendencia que el que puede tener un incidente de la guerra. Repase el lector lo leí-

do y vea cómo digo bastó un cuarto de hora de viaje a pie para que los evacuados llegaran a nuestras avanzadas. Entregarse en esas condiciones es un crimen que sólo quien todo lo puede castigará.

El heroísmo de Teruel no mengua en nada. Quien supo se defendió como lo hacen los hombres. Quienes sintieron doblarse sus piernas por el temor se rindieron. Y ante Teruel estamos y estaremos hasta arrasar las filas rojas y echarlas de allí para siempre, continuando después la marcha triunfal de nuestras armas por Levante, por Madrid, por Barcelona y Andalucía, por los rodales de la Patria, que será otra vez lo que fué.

A las nueve de la noche salieron de Teruel los que no querían someterse al enemigo y ser cómplices de la traición. A las nueve y cuarto estaban calentándose en las hogueras nacionales. Teruel, por unos días o unos minutos, sufrirá a los rojos. No serán muchos los que por allí anden. Libre el valor de sentimientos, el asalto podrá darse con todas las consecuencias.

Sólo resta pensar en España, pensar en el Ejército, en el país en armas, tener fe en el Caudillo que conduce y ¡adelante!

Los primeros evacuados que vimos fueron el alcalde de la ciudad, don José Maicas Lorente, y los industriales don Francisco Ferrán y don Julián y don Sebastián Asensio. Ellos comenzaron a contarnos la gesta heroica, ellos trajeron a nuestro ánimo las primeras frases de amargura. Pero quien más patrióticamente recoge sus impresiones y nos da la medida del esfuerzo es un frailecico delgado, con barbas de veinticinco días, hambre y sed, que llega vestido con un capotón de guardia civil, extraño ropaje para un clérigo, y una maquina fotográfica de cien pesetas que cuida amorosamente, confesándonos que es su único vicio y no tiene otra ni dinero para adquirirla. Este hombre dulce, humilde y tímido es el hombre que ha salvado a ciento cincuenta personas. Este frailecico, que movía sus dedos como

si tuviera entre ellos las cuentas de un rosario, traía en la mano la pistola del guerrero para defender a sus ovejas, que le seguían ciegamente. Este hombre, aunque baja la cabeza y se ríe infantilmente al ver en su plato una loncha de carne bien condimentada, es el que, entre arengas patrióticas, gestos de soldado y rezos de creyente atravesó un río seguido de su grey y marchaba delante, ordenando a todos que le esperen, para atisbar si los rojos pueden sorprenderlos, y quien, al pasar por un puesto, aguanta las descargas, y diciendo a los suyos que guarden silencio, los conduce por una alcantarilla de la carretera al lado nacional.

El nos dice cómo cuajó la caída. Cómo se iba, minuto por minuto, socavando las conciencias débiles; cómo alguno estaba al habla con el enemigo, mientras en un edificio más allá, otro, mucho más viejo, retirado por edad, el coronel Barba, radiaba los "Sin novedad" impresionantes que llegaban a nuestras filas.

—Ayer—nos dice—ya sabía el final. Por la mañana quisieron engañarme, por la tarde nos entregaban. Fui a ver al director del Banco, un viejecito enfermo. Le consolé. Tuve que hacer luego, como otras veces, un pequeño sermón a los chicos. Ellos me oyeron hablar de Job, de las parábolas de la paciencia. "Siga, siga", exclamaban, y yo seguía, para que no pensaran en otra cosa. El Banco lo habían volado. Aquellos golpes constantes de los mineros nos enfermaban. Saltó el edificio, mientras prendían fuego al teatro y a otra casa, que no ardía porque era de cemento. Por las hendiduras asomaban ellos como demonios. Lloraban las mujeres. "Aunque seáis rojos—gritaban—, salvadnos." Ellos contestaban: "Que vengan los beatos a salvaros." Saltó uno para socorrer a los más graves, y con las ametralladoras lo mataron. Esos son los rojos, aunque ahora quieran simular otra cosa por el extranjero. Al saber que ya no podíamos resistir más, reuní a los chicos. "Hay que irse", aconsejé. Todos se pusieron a mi

orden. Eran soldaditos que defendieron siempre a la Patria. Saltamos por una ventana, y como no había mucha luz, algunos se fueron por delante. El grupo se dividió así; yo iba el último. Creyeron unos momentos que no podríamos. Los valientes me siguieron. Otros buenos españoles también tuvieron miedo. Reunidos, un falangista dijo: "¡España! ¡España! ¡España!", y "¡Una, Grande, Libre!" resonó en nuestras filas palpitantes. "Mire, padre, que están allí los rojos", me advirtieron. "¡Adelante con cautela!" Eran los que nos esperaban. ¡Qué diablos, qué rojos ni pamemas! Seguimos. Había que pasar el río. El agua nos llegaba al pecho. A mí se me helaban las manos, y tuve que meterlas en el seno de un chico. Tenía hielo entre los dedos y no podía doblar los brazos. La ropa era como un cartón. Además, las botas me estaban muy pequeñas; por eso ando cojo. Venía con nosotros un niño de catorce años que traía a su hermanito, de ocho, en brazos. Se nos murió de frío. Hacía más de nueve grados bajo cero y estábamos empapados de agua. Al llegar a la estación, dentro de un vagón había rojos. Les dije que callaran. Hicieron disparos. Pasamos uno a uno. Entre el puente de hierro y la casa de Herrera había más rojos. Pasamos por debajo con mucho miedo, ¡para qué vamos a ocultarlo!, y me caí al río hasta hundirme. Después, dos veces me llevó el agua. Dios lo quiso, y pasamos. Nos dieron otra vez el alto. Yo sabía ya que eran los nuestros, pero algunos desconfiaban, y echaron por otro lado. "¡Quién vive!" "Franco—dije—. Somos escapados de Teruel." "Subid uno a uno y con los brazos en alto." El pistolón, ¡Dios mío!, me lo metí debajo del sobaco. El teniente me llevó a una hoguera, donde me tosté con un gusto... Poco después llegaban los demás. "Al padre—decían—lo han cogido los rojos." "¡Demonio!—grité—. El padre está aquí." Y nos vistieron cómo se pudo. Mirad qué pinta traigo. Lo que ha pasado allí es una traición; podíamos resistir aún. Ade-

más, no se hizo nada para defender la ciudad: ni un parapeto, ni una trinchera. Todo lo abandonó ese señor, que Dios perdonará. Tanto admitir recaditos de Rojo, tanto hablar, y luego, las entrevistas, las conversaciones...

Habla el padre mientras come. Sencillamente, sobriamente, sus palabras caen entre nosotros como hierro fundido. He querido recogerlas con la misma incoherencia con que fueron pronunciadas en los primeros momentos. No he querido poner en ellas nada mío. Al regresar de donde se combate y traer a la memoria lo que he visto y oído, a esta hora de la madrugada dicto estas notas a un taquígrafo. Es como un acta trazada al vuelo en medio de la soledad interrumpida por los disparos y al lado de un hombre al que su condición debía alejar de estos episodios. Dios ha querido que encarne en él el heroísmo de la ciudad mártir, que pronto volverá a nosotros. Quedan en las celdillas del cerebro los momentos como aquél en que un cañón del 10,5 disparaba desde doscientos metros sobre los defensores; los rasgos sublimes de las mujeres, que lo arrostraban todo por animar a los combatientes; la muerte con honor de milítas y civiles, firmes en sus puestos, y las negras tintas de la traición de quien no era digno de vestir las ropas que llevaba. Muchas cosas, muchos incidentes, muchas lágrimas y mucha sangre. Pero no hay tiempo para más, ni fuerzas. Sólo el ver a éstos que han llegado nos sostiene a nosotros en pie y hace que nos acerquemos a la pluma. La lucha seguirá. La victoria ha de llegar. Que en toda la España heroica haya un débil nada significa.

Estamos a kilómetro y medio de Teruel; a menos distancia en otros sitios, en los arrabales.

El decía a sus compañeros, para animarles a la rendición, que todo el Ejército estaba copado desde Santa Eulalia. En su crimen está la mayor condena. Mañana, nuevos ánimos darán impulso a los soldados. El ejem-

BAJO EL CIELO DE LEVANTE

plo vivo del padrecito Gil, de los cien soldados que se han salvado, de los civiles que fueron combatientes y de las mujeres que con ellos vivieron renovarán el valor y el entusiasmo en nuestras filas. El cadáver del niño que murió helado al pasar el río en brazos de su hermano estará en el pensamiento de todos.

España en los labios, Teruel en el corazón. ¡Adelante!

La batalla en tierra y en el aire

Todos los montes se encienden en hoguerillas delante de las baterías. Los soldados limpian las piezas de ramas. Hay un gran silencio al anunciarse el día. Sentimos hasta el rodar de una piedra bajo los zapatones, que despiertan del sueño a los que yacen por allí, arrebujados en las mantas espolvoreadas de hielo. Magnífico mirador el que alcanzamos. Es el vértice de un cerro, a poca distancia de las filas enemigas y sobre ellas. Quien manda se colocará en ese punto. Delante, nada. Una paz inaudita, mientras el valle duerme, con sus líneas de tierra removida en dibujos. ¡Dios mío, dentro de unos instantes todo será infierno de ira, alcanzando la bárbara belleza de la guerra...!

Ya nos hace hundir la cabeza entre los hombros el primer cañonazo. El rasgar de seda del proyectil corre, hasta convertirse allá en un humo negro, espeso, sostenido en la calma. Alumbra el sol, y como si aquel disparo empujara todas las actividades, se suceden nuevos estampidos, acompañados de esa rasgadura inolvidable. Entre nosotros, el silencio de los que esperan sin saber. El general mira, y a lo largo del día, sus frases vibrantes, como rayadas en el hilo telefónico, cambiarán la marcha de los hombres y sus armas, según las necesidades del momento.

La batalla ha sido la más precisa de las que he visto. Parece que cada cosa buscaba su lugar sin titubeos. Comenzó con esa preparación artillera, que hoy se ajustaba a las plegaduras del terreno de modo que se batía cada reducto, cada trinchera, en su interior.

A veces, el tiro se corregía, como si el ademán del general desviara la ruta de la muerte hacia una concentración, hacia un grupo, que al fin salía de su escondrijo. Los hombres quedaban envueltos en nubes, y al desleírse éstas, allí ya no había nada.

Llegó entonces el momento de la infantería. Se tiembla un poco al verles salir, al verles agazapándose para cubrir su cuerpo. Luego andan, y el humo blanco de las bombas de mano señala el triunfo. Así alcanzan la cota 1.160, primer jalón de la jornada.

Y es entonces cuando la aviación comienza. Han volado hoy los aviones todo el día. Acompañando a los infantes, despejándoles la ruta y siguiendo después más a vanguardia, para impedir que se reponga el enemigo o envíe refuerzos. Nunca se trabaron mejor las tres armas. Así, en nuestro mapa van borrándose con trazos temblorosos los números que dan nombre militar a las alturas 1.205, 1.177, 1.175... Un grito de triunfo tiene en el aire vibraciones. ¡Ya está el Alto de Celadas! ¡El Alto de Celadas! Para toda España, este nombre sonará a victoria. En sus faldas quedamos el día de la nevada, y sangre moza corrió por sus regatos. Le codiciábamos nosotros y ellos, porque era el punto que daba el dominio del Muletón, y el Muletón es, definitivamente, Teruel.

En el aire rugen ahora mismo ciento ochenta motores. Temerarios, descienden hasta cruzarse con la trayectoria de los proyectiles artilleros. Y otros vienen de Levante. Toda la emoción se concentra en nosotros. La lucha en el aire se presiente. Llegará en el momento en que se retiren los bombarderos. Y estalla. No sabemos qué aparatos son los nuestros y cuáles los de ellos. Han ganado altura unos y otros para herirse; tamborilean las ametralladoras, y en el aire se recortan cuatro aparatos, desprendiéndose de uno de ellos la nube blanca de cuyas cuerdas pende un monigote. Las cabriolas de los nacionales nos indican de quién es el triunfo. Mien-

tras se balancea el paracaídas descendiendo un avión en círculos. El llano lo acoge, y se posa dulcemente.

¿Abajo, en la tierra? Ya no nos inquieta la lucha. El triunfo es tan rotundo, que sólo el tiempo, la luz, puede limitarlo. Los soldados avanzan, comenzando la labor preparada para mañana. Pero no creáis que les ha sido fácil. Ellos han intentado maniobrar, resistieron, y es ahora, a las cuatro de la tarde, cuando comienzan a retroceder sin orden. A esa hora se asalta el Muletón. Al este del río Alfambra y sobre la carretera de Cortes. Esa y la de Sagunto quedarán inutilizadas esta noche para el paso del enemigo, que se retira. Ya en sombras fortificamos esa altura. Y los veintitrés últimos aviones se orientan a sus nidos. La victoria se ha exprimido hasta el final. Los tiros nacionales acompañan el paso de la horda.

Comienzan a llegar noticias que redondean la jornada inolvidable. Hay más de medio millar de prisioneros; sobre camiones, se ha cogido una batería que se retiraba. De las tres divisiones rojas que entraron en combate, dos han quedado en el campo. Dos "leonas" del 12,40 ruedan, entre el alborozo de los cazadores. Un oficial de Artillería prisionero cruza entre los cadáveres de los senegaleses que siembran lo que ya es nuestra retaguardia.

¿Y el aviador que cayó en el paracaídas? Está delante de nosotros. Es un ruso, llamado Eugenio Clepnéf.

—¿Quién os mandaba?

—Un comandante ruso, Petrovich.

—¿Erais todos rusos?

—No; había trece pilotos españoles.

—¿Aparatos Curtis?

—"Ratas".

No dice más. Señala únicamente que es el primer vuelo que efectúa en España. Y lo dice en cuantos idiomas masculina.

Noche. Otra vez silencio. Al bajar, dos perdices vuelan, sonando los cascabeles de sus alas.

Cara a los llanos que se extienden delante de Teruel

Abandonamos las alturas. Iremos a aquellas que no pasan de 900. Detrás atisbamos los llanos que son cañada de la ciudad. Ya es grato no hablar de cotas ni nombrar los puntos esenciales con cifras. Nombres casi comadreros siembran el terreno y dan tono familiar al campo. Las soledades de los barrancos y de las cimas quedan lejos, y otra vez tenemos en la mano las dos puertas que dan paso a la casa en otro tiempo acogedora. Es triste esta impresión de casa abandonada y rota. Así como la quietud campesina otorga al ánimo un descanso y los ojos miran suavemente al horizonte sin siluetas, hasta juntarse con el cielo, ver el que fué hogar mordido por el hierro, agrietadas sus paredes y sucio todo por el paso sin orden de la horda nos desasosiega y deja un gusto amargo que permanece.

—Aquello—me dicen—es la masía del Chantre.

Aquello fué. No conozco a nadie de por aquí que pueda contarme la historia de la masía, que tuvo hasta su huertecilla acogedora. Pudre el Chantre, sin duda, hace mucho, y todo lo que floreció bajo sus manos, que suponemos pálidas y afiladas, está tronchado por el vendaval que arrasa las tierras de España. La masía ha sido hoy casi punto final de nuestro avance por estos llanos. Teruel está a 920 sobre el nivel del mar.

Buen tiempo al levantarnos a una hora de ciudad. Luego, las nubes bajas, y a través de ellas cruzan los motores rojos y lanzan sus bombas "al mundo" por las

caídas de Cerro Gordo. Hay que limpiar las arrugas que ayer se tomaron, y por camino rudo van los soldados.

Delante de Concud empieza la llanada. Concud fué tomado hace mucho, y detrás, a su izquierda, queda todo el avance de ayer. El pobre pueblo tenía la línea pegada a sus corrales, y respira ahora con desahogo. Allí se alza un cerrete que llamaban de San Miguel nuestros abuelos. Y ellos, que le habían cambiado el nombre en sus cartas, emplazaban en su lomo las máquinas que les sobraban. El jefe dijo solamente:

—Es necesario que San Miguel desaparezca.

Era necesario porque sin prismáticos podían verse, entre los pies de nuestros infantes, las nubecillas de polvo que las picaduras de plomo levantaban al estrellarse en la tierra blanda. Los soldados avanzaban sin dar importancia al trance, pero les batían bien y podían tener bajas sin necesidad. Este valor seco, austero, de la infantería nunca se cantará bastante.

La orden del general tuvo su inmediato cumplimiento. Las bocazas del cañón miraron al cerro, y pronto la negra noche del humo envolvía todo aquello. Se tomó el cerro, y por el llano siguieron sin otro contratiempo. El barrido de lo ganado en las últimas horas se ha efectuado, dando con ello tiempo a que todos los servicios funcionen y a que los chicos se repongan del cansancio del triunfo.

Hemos tenido hoy también prisioneros. Los que casi hablan castellano son catalanes, algún valenciano y los relieves de aquellos gudarís que revistó un día Aguirre. Uno de ellos se muestra hablador.

—¿Qué pasa por ahí?—le preguntan.

Dice que es licenciado en Ciencias y soldado raso. Otros de los suyos le señalan como capitán.

—Para usted—contesta—tendrá alguna importancia saber que ayer llegaban a Teruel los diputados laboristas ingleses invitados a ver la ciudad.

—¡Buen día el elegido!

—Y quizá también que se ha destituido a todos los comisarios políticos del Ejército del Norte.

No podemos negar que tiene instinto periodístico el capitancillo. Alguna vez hemos pensado ya en el comisario político, flamante y fugaz autoridad roja de Teruel. Como pensamos que necesariamente hoy intentarían contraatacarnos.

—En efecto—aclara el general—, han atacado en dos puntos, en el ala izquierda, al reducto que se les tomó; allí se han quedado dos carros rusos destruidos. Llevaron la brigada internacional Walter, que se ha dejado los dientes.

Y nada más ha tenido el día. Ha sido como un epílogo de la victoria de ayer y prólogo de la que espera.

Se ha tomado el Muletón

A dos kilómetros y medio, Tortajada, pueblecillo del lado de allá del río. Un batallón rojo, con su bandera, sale. Se nos pierde por los barrancos. ¡Qué tierras éstas! Las quebradas parecen pozos. Ahora, al ver el terreno, se comprende cómo pudieron defenderse y se defienden estos demonios, y se emociona uno más con el valor de la infantería, que se introduce hasta sacarlos a golpe de bombas. El día ha sido bueno, pero su final me ha impresionado hondamente.

Arriba rodaban los cantos, empujados por la artillería enemiga. No sé. Todavía la impresión anuda nuestros nervios, y no acierta la maquinilla portátil a correr como otras veces. Mis notas van espaciándose, y no tienen ilación en los últimos renglones.

Se ha tomado la contrapendiente del Muletón. Este maldito Muletón ha sido disputado palmo a palmo, y ahora parece que nuevas tropas, frescas, han llegado al frente de Teruel y más artillería ha reforzado sus líneas. Pero la emplazan al otro lado del Alfambra, y el general se encuentra en situación ventajosa, porque domina las alturas y ellos se esparcen por el llano. Es la situación perfectamente contraria a la que teníamos al iniciarse la batalla. Nosotros, en los altos, y ellos, en los valles de este río que poseemos ya. Las Pedrizas, que ayer pisábamos, son nuestras, y el frente se ha desigualado en dos puntos esenciales y necesarios. El Muletón tiene una serie de hondos y estrechos barranqui-

llos que se han alcanzado en varios momentos. ¡Cómo defendieron esta meseta esencial! Hoy hemos podido ver algo que acredita una resistencia. Hay allí un reducto que no he pisado y que debe ser profundo y bien trazado. La artillería nuestra lo batía, acercándose poco a poco los proyectiles, hasta colocarse algunos en el mismo centro. Los soldados estaban a unos seiscientos metros, y aguardaban el instante del asalto.

—Toma—me dijeron—, y mira.

Los prismáticos me agrandaron todo el espacio enfocado. Por la linde contraria subían las negras siluetas de los que iban a relevar a los caídos allí dentro. Perfectamente se distinguían las caras senegalesas de los que buscaban su tumba. Poco después el reducto levantaba la bandera nacional.

Ya he apuntado que hoy han debido de recibir fuerzas de refresco. Era igual. Se ha espantado a los rojos de todo el sector del río, y en la margen roja se han corrido a los barrancos que forman el arranque de Sierra Gorda.

Desde los observatorios, muy lejos, se ha visto lucha en el aire. Los aviones que formaban las "cadenas" de bombardeo que intervinieron en la batalla enfilaron la ciudad, y sobre una sierra que parece nevada y se recortaba magnífica en el cielo purísimo volaron hasta encontrar al adversario. Eran unos puntitos luminosos, brillantes en la calma de la tarde, que giraban, iban y venían como esas partículas de polvo que flotan a la luz que entra por la ventana. No podía percibirse otra cosa, no podía sentirse más que la esperanza de que el triunfo acompañara a los que combatían sobre un suelo hosco. Luego, al retornar, el capitán enlace me dice presuroso:

—¡Han sido siete seguros y ocho probables!

Buena venganza, porque a primera hora de la mañana ellos han volado sobre nuestras líneas y dejado

caer algunas bombas, seguros de la impunidad del momento.

Y luego, el instante tremendo. Ya no le impresionan a uno los heridos ni los muertos. Hace un rato, un muchacho cayó, y el jefe que teníamos al lado, después de intentar el socorro inútil, mandó rezar un Padrenuestro. Nada más. Los caídos en el fragor del día vienen a ser un número que se borra. Luego, luego es cuando se les recuerda intensamente. Pero éste...

Era un capitán, un capitán viejo. La barba, sin afeitarse, blanqueaba, dura y sucia. Sus miembros, en talla y carne, llevaban por el mundo medio siglo. La metralleta le había herido en el cráneo. Sobre el tabardo viejo y lleno de lodo parecían palpitarse partículas vitales adheridas al hombro. Entró en el puesto del socorro inútil, instalado en una capilla, seguido por el ordenanza, que portaba los útiles del guerrero.

La enfermera, una dama menudita, ágil, fina, acudió solícita. Su mirada, acostumbrada al dolor, acarició aquellos ojos cerrados. Suavemente sujetó los brazos del oficial, que hacían los involuntarios movimientos de los heridos de cabeza.

—No hay nada que hacer, mi capitán.

El médico asintió, convencido. Y vino el cura.

Vino el cura, que es otro soldado, otro héroe, uno más de la Cruzada. Con la pausa precisa, con esa calma de quien perdona en nombre de Dios y absuelve a un alma que fué fuerte y ya quiere volar, cumple la misión sagrada. Mirábase algunos tristemente.

—¿Cómo se llamaba?—preguntó al ordenanza.

—Don Antonio Cerezo.

Hablaba en pasado, con voz tenue, como se habla ante un muerto que murió por la Patria. Y entonces aquel cadáver, aquello que ya no era, levantó el brazo e hizo perfecta, clara, rotunda, la señal de la cruz sobre su frente rota, su corazón inmóvil y sus hombros salpicados de sangre...

El médico, este médico que todos los días opera y cura las más terribles heridas, balbuceó algo con los labios temblorosos. Yo tuve que apoyarme en la pared y sorber mis lágrimas. A los otros no los vi; no sé lo que harían.

El capitán ya viejo, el héroe de aquella hora luminosa y tibia, no se movió más.

E l r e g a l o

Estas pequeñas operaciones, que son como el coro de las decisivas, producen al enemigo un desgaste y enervamiento de amplias consecuencias. Son el machaqueo constante, el no dejarle reposo, el mantenerle la inquietud de la derrota, mientras los servicios se acoplan en la amplia faja de terreno conquistado. Las fortificaciones enemigas tienen que ser vueltas al convertirse en nacionales. Pistas y veredas se trazan con rapidez, y todo lo que dispone un Ejército se traba y complementa en las horas de pausa necesarias. Mientras, las armas no callan. En los vértices y curvas precisas continúa la actividad. Van reformándose a gusto del mando para el nuevo asalto.

Hoy, las Pedrizas han sentido el peso de nuestras fuerzas y aquellos vericuetos han soportado el fuego. En ese espacio corto de terreno se han hecho cien bajas, entre prisioneros y muertos, y ya tenemos seis ametralladoras más. La línea a lo largo del río se fortifica, para su mayor comodidad, y los soldados, en su victoria, permanecen con el espíritu tenso de entusiasmo. Para medir esto bien hay que escuchar a los heridos.

Andar por estos lugares es aleccionador. Han cavado, como siempre, y las zanjas serpentean muchos kilómetros. No son estas fortificaciones del tipo de las del Norte, donde, con una mentalidad albañilera, cuajaban toneladas de cemento y hierro, transportando así al campo el modo de la capital gris. Aquí, las estrechas zanjas sólo están abiertas a golpes de pico, y la caída

de la tierra, disimulada por su propio color. A unos metros no hay ojo que las distinga, y el campo aparece liso, planchado por la lluvia de muchos inviernos. Esas escarpas del río Alfambra supongo que estarán igual, y que las salidas darán la vuelta hasta la carretera, que se adivina.

Ahora se comprende toda la magnitud del crimen de la entrega de Teruel. Quien estaba allí, si en lugar de encerrarse en la ciudad hubiera salido al campo, en largos meses no habría podido entrar un rojo, y como el Ejército acudía, no se habría consumado la pérdida.

Los rojos no tienen profundidad en su ofensiva, y todo estaría como estaba. Encerrados en los edificios desde el primer momento, estos barrancos sirvieron para el ataque, y ahora hay que sacarlos de ellos uno a uno. Porque capacidad defensiva sí la tienen. El magnífico alarde de nuestros hombres consiste precisamente en eso: en atacar desde la línea, pasar esa faja fácil de batir, gatear hasta los altos y encontrarse ya de nuevo en el valle del otro lado, pero con una seguridad y ventaja que antes, y por unas horas, fué de ellos.

He visto hoy al general hacer el regalo que con más entusiasmo me había sido dable contemplar. A lo largo de tantas cosas como han pasado cerca de mí en distintos lugares del mundo, fuí testigo de donaciones inter vivos rarísimas. Yo he visto regalar unos pantalones dedicados y un brillante sin mácula. Sé que, desde un elefante de gran trompa arrugada hasta unos calcetines fabricados por manos arrugaditas, todo en esta tierra puede ser entregado alegremente y con contento recibido; pero esto de hoy no lo había visto nunca, ni creo que lo vea más.

En lo alto de un cerrete, los ingenieros fabricaron anoche un estupendo puesto de mando. Ventanas, lugar para las brasas. Sólo faltaba un cuarto de baño. Este palacio, tan hábil y amorosamente construido, era para el general.

Allí, al lado, estaba un coronel. Un hombre de guerra. Un jefe de tropas que vive con sus soldados y duerme donde ellos. El jefe visitó la propiedad, y en la cara traía la satisfacción que le producía. A la vera de su tienda individual, aquello era un palacio del bosque de Blanca Nieves. El general, socarrón, hacía desde fuera los honores, y al advertir que con los ojos colocaba su colchoneta, la caja que le sirve de mesa y hasta el clavo del candil, le dijo:

—Se lo regalo, coronel. Tráigase sus chismes.

—¿De verdad, mi general?

—Ya es suyo.

—¿Y dónde se va a poner usted?

—Allí.

— La mano renegra, tostada por el sol, señala, a la izquierda, un canto casi redondo, aislado en un paisaje lunar.

Y no valieron protestas. El estupendo regalo quedó consumado, y tuvimos que salir de la agradable trinchera y de la covacha magnífica, amarillentos de noble envidia.

Teruel, en llamas

Desde estas alturas en las que se abre el corte puede admirarse una gran extensión de terreno a los pies del observador. Allá, las ondulaciones de Hombrihuela y montes cerrados y muy próximos, que nos dan la medida de sus barrancos, y al Sur, la vega del Alfambra, con el ramal del Rambla partido en el mismo punto y con el mismo trazo de la carretera.

Acostumbrados mis ojos a otros paisajes, a los verdes violentos y ocres calientes de la tierra llana de mis provincias del Sur, esta dureza, el tono igual y solitario de un horizonte siempre con la sombra lejana y violenta del monte, me abruman un poco. Llego a comprender que esta tierra, que nada oculta, que muestra en sus detalles al aire fino de unas montañas transparentes y se ofrece al hombre casi arisca, tiene que hacer esos caracteres pedreños, razonadores y escuetos que dieron fama a Aragón y muchos conocen más por la broma de los costumbristas de la tierra que por el tono igual, puro y acogedor en su rudeza de las gentes de por aquí, que suelen no mirarle a uno siquiera al cruzar la portalada y considerarle ya como familiar desde el momento en que se está entre sus paredes.

Desde esas alturas se ve Teruel. No es necesario acercarse más, porque con ello piérdese la visión del conjunto. En la Muela, la ciudad está mucho más cerca, pero la miramos un poco desde su base. Aquí, el morro en que se levanta parece ofrecerla en conjunto, como si quisiera que entráramos por todas sus curvas ciudadanas, para advertir los viejos lugares que un día de paz

visitamos con hondo respeto por sus canas. Y llevamos tres días en los que en algún sitio de la ciudad el humo denuncia incendios.

No debe haber allí mucha gente. Apenas patrullas husmeadoras en la noche, que registran los pobres hogares desiertos para llevarse lo que reste. Las fuerzas de España ni han tirado sobre Teruel ni se ocupan militarmente de la ciudad. Nada significa para la marcha de las operaciones, y el batirla sólo conduciría, por el momento, a destruir lo que todos queremos conservar.

Recuerdo que en los días que el coronel Barba radiaba los impresionantes partes de la defensa, hubo uno en el que serenamente decía: "Vais a encontrar un cementerio." Veía desde su fortaleza de ladrillo lo que las patrullas de Prieto hacían, y sin duda presentía ya la rendición que fraguaba quien la hizo. Ahora no vamos a encontrar un cementerio: vamos a caminar por una ciudad barrida por la bestia, sin objeto.

Este odio que los rojos sienten por la más noble de las civilizaciones, esta vesania impuesta desde el primer momento a sus hordas es incomprensible. En las horas en que se creían vencedores destruyeron con la misma saña que ahora, y eso muchos no podemos explicárnoslo. Si creían que, más o menos tarde, toda España estaría en sus manos, no comprendo cómo la destruían tan radicalmente. Quizá el sitio donde la lucha era sostenida por sus mismos naturales, sin mezclas positivas de otros hombres, fuera Vizcaya, y los pueblos quedaban arrasados, requemados con esa mezcla de gasolina y pólvora que descascarilla el granito y hace el milagro de que arda. Eibar, Guernica, Gática, son claros ejemplos del paso incendiario. Nos decían allá las mujeres que restaban, que una guardia especial quedaba detrás de las columnas huidas para que desapareciera el pueblo antes de nuestra entrada. Lugares al margen de la lucha, que no estaban en la ruta del vencedor, ardían en la noche antes de ser rebasados, sin

que la velocidad y necesidad de la guerra permitiera que nadie se aproximara a ellos. A las seis de una tarde lluviosa y triste, desde unos pinares, vimos las llamas de Amorebieta, que se tomó cinco días después...

Teruel sufre ahora ese modo brutal. Sus incendios son aislados, como si quisieran calcinar determinados edificios o borrar con el fuego la huella de otras monstruosidades. Dentro de unos minutos quizá las radios rojas comenzarán a decir que nuestros aviones han dejado caer sus bombas incendiarias, y con ello quedarán tan satisfechos. La propaganda roja dará unos cuantos gritos y el eco del otro lado del Canal o de las márgenes del Sena resonará en editoriales lacrimógenos.

Ya no habrá remedio para el pobre Teruel. Vacío de espíritus nobles, lleno de recuerdos heroicos, ennegrecido por el humo, ofrecerá silencioso sus llagas, espejo de otras hechas en su carne mortal.

Quisiera equivocarme; no lo creo. La densa humareda que se levanta allá es el prólogo de su dolor. De otro dolor más.

Y en Teruel no hay nadie más que unas patrullas rojas que se acercan en la noche y husmean entre los escombros de las minas del Belarmino para llevarse lo que todavía quede. Ni un soldado, ni un combatiente, ni ese señor Sánchez que llaman alcalde comunista. Nada.

El petrolero vulgar, con una alforja llena de rapiñas.

La batalla de las Celadas

No se recorta todavía la Sierra Palomera, que deja adivinar la neblina de su valle, y nos metemos por la carretera general, seguros de que el cañón que hostiga el codo de la ruta recta no tirará sobre el coche. Avanzamos así más y mejor que por el camino viejo de Cella, separado lo suficiente para no temer a nadie. Corremos entre esa luz pálida de la amanecida por un camino limpio de obstáculos, y cuando debemos, entramos en la pista militar que ha de conducirnos al sitio elegido.

Unos kilómetros más allá comienza la guerra. Todo ese espectáculo que ya no sorprende a casi nadie y que es distinto cada día y en cada lugar. Hemos dejado la llanada de las tierras bajas y entramos en el monte con el recuerdo de otros paisajes semejantes. Hondos barrancos estrechos, escarpas verticales de canto rodado, hoy duras las tierras por el hielo. Todo el suelo está blanco de escarcha; sólo allí, en el amplio círculo en el que patean los mulos, se abre una gran circunferencia parda y humeante. En la tierra duermen los soldados. Han cavado unos nichos, que techan con sus capotones, y están otros bajo las tiendas individuales de tela pintarrajeada. Los más reposan la cabeza sobre el morral y apenas asoman la nariz entre el burdo paño, blanqueado por los cristales del hielo.

En las baterías despierta la gente quitando ramas y redes de las piezas, y un gran silencio envuelve el campo, cuyas verrugas comienzan a dorarse con el sol que se anuncia.

Es preciso dejar el coche. Nos arrancamos de él con

dolor. Estaba tibio, lleno de humo, confortable. Ahora hay que andar y subir. Cada derrumbamiento del terreno tiene en sus grietas a un número de hombres. Allí saltan el hielo del arroyo para refrescarse temerariamente la cara. Humean las lumbres recién encendidas con sus grandes pucheretes desbordantes de café.

Cinco kilómetros a buen paso primero, entre tiritones de frío; despacio luego, chorreantes de sudor. Sobran abrigos; va uno quitándose las cáscaras de lana, que apenas alcanzada la cumbre volverán a cubrarnos. Ya está la trinchera. Su zigzag acogedor deja, como siempre, la boca seca. Es un fenómeno inevitable. Arriba, donde estamos, nadie duerme, y apenas nos miran un instante los que observan. Es el fuego, el miedo, el que nos amarga el paladar y nos hace apretar contra la triste carne el borrego que forra la chaqueta.

Delante, nada. Apenas las líneas rojas se marcan con las escarbaduras de tierra. Ellos no han encendido lumbres, no se mueven; es como un paisaje calmoso que contempláramos abandonado. Y están allí, y pretenden cerrarnos el paso. Adivinamos los muros de Teruel como temblorosos por la neblina que se alza de la tierra. Los ojos se fijan en las ondulaciones de la corteza y quisieran cerrarse ya en la noche que vendrá, con todo resuelto.

Detrás ha tronado un cañón. Silba la rasgadura inolvidable del proyectil, y le seguimos idealmente hasta ver cómo se resuelve en humo. Luego, nuestro oído percibe el ronco mugido del estallón. Nadie contesta, nadie sale, nadie parece vivir o morir.

Nuestro frente se ha desperezado con esa llamada. Las piezas pequeñas responden como gozquecillos que ladraran al mastín gruñidor. De aquí, de allí, otras muestran su impaciencia. Ellos se cansan, y contestan. La nube negra se levanta a nuestra izquierda y va poco a poco adelantándose, hasta fijarse en la vertiente que deben suponer camino de nuestras reservas. Bien está

que tiren ahí. Y ahora, ¡Dios mío!, el infierno ha roto sus entrañas y surge para anonadarnos a todos: a nosotros, por la potencia que demuestra la masa artillera que se maneja; a ellos, por la lluvia de hierro que anega sus reductos. Todas las piezas están detrás, y más nos llega el silbo del aire roto que el estampido inicial o el de término. Y perciben mis orejas, ya acostumbradas, un nuevo sonido que desconocía. Es lento, pausado; obliga a mirar a lo alto, como si fuera a verse el paso del proyectil y seguirle hasta el final. No silba este prójimo, escarabajea, es como una burbuja que corriera despacito por la ruta que le marcan.

El general nos deja en el fondo de la trinchera y se acomoda en una caja de cartuchos, con los gemelos en la mano. Está serio, preocupado, atento a lo que va a pasar. Este juego apasionante de la guerra es de una emoción insospechada, y debe ser choque tremendo en la mano directora. Es un juego en el que se manejan vidas, fichas de carne y de sangre, espíritus tensos con fervor de victoria, algo único en las actividades humanas. La gloria guerrera tiene todos los clarines y todas las tristezas. Nada puede apasionar más a un hombre.

Yo lo comprendo. Me da miedo mirarle en los sitios en que se coloca, jugar con el plomo, que ya le ha tocado otras veces; pero lo comprendo. El general tiene alegría de soldado, audacias de teniente y responsabilidades de jefe. No palpita más que para su oficio, y lo siente tan hondo, que sólo el campo anima sus ojos y le otorga suavidades en el ademán. En la línea de fuego, a la hora de lucha, se transforma en un amigo que cuida de todos los que tiene a su alcance. A veces los labios se le pliegan en una amargura infinita. Quisiera ir, estar allá, en los quinientos metros que le separan de los suyos, y entonces, con un golpe diestro de mano, inclina la avanzadilla por un vericuelo propicio y la conduce cuidándola.

Hoy no habla; le tememos; esquivamos sus ojos, que

son apenas dos rayitas detrás de las gafas. Alza la voz para dejarse oír en el fragor, y nosotros, el último de los suyos, nos encogemos en la trinchera de modo que el sol, ya libre de gasas, nos caliente un poco la punta de la nariz, que gotea tristemente.

Son las diez. Hace tres horas que estamos aquí, y no hemos pronunciado diez palabras. La artillería sigue. Ya no es una artillería que bate el campo enemigo. Es algo más hondo y terrible.

Anoche el general recorrió la línea y llamó a todos sus colaboradores. Se apartaba unos momentos y hablaba, hablaba, hablaba.

—El plano—pedía.

Con el dedo tenso, cortante la palabra, señalaba lugares. Adivinábamos que le decía lo que debía de hacer, marcándole hasta el número de pasos que había que dar. Su memoria geográfica le señalaba hasta los relieves más pequeños del terreno, para fijar en el cerebro amigo los jalones de su marcha. Luego, un ademán cariñoso y... a otro. Planeó así la batalla en las cartas y la fué explicando en trozos a lo largo del camino.

—¿Necesita usted algo?

—Nada, mi general.

—¿De verdad?

—Sinceramente.

—Pues hasta mañana, y suerte.

En un lugarcete, mientras hablaban, vino por allí un proyectil perdido que se hundió sin estallar.

—Lléváoslo—dijo un oficial al ayudante.

—¡Cualquiera!

Así ahora nada puede sorprenderle. Sabe que si todos hacen lo que les dijo matemáticamente saldrá el victorioso final.

Sin cesar el fuego artillero comienzan a llegar los aviones. El conjunto de las tres armas comienza a funcionar con perfecta trabazón. Entran los bombarderos

en cadena y vacian sus vientres. En el instante de mayor emoción del día, porque les ha llegado el turno a los infantes, y de ellos, al fin, depende todo. Los soldados tienen que ir, avanzar, exponerse.

1.180. Es el nombre militar de esa altura. Hay que subir. Ya brotan, andan, se inclinan, se detienen.

Uno de nosotros mira el reloj. No han pasado tres minutos, y parece que hace meses que los vemos inmóviles. El general se violenta. Los empuja con los ojos, dice algo. En seguida comprende. El que manda allí, hábilmente, ha juntado sus líneas y las lanza cuando los ve a su gusto. Gatean los muchachos y coronan la cumbre. Se respira ancho. Conseguido eso, ya todo irá como debe.

La lucha sigue, pero nada turba la confianza. El teléfono trae los números de las cotas que se ganan, uno, otro y otro. Se presentan los aviones rojos, y los nuestros les salen al paso. Son ellos veintitrés, son los nuestros dieciocho. Se persiguen, ganan y pierden altura, se buscan el rabo entre nubecillas blancas de los antiaéreos, y se descuelgan de lo azul cuatro aparatos. De uno brota la vejiga blanca de un paracaídas con el monigote bamboleanante en su extremo. Se van los vencidos, y los nacionales corbetea el triunfo.

—Mi general, el Alto de las Celadas es de España.

Un momento de silencio. Bajo la frente arrugada, entre los ojos brilladores, ha cruzado el rasgo del guerrero.

—¡Seguid!

Han alcanzado ya todo lo propuesto para el día; quedan tres horas de luz. ¡Seguid, aprovechad la victoria, exprimid el triunfo, agotad la resolución heroica! ¡Adelante! Se ofrece allí el Muletón, el otro diente turo-lense. ¡Seguid! ¡Alcanzadle!

Serpentea por su base la carretera a Cortes; un poco más allá, la de Sagunto. ¡Seguid! ¡Cortadlas! A las cinco se asalta el Muletón, y ya es de noche.

Nueve aparatos runrunean en las sombras. El fuego se apaga lentamente. La batalla ha terminado.

El general se levanta con el vaso de café caliente en la mano y exclama:

—¡Qué soldados tiene España!

Recordamos ahora todo lo que un instante se ha borrado de nuestro pensamiento, dominado por la visión que llegaba en seguida. El “parón” inicial, la caída de aquel muchacho, que otros socorrían para incorporarse ligeros a sus compañeros, el desleírse en el humo negro de un estallido, la figurita valiente que no le pudo ver llegar. ¡Cuánta cosa! Y luego, esa salida del enemigo de sus cobijos para retirarse definitivamente derrotado.

Es noble confesar que han sabido resistir. Aquí no hay milicianos huidizos; tenemos delante buenos veteranos que saben hacer la guerra.

—¡No sabes — me dicen — la de muertos negros que hay!

—¿Negros?

—Sí; parecen senegaleses.

Luego confirman la noticia, El aviador era ruso, la infantería colonial francesa. Algún catalán musita excusas en nuestros puestos de información.

Por la barrancada vamos. Ya no esperan las fuerzas allí la llegada de la noche. Están solitarias las tierras; sólo la huella del hombre ha quedado. Duermen mucho más allá, en los lugares que eran enemigos, en los sitios que han logrado con su esfuerzo.

El general desciende ágil y contento. Charla. ¿De qué? De cosas de Africa, de lances lejanos, de trances de otros días. Parece que lo de hoy se ha borrado por completo. Todos nos atrevemos a intervenir en la conversación, todos opinamos. Alguno desliza un chiste que hace reír con fuerza.

—Id uno a los puestos de socorro.

Vamos. Las camillas, alineadas en la puerta. Los mé-



dicos, con sus batas trágicamente manchadas; las enfermeras, en su trabajo.

¡Buen día! Los heridos sonríen arropaditos. Cantan sus glorias con alegría. En la línea solitaria del poblachón se alinea ya un tren que les llevará a tierras de paz.

Hundiéndonos en el barro de la calleja andamos.

Hace una noche tibia, brillante, calmosa.

Alguien se cuelga de mi brazo, y apretando exclama:

—Muchacho, ¡qué buena es la victoria!

Una posición en el camino viejo de Teruel

Lagarteamos al sol en este día de paz que alumbra todo la luz de una primavera prematura. No parece que estamos en aquella misma tierra de Teruel que se helaba bajo nuestros pies y tenía en lo alto un cielo pesado y gris. Todo brilla como nuevo. Las mozas de Santa Eulalia bajan cantando al riachuelo con los inmensos cestos de ropa sobre la cabeza. Los soldados se desnudan entre las ramas y limpian sus cuerpos de molestias parasitarias. Todo tiene un tono caliente, dulce y bueno. Lejos se escucha algún tiro, pero no queremos oírlo. La guerra es preciso que la olvidemos hoy, porque la vida se presenta de nuevo y la sentimos dentro. Unos pavos que van por el camino andan con las plumas en tensión y las cabezas escarlata, mientras sus hembras picotean en el terrón que se agrieta. Se siente uno idílico, contento, satisfecho, y se desliza a cuerpo por las laderas de los montes, sin hacer caso de esa Sierra Palomera que verdea hoy mejor que nunca. Es una sierra de piedra viva, sembrada en las hendiduras de su falda por los pinares más bonitos del mundo. Pero allí están ellos, y a veces se acuerdan de su misión y hacen fuego sobre la carretera. Hace un rato lanzaron el grito molesto, al que ya nadie hace caso.

El paseo nos lleva por unos rodales que fueron huer-

tas. Más allá hay una torrecilla, donde arrullan las palomas. Todo se distingue, vibra, parece palpar en el aire fino del campo.

En nuestra vuelta de buen notario pueblerino vemos el paso de los aviones. Van como siempre. Casi no nos llaman la atención hoy. Sólo aquel giro que hacen precisamente en una vertiente que conocemos demasiado nos extraña un instante. ¡Bah! Un reconocimiento por estas tierras casi de paz. También ellos habrán querido extender las alas al sol. ¡Cómo brillan! "Me gustaría ir en ellos", se piensa inconscientemente. Luego, el vuelo corto de un gorrión, que no es la bolita de pluma de hace unos días, nos hace seguirle con mucha mayor atención. Y de pronto, el golpetazo tremendo. Tiembla el suelo, retiemblan los árboles. Palomas y pájaros revolotean alocados y aquellos pavos enamorados y ruidosos alisan sus alas y dan una carrerita elevando su cabeza pálida. Sierra Palomera es una nube negra. Las grandes bombas de los aviones han caído en las crestas y en las laderas. El sol sigue siendo el mismo, pero ya no es igual. La guerra nos llama, nos atrae una vez más. Vamos a ella...

Después de que los bombarderos cumplieron su misión, los cazas tornan a vigilar. Allá lejos, en la faja roja, encuentran a los que nosotros llamamos "ratas" y el enemigo "chatos". Han trabado la lucha. Me dicen los que andaban cerca que siete rojos cayeron al suelo, sin que haya la menor duda en ello. El número de aparatos que se les han derribado en este frente es como para no tentar más la fortuna aérea.

¿Y en el suelo? Como decía antes, el día era de paz. Pero existe una casa en el camino viejo de Teruel donde se habían hecho fuertes y molestaban un poco. Los muchachos no estaban satisfechos con aquel mosquito zumbador delante, y se organizó la caza. A paso de zorro han rodeado el pequeño edificio, y ya muy cerca

se dió el asalto con tanta habilidad y empuje, que dentro de él quedaron treinta muertos, con sus fusiles, dos ametralladoras, y varios que prefirieron levantar los brazos. Ya la casa era un jalón más en la victoria. Y podía sentarse tranquilamente en los ribazos del río y a su sombra.

El día de paz se iba. La guerra termina en su virulencia muy temprano, y sólo ese cañoneo de todas las horas interrumpe el tranquilo atardecer. Era un encanto bajar los barrancos dorados por luz suave. Jugaban los soldados tranquilos, porque para ellos los proyectiles que llegan y estallan no tienen apenas importancia. Tan poca, que hace unas horas, en el recorrido diario del general, y a veinte pasos de un altillo que batía el cañón enemigo sin cesar, había un círculo bien agrupadito que se entretenía.

—Esos—dijo el jefe—están jugando a las cartas.

Nos acercamos. Cada uno tenía su carta y sus céntimos. Sólo uno miraba blanca moneda. Se turbaron, y no sabían qué hacer.

—¿Jugáis?

—Perdón, mi general; son unas perras, para entretenernos.

—¿Y esa peseta?

—Para señalar, porque no hay perras bastantes.

El jefe abrió su cartera y les dió veinte duros.

—Compraos algo ahí abajo—les dijo.

—Todos hemos hecho siete y medio—comenta el más valiente.

El cañón rojo salpicaba la baraja de aquellos chicos, que en el monte y en el peligro sienten el deseo de matar las horas con un poquito de azar. Las luces de mi pueblo se han encendido. Son tres, pero brillan como luceros toda la noche. Pasea un centinela bien enfundado en su capote, y en los cruces, el soldado de gorra amarilla extiende el brazo para que sigamos el orden de la

circulación. Porque aquí tenemos guardias de la porra y todo. Jamás una cosita tan humilde como ésta ha poseído tantos relieves que sólo la civilización urbana dentaba. Por el aire, los aviones. Por la tierra, los autos con direcciones prohibidas, y cuando menos se espera, ese trueno, que es otra muestra de la velocidad del mundo.

Y el sol, espléndido en enero y en Teruel.

El comandante Negrón

Uno de los fenómenos característicos de la guerra es la transformación del dolor en forma tan pronunciada, que aquellos hechos de sangre que en la paz provocarían movimientos colectivos de horror y piedad pasan en un rictus dibujado en la memoria familiar y compañera. El contacto constante con la muerte logra impermeabilizar un poco el corazón y lanza los pensamientos a un fatalismo confortador. Siente el humano la "alegría de morir" aunque pugne con su propia naturaleza, y todas sus reservas de optimismo brotan en sus instintos, dándole más hambre, más sed y un ansia de sentirse amado que se funde con el convencimiento de su posible sacrificio.

En el frente se habla de la muerte entre risas. El cañonazo, que busca casi siempre la espalda de las líneas, es acogido con una broma si no hace carne, y el caído es despedido como un camarada que se fué por aquella vereda por la que se puede ir uno en cualquier momento. Por ella se ha marchado ahora el comandante Negrón. Manolo Negrón era aviador, y sólo ha hecho la guerra tres meses. Estaba en Santoña al iniciarse el Movimiento, y con los primeros rumores se sublevó, entusiasta. Tuvo que huir al monte, y, capturado, entró en el penal, donde fueron los marxistas a ofrecerle la libertad y un avión. Los rechazó con violencia, y, bien custodiado, le quisieron trasladar a Albacete. La voladura de un puente obligó a sus carceleros a volverle a Santoña. Un año y medio estuvo en la celda. Llevaba siempre una gabardina mugrienta, y al preguntarle la

razón de su cariño al ligero gabán veraniego reía, apretándole cariñosamente. Ella era un exponente de su carácter.

En el penal, un día se dió la orden de recoger a los presos todas sus prendas de abrigo. El se negó a darla. No valieron amenazas ni súplicas. Y el director de la cárcel fué en persona a decirle:

—Quédese con la gabardina. No doy cuenta de esto porque le fusilarían dentro de dos horas. No sé cómo no lo comprende usted.

Y siguió con la gabardina puesta, y con ella fué liberado. Cuando el Ejército se acercaba al pueblo, Negrón convenció a los milicianos, y al frente de ellos, y en nueva sublevación, fué al encuentro de las columnas navarras. España no le dió un avión, le entregó un grupo, del que ha sido jefe, y su inteligencia le destacó rápidamente, porque aquellas escuadrillas de Negrón volaron de manera diferente, y la técnica del aire en la clase y forma de sus aparatos se transformaba, dando mayor efectividad a los pájaros pesados que dirigía. El "paisa", el muchachito que combate en el suelo y se siente amparado por los pájaros nacionales, ya conocía el grupo, y le seguía desde lejos con la mirada del que espera grandes cosas. El comandante no fallaba nunca.

Ese modo estremecedor de la cadena, los picados terribles, toda la guerra aérea, tomaba en sus manos de piloto seguridad de espectáculo. Y hace unas horas, la bala certera de abajo hirió mortalmente la carne del pobre Negrón en uno de sus heroicos trances. Fué aquí. Contemplábamos la labor de los aviones, y observamos cómo uno de ellos se encabritaba y, dejando de disparar, hundía su proa, como si algo interno se le hubiera roto. La mano firme, el espíritu del piloto ya no dominaba la máquina poderosa. Pero vimos también cómo se enderezaba, volvía a subir, y después de dos baches infinitos abandonaba el campo serenamente, en busca de su nido.

—Le han tocado—dijo nuestro general.

—Pero se va; no ha debido ser nada vital—contestó el enlace.

Se iba, sí. En un ronquido supremo encontró la horizontal y se deshilaba de su grupo, perdiéndose poco a poco en el gris azulenco del cielo. Era ya apenas un punto brillador tras los montes del Paniza, y no nos ocupamos más de él. Pero allí dentro volaba el drama. El comandante Negrón iba muerto. En su sillín de guerrero moderno, junto a los "relojes" que le daban la orientación y marcha de su cabalgadura, con las palancas y mandos al alcance de su brazo, el jefe del grupo era un poco de carne trinchada, sin la chispa animadora que le destacaba con firme trazo. Detrás, otro hombre, observador. Este no es piloto; apenas sabe, por valor y costumbre, cómo se maneja todo aquello, y fué él quien enderezó el aparato para transportar el cuerpo de su amigo y jefe. Le sabía muerto, pero ¿y si todavía restaba una esperanza? Era mucho más fácil dejarse caer con el paracaídas en la llanada amiga, donde le aguardaban los brazos de nuestros soldados. La vida reclamaba su derecho; brillaba el sol; la juventud grita... El deber se impone. Y sigue. Ya está sobre el aeródromo. Hay que bajar; corta gases, hace en tres segundos todo el trágico recorrido que muchos no logran nunca, y enfilando la pista plana toca el suelo con violencia y queda él también herido gravemente. Su dolor se sobreponía al otro dolor. Trajo el cuerpo del comandante y rescató el aparato que la Patria le había entregado para su servicio.

Manolo Negrón ya no existe. Sobre su pecho, la mano del general prendió la Medalla Militar, y en nuestros cerebros está su recuerdo, la admiración que nos producía verle llegar como un revolucionario del aire, transformando lo que muchos hacen en algo impregnado de su propio impulso.

En el frente se le ha llorado con esas lágrimas rápi-

das que son las palabras del soldado. Una mirada al cielo que él rayaba todos los días y una frase que condensa todo el afecto que reconoce superioridad.

Ya dije que el contacto constante con la muerte impermeabiliza un poco el corazón y seca las fuentes del sentimiento. Todos los días cae alguien. El soldado del aire es igual que el de la tierra: uno. Pero a veces, al llegar la noticia de las bajas, salta el nombre que nos detiene un instante.

—¿Negrón? — preguntamos como si quisiéramos equivocarnos.

—Sí.

La cabeza se hunde, e inconscientemente un pie remueve la tierra, como si la acariciara. Después se sonríe a los testigos de la escena. Pasa uno la mano por la frente. Y se continúa.

Fracaso de los ataques rojos a Singra

—¡Suerte mulana!

—Sí, Dios lo ha querido.

—¡Estar rojo, estar rojo!

—Bueno, ¿qué te pasa?

En el puesto de clasificación hace setenta horas que no ha asomado un soldado de España...

Se trabaja lentamente. Curan los médicos carnes trituradas, pero son de los hombrecillos de allá, que llegan a nosotros para que les demos limpia venda que cubra la piel sucia y apergaminada. Es ahora cuando entran estos ocho o diez regulares, y no traen otra cosa que magullamientos.

—¡Estar rojo!

—Cállate... ¿Qué te pasa?

El hombre barbotea indignado a través de los dientes, que se aprietan y dejan salir un silbido que quiere decir eso, nada más que eso.

Un compañero suyo musita en voz baja el sonsone-te igual:

—¡Suerte mulana!

Los otros asienten, callados. Dan la razón a uno y a otro. Están convencidos de que el trance se desliza entre el designio de Alá y la rojilla condición ¿de quién?

—¿Cuál de éstos está rojo?—pregunta el médico, sonriente.

—¡Ya Alá, éstos no! El chofer está rojo. Carretera

así, así; el coche tener rueda "alante" y lo vuelve. El chofer está rojo.

Lo ha explicado con unos amplios ademanes clarísimos. Los dos brazos marcaban una ruta recta como la intención del profeta. Las manos extendidas eran dos ruedas gigantes, vertiginosas, que no debían de apartarse del asfalto, simulado por el hule de la mesa de operaciones, y de pronto, brazos, manos y moros se van a los ladrillos, sin que nadie lo evite. Es verdad que hay que darle la razón. El conductor, "si no está rojo", iba sobre un camión bermejo.

Total, que han volcado, que no ha pasado nada y que en setenta horas éstos son los únicos combatientes que han entrado en los servicios sanitarios procedentes de nuestras líneas. Pero se ha trabajado intensamente. Milicianos rojos se han curado muchos, y así, nuestras ambulancias, puestos de socorro y hospitales de sangre han estado dedicados a dar consuelo y cura a los que combaten contra la Patria.

Hoy sólo escuchamos un bombardeo de nuestros aviones sobre la Palomera. ¡La Palomera! Tengo que confesar mi error, y ello me entristece. Dije que muchas veces miraba la sierra desde mi casa, dejando vagar los ojos sobre los pinares más bonitos del mundo. Los tengo ahí, a siete kilómetros, y como no luzco prismáticos, los admiraba, alegre de sus verdes cálidos, de su masa igual y acogedora.

Hoy ha llegado un soldado amigo, y dice:

—Te leo, pero mientes.

—¿Por qué?

—Yo soy de aquí, y te aseguro por mi ánima que no hay más que cuatro pinos por Santa Bárbara...

—¿Qué hablas, di?... ¿Eso...?

—Carrascal, que decimos nosotros; encinas, que dirás tú.

—¿Seguro?

—Ve a verlo.

Inconsciente, he dado un paso por la llanada. Luego he vuelto a mi cobijo con la cabeza entre los hombros. ¡Es pronto para ir! Pero el regusto del error amarga mis horas. Pinos o carrascas, verdes o grises, es una mancha bella en la falda del monte, y por allá han querido venir y allí han muerto. Porque eso sí que es una gran verdad. La intentona roja ha sido un desastre para el enemigo. La división 27 y la del "Campesino" se han retirado deshechas. En esos dos ataques han perdido dos mil hombres y se les han hecho cuatrocientos prisioneros. Entraron por las barrancas con cuidado, confiados en la sorpresa, y como no podía haberla, se tiró a placer en el instante en que se deshilaron de la quebrada. Creo que dije a su tiempo que el segundo día se les contuvo sin que la infantería hiciera fuego: bastaron los cañones para mantenerlos a raya. Y, desde luego, los aviones los han batido magistralmente, rozando la tierra con sus ruedas en esas cargas sobre los que se retiran, que son algo así como de una caballería moderna que empujara el aliento de Orlando.

Y estamos tranquilos, satisfechos, al sol, mientras que por ahí ruge el temporal del cielo. Porque he estado unas horas en el Norte, y así era. San Sebastián, el mundo de paz, estaba anegado. Pero ¡tan grato!...

D e s g a n a

He cerrado el libro. Un libro admirable, suave, escrito en tiempos mejores y en una Francia que se estremecía ante las escenas de "Chanteclair". Páginas en que se estudia la figura minúscula y amorosa de un hombre que no sé todavía si existió, a pesar de sus "Memorias", o si fué grabado por el genio de un novelista que mojaba la pluma en los vinos de España, caldos que ponía en su mesa al describir lo que ofrecía a quien adora. Con estas líneas, de una humanidad irresistible, he dejado pasar el día, mientras ahí fuera ululaba el viento, que barre todos los cabezos de la tierra enjuta. Impregnado de buena literatura, llegada a mí no sé por dónde y que se irá de mis manos quién sabe cómo, un compañero me entrega la carta que hoy llevaba en el bolsillo uno de estos que tenemos delante. Tengo que hacer un esfuerzo para arrancarme de la labor y caer en el papel.

El papel es hasta bonito. Su membrete azul nos habla de la sucursal en Barcelona de Columbia, y al margen de un dibujo pinta la testa de un oficial que besa los rubios rizos de la damita blonda. Y la leyenda: "Grace Moore en "La princesa encantadora", con Franchot Tone." Nada menos. Todo un mundo luminoso de atardecer del Paralelo. Casi podría afirmar un faísta auténtico que esto es faccioso... El título de la película, la correcta actitud del teniente, y hasta el nombre que brilla como atracción segura, Von Stemberg, alemán, si Dios no lo remedia. Pero el tono de la carta es todavía peor. Dice así:

"Estimado Ricardito: Por lo que veo en tu nota o carta, como quieras decirla, estás bien de salud. Lo único que te joroba debe ser eso de los garbanzos y la carne de burro; pero, por lo que me ha dicho un amigo de la oficina que ha venido con permiso de Fraga, en todas partes está igual, sino que a ellos les dan, además, por la mañana, un plato de tinta de calamares o un caldo negro que no saben lo que es. Así, Madrid debe parecer un día de Corpus antes en Barcelona: todo cerrado, la gente por las calles y sin saber adónde ir. Oye, no te creas que aquí nos divertimos mucho, pues con hoy hace ocho días que cada noche nos hacen dos o tres visitas esos aviones que creo ya habrás visto.

Cierro la edición porque veo por aquí a Visay con mala cara porque no trabajo. Hasta la vista, y que sea pronto. Salud.—Esteban."

Si no es muy correcto el castellano, es claro. Refleja en pocas líneas una situación, y entre aparente ligereza se percibe el cansancio del que escribe desde Barcelona. Por algo quien la llevaba, al notar que la leía el oficial, sonriente le dijo:

—Sí, están un poco aburridos, y eso ha hecho que la gente llame a la quinta columna "el noventa por ciento".

Un poco aburridos. Ese aburrimiento se refleja en las notas del ministro de Defensa rojo, que pide a gritos que no vuelen nuestros aviones, y en la noticia que oímos de una radio francesa sobre la suspensión de las sesiones de Cortes, después de una consulta de Prieto a su aviación y de contestar ésta que no puede garantizar ni la más elemental defensa. Y, sobre todo, en esta desgana de los frentes, en esta tranquilidad, que puede durar lo que nuestro mando quiera.

En mi sector no hay un tiro. No se mueve nadie. Los aparatos nacionales han volado, vigilantes, como siempre; los parapetos han permanecido, y sólo si alguien se agrupa demasiado la artillería enemiga matizaba con tres disparos su mal humor. Da la apariencia de que

nuestras líneas son de cristal, y no quieren romperlas por si se desbordan. Ya irán. Más que nunca, el entusiasmo está tenso.

Además, hoy ha llegado a las trincheras la noticia de la constitución del Gobierno y la regularización de la vida en la retaguardia.

No sabéis el efecto que causa delante. Es como si se sintieran más apoyados, mejor comprendidos; no sé... Como si de pronto vieran materialmente que a su esfuerzo y sacrificio cuaja un Estado y un país. Los soldados no entienden de sutilezas y casi desconocen a los hombres que laboran a su espalda. Después de sus oficiales, saben quién es el general que los conduce, y luego, Franco. Poco más. Les basta. Y están convencidos de que si los ha elegido quien lo hizo, son los mejores; pero les gusta adivinar que lo transitorio se va por su esfuerzo. Y que se lo digan.

¡Cómo leen los periódicos! Un trocillo cualquiera que el viento arrastre es cazado en loca carrera, y el atrapador se ve rodeado de un grupo que, muy silencioso, escucha el lento rumor de quien lee. Hoy los diarios son disputados. Se acuerda uno de aquellas últimas horas de la tarde de nuestro pobre Madrid, en que los chiquillos "periodistas" eran casi acorralados por la gente, ávida de noticias. Aquí, igual. La sed de saber, el ansia de ponerse en contacto con la sociedad, con los centros vitales de la Patria, es infinita. Satisfecha el hambre, sólo queda en el día otro placer: el periódico.

Veinte viven aún...

¿Nombres? ¿Para qué! Veinticinco años el más viejo, prieta la carne, duro el músculo, tenso el espíritu y un corazón en el pecho. Anoche llegaron, y no los conocimos. Venían limpios, peinados, con unas gotitas de colonia buena sobre su persona y el oro brillador de la estrella nueva en el uniforme raído. Aquellos uniformes de entonces... Entraron tímidos, balbucientes, en grupo, llamándose unos a otros para no quedarse solos al presentarse. Venían al Cuerpo de Ejército de Galicia, que ha recogido las escuadras veteranas. No los conocimos. ¡Tú! ¡Y tú! Se acordaba uno de aquellas pelambres revueltas, de las barbazas, que en muchos crecían a trozos, sin cerrarse todavía. Del ansia, del patriotismo que les empujaba a la muerte. Y destapamos la mejor botella. Son los que quedan, el resto glorioso de la "harca" de Oviedo.

Al iniciarse el Movimiento, y dominada la ciudad, el general habló por radio y dijo que daría armas a todos los hombres civiles que quisieran defender Oviedo. Se presentaron unos mil quinientos, menos del diez de los útiles. Oviedo, amigos, tenía muy honda su enfermedad. Aquello era muy duro, demasiado terrible, y el millar se llevó el fusil a su casa para defenderla si alguien pretendía ocuparla. El instinto animal de salvar los cachorros y la cueva, nada más. Los quinientos restantes se descompusieron también en trozos. Algunos servían para las guardias nocturnas, otros podían colocarse en los parapetos, y sólo el centenar iba donde era necesario.

El enemigo rodeaba ya la ciudad. Volaban los avio-

nes rojos, sin que se pudiera responder a la agresión; el cerco apretábase dolorosamente. Fué preciso reconstituir las fuerzas útiles, y el general adoptó el nombre que ellos mismos se dieron. Era ya la "harca" un grupo dispuesto a todo, fuerza de choque que incendiaba el tanque, hacía incursiones pasmosas y entraba con la bomba de mano en los reductos mineros. Los que tenían condiciones fueron cabos y sargentos; un oficial los mandaba. Ya eran lo que quisieron ser: la guerrilla audaz que iba a morir entre las piedras machacadas de Vetusta.

¿Su historia? Poca cosa: señoritos asturianos, estudiantones alegres, juventud de una tierra que nace todos los años entre sus verdes eternos. Unos días antes, las gentes de los negros pozos los miraban como mira el lobo al recental; unos días después, las garras hechas a la dinamita se engarababan con terror ante las ágiles figurillas que se criaron con mimo; después, todo eso que os digo: un soldado único que se dejó en las alambradas de espino a todos, absolutamente todos sus sargentos. Ciento cuarenta hombres que a lo largo del sitio iban disminuyendo, hilándose en la tragedia, hasta quedar en diecinueve...

Diecinueve contaban al liberarse Oviedo. El general los miraba con emocionado recuerdo y los puso en Malleza a su vera, mientras se curaba el balazo de la cara. Ellos volvieron a recuperar un poco su silueta fina. Lucían unos gorros de cuero, unas cazadoras de piel, y el fusil oxidado, descalibrado a fuerza de disparar, fué cambiado por otro que hasta tenía niquelado el cerrojo. ¡Cuánto orgullo! Acariciaban el arma con las manazas ya encallecidas como si fuera un juguete, lo pulían todas las mañanas, para que no perdiera el brillo encantador.

La guerra seguía. El cuartel general pasó a Burón. Burón está entre unas montañas leonesas y un valle jugoso. El dueño de la casona que vivíamos alisó la pradera para que sus vacas no hicieran el menor esfuerzo.

Ellos hacían guardia en la puerta y futboleaban allí largas horas. La "harca" se aburría, ahita de paz, pero el jefe no quiso mezclarla de nuevo en la contienda. Eran tan poquitos, habían hecho tanto, que daba pena lanzarlos al fuego. Entonces se creó el Cuerpo gallego.

¿Y la "harca"? El jefe no quería tener más guardia personal, y les habló. "Ahora—les dijo—podéis volver a vuestra Asturias española; yo seguiré, y en mí tendréis todo lo que pueda daros. Decidme qué queréis."

Dos o tres añoraron la paz. Un hueco en su Oviedo, un sitio en la ciudad salvada, para rehacer la vida que se llevó el diantre. Ya están allí. Nunca un servicio público tuvo mejor servidor. ¿Y vosotros? Como borreguillos temerosos se apretaban ante el general aquellos que fueron leones. ¿Nosotros? Seguir..., seguir. Si cada español hubiera realizado la milésima parte que vosotros, ya tendríamos en España la paz. No, a vuestras casas, a gozar de la vida grata en la retaguardia, a estudiar, a ser.

No se movieron. Los ojos suplicaban. Bueno. La mano laureada estrechó las manos que llevaban ya en su muñeca las cuatro espadas.

Anoche llegaron aquí esos pocos. Acabado el curso, lucían en el pecho la estrella de oficial. Venían pulidos, contentos, orgullosos. Dos o tres, con el uniforme azul de la Aviación.

Quizá hoy mismo ese avión que cruza vigilante vaya pilotado por uno de la "harca" de Oviedo; quizá mañana, la escuadra que avance sin prisa y sin miedo sea conducida por el alférez que se "hizo" en el sitio glorioso.

Diecinueve se contaban al liberarse la plaza. Por ahí van...

Otra vez con la pelambre hirsuta, la barba de días, la bomba a la vera. Y otra vez bajo el mismo mando, que ha recogido las escuadras veteranas...

¡Ay, mi sierra palomera

¡Ay, mi Sierra Palomera, que recorta el horizonte y sombrea la casa en que vivo! ¡Ay de mi pobre Sierra roja! Hoy fueron por ella los soldados de España, y casi se la han llevado en la punta del fusil. De su bravura, ¿qué se hizo?

Todos los días mirándola con el ceño fruncido, unas horas con cierta sonrisa que me sabía bien, y esta noche estoy contemplándola como a algo que ya me pertenece. El hombre toma cariño a todo lo que le rodea, y yo, teniéndola tan cerca y hosca, la guardo el mismo afecto que a otras tierras del Aragón que vivo.

Se iba a operar, y llevaban los jefes sus planes con tal secreto, que anoche no quise escribir, por miedo a que algo se escapara de mi pluma. Había escuchado a una radio roja decir muy contenta que los facciosos se retiraban del frente de Teruel, y me brillaban los ojos. "Silencio—me refunfuñé—; ni una palabra, que ya viene la madrugada, y con ella, el fuego liberador."

A las cinco y media no veía una estrella. Mi Sierra estaba perdida en aquella negrura. Niebla, la maldita niebla por todos sitios, en la cumbre y en las quebradas. "Vamos allá", me dijeron, y entre tiritones los vi marchar hacia el vértice que todos conocemos. Era el cielo una masa, era la tierra una nube. Desde mi casita, el campo despertaba. Me bastaba asomarme a la ventana para verlo todo. Nunca un cronista tuvo más cómodo punto. Las horas pasan. ¡¡Con harta lentitud!! Son ya las ocho. Aquel tono verde se hila en azul. Quedan las nubes de Brunilda agarradas al suelo.

Un cabo dice, muy convencido:

—A las diez se podrá ver todo.

Esperamos la hora señalada, y cuando llega, como si el conjuro del cabo tuviera voluntad, se van los cenadales, se aclaran los términos y un cañonazo salta de la espalda y vuela al enemigo. Entonces el suelo comienza a despertar, como si mil cráteres le vivificaran. El paisaje escueto se anima de humaredas que toman la forma del capricho del viento. Allá debe haber una terrible sorpresa. Todo es visible y todo es justo.

Hace la Sierra por aquí una suave línea que se levanta dulcemente y cae luego, para alzarse brusca en una masa rocosa. Vista así, por su espalda, es quizá más leve, un punto más leve que desde mi casa. Y todo aquel lomo hierve, bulle, se eriza de plomo. ¡¡¡Qué justo todo!!!

Oigo decir:

—Los mandos, en la mano.

Es verdad. Como hilos que manejan sabias manos van las figuras del drama. Los carros de ellos muchas veces han entrado en combate y han llegado valerosamente a nuestras posiciones. Valientes, por qué negarlo, avanzaron hasta las líneas, pero iban solos. Ahora los vemos con las figurillas de los infantes pegadas a su cola y costados, a veces delante. Y así son un arma eficaz y terrible que no hay quien detenga. Cuando los carros se sienten seguidos es algo que sólo sufriendolos puede describirse. Y el general los conduce sonriente, alegre, con ese contento del día bueno y triunfador.

La sorpresa ha estremecido el frente rojo. Luego se rehacen y quieren defenderse. Tiran, cañonean, se oponen al avance nacional. Pero es imposible. Los muchachos gatean por la loma, bajan, vuelven a subir.

¿Dónde van ya? "Patagallina" ha caído. La masía del Hombre es nuestra. El camino de la Rambla limita el avance, porque la noche llega.

¡¡Ay de mi Sierra Palomera!! Desde mi casa he podido ver toda la operación; muchos soldados se subían a las bardas del corral para contemplarla. Como aquel día de Singra, escucho el ruido del combate, admiro la precisión artillera y cómo los tiros se alargan para no tocar a los hombres nacionales. El ataque comienza en un frente de cinco kilómetros, y al caer la tarde se ha profundizado más de doce; en total, unos sesenta de avance. Y todo ello con una alegría combatiente, con "encanto" de guerra en un buen día que a las diez de su mañana se aclaraba para que todo fuera como debe.

Antes de aclarar por allí, unos cuantos hombres "¡¡Viva España!!" gritaban.

—Pasados... Son pasados—se decía.

—No; somos de la división 83.

—¿Qué hacéis aquí?

—La maldita niebla nos despistó un poco. Fuimos por allá, y lejos nos dijimos: "Esto no es tierra nuestra. Volvámonos."

—Suerte.

—Suerte, y que no saben lo que hacen.

Yo estoy un poco silencioso, y hasta triste. No me doy bien cuenta del avance. Miro como una superficie plana, y quisiera encaramarme a doscientos metros del monte para advertir toda la masa que señoreamos.

—¿Te acuerdas de aquel día en Celadas?

—Sí.

—Pues mejor; más brillante, más armónico. Fíjate.

La mano traza en mi plano amarillento una línea recia.

Ahora sí que estoy suspendido en el cielo, y veo todo el conjunto. La Sierra se derrumba por la espalda, y ya está mi casita de papel como si la hubiera transportado a Salamanca el Gin famoso que obedecía a Aladino cuando fué dueño de la lámpara maravillosa. A dormir a gusto, lejos de las botazas y de la "precaución", que llena el sueño de pesadillas temerosas.

La batalla del Alfambra

Las trincheras de la posición serpentean, para evitar con sus líneas quebradas que un proyectil viajero cause demasiadas desgracias. Delante, las alambradas, y por allí, los muchachos, en espera de sol para asistir al espectáculo que ha de ofrecerse. Hoy, la posición será un reducto contemplativo. Dominando el llano, disimulada en el borde mismo de la guerra, tiene a sus pies todo el terreno en que convergerá el esfuerzo nacional.

En el valle extenso, limitado por una barranca en cuyo fondo corre el Alfambra, la neblina del río marca perfectamente la ruta y cubre hasta medio monte, hasta donde la serranía se alza, rajando el horizonte.

A nuestra izquierda, el verrugón rugoso de la Palomera, y por la derecha, otra vez el llano, que se alarga hasta la carretera general y nos deja ver los poblados de Cella, Villarquemado y Santa Eulalia.

Pegados los ojos a los prismáticos estamos largo rato. Como siempre, al iniciarse una batalla, absoluto silencio envuelve el campo. Vemos la tierra blanquecina y removida de las trincheras enemigas, más al fondo ya con fortalezas, con aspillerados de cemento. Las ventanitas rectangulares que albergaron ametralladoras nos miran con su pupila negra; más lejos aún la tierra es rojiza y levantada. Aquello es la Calorina, cerro de plana meseta que alcanza un kilómetro de extensión y una de las posiciones más firmes de la línea enemiga. Todo está minado, agujereado, formando una quintuple raya de trincheras que suavemente se levantan en ram-

pa por la nivelación del terreno y hace así más fácil su defensa.

La operación va a comenzar al mismo tiempo por tres sitios distintos.

Yo pertenezco a este Cuerpo de Ejército, y sólo veré una parte. De ella he de hablar.

La voz que manda da la orden:

—Coronel, comience el tiro de corrección.

Un minuto. De infinidad de lugares surgen los disparos lentos. Luego, poco a poco, van concretándose, agrupándose, unos delante y otros detrás. El estruendo artillero no deja oír otra cosa. Las órdenes parten rápidas, y ahí delante la llanada se siembra, como tantas veces, de humareda, que es primero un chispazo rojo y después va diluyéndose despacio.

Los cañonazos que van contra nosotros se distinguen solamente por su "rebufo" próximo. Así se van las primeras horas.

El combate tiene en este aspecto inicial cierta monotonía para el que lo ve demasiadas veces. La muerte es inevitable, y la emoción duerme o despierta en el pecho de cada uno. Y allí, en el puesto, corre el tiempo entre orden y mandato, con una conversación tan lejos de la guerra que podría mantenerse en cualquier tertulia "de hombres". Un poco más lejos, el jefe, que sabe lo que quiere y adónde va, sentado, con el ceño fruncido, mira al campo y a veces el metro de tierra que tiene delante de sus botas.

—¡Ya avanzan!—dice uno, y se nos vuelve a todos a nuestra vida normal.

Despliega la infantería a la izquierda, en la barranca de un monte. Las figurillas, negras por la distancia, se mueven ligeras. A veces parece que se agrupan, otras que se hilan. El reducto primero vibra de hormiguillas que quieren irse. Corren largo trecho, descansan, vuelven a correr. Como algo inevitable y fatal, los infantes siguen, llegan a los trincheros del cerro y de

las minas. Los primeros se han parado en su mismo borde; algunas figuritas parece que se han evaporado, y aclaran la masa. Luego brotan las breves fogatas de las bombas de mano, y aquellas cortaduras van tragándose a nuestros hombres, que entran en la trinchera enemiga y la toman. Ya el campo está limpio otra vez de motitas negras. Las humaredas artilleras se alarган, y en el recorte del cielo estalla alguna, con su humo anaranjado que tornasola el eterno gris de la explosión.

El enemigo se va de otros puntos, pero no con el clásico chaqueteo, ya que eso es un poco de tópico periodístico. Se defiende, y cuando no puede más sale de sus abrigos y se desliza sin precipitaciones, en línea, hacia otros sitios que considera mejores. Como si surgieran del lecho del río, entraron por allí los refuerzos enemigos y avanzan rápidos a entrar en los reducidos; pero nuestra artillería los detiene a cuarenta metros de ellos; los vemos, entre la densidad sofocante del humo, tirarse al suelo, y allí son destruídos con una precisión que es orgullo del arma terrible. Ese batallón aniquilado en minutos, cuando iba a reponer la derrota roja, marca el desastre que ha de venir.

Ya cruzado el cenit podemos admirar el asalto de la Calorina. Los carros, cosidos a la infantería, ruedan presurosos, y parece que sentimos su jadeo en la cresta; con movimientos de imaginaria ayuda los empujamos.

Todo el cerro negrea de españoles. El monstruo de hierro hace báscula en la cúspide y pasa. Dos han llegado los primeros, y los soldados parecen arroparlos. El cerro cae, entra en nuestro dominio y cierra la operación brillantísima. Sólo resta que avance un poco más la división de la derecha y que llegue el parte diciendo que han entrado en contacto los tres Cuerpos que han luchado.

La operación, que ha terminado con una de las victorias más tajantes de la guerra, ha sido realizada. Con-

sistió en la ruptura del frente, rebatiendo después por ambos lados. La maniobra, la maniobra que no resisten ellos ni saben contrarrestar. Por el boquete de ruptura entran los soldados y se deslizan a izquierda y a derecha, tomando de revés las posiciones que nos amenazaban. Perfecta en su concepción y brillante el desarrollo; de esta forma han quedado en nuestra retaguardia unos seiscientos kilómetros cuadrados y todos los hombres y materiales que en ellos hubiera. Ahora la aviación vuela sobre la tierra lejana y bombardea y ametralla la carretera de Celadas.

En la noche, un batallón que había quedado agazapado pretende huir y pasar entre dos posiciones nacionales. Medio queda en el campo y el resto se entrega.

No sé la cantidad de prisioneros que caen. Las columnillas bajan entre nuestros fusiles y cada vez son más numerosas.

—¿Qué os ha pasado?—pregunta el médico a seis soldados que vienen juntos y doloridos.

—Que nos ha mordido un perro.

—¿Cómo?

—Sí, mi capitán: un perro que había en una trinchera roja. ¡Si lo tendrían bien enseñado!

Las seis bajas de colmillo entran en un puesto de socorro, donde por un herido de España hay seis de Prieto.

En la tarde platea la línea del río a nuestra espalda. Es el Turia. Mañana veremos el otro, el Alfambra.

Hoy se ha completado la operación y terminado este ciclo, que ha sido tan brillante y rotundo. Nuestra vieja posición es ya un lugar de turismo. Las fuerzas han bajado al río y tomado posición plena de él, cruzándole por dos lugares.

Doce aviones de bombardeo "Martin Bomber" han sido incendiados en el aire. Sólo un caza nuestro tomó tierra en Caudé, por no funcionarle la bomba de aceite.

Es nuestra una extensión enorme de terreno que

descongestiona el frente y lo hace continuado y firme, sin el agobio de aquella garganta que desde los primeros días del Movimiento asfixiaba Teruel. Se ha triturado un Ejército largamente preparado por Barcelona y Valencia, causándole cincuenta mil bajas en cincuenta días de operaciones. Una cantidad enorme de material moderno y útil está ya en nuestras líneas. En el aire, el dominio es absoluto. Nuestros soldados palpitan de entusiasmo y fervor. En su puesto todos. Los generales no descuelgan del brazo del ayudante los planos del terreno. Una voz del Caudillo, y otra vez hacia la victoria.

Donde la justicia y el pan son una realidad

Constantemente llegan a los pueblecillos de la falda de mi sierra vecina los que se "entregan". Grupos compactos de milicianos que estaban en aquellos riscos hace largos meses y, como apunté, se enteran de su derrota por la falta de servicios. La caballería mora recorre las laderas, empujándoles hacia rutas que llevan a la paz y al trabajo, y los batallones de rojos que arreglan caminos, pronto van a ser otro gran ejército que puede reconstruir la España que destruyeron.

Vienen hambrientos.

Esta vez no simulan su anemia para buscar compasión: es verdad que hace cinco días que no han comido, porque desde esa fecha se cortó la comunicación con sus líneas.

Los que eran oficiales no traen sus insignias.

Los que mangoneaban con ese título equívoco de comisarios políticos apenas pueden cubrir el mal humor.

La masa torna alegre a la civilización, contenta de llegar a un sitio en el que no oirán tiros cercanos. Y cogen picos y palas como si se les dieran riquezas. Todo el camino hacia el Alfambra está lleno de cadáveres. Los muertos se muestran en el campo, entre las mieses sembradas y no recogidas por esas gentes. Trabajaron el campo, pero por algo que no puedo precisar, ya que en el mes de la siega nada les turbaba por aquí, no completaron la recolección, y dejaron las gavillas abando-

nadas. Muchas hay, y aunque las de encima están podridas, podrán aprovecharse.

Alfambra es un pueblo que cambia el tono igual de estas tierras. Se llega a él después de dos horas largas de automóvil. Ello dará idea del avance efectuado, porque cuento el camino desde mi pueblín. Crece a un kilómetro del río de su nombre, y es más rico y más pulcro que los que hasta ahora vivimos. El agua le otorga esa mejora y los arbolillos que alegran sus calles y plazuelas. Hay más señorío y mejor gusto, y sus casas tienen una galanura que falta en los poblachones del llano. En él se ha cogido una gran cantidad de ganado.

Sin duda, era lugar de concentración y de mandones. Los emplazamientos artilleros se advierten con toda claridad. Allí estaban los antiaéreos que tantas veces hemos visto disparar. El enemigo debía tener una gran confianza en su permanencia, porque acababa de montar o arreglar una gran fábrica de harinas. La maquinaria rebrilla, apenas usada. Todo está a punto, nuevo, fácil, caro. La fábrica trabajará ahora para nosotros. Llena está de sacos, de útiles, como si esperara sólo la orden de poner en marcha sus poleas.

Delante, las fortificaciones que vimos desde Santa Bárbara batir y tomar. Bien hechas, espléndidas, trabajadas hábilmente. Fortificaciones de campaña, aspilleradas y dando un frente corto y cauto.

Dentro del pueblo, la huella de la guerra. No se ha podido retirar a los que cayeron ni apagar los fuegos de algunas casas que eran barricadas. Los cadáveres yacen en el viejo empedrado y en alguna acera de cemento que quiere dar al lugar tono de ciudad.

Hay tantos muertos en el campo, que ha sido necesario enviar unas brigadas de trabajadores para darles tierra. Ahora, conforme pasan las horas, va uno dándose cuenta de todo el terrible fracaso de los rojos y sus enormes consecuencias. Creo que suman cinco mil los prisioneros que se han hecho. No se a cuántos ascen-

derán los muertos, pero el resultado es que un Ejército entero se ha destruido en una faja de terreno que el esfuerzo de los soldados alcanzó en rapidísimo avance.

La batalla de Teruel va a ser la derrota roja. Cuando serenamente se estudie, alejándonos de las trincheras, que absorben el momento, la Historia encontrará en ella la razón del próximo final.

Aquí, viejos batallones reverdecidos sus triunfos. Estos soldados, ajenos a todo lo que no fuera el cumplimiento de su deber y misión, en cincuenta días de frío, nieve, ventisca, escarcha, han permanecido en el campo hora tras hora, hasta lograr el objetivo que se les encomendó. No pudo salvarse a Teruel del empujón enemigo porque falló el mando dentro de la plaza, y sin desánimo, sin perder la moral, conscientes de que había que batir al rojo, continuaron el esfuerzo que yo bien sé hasta este instante, en el que hasta los más pesimistas cantan el triunfo.

Largos días en la casita bamboleante, casi arrastrada por el viento, el general estudiaba el avance en la misma línea de fuego. El día llegaba encontrándole en el campo. Adelante por España. Todo era igual. Y luego, en una maravillosa mañana llena de sol y casi tibia, copaba al Ejército rojo, rompiendo el frente y rebatiendo sus avanzadas por todos los lados. Antes lo había desgastado en un incesante batir de sus líneas. Y ahora continúa, porque España espera el final, y hay que dárselo.

Eso lo dicen ellos

Llegamos al campo con los ojos llenos de sueño; alegres, pero con un deseo infinito de dormir. El aire ha quemado un poco nuestros labios, y al mirar la cinta del río, que platea en la luz indecisa, el pensamiento se nos va a la madrugada en la que todo aparecía como los términos de un problema difícil, de solución intrincada. Ahora el trance ha pasado, y el triunfo nos ha hecho hablar con esa precipitación que otorgan los nervios largamente contenidos.

Por los caminos que hace horas batía el cañón bajan las columnitas de prisioneros, encuadrados entre nuestros muchachos. Su ropa, sus barbas, su desarme, dan al lienzo la tristeza de la derrota que sufrieron. Los soldados de España "hacen sus camas" para la noche, que llega. Otra vez el campo sólo tiene sus ruidos peculiares, sus roces imprecisos, el rumor hecho de rumores y que apenas es un sonido para los oídos de ciudad.

Acaba de ocurrir algo que aunque se repite con frecuencia parece imposible. No creo que en ninguna guerra pueda doblarse el error una y otra vez sin que nadie se ocupe de prevenirlo. Así como ellos abandonan a los heridos y los dejan morir desangrados en medio del tormento del frío y de la soledad si no pasan por allí nuestros camilleros, dejan hundidos en su ignorancia a los núcleos combatientes, como si el hombre fuera materia deleznable a la que no es preciso cuidar demasiado. Oigo muchas veces a nuestros jefes hablar de trochas y barrancas como de lugares en los que pueden salvarse las carnes del soldado del latigazo de la metralla,

y hablar en las operaciones del tacto preciso para que haya el menor número de bajas. Ver cómo el enemigo derrocha la sangre joven da mucha pena.

Se tomó Perales del Alfambra, y nuestros soldados vivaqueaban en el pueblín, cuando llegó a su rodal el cartero rojo. Traía papeles, paquetes, cartas, el tesoro del combatiente, lo mejor del día. Nadie se había ocupado de decirle que allí estábamos nosotros, y el hombre entró gentilmente para cumplir su misión.

—Pero...

Su estupor no le dejó decir más. Luego fué ante el jefe de las fuerzas, y como para congraciarse con él añadió:

—He cruzado a unos camiones que vienen para acá. Es un batallón.

Y unos minutos después, en la plaza de Perales cuatro camiones nuevecitos pasaban a nuestro poder con todos sus ocupantes. El comandante rojo, un albañil madrileño, suspiraba su indignación, aunque parece que no estaba muy disgustado. No comprende aún cómo le dieron orden de entrar en Perales a relevar unas fuerzas sin que le indicaran que se combatía cerca.

—Este comandante—me dice uno auténtico, de los nuestros—ha declarado que es el marido de aquella mujer que en Cuatro Caminos, hace unos años, mató a su huésped, que la atormentaba con persecuciones.

Ni viejo ni joven, es comandante sin haber pasado por otros grados y sólo porque su organización le envió a este puesto para que no lo ocupara otro del Sindicato enemigo. Apenas sabe leer, y se muestra contento de su suerte, soñando con volver a los ladrillos.

¿Cómo se explica su error?

Ni lo intenta.

El Ejército rojo, que posee generales con conocimiento del arte militar y asesores del Estado Mayor perfectamente capacitados, carece del oficial, y ése es su gran desastre. Naturalmente, comienzan una opera-

ción que se ha planeado concienzudamente, con acierto; pero al quedar los batallones en el campo sujetos a sus oficiales inmediatos fracasan.

Si se trata de resistir, como las fortificaciones están bien hechas y sólo consiste en tirar, lo hacen, y nada más; pero si es un avance en el que se mezcla la maniobra, ya no aciertan, y sucumben. El enorme éxito de las jornadas de Teruel es haber destruido en absoluto los cuadros con línea de Ejército regular que Prieto había logrado poner sobre el fuego. Las brigadas Lister, "Campesino" y Walter, la de senegaleses y otras internacionales han caído aquí. Y ahora sólo el maestro albañil o el dependiente de comercio forman en sus filas, con galoncito dorado.

Al llegar a mi cobijo, la radio funciona. "Parte oficial de guerra", vocifera el gamberro de turno. Y oímos:

"Levante.—Continuó con mayor intensidad aún que en la jornada anterior el ataque del enemigo por los sectores de Montalbán; Sierra Palomera, recuperada ayer por nuestras tropas en brillante contraataque, ha vuelto a perderse hoy, después de una lucha encarnizada y bombardeos de grandes masas de aviación. Nuestras tropas del saliente de Argente y Visiedo se han replegado a nuevas posiciones previstas por el mando. Las posiciones de Sierra Palomera siguen en nuestro poder. La columna enemiga que se dirigía sobre Alfambra ha sido detenida en las alturas de Roblajero. Hubo combate aéreo, siendo derribado un avión enemigo."

Y comprende uno que siga el cartero su vereda a Perales y el albañil lleve su batallón sobre camiones para entregarlo a la España nacional sin combate. Lo único que es verdad de ese parte es que las posiciones de Sierra Palomera continuaban fieles a Prieto. En aquellos momentos la Sierra quedaba en la bolsa que cerraban nuestras divisiones, y los que allí estaban no sabían su suerte. En la mañana luminosa de hoy, después de no haber recibido ni cena ni desayuno, bajan a Torre

la Cárcel y Santa Eulalia para preguntarnos qué hacen sus intendentes.

Reconozco que los rojos estén indignados con su ministro de Defensa. Escuchan el parte, oyen tiros a su retaguardia y se dicen: "Ya hemos parado la columna facciosa." Luego, el hambre los empuja al llano, y dan un viva a España que levanta dolor de cabeza.

Pero los que no caen prisioneros ni están en primera línea continúan el martirio para que el señor ministro acabe de arreglar sus cosas...

Desde el puesto de socorro

Trae en las pantorrillas unos leguis embarrados. Sobre el torso, flamante cazadora de cuero, y al hombro y en las manos, dos maletas, un saco grande y otro pequeño. Los ojos, negrísimos, nos miran burlones.

El puesto de socorro casi no ha trabajado hoy. El morito va hacia él, y el médico se apresura a curarle. Un hombre que carga todas aquellas cosas no está muy grave.

—¿Qué tienes?

—La espalda tontona.

Ríen los que escuchan. No sabemos cuántos kilómetros llevará de camino, golpeándole el saco grande y el pequeño. Sobre todo éste debe guardar una caja cuyas aristas no son cómodas.

—Desnúdate.

—No necesito. Molesta nada más.

—¡Vamos!—ordena el capitán, enérgico.

Deja con cuidado sus maletas. Arrima los sacos y comienza a quitarse las cosas.

—¿A quién le has quitado esa cazadora?

—A un teniente rojo. Está buena.

—La camisa es nueva.

—¿Qué es esto?

Lleva tres camisetas que estrena. Se las quita. En el vientre, la cicatriz de una vieja laparatomía.

—¿Dónde te hicieron eso?

—En Madrid.

—Vuélvete.

Así, a la vista, no tiene nada. La espalda, musculosa, flaca, muestra dos manchitas sonrosadas.

—No estás herido.

—Ahora, no; pero molesta eso.

Los dedos sabios palpan lentos. Encuentran trocitos de metralla ya enquistados.

—Bien. ¿A qué unidad perteneces?

—Regulares de Ceuta, cuarto tabor.

Con la cara tristísima va recogiendo sus chismes.

—¿Te duele?

Se calla.

—¿Qué llevas en esa maleta?

Cambia su rostro y apunta un gesto de malicia:

—Camisetas, calzoncillos, un colchón y esto...

Saca un gramófono con discos y todo. Ante el silencio del jefe, torna a su tristeza y embaúla los chismes.

—Mi capitán, yo he cogido esto a los rojos... En un día lo vendo, y vuelvo.

El capitán parece no escuchar. Firma y le da un papel. Los ojillos negros sonríen. "Papela" es un permiso, las horas necesarias, unos duros que se giran a la ciudad querida.

—Descansa doce horas y no te dolerá la espalda. Anda.

Se va. Más ligero que antes, más ágil, sin acordarse de los trocitos de metralla que le encorvaban.

Y reanudamos nuestra charla.

—Ayer—me dice el médico—hubo uno que estaba indignado porque curábamos a los rojos. Nuestros soldados los tratan bien, y hasta reparten sus cosas con ellos. El dolor les iguala. Pero el moro no quiere verlos a su lado.

En el campo, tranquilidad. Un día magnífico. Saboreamos la victoria mientras no se ordene alcanzar otras. Los soldados juegan en el campamento, y su entusiasmo es enorme. Por la zona reconquistada van de paseo, re-

BAJO EL CIELO DE LEVANTE

cogiendo cosas. Otros "cazan" proyectiles y bombas de mano que no estallaron.

—¿Qué dicen los rojos?—pregunto en la radio.

—Anoche no dieron parte de guerra.

Y el telegrafista se frota las manos y me guiña:

—¿Se les habrá acabado la imaginación?

Handwritten scribbles, possibly a signature or initials.

Un poco de “escaramuceo”

Un francés, aquel que clavó su Ave María en la puerta de Granada, aplicó a los españoles el verbo “escaramucear”, con el que mejor definía un modo de lucha particular a la raza indómita y bravía que tantas veces dobló la pujanza de los caballeros galos. Decía él que éramos hombres bárbaros a los que el dolor no importaba, y con la espada y en grupos no muy grandes parecíamos soldados invencibles. A lo largo de nuestra historia continúa la traza especial, y, como tantas cosas, imponemos el trance y la palabra.

Las guerras de ahora no admiten esa forma de lucha, porque las armas mecánicas, los aviones y el número de hombres que entra en juego la hacen imposible. Pero a veces se salta, y un atavismo empuja a nuestros soldados a adoptarla.

Esta madrugada hemos escaramuceado por los riscos de Villalba. El enemigo es también español, aunque en sus cuadros figuran muchos que nacieron en los hospicios del mundo. Vencido en la gran batalla, y convencido de la nueva derrota que le espera en el momento en que ésa sea la voluntad del mando, quisieron perturbar nuestro sueño, y hostilizaron a los que al otro lado del río plantaron sus tiendas. Y al ataque se respondió con el ataque, y la escaramuza violenta duró largo rato.

Hoy no ha pasado nada. Se dice tranquilamente. Y la escaramuza sigue, como un incidente de la campaña.

Ha terminado la Pascua del Ramadán. El temporal, el viento terrible que barre el campo, no nos ha dejado compartir a gusto el carnero y el pan con los que de Ma-

rruecos vinieron a morir por la Patria adoptiva. En un pueblo deshecho y abandonado, los tabores, reunidos, gustaron la fiesta y la carne en las horas que el enemigo mascullaba su fracaso.

El viento nos ha metido en casa, mucho más molesto que la lluvia cuando silba con esta violencia, arremolina a los hombres en busca de una quebrada que les guarde de su daño.

El campo, reseco, se tiende bajo nubes de polvo dorado por el sol. Nadie se ha movido, pero creo que estamos en los estertores de la defensa roja. Los que llegan de las filas enemigas no disimulan el cansancio. Documentos y cartas que se recogen dicen más de lo que pudiera pensarse. Hay frases reveladoras. Una de ellas da las gracias por el envío de un cigarrillo y dice que cuando pueda se le envíe otro.

Cuando un Ejército comienza a hablar en singular se encuentra al borde de la derrota.

No creo yo que en las trincheras rojas no se coma. No. Los depósitos de Alfambra desmienten eso. Cantidad de carne de buey en latas y harina tenían y tienen.

Lo que parece ocurrir es que no poseen la suficiente para prodigarla, y al escatimar los víveres se produce en el campo la impresión de la falta de lo más elemental.

El único incidente que yo conozco hoy es que nuestros soldados, escaramuceando, han llegado a un pueblo que no interesa alcanzar ni sostener. En ese pueblo encontraron varios vecinos atemorizados que estaban entre el deseo de permanecer en sus hogares y el temor a la guerra y al éxodo impuesto por las hordas. Los muchachos, con tres palabras, los convencieron, y la patrulla audaz volvió al terreno nacional con los habitantes del caserío y todos los chismes que pudieron cargar.

Ya hay otro pueblo vacío. Uno más con esa tristeza de lo que nadie cuida y vive. Pero esta vez los que huieron sólo estarán unas horas fuera de sus casas, y

volverán a ellas con la alegría de recobrarlas para siempre.

Nadie sabe la impresión que causan los pueblos abandonados, rotos. A los que se acostumbran, el espectáculo renovado les agobia. Lo que suele ocurrir es que al salvar la vanguardia para siempre no se sabe cómo ni por dónde comienzan a llegar gentes, y poco a poco vuelve a reanudarse la vida, sólo turbada por las ropas de luto y las piedras machacadas.

Comamos el carnero, hermano

—¿Irás?

—Sí; por gusto y por deber.

Y ya vamos. El camino que hace unos días llegaba a temblar entre las explosiones es una cinta polvorienta y tranquila. No se levanta otra nube que la que el viento alza cegadora. Cruzan los soldados en incesante trajín, bien liados en sus mantas y capotes, y a veces se apartan para dar paso al camión, que parece una buceta en medio de la galerna. Allá asoma la vieja torre del pueblo, tiesa y bravucona. Se ha salvado de la metralla, y con orgullo desafía el bufido que chirria en sus desmoches, vacíos de campanas.

El pueblo... ¡Pobres pueblos de España! Esto era rico por sus tierras, humilde en su traza. El campo nos deja ver los esqueletos de las máquinas segadoras, que denotan su bienestar pasado. Crece una hierba mala y rala por lo que fué sembradura, y en lugar de los surcos parejos y oscuros por la humedad de los terrones escarbados muestra estos boquetes, que son como sepulturas de la paz. Ahora, el pueblo mordido por la guerra es más triste que nunca. No hay en él una sola mujer, no corre un chiquillo, no pardea el amplio chaquetón de pana, palurdo y socarrón, del que mira al cielo todas las mañanas y atisba en él la gracia de Dios. Bullen soldados, cocean mulos, y al lado de la trilladora volcada se dibuja la fina silueta del antiaéreo vigilante.

Es un día de paz, tranquilo, sólo turbado por el ventarrón molesto. Allí, tan alto, todo es barrido y arrasado. Lleno el suelo de paja, esparcida por los corrales

y habitaciones sin techo, remolinos de ella juguetea en las esquinas y se paran en los ojos de los que sufren la guerra.

Es día de fin de ayuno. Los moros festejan su Pascua, y a la fiesta vamos con la ilusión de gozarla.

—Comerás—me dijeron—el carnero asado, “pinchitos” picantillos y buen caldo, que puede llevarse a la boca con tenedor.

Fin de Ramadán, fiesta mora que nos lleva a otros tiempos en la blanca Tetuán, gozada hoy en el Bajo Aragón porque ésa fué la voluntad de Alá.

Al llegar, los hornos humean. La algarabía mora brota en los corrales. Están tumbados sobre mantas, al abrigo de las tapias, y charlan todos a un tiempo. El horno deja escapar su columnita azul, que se abate sobre el barro. Me sonrío un negrillo, como si presintiera en mi carne blanca la que esperan sus dientes, afilados por la gula. Sus manazas amasan...

Como en el Marruecos querido, hicieron un hoyo en la tierra y con ramas verdes de las carrascas tejieron el hogar, bien recubierto con barro pegajoso. Un regalo más de los frutos de mi Palomera. Y allí, el pobre animalito entero. ¡Cuánto mimo! Las manos negras de palma rosada lo han acariciado largamente para esparcir la manteca. Ni un pliegue ni un rincón ha quedado sin la capa untuosa y bienoliente. El que hace todo aquello musita algo, pone afanes de rito, entusiasmo de artista, calma de místico. A veces sus dedos grasientos levantan las mangas de la chilaba, que quieren intervenir. Los otros canturrean esas cosas sin palabras y ritmo igual que duran largas horas sin variar su cadencia. Ya está. El horno va cubriéndose, tapándose, arrojando al sacrificado. Hábilmente se forma el techo y queda terminado. El hermano fuego comienza su labor. Dentro de un rato, el carnero será esa carne dorada y crujiente que se despedaza con los dedos y come con los ojos en blanco, brillantes.

Savarin no inventó nada mejor en su "Physiologie du goût". Ya se fraguan los "pinchitos", palillos que cogen trozos de entraña y son buen regalo del paladar. Y hierve la sopa de criadillas, que no desdeñaría Dumas para servirla en la mesa de sus mosqueteros. A nosotros nos será dado un trago de lo recio, porque la ley no nos priva de él y porque para eso lo cría, áspero, espeso y valiente, esta tierra aragonesa que nos ve por sus rodiles.

El negrilla, que no borra su risa, palabrea lento:

—Un carnero cada cinco hombres.

¿Mucho? Así parece. Pero tened en cuenta que ha pasado el ayuno. Muchos días sin saciar del todo las hambres, y en la guerra. Luego, la familia está lejos, la tierra separada por esos montes y un mar, y aunque Dios está en todas partes, se le honra más y mejor cuando, separado de todo lo que se ama, se sufre. ¿Quién sabe! Los designios de Alá son inescrutables. Quizá mañana una bala nos suma un momento en la sombra, para brotar como una flor feliz a su lado. Hay que cumplir, y mientras vivamos, gozar de lo que El pone al alcance de la mano honrada.

—Esta fecha, amigo, la escribo con la punta de un alfiler en el ángulo de mi ojo izquierdo.

—¡Ya Alá!

Pero se estropea el tiempo terriblemente. Parece que el pueblo va a ser arrancado de su loma.

—No tenemos mezquita, ¿sabes? No ha podido el más viejo del gremio de matarifes hundir su cuchillo en la garganta del carnero y llevarle al galope de su mula hasta las losas de La Mesala para que presagie el año. Pero el Profeta sabe que le honramos y que estamos aquí para servir a España, porque su causa es justa; florecerán como nunca nuestras huertas y las corderas de Yebala parirán mellizos.

—Así será.

—¿Te acuerdas?

—Como tú.

El viento nos ciega. Un día como éste, Cándido se refugió en su casa, y en conversación con los héroes que fueron, comentó la tormenta. Nunca otra igual arrasó la tierra. Yo me acuerdo de esto. Yo solo. Mi amigo nada sabe de sutilezas y literaturas. Para él, la verdad es sólo una. Y acierta.

Ya rompen los hornos. El canturreo se desgrana en gritos jubilosos. El ventarrón nos trae con violencia el olorcillo sabroso.

Y con la mano sobre el corazón agradezco. Luego hincó los dientes en el pernil, y todos callamos largo rato.

Sorpresa al amparo del mal tiempo

Da saltos el tiempo, como febrerillo impone; pasa de la nieve al sol en instantes. Esta tarde quería uno de nuestros jefes mirar cierto punto lejano que le interesaba en los momentos en que la pelusa blanca caía con mayor intensidad, y dijo muy serio:

—Esperemos que despeje.

Parecía una broma de mal gusto, porque el frío era intensísimo; pero poco después las nubes se iban, bordaba el sol vivísimo sus bordes y el horizonte destacábase claro y rotundo, a gusto del más intransigente. Claro es que en seguida volvía a motearnos la nieve, y con ella vino la noche. Una noche de la que Dios os guarde.

Este tiempo es propicio a los rojos. Algún demoncano, en cuyo honor queman pelos de cabra negrucha, anda por ahí suelto, y hasta que no le sujetemos nos dará qué hacer. El cielo, cubierto enteramente de nubes, el horizonte invisible, obligan a un reposo absoluto de nuestros pájaros y a que estemos quietos al amor de la lumbre. Ellos no combaten por aquí de frente, y escudándose en los jirones nubosos han pretendido una absurda sorpresa, que no lo es porque no puede serlo. Si supieran que el tiempo no influye nada para la vigilancia y la información, seguramente contendrían esos brincos en la sombra, que sólo logran desmoralizarles un poquito más.

La batalla última, que fué una de las más grandes derrotas que han sufrido, nos hizo llegar a Alfambra,

y allí estamos. Ellos han elegido hoy el vértice superior de nuestras líneas y lanzado sus masas, quizá con la ilusión de causar un sobresalto que les reportara ventajas. Escudados, como digo, en el temporal, con paso de lobo viejo, husmeador de carne joven, por los altos de Vivel quisieron entrar violentamente. Dos puntos sufrieron el ataque, y en los dos se les rechazó, hasta el extremo de que en uno quedaron doscientos setenta y tres prisioneros y en el otro algo más del centenar. Un jefe de batallón ha caído en la red nacional, y este hombre, que tenía, sin duda, poca esperanza de cumplir lo que se le había ordenado, dice muy convencido que se trataba de una sorpresa, que al fracasar rompía la presión iniciada. Poca cosa.

No debe negarse a las gentes milicianas un tesón que, aunque a veces cede, rebrota. Ello es un orgullo más de nuestra raza. Creo que cualquier Ejército que sufriera los desastres que sufre el rojo, lo más que haría a estas fechas es mantenerse a la defensiva. Sin embargo, estos españoles que luchan equivocados enfrente del Ejército nacional, derrotados, sabiéndose vencidos, aún se lanzan al ataque, aunque busquen para ello las ventajas del tiempo. Y los nuestros, sobre un terreno helado, en altos donde mantenerse de pie es un problema, empapados de nieve y fango, vigilan atentos y combaten como si el mejor sol de la costa mediterránea calentara su sangre. Es España, y no hay más que decir. Claro es que a ellos se les mantiene en el error de modo tan absoluto, que muchas veces, al comprender la verdad, miran a uno como si un chispazo de luz entrara de pronto en el cerebro, ya débilmente iluminado.

El gran "bluff" lo han metido tan hondo en el convencimiento rojo, que los aviadores que caen en nuestro campo lo repiten como loros, y al preguntarles nosotros por qué no vuelan, si ello es así, contestan que los antiaéreos les contienen.

Parece como si cada escuadrilla viviera en un fanal y no se enterara de lo que hacen las otras; parece que cada hombre es aislado en absoluto de los demás para que no cuente lo que ven sus ojos en el frente.

Todo eso un día se abrirá, como el horizonte en algunos instantes de hoy, y la España comunista se desmoronará en horas.

Por el momento, ha de continuar la guerra. Y nuestra retaguardia, al pensarlo, debe recordar en todos los minutos del día que su Ejército permanece sobre una capa blanca y mojada y al raso, sufriendo algo peor que las balas: el horror de un tiempo polar.

Y con una alegría, con un espíritu que lo merece todo.

Con la del alba

La posición se hunde en las entrañas de un cerro dominador que permite vigilar toda la hondura del valle y termina en un río no muy ancho cuyas orillas verdean magníficas, porque todo es relativo, y la parda tierra resalta los matices esmeraldinos de los verdes, en su ocre igual. La vista descansa de la llanura en aquellos tonos calientes. Si el sol los acaricia, parecen más oscuros, un punto más destacados y acariciadores, como si, presintiendo la calina de agosto, ofrecieran el sombrero confortador.

Desde el cerro se ve todo, y apenas si nos atisban. Unas trincheras en quebradas, para que si llega el hierro no destruya más que a su elegido, se alargan desde las alambradas y cruzan entre sí para seguir distintos caminos. Dos de ellas desembocan en un perfecto mirador aspillero, en cuyo fondo la piqueta cavó una oquedad donde se agrupa la leña. El humo se va, teóricamente, por un conducto de lata fabricado con los relieves de Artiach. Este abrigo hundido en la tierra muestra la naturaleza de ella: pequeña capa vegetal, y luego un canto redondo, blancucho y blando.

Don Benito, que tiene una manía minera que le lleva a clasificar todos los terrenos rápidamente, como si oliera la vena, dice muy serio:

—Es caliza.

Don Benito no es militar, pero es español. Con esto está dicho todo; sus canas pasean el frente hace largos meses, y como si fueran calizas algodonosas, mira sin prisa y sin miedo los trozos de hierro que muchas veces le han rodeado.

Y detrás del abrigo, sobre el suelo, unas chavolas

de paja y ramajos, en las que se aguanta la noche como es posible. Allá en lo alto, y en el centro, hoy la bandera nacional y la rojinegra, con sus gloriosas rasgaduras.

Es muy temprano. El general llega y entra en las profundidades troglodíticas. Apenas si una rayita verdosa recorta el monte lejano.

Un soldado silencioso ha tapado con sacos la aspillera que se asoma sobre mi Sierra. Unos cajones vacíos que trajeron municiones desaparecen. Telas blancas, con sus tiras de bordado al filo. En la tabla se han pegado dos cromitos religiosos adquiridos en un baratillo, y el crucifijo de madera oscura, estilizado, sin figura doliente, se levanta en el centro de lo que hoy es altar.

El libro, con cintas moradas y rojas y broches dorados, espera recostándose en otro libro de pastas negras.

—Cuando usted quiera, mi general.

—Vamos.

El cura deshace su posición militar y entra delante en aquel abrigo que no desdeñaría Fabiola. Cubre el uniforme viejo y sucio con las ropas candidas. Cúbrese con casulla sin brillos... Un soldado le ayuda. Es el monago un mocetón que lleva el agua y el vino en copitas, porque no hay otra cosa, que no porta campanilla porque no la tiene. Y comienza el incruento sacrificio.

No hay aquí órganos que deleiten y nos hundan en místicas meditaciones; falta el humo azul y oloroso que suba hasta la cúpula redonda. Sólo una velita de cera titila entre el cuchillo del viento que penetra por el rasgón de la arpillera; pero nadie habrá oído con más unión su misa que este grupo de hombres. Como en el abrigo apenas cabe la docena, los demás se alargan por la trinchera sin ver nada, sin oír, atentos a los movimientos de los que, más afortunados, contemplan al sacerdote. A veces, un teléfono repiquetea y una voz baja contesta. A veces truena por allá, y todos los de-

más sonidos acaban, como si se agazaparan temerosos. La misa continúa, lenta, sin prisas, percibiéndose cada sílaba, cada palabra y ademán como si entraran directamente al corazón. Los que están apartados deben escucharlas también, aunque no las oigan.

Cristo, el buen Dios perdonador que a todos ve, desciende en ese trocito de tierra cavada, y al clavar la rodilla, sin que trine el sonido cantarín de la campanilla, una suave emoción entra en nosotros. Le adoramos en el límite de la tierra española, y El lo sabe. Ahí mismo muchos ofrecerán su sangre con el dulce nombre en los labios. Murió por los hombres, y unos hombres van a morir por El cuando esa rayita verde del horizonte haya extendido su luz a todo el cielo.

La mano bendicidora ha hecho la cruz sobre las cabezas inclinadas. Las ropas cándidas dejan su lugar al uniforme sucio y viejo del cura, que se transforma en otro combatiente. Se esparcen los que estaban detrás para que salga el jefe. El mocetón monago quita los sacos de la aspillera de enfrente, y toda la Palomera se advierte luminosa, con sus cien grises rocosos.

—¡Bueno!—dice el general. Es una frase que prodiga en sus momentos preocupados con acento inconfundible. Y luego—: Llamad al coronel de Artillería.

Va a comenzar el fuego, esos disparos regulados que miden distancia y dirección. El cielo deja correr sus nubes veloces. La frente del jefe está fruncida.

Cada uno en su puesto respeta el silencio de los demás. La tragedia desenvuelve una de sus escenas.

Con las cosas sagradas, el cura se hunde en una charola de paja para guardarlas en lo posible.

En el centro de la posición, el viento, furioso, desgarrará la bandera, que restalla valiente.

El domingo pasa, cruza por nuestros días distinto de todos.

Ya los ojos sólo pueden mirar ahí adelante.
Y el cerebro, pensar: "Tiene que ayudarnos."

C a s i e l f i n a l

Esa batería del siete que tengo a la espalda dispara como una enorme pistola automática, y su velocidad y sequedad zumba aún en mis orejas.

Envuelto en los millares de disparos, en el polvo seco y blanco del cerro y con la emoción de la jornada, he tenido que esperar largo rato para ponerme a escribir y dejar que el zumbido e imágenes se diluyan un poco.

Desde el observatorio de hoy, el paisaje parecía distinto. A mis pies, Tortajada, minúsculo, desarticulado grupo de casas amarillentas sobre el río y al lado de unos arboletes grises. Luego, todas las verrugas de la corteza contempladas desde arriba, y que nos denotan con mayor claridad que nunca la dificultad del avance por este terreno. El lugar de despliegue de ayer, rotundo; la barrancada por la que se entró a la luz de la luna, destacada; los objetivos de hoy, más allá.

Este sábado que acabamos de vivir nos ha dado el fruto del avance de ayer. Ayer fué el instante duro, difícil, de noche peligrosa e inquieta; hoy se ha seguido, y agarramos las cuerdas del telón para echarlo sobre la batalla de Teruel.

—Mi general—pregunté, temeroso, en la amanecida—, ¿han atacado?

—Ni un solo tiro en toda la noche.

—¿Se han ido?

—Se irán.

Y ya corremos por la pista llena de vueltas, de barranquillos, de estrechas curvas. La eterna niebla del Bajo Aragón nos quita hoy más que nunca la vista. En-

tra por todas las arrugas camperas y se sostiene a media altura, como si quisiera ayudar al enemigo. El sol apenas puede con el cendal, y pasadas cuatro horas comienzan a advertirse las torres de Teruel y los muros del cementerio viejo. Va muy despacio despejándose; tanto, que llegamos a creer no podrá completarse la operación con la luz que nos queda. Abajo todo comienza a palpar, vibran los motores en la altura y el prólogo de la operación va cuajándose en los disparos iniciales.

—¿Ves aquella loma como rascada y revuelta? Ahí se irá como primer paso.

—Tengo la obsesión de ese nombre.

—Contéplale, rojo, que dentro de un rato será para siempre de España.

El "Horno de Cal" se asalta. Sus trincheras tragan a nuestros hombres, mientras a la derecha se llena de fuego. Deben tener ellos allí una gran concentración, por el ruido que se escucha. Anoche han traído a estas lomas refuerzos importantes. Ya os decía que saben resistir y sólo se van cara a la muerte; pero se van porque no hay nervios humanos que resistan el vendaval desencadenado, y los que vivan aún deben salir de allí moralmente triturados.

Los aviones vuelan constantemente, con su pericia acostumbrada, y de pronto una cadena enfile nuestra posición, bajísima, y sobre nosotros y nuestro entusiasmo oscilan al paso fugaz. Es una señal de enemigo próximo, y, en efecto, delante de la llanada escueta, y en las propias barbas recrecidas, quince "papagayos" rojos hacen dos pasadas, como si tuvieran que cumplir un compromiso. Y se marchan.

—¿Por qué les llaman "papagayos"?

—Por lo feos.

Puede ser; a mí me han parecido horribles. Pero ya somos otra vez dueños del aire, y los antiaéreos los

han empujado a sus bardas, sin más daño para los nuestros. Medio centenar de bombas pequeñas "han matado tierra".

Las columnas han atacado mientras artillería y aviación maduraban, fijándole un punto y rodeándole por otro, de modo que él era el centro de un semicírculo que le ceñía de hierro. Es un monte de afilada punta, largo, cortado en dos, con un primer vértice de 1.551 metros. Del corte separador crece a 1.156 con su parda línea, y desde sus bordes comienzan a descender.

Entre dos luces comienza el asalto. Por aquella pendiente, que es casi una pared, suben los hombres veloces, empujados por un entusiasmo incontenible. Vemos el humo azul y el breve chispazo anaranjado de la explosión, porque la noche deja percibir el fogonazo. El cerro ha sido ganado: los tres morros se escalan en plena noche. Fin de una batalla larga, cruenta, pero que ha destrozado ilusiones y diezmado a los milicianos rojos.

Hoy ha sido tanta la matanza, que los aviadores, al aterrizar, nos dicen que nunca, a lo largo de la guerra, vieron tal cantidad de muertos. Una cadena ha sorprendido a la brigada derrotada al pasar el río y les ametrallan de tal forma, que los cadáveres están unos sobre otros, como si en la ancha tierra no hubiera espacio para todos...

Rápidos, los soldados bajan para redondear el triunfo.

¡Y querían ganar!

¡Y querían ganar!

Vuelan los aviones, y su número, casi ilimitado, revolotea por las líneas enemigas en esas picadas que rozan el suelo y el cañón de las ametralladoras rojas. Vienen luego los serenos, majestuosos bombarderos, que atraviesan impávidos las nubecillas blancas de los anti-aéreos, que les bordan de metralla las alas, y nuestro hombre los mira con los ojillos entornados y brillantes para repetir el estribillo que nos sacude siempre con la misma risa:

—Mi general, ¡y querían ganar!

Va la infantería, paso a paso, abriéndose camino con las bombas de mano, hasta que los vemos hundirse en el trincherón que ellos tenían como defensa, y él torna a su canción de todos los momentos, de todas las horas de triunfo, que es ya como una consigna del Cuerpo de Ejército:

—Mi teniente coronel, ¡y querían ganar!

Ya contemplamos la ciudad tan cerca, que sólo nos falta entrar; ya estamos en las tapias del cementerio; en este momento enlazan los Regulares con quienes estaban en La Muela. Tiran desde la torre de San Martín, inclinada, rota. Hacen fuego por las calles, como si quisieran dar tiempo a algo, a una retirada imposible, a quemar lo que aún no se quemó, a destruir. Pero es inútil. Reforzaron las líneas; en el último instante, cuando aún podían difícilmente pasar, en unos camiones entraron esas dos brigadas de refuerzo.

—Dejadlas; cuanto más se metan dentro, mejor.

Y la batalla seguía sin impacencias, sin que nadie quisiera entrar antes de lo previsto, con un método, un impulso y una fe que no rompían la disciplina. Alguna vez rodó la pregunta: “¿Quién será el que fuerce el paso?” Nadie contestaba. Cada uno dentro de sí es posible formulara un deseo, pero en lo que los otros escuchaban nada se pronunciaba. Uno, la unidad que se mande, el jefe que indiquen.

Y Teruel, dorado por el sol, ennegrecido por el humo, quemado y destruido, esperaba.

¡Qué lástima! Esto pudo ser unos días antes si el tiempo nos hubiera dejado y la traición no rondara; entonces, la alegría sería completa. Pero no quiso la suerte, y el pueblo nos espera con el silencio de su muerte. Ya lo alegraremos, se le poblará, y en sus calles viejas lucirán otra vez las galas de la vida.

La batalla, en la que se ha destruido el poco prestigio internacional que tuvieran los rojos y el mejor Ejército que levantaron, ha sido la mayor, la más tenaz, la más dura de las libradas en la guerra, y posiblemente no veremos otra igual. Convencido el mando de la imposibilidad de llegar por el llano, describió una curva que desde Alfambra alcanzó este pocillo en el que se alza Teruel, en una curva militar prodigiosa y con una maniobra que nadie mejoraría. Los inconvenientes se oponían al triunfo. Nieve, frío, nieblas. Hombres y hombres volcaron en las líneas hasta el último instante. Enviaban los rojos las divisiones, explotando la cantera humana de que disponen, y que es inagotable. Americanos, ingleses, senegaleses y sus hermanos de la dulce Francia han sido enterrados por nosotros en estos campos blancuzcos y polvorientos de la tierra seca y enjuta del Bajo Aragón. Todas las armas, todas las ventajas, los vértices, eran enemigos. Escogieron el sitio, presentaron batalla donde quisieron y se les aceptó con ale-

Manuel de Falla
ode a la ciudad de Teruel

gría. Con esa alegría del que alcanza una decisión con fe y fuerza para resolver su problema. Pero ¡cuánta inquietud!

Se vive, hermanos, de milagro.

Un día le decía yo al general a cuyas órdenes voy:

—Este no es tu sitio.

Y me contestó con un acento en el que se comprendía todo:

—¿Crees que quiero suicidarme? No; es que considero necesario estar aquí, y estoy.

El miedo se le iba a uno con el valor de los demás. Y sentíase un poco de vergüenza al latido acelerado del corazón viendo a los soldados trepar por las lomas con tanta tranquilidad como si el plomo fuera dirigido a otros.

Nuestra última desgracia de aviación sólo es hija del valor y la codicia del malogrado piloto. Haya volaba en lucha, con la ametralladora dispuesta, detrás de un "rata", y tanta fe puso, que tropezó con su perseguido, ciego de triunfo. El aparato, tan potente unos minutos antes, era ya la armadura frágil, que se partía entre el fragor del combate. Así han ido todos.

Hoy se ha entrado en Teruel, en la ciudad que rozábamos hace varios días. No ha salido a recibir a los liberadores la masa de gentes famélicas, enronquecidas de entusiasmo. Nada ni a nadie esperaba allí la liberación. Todo un pueblo silencioso, apenas turbado por los disparos que se alejan, como maldito por el paso de los rojos, renegrado, en ruinas.

Los soldados sienten en su corazón el peso abrumador de la escena. Es aquí más impresionante el trance porque es más grande el núcleo urbano. Muchas veces se ha entrado en un caserío solitario, abandonado de los suyos, vacío de calor humano, con las casas desventradas, sucias, saqueadas hasta en lo más humilde, y siempre se ha sentido la tristeza del momento. Pero hoy es

mucho más hondo, más trágico, porque los lugares son familiares; en ellos y en su vida estuvimos unas horas que se agolpan en la memoria, y llega uno hasta a recordar el rostro que se atisbó un momento al borde de una acera, de un balcón apenas entrevisto, al fondo de un portal limpio y risueño, de esos portales provincianos que parecen resumir la vida de la ciudad.

El general ha ido por estas calles sin nadie en ellas, ha entrado en la iglesia, ha orado unos momentos y ha vuelto al campo.

Ha vuelto al campo. A un puesto de avanzada y de mando, a seguir la lucha, y allí está como si hubiera olvidado la conquista de la ciudad, preocupado solamente de sus soldados, que avanzan, avanzan, avanzan...

La maniobra que nos dió el triunfo

Dos días de lucha constante, minuto por minuto, sin detener el fuego ni las horas precisas para dar al cuerpo lo que el cuerpo reclama, en una labor agotadora, enervante, aprovechando la luz y las sombras para cerrar el cerco y dejar a Teruel dentro de un cinturón que le asfixia. Todos de acero, porque así es preciso, y la carne domada para que no tenga hambre, para que no se duerma, empujándola con el alma palpitante. El soldado, en la tierra y en el aire... ¿Qué decir? Cada uno pondrá en sus labios las palabras que le dicte el corazón.

El movimiento ha trazado un arco de diez kilómetros alrededor de la ciudad, y las ondulaciones de la tierra parecían alargarle. Teruel, eje de la circunferencia, envuelto en llamas. Detrás de una de sus torres mudéjares, gran humareda se renueva siempre. Es el punto donde el incendio crece. El caserío aparece ennegrecido, resquebrajado, y la esbelta aguja de San Martín, mordida casi en su base e inclinada hacia la derecha. Cae el cementerio viejo. Tras de sus tapias se guardan sus hombres, como si respiraran después de la subida.

La Muela florece de humareda, quiere contener el avance. Pero por allá, desde el Alfambra a Corbalán, continúa el paso firme, implacable. El domingo pasa llegando a cuatrocientos metros de los primeros edificios.

Y amanece el día con renuevos de batalla. Nuestro flanco izquierdo es batido por los rojos. Quinientos ca-

miones han transportado durante la noche dos divisiones nuevas y una brigada. Dicen que son las que andaban por Vivel del Río y Cuenca. Dentro de la ciudad, una brigada de Carabineros y otra de guardias de Asalto refuerzan a los vencidos. Nosotros no ponemos ni un hombre más en las líneas.

La ametralladora y el fusil ametrallan largamente. No hay cuidado. Bien fortificadas las posiciones nacionales, les dejan llegar, y en las alambradas quedan unos cien rojos. Entonces, la aviación bombardea eficazmente, y ese flanco queda silencioso, tranquilo, sin guerra. Las divisiones nuevas han cruzado al otro lado de la vida en su mayor parte; los restos se repliegan, y quizá sean llevados a sitio distinto. Una era la del "Campesino", que ha vuelto a la refriega en un mal día para él. Las nuestras resbalan hacia la plaza de Toros, entran en ella, aguantan cañoneo que al parecer sale del interior de la ciudad. Disparan de allí también con ametralladoras, pero todo continúa. El cerco sigue. Mientras la aviación tira sobre Castelar y pasa en picadas por las líneas enemigas, los marroquíes se adelantan y llegan a La Muela. Es así como han entrado en contacto con los que allí estaban y así como el cinturón es ya perfecto. Al alcanzar, junto al Turia, en la cota 925, el punto de fusión, ya nada puede salir de Teruel, y los que permanecen podrán defenderse unas horas más, pero están irremisiblemente perdidos. Ello no resta intensidad a la batalla. Se sostienen los rojos en los puntos que consideran vitales, y retroceden tarde.

La aviación roja, lanzada por fin al frente, se encuentra con la nacional, que cumple su deber heroicamente. La batalla se entabla en número casi proporcionado, aunque es imposible apreciar los que cada uno tenemos en el aire. Pasado un rato, un caza nuestro desciende para retirarse. Debe haber acabado su provisión de municiones. Sobre nuestras cabezas "cebollea" ale-

gre. Hace el tonel para agitar sus alas; es la señal del triunfo. Once aparatos rojos han caído incendiados, rotos, vencidos una vez más.

Pronto una triste noticia recorre la línea. No sabré nunca cómo llegan estas cosas con tanta rapidez, pero es así. Haya, el famoso aviador, héroe de mil vuelos, ha chocado en el aire con un aparato rojo y ha caído...

La guerra sigue con una lágrima más. Ya nuestra línea baja por Santa Bárbara a doscientos metros de las casas, y al Sur va por el kilómetro 1 de la carretera de Sagunto, y de allí al río. Son las doce de la mañana al ser completado el cerco. Sobre esa hora, las grandes explosiones, que parecen ser de minas, dejan a Teruel envuelto en una nube cenicienta. Ya saltó otra sobre las cinco de la mañana. Y a partir de ese momento, casi un silencio absoluto, sólo interrumpido por el ruido de nuestros motores y el retumbar de las explosiones de la aviación, que tarda en llegar unos segundos. Se vuela a mayor distancia sobre las crestas rojas y los pueblos de atrás.

El movimiento ha sido de una audacia que me pondrían los que entienden de estas cosas. Nuestras fuerzas han marchado hasta un punto en el que dieron la espalda al enemigo; de modo que se encontraron con los frentes invertidos; luego han cerrado, recobrando así la posición normal. La mano que lleva estos hilos, tan difíciles de dirigir, en un papel traza el esquema para que yo lo comprenda mejor. Y es así: Dos líneas paralelas son las fuerzas. Un sector de ésta avanza a la izquierda hasta ser perpendicular a la roja. El enemigo maniobra en la misma forma. Entonces nos colocamos otra vez en la paralela y resbalamos hasta girar en la derecha y entrar en la posición inicial por el lado derecho, de modo que esas fuerzas han maniobrado en situación de audacia y valor hasta conseguir su objetivo.

Las divisiones rojas que atacaron están ahora a la

defensiva, después de dejar en nuestras líneas cuatro tanques; en la Torana se llega al cuerpo a cuerpo. Los soldados de España entran en el ensanche de Teruel; el día termina.

Quizá todo esto sea un poco deshilvanado en el relato, pero fué así, y en estos instantes y a esta hora no sabría decirlo de otro modo.

Los que dentro de la ciudad estaban, ya no pueden salir de ella. Rueda por el frente la noticia de que un cabecilla de fuste ha quedado encerrado. Lo confirman algunos prisioneros. Brillan los fogonazos; es de noche; no podemos más.

Cuando mañana amanezca nos despertará el cañón y la gran ilusión recién nacida con el día. Hoy sólo nos resta decir que ellos han combatido como nunca y nosotros también. Parecía que el frente vibraba de rabia por un lado, de fervor en el otro, como si todo se decidiera en una hora de gloria y derrota. España ha prevalecido, y ya se pueden cantar los romances de Teruel. Por la loma del cementerio viejo bajamos camino de Concud, de Caudé, de mi pueblín, ya en una retaguardia vergonzosa. Y como si nos persiguiera el fantasma de la guerra, a última hora chirría una "ráfaga" que es como un grito de impotencia de los que fueron vencidos.

* * *

Tenía que ser nuestra ruta para entrar en la capital la pista de Concud y el terraplén del cementerio viejo, los lugares tantas veces contemplados y que vimos sufrir bajo el fuego constante de los enemigos. Concud, triturado por el cañón; el cementerio, picado en sus tapias por las balas con tanta intensidad, que en algunos sitios parece que en lugar de la huella del fusil tiene el topetazo de uno del siete. Andar por el desmonte que vimos asaltar es una emoción renovada siempre.

Lo primero que encontramos es un viaducto vola-

do... La huella de la dinamita una vez más. Volado en los apoyos de su gran arco, es preciso cruzar a pie. Y desde aquí, en cada paso, en cada lugar, lo deshecho y roto. Ya estamos en las calles; queremos buscar por ellas el sabor de la defensa nacional, algo que nos denote los que allí estuvieron, los que en los primeros días y hasta la traición permanecieron, y es imposible. Papeles, inmundicias, relieves humanos, colchones, todo lo que un conglomerado de ex hombres sin noción de la menor práctica normal puede esparcir por un trozo transformado en cubil, aparece a los ojos, que se entornan ya sin asombro porque han visto demasiado. Las casas fueron. Yo no sé si quedará alguna que conserve aún sombra de hogar; creo que no. Oviedo era una ciudad triturada por el hierro, pero limpia, cuidada en lo posible, y hasta sin escombros. Los depósitos de agua demostraban que allí mandaba un jefe atento a la guerra. Teruel no es la ciudad de guerra, es la ruina entre basuras de un pueblo.

Las torres famosas se alzan aún, con sus bordes mordidos, y por ellas nos guiamos para buscar el sitio que vimos arder tantos días: es la Delegación de Hacienda, su archivo, que se quema lentamente...

Por las calles, sólo soldados. Uno lleva un bombo, otro un trombón, y así muestran la alegría por la liberación, en ese conato de murga que se pasea bajo la triste sonrisa de los que los vemos. Más en armonía con nuestro estado espiritual estaba el vibrar de un piano. Dulcemente tocaba alguien en una casa que se derrumbará dentro de unas horas ella sola notas clásicas. Quien fuera encontró el instrumento todavía útil, y lo pulsaba como si en el teclado buscara un poco de olvido para las tristezas de la guerra. Todo lo que Teruel fué podía traducirse en este músico combatiente y en el cabezudo que al pie de la torre mudéjar muestra su cabezota pisoteada, herido en la frente, y que nos lleva a los días risueños de ferias pasadas, en las que bailaba por aquí

mismo entre risas de pequeñuelos y alegrías de grandes.

Es en el Seminario... ¡Qué decir! Otros lo harán con su impresión de recién llegados; yo no podría. Muchos días he leído los partes radiotelegráficos que nos decían lo que pasaba, y no quiero volver a recordarlos.

Ya estamos en la Catedral. Permitidme que me detenga un momento en su umbral, y con la boína en la mano, esta boína amarillenta y sucia, piense en los caídos, en los míos que cayeron... Y al lado del general, de sus hombres, adelantémonos al altar mayor, donde no queda nada, y arrancando un crucifijo del montón de papeles y latas donde yace, lo llevemos allí con el sacerdote, que viste un capotón lleno de barro y luce las barbas de sesenta días. El general viene del monte, y al monte se irá dentro de un momento; ha entrado con este grupo de hombres que le han seguido de cota en cota, de nevada en ventisca, bajo el vendaval de fuego y de hielo, y se postra ante un retablo astillado.

Luego pide al cura que diga misa. No hay formas sagradas, no se puede oficiar; pero el sacerdote, padre Comensaña, de la bandera de Falange de Asturias, canta un "Te Deum" que tiene la solemnidad del momento, aunque la voz sea una... Luego nos dice que allí, ante Dios, bajo las bóvedas agujereadas, entre ruinas y en las ruinas de Teruel, está la nueva España, que ha libertado la ciudad y hará una España mejor para todos. Nos oye Dios en las alturas, un crucifijo que hemos limpiado de la costra roja; pero ni una sola imagen, ni un cuadro, ni un hombre que no lleve uniforme viejo. Los ojos se humedecen, la garganta se aprieta y el viva vibrante a la Patria y al Caudillo sale por aquel boquete que abrió un cañonazo y sube al cielo, que ha perdido su azul, como si quisiera que una luz suave nos alumbrara en este día sin las violencias del sol.

Salimos otra vez a la calle, a una calle sin cables, sin recuerdo de vida, árida y maldita por los rojos. Sólo vemos tres mujeres avejentadas, un chiquillo con la

pierna rota, la mulletilla que le ayuda a caminar y los ojos abiertos en el estupor de su martirio.

Ahí están "nuestros" refugios, los que hicieron los hermanos en los días de ataque. Ahí, un hombre que pide permiso para recobrar sus documentos y demostrar con ellos que era y es. Pero la cocina donde los metió fué arrancada, y no hay rastro de sus papeles. Luego, todo sistemáticamente arrasado, saqueado. Sabían que no podrían defenderse ni sostener la ciudad, y con violencia se llevaron todo lo que era recuerdo, riqueza, útil. De todo el comercio de Teruel sólo resta una tienda de muebles donde hay un comedor y varias sillas.

En el campo ha continuado la guerra. Hechos mil quinientos prisioneros, con jefes y oficiales, destruída la brigada del "Campesino" y huído él, aunque, según unos, anoche estaba en el refugio y decía que se iba a dar un tiro, en derrota absoluta el Ejército rojo, el general vuelve al campo y atraviesa los tristes lugares camino del "Horno de Cal", más allá; luego, a otro lado; después, delante, más delante, para dirigir la toma de Castellar, el asalto a Castralvo, mientras los aviones cadenean por Escandón, ametrallando a los que se retiran.

Desde aquí vemos la ciudad de nuevo como en los días que la sabíamos cercana y muy lejos. En su torre mudéjar ondea una vieja bandera nacional que estaba allí al ser sorprendida por los rojos, y que ellos no quitaron, como si comprendieran que era un trabajo inútil, porque había de colocarse otra. Al lado de la enseña, desgarrada por las balas, se ha puesto la nueva, que destaca sus colores al lado de los desvaídos de la veterana. España ha vuelto, y estaba ahí a pesar de todo.

Y entonces recordamos otra escena. En el comedor de Auxilio Social estaban aún las mesitas, las sillas minúsculas que utilizaban los niños. Espesa capa de polvo las recubría, pero no las han tocado. El odio no ha tenido fuerzas para destruir el lugar donde comían los pe-

queñuelos ni quitar la tela que refleja y brilla con palabras de la Patria.

Ahí están los dos símbolos, y estarán.

Hemos rebasado la ciudad, el pobre Teruel martirizado. Otra vez el campo, la guerra. Los soldados que siguen al laureado de Oviedo y llevan en su bocamanga las cuatro espadas salen de la ciudad recién conquistada y se adentran en el monte. Castellar queda atrás, los tiros se alejan, y sólo vemos la ciudad volviendo la cabeza.

Teruel destruído sin que sobre él cayera nunca un cañonazo nacional es un buen espectáculo para los que, al abrigo de sus hogares, bien abastecidos, teorizan sobre el comunismo con las entradas del vodevil en el bolsillo. Nosotros, a la guerra, a ganarla, a vencer. Y luego discutiremos.

Handwritten text in red ink, likely a signature or scribble, covering several lines of the page.

El Torico famoso

Como si la Providencia quisiera borrar las huellas de la barbarie que todo lo obstruye y mancha los ojos y las cosas en la pobre ciudad, una gran nevada la cubría esta mañana. Y luego, como si quisiera que los hombres piensen largamente en lo que supone y es el tránsito breve por la tierra, de entre los cendales cenicientos ha salido tímido el sol hasta refulgir con fuerza para destacar los detalles más pequeños de las viejas torres famosas, únicas en el mudéjar y en España, mostrando los zarpazos de la metralla en sus alicatados llenos de bordaduras y filifíes.

Ya Teruel es la ciudad ocupada. Los soldados, con su estruendo de guerra, quemado el rostro, crecida la barba, que apenas cierra, pasan por las calles, muchos colocándose a la cabeza y sobre los hombros las prendas más disparatadas, en fiesta carnavalesca—por ella debemos andar—, pleno de alegría el mocerío satisfecho de sus fatigas. La pobre ciudad rota engalanábase con estas figurillas menudas y morenas que llevan sobre el corazón la Cruz del Apóstol y van de un lado para otro como señores de un pueblo libertado del dragón. Cantan y ríen, pero de pronto se detienen ante un edificio y silenciosos lo contemplan. Se detienen ante el Seminario.

La mole gris, que se asoma a la vertical de un foso natural, se esparce ahora fuera de su solar. Como un día en otro sitio, la dinamita asturiana y minera levantó el edificio con algo más de fortaleza que convento y todo aparece envuelto en el polvo blando de lo triturado.

Desde la calle vemos lo que fué capilla, brillantes aún sus dorados del altar a la luz cruda de la mañana. Una trinchera que unía con otro edificio defendido nos permite llegar a la puerta, coronada con el escudo que abraza el Toisón. Entro por el lado de la cortadura; las ventanas, cerradas con sacos, huella de las balas y de muerte, y en un patio, cuyo cuadro está como si Cojuelo hubiera andado por allí, el milagro del Sagrado Corazón, intacto sobre su base, rozada cien veces por la metralla y con apariencia de columnilla natural de la gruta de Draa. Después, en el comedor de estudiantes, improvisados lechos de los que agonizaban...

Caminar entre escombros es dolor inútil. Quisiéramos ya estar lejos, al aire fino del campo, pero algo nos atrae y nos lleva ciudad adelante. Como ayer, y en el mismo sitio, un piano desgrana notas de Albéniz junto a una farmacia decorada con sobrio estilo moderno y los colores de Falange. El soldado artista no abandona su entretenimiento, y es dulce escucharle entre la algarabía callejera y el disparo de un cañón que no descansa junto al Turia.

En una iglesia pequeñita, el "paisa" vigila a cien prisioneros. Son antiguos guardias civiles transformados en de Asalto, de los que reforzaron la defensa. Desengañados, conscientes, esperan ser trasladados a otro lugar. Y entre ellos, milicianos del "Campesino", que es el único hombre que se ha salvado de su división. Guerrillero a la mejicana, todo su valor se le fué al verse cerca el enemigo. Si hubiera razón o justicia en la zona roja, le aplicarían la pena que él empleaba con los suyos tintados de miedo.

Seguir así, por las calles, supone renovar en cada metro toda la rabia.

Teruel es la capital de España más destruída. Le queda a Toledo un sector intacto; resta en Oviedo la casa moderna y señora que supo desafiar el cañón; aquí, pueblo viejo de un sabor español y aragonés inconfun-

dible, apenas sostenido por el cariño de sus habitantes, todo pende de un hilo, y basta, como he visto, que un camión demasiado pesado ruede con prisas para que se venga al suelo todo el tejado y alero de una casa.

Sobre las cinco, dos oficiales del Cuerpo de Ejército de Galicia, el comandante de Intendencia y el alférez médico recorrían el Ayuntamiento, cuando encima de una mesa de despacho de las oficinas dieron con el Torico famoso. ¡Cuánta emoción! Los ojos lo veían, sin creerlo. Amorosamente acariciaron el musculado bronce, y llamaron a las gentes para darles la noticia. Gritos, entusiasmo. ¿Será el auténtico?

La duda ensombrece tanta alegría. Pronto, de la multitud que se agolpa llega un hombre que fué defensor de la ciudad, y dice:

—Nuestro Torico fué derribado de su columna por una explosión y se le estropeó el cuerno derecho. Además tenía una grieta en la pata.

Las manos palpan y los ojos se abren. El Torico tiene las dos huellas. ¡Es él! Entonces se organiza una manifestación, y a hombros le llevan dos de los antiguos vecinos de la ciudad. Detrás, los soldados, todos, todos... Se trae una escalera, mejor dicho, brota nadie sabe de dónde y cómo, y en un gran silencio se le pone en su sitio, para que siga la vida urbana que va a volver.

Ya está allí, limpio, brillantes sus tonos verdinegros, erguido, desafiante y orgulloso. Símbolo de páginas que fueron, símbolo de las que se escriban. Es un buen amigo, y no quiso estar en su lugar en el breve espacio de la dominación roja; pero apenas idos ellos, se muestra a los soldados y pide plaza. Ya está aquí, para que todos le vean.

Apenas colocado, un grito le saluda, y él, con su apostura hasta gentil, observa y permanece.

En el campo ha seguido la lucha. Tomado el Castellar, quedaban unas alturas para dominar en absoluto todo lo que rodea Teruel y que no pueda ser molestado

más que desde el aire. La operación se ha hecho, y la línea es ya continuada. Los aviones entraron por la zona enemiga, y su metralla persiguió a las columnas que se van en derrota. La campaña de Teruel ha terminado, y sólo resta contarla en conjunto.

Por la carretera ancha vamos. Por el camino real, que señala la zona de fuego en su asfalto intacto, y la de trabajo y abastecimiento, con el piso gloriosamente destruido.

Del 17 de diciembre al 24 de febrero se ha dado la mayor batalla de nuestra guerra

Era un día oscuro, tristón, de cielo bajo y plomizo. Dormitaba yo a la hora que se debe estar levantado, en la mejor cama que gustó mi sueño. Abajo runruneaba la ciudad, plena de vida. Y sonó el teléfono:

—Ven cuanto antes.

Ya me he acostumbrado a la disciplina, y sin réplica salí para el pueblo que era base del Cuerpo del Ejército de Galicia. El castillo, amarillento, encerrado en un parque de verdes oscuros y con su vieja capilla adosada al costado, no tenía guardia en la puerta. El coche parecía esperarme para arrancar.

—¿Dónde vamos, mi comandante?

—Ya te lo puedes figurar.

—¿Allá?

—Sí.

Cruzamos otra vez Zaragoza. Las primeras casillas camineras marcaban la ruta con el nombre de la ciudad hermana, Teruel. No hablamos. Pesaba sobre nosotros la angustia del momento. Algo muy grave y hondo había ocurrido, y no me atrevía a preguntarlo. El general salió tres horas antes, y sólo había marcado el final de nuestra jornada, Paniza, Calamocha... En no sé dónde brillaba una luz, y pedimos café. En el cruce de Monreal paramos. El aire arrastraba su lamento por la nieve, y era tan negra la noche, que no podía advertirse nada.

Estábamos sobre un llano. A nuestra izquierda, la masa rocosa de la tierra enemiga; delante, Villarquemado; a la derecha, Gea, Albarracín. Fuimos al campo. La llanura se extendía inmensa. Asomarse a ella era peligroso. Recrecidos, los rojos tiraban con todas sus armas.

Nueve batallones nacionales estaban en línea. Delante, sesenta y cuatro enemigos. Nuestro frente limitábase a un núcleo sobre la carretera, avanzada de Caude; unas posiciones aisladas en Villarquemado y Singra y otras en Bezas.

Teruel radiaba con angustia, pero su jefe había cometido ya el error de abandonar el campo, encerrándose en las casas de la ciudad. Desde el primer instante el enemigo hostilizaba aquellos edificios. Los defensores eran heroicos en un grupo, tímidos en el otro. Con aquel espíritu no podrían prolongar la defensa. Todos los puntos naturales y dominantes habían caído, los mejores estaban muertos...

Una honda preocupación fruncía la frente del jefe. La "papeleta" se mostraba insoluble. Aquella noche sólo su fuerza y optimismo mantuvo la conversación de la mesa. Al retirarse dijo:

—Mañana, a trabajar.

Con audacia que los profanos en el arte militar apenas comprendíamos estiró el frente, y por el lado izquierdo atacó. Su vanguardia fué hasta la balsa del Peral, doblándose en la cota 1.222 de Cerro Gordo y entrando en ángulo sobre el Guadalaviar, bajaba hasta la altura de Campillo, a dos kilómetros de este pueblo. La maniobra obligaba a los rojos a volver la cabeza y presionar un poco menos la ciudad, que todavía se mantenía.

Y le daba tiempo a preparar su primer ataque en serio con elementos que llegaban lo más rápidamente posible.

Téngase en cuenta que nosotros sólo teníamos una

línea ferroviaria y una carretera de buen trazado. Ellos eran dueños de las mejores comunicaciones, y sus rutas de alquitrán eran cinco, sin contar las secundarias.

El general dispuso su ofensiva para el día 29. El ataque de frente, por el llano, lo estimaba imposible. Para forzar los reductos enemigos y ensanchar la zona, quitándole el agobio que sufría, era preciso subir a los montes. Si la suerte estaba a nuestro favor podría completarse la operación. Pero le escuché muchas veces:

—Teruel sólo podrá tomarse desde Celadas.

El enemigo nos presentaba batalla, escogiendo el lugar y apoyándose en el triunfo obtenido por sorpresa. Su moral era enorme. Nosotros aguantábamos su aviación y sus artilleros con la confianza del triunfo final. Y decían que el Ejército del pueblo había demostrado su eficacia, y Teruel sería el final de la guerra. Los radios de los sitiados eran angustiosos.

La nieve nos arrebatava el triunfo...

Aquel 29 de diciembre amaneció espléndido. Era nuestro primer ataque en forma. El puesto de mando estaba en el centro del llano, como una verruga de la planicie descubierta. Comenzó el fuego. Bajo un sol de primavera, la batalla, planeada para cuatro días, comenzaba. El 31 nos retiramos del campo en pleno triunfo. El puesto de mando estaba ya mucho más lejos, y tan dentro de la línea de fuego, que lo batieron todo el día. El boquete de una granada fué resguardo hasta que la artillería enemiga lo descubrió. La línea nacional se extendía desde Santa Bárbara de Celadas a Concud; de aquí, por el batán de la Umbría, borde de La Muela a Campillo, pasando por la 1.062 al sur de la Casa del Cura. El Cuerpo de Ejército de Castilla, al mando del general Varela, dominaba La Muela, y el Ejército se descomponía en dos trozos, norte y sur del Turia. De

Teruel nos llegó aquel radio: "Emocionados con lo que vemos, os enviamos un abrazo. Dádselo a la aviación. Cuando entréis, traed víveres y medicinas." Pero en el otro edificio defensor se fraguaban ya las conversaciones de entrega, rondaba la impericia o la traición.

"¡Mañana, mañana!", nos decíamos.

Y mañana, el esperado mañana, nos trajo la enorme nevada. Bajo la capa que caía implacable del cielo quedaban nuestros hombres ateridos, nuestras piezas sin visibilidad, la aviación en los aeródromos. La batalla que pudo ser triunfal se desvaía en el temporal agudísimo, bajo una temperatura de dieciocho grados. No era posible hacer nada. Y ellos trajeron más fuerzas, cavaron mejor y repusieron sus divisiones destrozadas.

Al salir el sol aquel paso era infranqueable.

Fué entonces cuando comenzamos a ver entre los muertos enemigos a los negruchos del Senegal, a los rubios de América.

Delante estaba un Ejército codicioso convencido del éxito, llevado por un Estado Mayor extranjero que sabía bien lo que hacía. Un Ejército de soldados que conocían el arte de la defensa y no retrocedían más que ante la muerte, y eso con tranquila apariencia.

El nuevo año fué así... El general escuchó con nosotros la misa del Gallo en su día, y en este primero de enero, después de estrecharnos las manos y mirar el campo brillante de blancos nuevos, animó nuestra pena.

Teruel se alejaba porque Dios lo quiso. Unas horas más de sol, y todo habría concluido. Era preciso comenzar de nuevo, no sentir el golpetazo de la fatalidad y estudiar otro camino.

Teruel caía por completo en manos del comunismo. Unas horas pasadas, llegaban a nuestras líneas el frailecito Gil, envuelto en su capotón de la Guardia civil, el alcalde, otro puñado de españoles. Nos contaban lo que había pasado. Al Gobierno Militar llegaron siempre los jefes rojos y departían con el coronel, que ordenaba

cesara la defensa y confiaran en la caballería del enemigo. Ya la ciudad era de ellos.

En la guerra, estas cosas son incidentes. Como hombres, puede sentirse el dolor de otros dolores; como soldados, eso es imposible. Teruel rojo dejaría de serlo a su tiempo. La batalla se transformaba, por deseo del enemigo, en algo fundamental que podría variar el tiempo de la contienda. No era Teruel lo que buscábamos: era decidir la supremacía de unos sobre otros. Las derrotas del Norte las consideraban ellos como algo accidental porque no les había sido posible llevar allí sus elementos. Mientras liberábamos Bilbao, Santander y Asturias, Prieto, el más inteligente de nuestros enemigos, levantaba a fuerza de oro un Ejército formidable y lo lanzaba al punto que consideró más fácil para su éxito. Nunca tuvo España masa más densa delante, con mejor espíritu y armas. El ala derecha de nuestro frente se inmovilizaba forzosamente y la izquierda debía maniobrar para llegar hasta el río, cruzarlo y descongestionar de enemigos un frente quizá demasiado presionado después de la llegada de los refuerzos rojos.

Cuajaba en el aire la supremacía nacional y se destacaba la acción decisiva de los antiaéreos. Sólo debía esperarse la salida del sol para continuar.

En estos días, las bajas que nos producía el frío eran más del triple que las del plomo. Los soldados desplegados en el campo soportaban una temperatura polar estoicamente, y llegó la hora de comenzar de nuevo.

La batalla de Celadas.

La batalla de Celadas, en el ala izquierda, Ejército del norte del Turia, tenía en su estudio tres momentos perfectamente definidos, que en las horas previstas y en la misma forma en que fué concebida cuajaron con éxito. Su objeto era llegar a la orilla del río Alfambra, pasando sobre las cotas dominadoras, que molestaban

casi impunemente a nuestras líneas. Debía operarse ya por la montaña, por los lugares más abruptos, acercarse a los cortes casi verticales del otro lado del río, que se mostraban temibles. Pensar en cruzar las poco profundas aguas del Alfambra ponía temor en nuestro ánimo.

Una vez más tenía que romperse el frente. Como el invierno obligaba a detener las operaciones cada dos o tres días, ello daba al enemigo el tiempo suficiente para reponerse y construir con rapidez de maravilla las fortificaciones que luego se debían destruir. Es preciso decir aquí que el Ejército rojo posee un plantel de técnicos de fortificación que saben bien su oficio. No son ya aquellas trincerillas de medio metro ni el cinturón de hierro que se ofrece tentador a las piezas artilleras; son nidos disimulados en el terreno, apenas entrevistos en el vértice de una cota y que se alargan en línea quebrada, con el cemento y blindaje suficientes. Detrás, cuevas para "taparse" en los momentos de intenso bombardeo, y como la preparación artillera va por delante de los infantes, ellos se ocultan cercanos a su línea y a la distancia precisa para salir de los abrigos y colocarse junto a las máquinas antes de que lleguen los nuestros.

El 17 de enero se inició el rompimiento del frente por el alto de Celada, cota 1.177. Conseguido el objetivo, otra columna, por la senda de la Cañada, rompía igualmente, y ambas fuerzas se esparcían por la derecha hacia el Muletón y la masía del Chantre, y por la izquierda a la casita del Bobo, con ángulo sobre La Losilla. Tres días de operación continuada nos dieron una línea que iba por la indicada caseta del Bobo a las Pedrizas y de aquí a San Blas.

Fué éste quizá, el momento más duro de la lucha. Cierta noche se perdió una posición que se tomaba cuatro veces por nuestros hombres. A la maniobra contes- taban ellos con la maniobra, bien apoyada por los carros de asalto.

—La lucha hoy—nos dijo el general Aranda—ha sido entre dos ejércitos regulares perfectamente adiestrados.

Y era verdad. Ellos no eran la masa descompuesta que no sabe moverse en el campo, sino una fuerza consciente, con alma y brazo propulsor. A pesar de ello, Líster tuvo que retirar su división con más del cuarenta por ciento de bajas.

Tocábamos ya el río en la estación del ferrocarril a Ojos Negros, y había llegado el momento de cruzarlo cuando el tiempo lo permitiera. Sufrimos otra pausa forzosa sobre las armas y el frío. Salíamos al campo, y el sufrimiento nuestro quedaba borrado por el espíritu de las fuerzas. Presentían la victoria. Concud quedaba a retaguardia; el prestigio del Muletón, señoreado por los nacionales, enardecía a la tropa. Todavía lejana, percibíase la línea, azulada por la distancia, del Mansueto, y debajo, Teruel. Cruzar el río, seguir, llegar, era el deseo.

El ataque a Singra.

Un prisionero había dicho que, rehechas sus fuerzas, intentaría el "Campesino" romper las líneas a la altura de Calamocha, con la seguridad de que, al lograrlo, ganaba la batalla. Si hubiera sido eso un hecho, sólo habría tenido la importancia de otro incidente, pero ellos podían haberse recrecido en su derrota, lenta y segura. En Calamocha, la carretera general, la línea del ferrocarril, entrada la mejor para la vanguardia donde un Ejército luchaba y tenía la necesidad de su abastecimiento; hubiera sido necesario ir por pistas embarradas, por lugares de lento camino.

A las cinco de la madrugada del 25, Singra fué atacado con violencia. Amparados en la niebla y la noche, los carros entraron en apoyo de los infantes, y durante

cuatro horas se combatió con fuerza. El ataque se repitió a las tres de la tarde siguiente y en la mañana que vino. Más de dos mil bajas les costó la aventura. Pero hubo momento difíciles. El lugar se sostuvo porque la previsión del mando había reforzado sus efectivos y puesto reservas en Torrelacárcel y Torremocha.

Singra está situado a cuatrocientos metros de la carretera general, en la caída de Sierra Palomera, a la vista de Santa Eulalia, y tiene delante dos cabezos que la defienden bien. Este episodio hizo que se variara el plan de ataque, buscando otra vez al enemigo donde él quería. Estaba en Sierra Palomera; pues a la Sierra, que tiempo quedaba para volver sobre el Muletón y darles la batalla final. Y el 5 de febrero comenzó la gran rota.

El Alfambra, como línea nacional.

Ya no teníamos como frente unas líneas aisladas en la carretera, sino un trincerón fortificado y ondulante a su largo y en la caída de la Palomera. La envergadura de la operación era enorme. Nuestras columnas iban a arrancar desde Santa Bárbara, Celadas y El Pozuelo, en un movimiento envolvente amplísimo, al mismo tiempo que la Caballería y el Cuerpo de Ejército de Yagüe, este último por Portalrubio y Vivel.

La Palomera quedaba desde los primeros momentos a nuestra retaguardia, sin que la rozaran las fuerzas, creándose así una gran bolsa que se cerraría al alcanzar el río. Tres días de fuego intenso, de lucha minuto por minuto, y al término de ellos, la línea quedó en el sitio previsto.

La columna que arrancó de Celadas fué hasta San Cristóbal por las Veguillas, tomando contacto en aquel punto con la que, logrado Visiedo, bajaba hasta Camañas. Al mismo tiempo, y desde Visiedo, se tomaba Pe-

rales de Alfambra, acampándose sobre Villarrubio. La que salió de Celadas describió una curva en el Collado de la Suerte hasta el Cerro del Churro, partiéndose en el Portillo de Santo Domingo y tomando Alfambra. Y las del Pozuelo iban, después de rebasar el Cerro de las Minas y La Carolina, a Villalba Baja. Al Norte se rompía hasta el río en una línea de quince kilómetros. Conquistábanse en esas horas seiscientos kilómetros cuadrados de terreno y se lograba un éxito tan rotundo, que las líneas rojas caían solas con sus miles de hombres y de armas. El día 7 se hacía una cabeza de puente en Villalba Baja, con un movimiento militar sabio y audaz que iba desde este pueblo a Tortajada, y ya la línea nacional era el curso del río, quedando la carretera definitivamente libre y cayendo en poder de España desde una fábrica de harina recientemente instalada hasta el más pequeño detalle de la organización roja, puesto que se habían logrado copar trincheras, fortificaciones, puestos de mando y depósitos de municiones. El paso del río, preocupación de nuestros mandos, estaba resuelto. La escarpa inicial, dominada, y el Mansueto, dispuesto para ser escalado. Fué aquí donde se ganó Teruel y la batalla, larga batalla cuyos resultados eran bien claros en estos momentos. Los rojos intentaron una reacción, fácilmente rechazada. Los diez días que pasaron hasta el ataque definitivo fueron invertidos en mover la artillería, que había quedado fuera de tiro por la profundidad del avance. Pero el frente de rompimiento se reducía ya a siete kilómetros, y nuestra masa podía ser lanzada por esa brecha reducida. Todo palpitaba con la fe del triunfo. Las divisiones esperaban la señal de ataque, y así fué.

Teruel, liberado.

En la toma de Teruel han intervenido dos Cuerpos de Ejército, Galicia y Castilla, y una división, la de Va-

liño. Teruel se ha conquistado en una amplia curva, a diez kilómetros de la capital, y en un círculo perfecto, que tuvo la audacia de cerrar El Mizzian, magnífico coronel, en un combate con los frentes invertidos. Las columnas se pusieron en movimiento por los puntos siguientes: Villalba Baja, Tortajada, Masía del Valle y Sierra Gorda. Alcanzando, por este mismo orden, El Chopo, Alto de la Torana, río Rambla y Los Lomanes, carretera de Corbalán, Valdecebro y Fuente Cerrada, y Horno de Cal, Enebral, Mansueto y Santa Bárbara. Desde los tres morros de Santa Bárbara al cementerio viejo sólo existe la bajada natural, y ciñéndose a la ciudad, cerró el círculo el coronel Mizzian, tomando contacto en La Muela con el Cuerpo de Ejército Castellano. Logrado el ensanche de Teruel, dos divisiones gallegas entraban en la capital, oyendo su general el "Te Deum" famoso, a las diez de la mañana, en la Catedral, destruida, y saliendo en seguida al campo, porque sus fuerzas continuaban hasta la carretera de Valencia, que cortaban en el kilómetro 13, y Castellar, en las lomas opuestas. Después, los castellanos desbordaban La Muela e iban sobre Castralvo y Las Alvarizas, Villaespesa y Galiana. El frente quedaba definitivamente asentado y el Ejército rojo destruido en absoluto. Ya se ha hablado de Teruel lo suficiente, y además, sólo quiero yo relatar la marcha de la batalla, porque lo episódico haría interminable el relato. El elogio de los hombres está escrito. Nunca un Ejército tuvo infantería como la española. Es frase común en el frente que artilleros y aviadores barren obstáculos, pero la guerra la gana el roce de la alpargata en los terrones. Para esos muchachos, hijos auténticos del pueblo, sea la gloria. Hace unas horas, ellos, los que andaban por aquí, pidieron permiso al general Aranda para felicitarle, y él les dijo algo parecido a esto: "Os sigo y mando con todo cariño. Vosotros ganáis la guerra. Yo soy hijo de un sargento, y os conozco bien. Además, el combate es para nosotros, vuestros je-

fes, un oficio; en vosotros, no. Al terminar la contienda seguiremos en nuestra carrera, y España espera que trabajéis su tierra, en sus talleres y Universidades. Dejadme que sea yo quien os felicite y os dé las gracias en nombre del Generalísimo." Y desde sus puestos de mando, el Generalísimo y el general Dávila habrán asentido a las palabras pronunciadas. ¿Nombres de jefes? Todos. Una lágrima por los caídos, desde el primero, coronel Ceano, gravísimamente herido de metralla en los minutos de despliegue, al capitán aviador Haya, último de nuestros mártires al ser tomada la ciudad. Y una frase para esos muchachitos, adolescentes de la burguesía española, para el alférez provisional, rotundo exponente de nuestra raza.

Por ellos y para ellos, ¡arriba España!

Las mutaciones del paisaje en las rutas que conducen a Teruel

Salí en la tarde que se iba de nuestro pobre Teruel con el dolor y la fatiga de la campaña larga, entre fríos que quemaban mis ya viejos huesos mediterráneos, contento por el triunfo y triste por el espectáculo conturbador de la capital destruída. Salí para tierras de paz, ciudades enteras, carreteras lisas y apacibles, en busca del hogar y de algo que pusiera ante mis ojos el suave rodar de la vida igual. He estirado celosamente las horas hasta lo infinito y gozado los días de permiso con el miedo de su fin. Bajo los claros chorros de la hermana agua, limpio el polvo del camino, la arcilla de la pista, el barro húmedo del reducto, y de pronto, la fecha llega, y me dicen hay un deber que cumplir. Voluntariamente acepté este trocito de oro que llevo sobre el corazón y es para mí, en su modestia, la más alta recompensa que puede ofrecerme la Patria.

No sé qué encanto tiene la guerra. Allí se posee todo, aquí apenas tenemos nada y se dispone de lo único que es claro patrimonio del hombre, puesto que ya se ha dado, y, sin embargo, atrae el campo, el fuego, la inquietud y hasta el dolor. Al llegar a mi pueblín de siempre, donde mis pobres chismes esperaban el regreso, una gran calma asombra al nuclecillo rural que hace unos días se estremecía de soldados, y sobre las bardas de la tapia que se asoma a mi Sierra, donde crecen unas enredaderas que saben resistir el hielo, encuentro entre los brotes tempranos las avecillas de Dios, más

piadoras que nunca. "¡Los pájaros han vuelto!", me digo, casi enternecido, y el pensamiento se me va a la página inolvidable de un soldado poeta que murió de metralla hace ya muchos años.

"Ellos son—decía—la vida del paisaje, el alma de los campos, el espíritu de los bosques, la voz de los prados. Un país sin pájaros es un desierto. Su presencia trae a la llanura ensangrentada la gracia, la esperanza, la fe." La noticia de la llegada de estos heraldos de la primavera parece correr por el frente. Ellos no harán este año sus nidos en la misma línea de fuego, porque han tenido que emigrar de sus pueblos, como las personas, y no encuentran los viejos tejados en los que tenían su idilio; pero permanecen cerca de sus campos, como los hombres, que esperan el final de la tormenta.

Pero están. Los veo ir y venir como si reconocieran el terreno, esponjarse al sol, alisarse las plumas con ese ligero movimiento que rompen para saltar a otro sitio más seguro o más tibio.

Su himno alegre parece haber apagado el grito del cañón, ese ronquido que muchas veces oiremos todavía, y salgo para recorrer el lugar solitario antes de abandonarlo, posiblemente para siempre. La pista que llamábamos calle, y en la que pusieron un soldado que ordenara la circulación, se extiende sola. En ese arroyo del lado izquierdo, en el que las mujeres lavaban nuestras ropas, nadie trabaja, y por ahí voy hacia el equipo que algunas tardes en las que no había mucho trabajo solía buscar al regreso del campo. El hospital brilla con la misma limpieza de siempre, mudo ya. La ventana que otras veces nos miraba hosca es alegre marco de un suelo dorado en el que picotean y escarban las gallinas, y junto a la camita escueta del médico nos agrupamos hoy sonrientes. Sólo quedan dos enfermeras; las otras corrieron a sus permisos, a la paz, también ellas, bien ganada para su mocerío. Una, menudita, culta, fina, de venillas azules en sus manos hechas para volver las pá-

ginas de viejos librotos apergaminados, me saetea con las horas que pasaron. La otra, alta, seria, escucha sin apenas sonreír. Sus vestidos cándidos parecen despe- garse un poco del día tranquilo, del lugar, que sólo hue- le a limpio. Y allí dejamos irse la tarde, sin preguntar- nos el fin de nuestra ruta.

Cuando las estrellas brillan en esta noche tan pura, después de haberme regalado con su cena humilde, re- cojo mi hatillo, echo sobre los hombros el capotón y es- trecho su mano.

"En este codo—me digo—tiraban ellos desde allí." Los negros embudos de las explosiones bordan la ca- rretera. Y todo parece ya otro paisaje, otro lugar.

Por el camino voy con una fecha en el cerebro, aquella de un 17 de diciembre maldito, cuajada de temo- res y de entusiasmo.

Carretera la de Teruel, lisa y llana, sin soldados...

* * *

Con el hatillo al hombro en la noche clara de aire puro y fino llegué hasta este lugar que se levanta des- pués de un portezuelo con pretensiones y me pone ante el paisaje ya puramente serrano, de airecillo que el sol apenas podrá calentar con el día. Es una noche más entre nuestras noches, que terminará entre aullidos de cañón. Levantada la capucha, las manos en los bolsillos y en el corazón la esperanza renovada, los ojos se en- tornan, y ya cuando el buen calor hace correr ligera la sangre vemos ante nosotros el peor terreno que pudo ofrecernos la madre Naturaleza.

Hace tiempo, esto del paisaje resbalaba por nosotros, y sólo contadas veces, con el silencio de la admiración, que es la más clara muestra de sentirla, deteníamos el motor para asombrarnos y mirar luego al cielo, en gra- cias a su bondad por habernos dado los sentidos que permitían el éxtasis. Pero desde que la guerra nos atra-

jo entórnanse los párpados, concentrando en las pupilas toda la savia del cuerpo para atisbar en bajos y altos lo que ante nosotros permanece. No es la belleza lo que atrae, es el peligro de nuestros hermanos, la dificultad acumulada, el saber que por allí han de ir ellos y que desde aquí o allí más fácilmente puede cerrárseles el paso.

Estamos ante quebradas, ondulaciones y barrancos, espesos de maleza y bosques malos para el paso del guerrero y bien defendidos porque largos meses estuvieron ellos y presienten la forzada inevitable.

La guerra comienza de nuevo en un frente extenso, y, como antes, es preciso romper la línea enemiga para maniobrar en profundidad.

Los rojos intentaron inútilmente defenderse

Mi posición de hoy domina el infinito. Las alambradas se levantan sobre el barranco, y allí veo todas las ondulaciones de este campo, que vuelve a tornarse hosco para el hombre, amarillento, pálido en los bordes y apenas oscurecido por las carrascas entre peladuras de tiña. A la izquierda, el paisaje es más amable, más dulce, sombrea la lejanía y no tiene estos pedruscos que se abren sobre las minas en una depresión característica de la veta carbonera.

—¿Calizas, don Benito?

—Calizas, amigo, y vea cómo se parten hacia el Norte y marcan bien claro lo que guardan en sus entrañas: el oro negro.

Mi hombre está en lo suyo, y parece que nada le importa lo que va a suceder desde que atisba el lavadero, husmea el pozo y coge la chimenea.

—¿Aquella carretera...?

—La de Montalbán.

—Con buen tránsito.

—Fíjese cómo levantan polvo las ambulancias y camiones rojos, en su ir y volver.

Golosamente los miramos, con ansias cazadoras, porque la pista que recorrimos hace unas horas nos dejaba admirar los limpios embudos de las explosiones, y por aquí estalló no hace mucho tiempo una a cinco metros de la proa del coche que mejor guardamos.

San Martín del Río parece temblar en la neblina ma-

ñanera, como si presintiera la tormenta, y allá, en la garganta de esos dos montes gigantescos, la torrecilla bermeja de Montalbán se ofrece a nuestra codicia.

Buena mañana de guerra. Ya saltan los aullidos rasgadores de las baterías y corre el sol su camino. La alambrada roja guarda la posición. Es enorme su extensión, y la clavaron en estacas de madera. Mal deben andar de hierro. Pero su cuádruple tejido eriza y brilla.

La guerra cede. A la izquierda todo va bien. Se camina velozmente, y van quedando atrás cerros y lugares. La derecha lucha con más calma. Un mayor núcleo se defiende, pero no es cosa mayor, y aquí, en el centro, parece que se ha concentrado la resistencia roja y ponen ellos su mayor afán. El enemigo, tenaz y duro, como es costumbre, afina su capacidad defensiva y tecléa en las ametralladoras, mientras nuestros cañones les apagan los rebufos. Es una lucha, un duelo de largas horas. Ya el sol ha doblado el cenit hace un rato cuando aparecen las cadenas y piruetean sobre las trincheras enemigas. Entonces hay un gran silencio en el campo. Es el fenómeno de siempre. Nuestra artillería calla, después de señalar los puntos vitales, para no estorbar el trabajo de los pájaros, y ellos ocultan sus armas para pasar inadvertidos. Pero el cadeneo no permite ocultaciones. Los saca de los abrigos, y vemos cómo uno a uno, los más tímidos delante, corren a buscar otro sitio más apacible, y los vemos tirarse al suelo al vuelo del avión, para seguir después su carrera. Los infantes nacionales van también hilándose, arrastrándose, para ofrecer menos blanco, y un grupo de valientes corta los alambres para dar paso a sus camaradas. Y aquí la guerra adquiere todo su valor, y es el bárbaro y grande espectáculo que, una vez visto, no se olvida nunca y quiere compartirse siempre. Es la hora del asalto, es el momento en que se aprovecha el deprimido espíritu del enemigo, y con la garganta seca y el corazón palpitante, los infantes sin precio vuelan a ocupar el

sitio elegido. Ya las cadenas se van, mientras los cazas vigilan; ya ha vuelto la artillería a mostrarse activa, y los carros emprenden su bamboleanante paso con los hombres pegados a sus chapas. Uno se destaca, aplasta la alambrada, vuelve atrás para abrir mayor brecha, y su fuego, sus explosiones azules, entran por los boquetes de los abrigos cercanos. El cañón alarga el tiro, y los hombres hormiguean a paso de carga hasta que la banderita bicolor ondea donde antes estaban ellos. Ahora es el minuto de huida. Son las cinco menos cuarto de la tarde, y salen seguidos por los artilleros, que no les pierden el paso. La zona es una gran humareda, en la que se funde el gris del humo con el dorado rojizo del polvo que levanta el acero y la metralla.

Por la carretera viene un puntito negro seguido de otro, se detienen junto a una ermita que vemos claramente, dan rápida vuelta y salen en dirección contraria a contar, sin duda, lo que pasa. Y ellos nos tiran unos cañonazos en nuestras propias barbas, como si la ira alargara sus tiros.

Bien se han defendido, bien; pero no hay defensa posible ante los nuestros. La división de la derecha avanza cronométricamente; toda la izquierda ha vuelto a España, y el centro, llegado al punto que se quería como final de la jornada.

Los prisioneros comienzan a llegar...

Avance sin sangre

Hoy podemos hablar con soltura del desenvolvimiento de la batalla que se juega en los campos de Aragón, y en la que no sólo la iniciativa es nuestra, sino que el avance es a tal velocidad, que en las horas transcurridas hemos entrado en espolón, enlazando los distintos sectores hasta construir una línea continuada. ¡Mágico poder de la maniobra! Ella nos da todo lo que le pedimos, sin que el enemigo pueda hacer otra cosa que retirarse o caer en nuestras manos.

Puede decirse que la lucha, en sus tres jornadas, ha tenido los tres actos clásicos de la tragedia. Uno, la ruptura del frente, lograda el día 9 por cuatro puntos distintos, si no con sorpresa de los rojos, con desconcierto bien patente. El segundo, el contraataque enemigo, furioso, pleno de ira, manejando sus medios y su habilidad con artillería y carros, y el tercero, el avance rápido, en brecha, abierto, en paso impresionante y arrollador, que alargó nuestra línea en una profundidad de veinte kilómetros y dejó dentro del campo nacional pueblos y cotas de una importancia decisiva para el mantenimiento de la línea que el enemigo forjó.

Los resultados de la ofensiva desencadenada son de una importancia capital: el efecto moral de la liberación de Belchite, mártir de otros días; el empujón hacia la costa y el quebrantamiento que esas divisiones rojas sufren al hacerles sentir la derrota y superioridad en su carne.

El punto donde mayor resistencia se ha tenido ha sido en nuestra derecha, donde el terreno propicio y la

masa de enemigo más experta y tenaz ha aguantado hasta su trituración. No obstante, estos soldados, que en el momento combaten con mayores núcleos, han hecho su camino.

A la izquierda, mi Cuerpo de Ejército ha andado dieciocho kilómetros en un rectángulo que tiene como apoyo dos pueblos, Alcaine y Obón, y como parapeto, el río Martín. Dentro ya de nuestro campo, Hiladas del Jarque, Benicosar, La Hoz de la Vieja, El Poyo y todos los barrancos, masías y caminos que acaban en esa amplia porción reconquistada. Ha querido la suerte que combatamos nosotros en un terreno duro y poco espectacular. No tenemos pueblos de importancia delante; el único quizá es Montalbán, cuya torre bermeja asoma entre dos collados. Luego, la cuenca minera que explotaban los rojos como base de suministro doméstico, y después, todo el terreno con lejanos pueblecillos de pobre apariencia en los valles y bullones de una seranía por encima de los mil cien metros.

Es el Aragón recio, matriz de hombres duros que se enfrentan todos los días con la vida y tienen que vencerla. Distante, un poco más lejos, se deja acariciar del mar y sombrean huertos y vergeles.

Ya el enemigo sólo en el flanco derecho ha presentado batalla y hecho resistencia. La brecha, al romper los abrigos y reductos fortificados, les obligó a retroceder, sin duda a otro punto donde habrán fabricado o fabrican ahora la línea que se pretende en Barcelona oponer a nuestro paso. A media mañana parecía no haber guerra en gran parte del sector. Un silencio impresionante señoreaba el campo. Los prismáticos no podían descubrir vestigio humano; el paso de los soldados era como de príncipes, sin dejar huella. Una hora entera cuento sin que el cañón rugiera a nuestra espalda y el tableteo de la ametralladora, que descompone más que nada al poco iniciado. Los rebufos perdidos en el horizonte saltaban por las alturas de Villaparda, y ya

casi entre la luz apagada de la tarde muriente los aviones bastaban para despejar lugares obstinados. Una jornada triunfal de avance y sin sangre.

Pero, ¡Dios santo!, en las lomas, en las pendientes, en esa meseta de Armillas, los muertos, siempre los muertos, en montones, sorprendidos por la metralla, arrancados de la vida en número enorme.

Esos contraataques lanzados sobre unos soldados acostumbrados a las cumbres, hechos a la guerra y al triunfo, cuestan a los rojos una cantidad de vidas que algún día exigirán los que queden a sus dirigentes. No se explica uno cómo no ha ocurrido ya.

Rota la corteza bien hecha—negarlo sería infantil—, hasta que tropecemos con otras el paso será fácil. No debe el lector creer que la guerra ha entrado en su fase más sencilla, no. Ellos son hombres y soldados, y tienen, sobre todo, capacidad de resistencia, y si les ganamos no es porque sean inútiles, sino porque son inferiores, les falta ese aliento, esta fe que empuja al soldadito de España.

Hoy nuestros ojos descansan al final de la lucha en ese azul del río que riza Obón después de cruzar Cambalera por el Mesón de los Lobos.

Nombres de cuentos y consejas, de historias contadas sobre un carro cuyas ruedas levantan polvo dorado y lento.

Ocho cadáveres de hierro en nuestro terreno

Este San Martín del Río de la torrecilla mudéjar y extraña cúpula que apunta a Oriente en su traza y se adorna con tejas azules, blancas y amarillas estaba en la mañana solitario, abandonado en la tierra amarillenta y como nimbado en aureola de polvo. Después comenzó a poblarse, a verse de nuevo habitado, quizá excesivamente habitado. La gente civil se fué, y han venido otros españoles a vivirlo. Sus pobres casitas están destruídas, desvencijadas, sin nada. El fuego permanece todavía, existe, es algo que se ve y se oye cerca. Nuestro Cuerpo de Ejército gallego ha encontrado el terreno más hosco y el enemigo más duro. Quiso la suerte que fuera así, y nuestros soldaditos se han batido con esfuerzo y fortuna. Sobre la Muela caen los proyectiles enemigos y los nuestros van a esa aguja que guarda la entrada de Montalbán y desde la que hacen fuego de ametralladora. Luego se irán alejando los rojos, pero a otra loma, a otro pico, sosteniéndose hora por hora. Son los internacionales colocados en este sector los únicas fuerzas que saben batirse de los restos del Ejército rojo.

Mientras el fuego sigue nos acercamos a las minas de Utrillas. Volada la carretera por cuatro lugares, es preciso deslizar el automóvil por la vía del tren, convenientemente alisada. Las minas están intactas, por lo menos para los ojos de un profano. Pozos, lavaderos, casas obreras, la estación, con su máquina ferroviaria y todo. Aquello puede funcionar para nuestra España

con toda rapidez. Luego, a pie, esta voladura tiene buen arreglo; nos acercamos al pueblo, siguiendo por la tierra la ruta aérea de los proyectiles. Es un pueblecito crecido al abrigo del trabajo. Allí, como en las casas obreras de las minas, han quedado unas mujeres y chiquillos. En Utrillas, otros son los espectros guardadores de la soledad. Las casas están. Los mineros aragoneses las han respetado, pero aquellas que tenían una mayor pulcritud fueron quemadas. Aún arde el chalet de las oficinas, aún muestran la huella del saqueo los de la Dirección y servicios. Y por todas partes literatura roja: periódicos, folletos, libros en una profusión enorme, bellas ediciones a todo color, engañosas para los ojos, llenas de veneno. Los paquetes de periódicos aún sin romper, cartas, cartas por todos los caminos...

Este rastro de cartas de amor, llenas de juramentos infantiles y patéticos, tonos de dolor y de hambre, forjan la historia de la retaguardia roja.

Por encima de nosotros regresan nuestros aparatos de aviación desperdigados. Cuando los vemos así, una gran inquietud se apodera de nosotros: vienen de la lucha, del combate, han tropezado al enemigo, y no sabemos aún lo que habrá pasado. El compañero del aire, que tantas veces nos ha guardado, ha puesto una vez más su esfuerzo. Poco después la noticia corre. La aviación roja se ha presentado. No profundiza mucho estos días. Apenas se asoma al borde de la línea, y por allí van, cautos, para dar patente de vida. Hoy se han encontrado en el aire, sobre Alcañiz, veintidós aparatos nacionales y sesenta rojos. No pudieron ellos esquivar la lucha, y tuvieron que aceptarla. En nuestro terreno reposan ocho cadáveres de hierro, y ha aterrizado uno de los nuestros, tocado. Un palo más a la armada roja, otra derrota en el aire que acompañe a las de tierra, porque en el suelo ha continuado el avance, con mayor o menor velocidad, según la índole del terreno y del enemigo.

Las divisiones gallegas cerraron ayer la bolsa que se había formado entre Valdeconejos y Obón, extendiéndose en una línea que va de la loma de San Justo a Escucha, Montalbán, Torre de las Arcas, Estercuel y Alloza, extendiéndose la línea de hoy a las Ventas de Cañizar y Castel de Cabra, cortándose la carretera de Alcolea.

El enemigo contraatacó anoche y se le ha batido.

El total del avance nacional, con la suma del terreno conquistado en los cinco días por los distintos Cuerpos de Ejército, rebasa los seis mil kilómetros cuadrados. El triunfo impresionante es la siega de lo sembrado en Teruel. La batalla de Alfambra, sobre todo, destruyó a las mejores divisiones rojas, y la velocidad de la nueva ofensiva no ha permitido al enemigo rehacer sus cuadros, si esto le era posible, que yo considero muy difícil lo consiga. El triunfo de aquellos días trae estas consecuencias, esta cuesta abajo triunfadora, y si en algún punto se resisten más es porque en él están los internacionales, y ellos son las únicas fuerzas con algún espíritu combativo.

Ahora los soldados son catalanes. Por lo menos este acento traen los prisioneros y ese lenguaje las cartas que encontramos.

El campo aparece lleno de ropas, chismes, papелotes, todo lo que abandona un Ejército que precipitadamente se retira de sus posiciones largamente mantenidas.

Un disparo afortunado hundió...

Hace unos días, muy pocos, reíamos en Zaragoza el triunfo rotundo y la toma de Teruel. Ibamos a escuchar la charla que nos ofrecía Sanchiz, y en la que volverían a pasar ante nosotros los incidentes, penas y glorias de unas jornadas inolvidables. El teatro nos acogía amablemente. Nuestra ropa se despegaba un poco de terciopelos y luces, pero jamás nos afeitamos con mayor cuidado. Poníamos en esta operación vulgar, antes diaria, la tilde de nuestra presentación exterior. No podíamos aún rendir otra galanura al poeta ni a su público.

Federico había estado con nosotros. En los días tremendos de la nevada, en aquellos que se tomó el trinchero del llano, la venta del Cardo, el kilómetro tres. El día lo pasaba en el campo, envuelto en su capotón de buen cuello peludo, con la boina calada hasta los ojos y los mechones grises caídos a ambos lados, como si quisieran respirar un poco el aire helado de la planicie. A veces se acercaba a los leños que ardían entre un humo espeso y húmedo y sonreía para pedir mudamente perdón por aquel frío que sentía su carne levantina.

Una mañana avanzó hasta donde ya no podía avanzarse más. Iba con el general, y se acercaron a una casita desventrada. La niebla cubría el frente, y el jefe dijo:

—Resguárdese aquí, que si se abre un jirón tirarán.

Unos minutos pasados, la ráfaga levantaba lascas de las piedras, llevándose la poca cal que aún tenían.

Después, por la noche, subía al dormitorio del te niente coronel y allí cenaba entre decires de ingenio.

Eramos nosotros los que debíamos oír su charla para renovar todo aquello.

Al tomarse Teruel apareció de nuevo en nuestro campo. Quería llegar a la ciudad acompañado por un oficial del Cuerpo de Ejército gallego, y así fué. Con paso lento, con impacencias contenidas, recorrió uno a uno los viejos lugares en peregrineo de oración que no se pronuncia. Sus emociones quedaban dentro del corazón para ofrecerlas al público de retaguardia, que esperaba precisamente de él el relato de la batalla crudsima.

Habló. Ese verbo brillante, todo luz y color, generoso porque lo da todo, hizo la más clara crónica de la campaña. Los cronistas, los corresponsales, habían agotado frases y tópicos al describir la nieve y el "parón", pero no escribieron la más bella de todas, como si la guardaran para el compañero que la daría mejor forma. Y la nieve fué más blanca en sus labios, más fría en las cálidas palabras, y quizá el más grande acierto de la charla fué aquel que nos hablaba de la exportación rusa, que no sabiendo ya qué mandar para detener el paso de los soldados de España, enviaba el terrible temporal que derrotó a Napoleón en las estepas y sólo logró detener la victoria durante unas horas de los Ejércitos de Franco.

Para cada uno tuvo la frase agri dulce que más se agradece... Y luego completó para nosotros su charla en una cena "de cuatro".

Pero Sanchiz es hombre de mar. Tiene toda esa luz del Mediterráneo dentro del cerebro, y sus amores van a la costa, a las aguas salobres, a las brisas yodadas. Muchas veces cabalgó sobre las olas, y todo su amor a los horizontes azules e infinitos cuajaron en el corazón del hijo, mozo que prefirió el canto de la sirena al eco del valle encerrado entre dos cumbres, para ofrecerse a la Patria.

Hoy nos llega aquí, a las tierras de Aragón y de

guerra, la noticia del hundimiento de nuestro "Baleares". Estamos, ¿sabes, Federico?, en el pico de una cota enterrada entre brillante espino. Es la hora del yantar. Tú sabes que nuestro jefe se sienta sobre un cajón de municiones y todos le rodeamos. Ya sabes quiénes son todos. Este hombre bueno que tú dijiste presume de mal humor; el comandante, al que ofreciste el mejor de los licores dorados en tres palabras rotundas, los que nos mandan y los que obedecemos. A nuestra espalda aullaba el del siete que sabes percibir tan bien cuando cruje seco; el del quince, abuelo de voz opaca y profunda, y delante, el tecleo' de esos dactilógrafos de la muerte, sentados en el sumario sillín de la ametralladora. Don Benito, que ha merecido tus plácemes muchas veces por su arte de guerrera cocina, sacaba de las entrañas de la cesta el trocito de vianda que calmara el hambre sana de cada uno. Y se reía con este humor que has gustado muchas veces, y que no se pierde en la guerra ni en los momentos más duros.

Loperena, que había oído la radio, dijo:

—Anoche se dió oficialmente la pérdida del crucero.

Como si una ráfaga de ametralladora saltara por allí, todos hundimos la cabeza, sin comentar. Largos, dolorosos minutos, en los que sólo el corazón trabajaba. Los ojos se iban delante, a la costa presentida, a las ciudades malditas que sostienen la guerra, impulsadas por apetitos internacionales. Y fué nuestro general el que dijo sencillamente:

—A bordo iba un hijo de Sanchiz.

Parecía condensar en esa frase todo su dolor por los caídos, su pena por la mala ventura del navío audaz que tantas veces triunfó. El hijo de Sanchiz era para nosotros, desde ese momento, la silueta del oficial que cumple con su deber y lo entrega todo a la Patria; el perfil del marinero que, soldado de España, combate muy lejos por su triunfo, como estos que van con su

fusil y recobran la tierra y el espíritu que nos arrebatan.

Poco más hablamos, Ya el rato de intimidad alegre estaba tintado de negro. Nos acercábamos a ti, a tu inquietud, ya lo sabes...

Conoces nuestro "modo", has vivido en el cuartel general, has sido un soldado más entre estos soldados. Sabes que la muerte del más querido de los compañeros sólo arranca una palabra, pero que ésa es la más honda, la más entrañable. ¿Estabas con nosotros cuando cayó Bruzo? Bruzo era para estos hombres como la figura que reflejaba con mayor pureza al combatiente de Oviedo. ¿Estabas el día que hirieron gravísimamente a Ceano? Ceano era el mejor coronel en el campo, uno en quien se confiaba siempre, y bastaba decir "por ahí va Ceano" para permanecer tranquilo. Fué igual, una frase, y luego, el desgranar de la oración del domingo.

Nada nuevo y siempre distinto. Siguió el cañón, volvieron los aviones y la guerra tornó a absorber cerebro, corazón y sentimientos.

Yo, que garrapateo cuartillas, he querido recoger esto para que lo sepas. Cuando se pasa por una inquietud muy grande, por un dolor muy hondo, quizá consuelen estas cosas.

Y consuela saber que de ellos, de estos muchachos como tu hijo, brota la Patria soñada.

En la cota, en la posición de hoy, la figura moza ha cruzado. Y con ella, la esperanza.

¡Gente del Norte!

El Cuerpo de Ejército de Galicia, como su nombre refleja, en su mayor parte está compuesto por hombres de la tierraña y asturianos que combatieron desde el primer momento del Movimiento por las cumbres magníficas y bajo la neblina y esa lluvia menuda que al llegar al suelo cuaja en los verdes eternos del país que los manuales para uso del viajero, no sabiendo ya a qué adjetivo aplicarle, llaman la Suiza española, con una penetración de turismo inglés a treinta libras ida y vuelta y algún taxi de añadidura.

Para ellos, estas quebradas pelonas son cuestecillas fáciles a sus piernas, y los vientos helados que barren los pulmones hasta dejarlos tan sin mota como el propio vértice de La Muela de la Abadía, sano aire campero que tonifica y da hambre. Pero entre ellos hay alguno que, aunque luce con orgullo la Cruz del Apóstol sobre el corazón, de gallego y norteo sólo tiene el deseo. No cuenta don Fermín, nuestro teniente coronel, nacido en Sevilla porque no le consultaron, y más gallego que María Pita y la Torre de Hércules. Habla con el dulce acento, y cuando su buen humor relata consejas y chascarrillos, a las tres palabras vuelve el castellano a su tierra adoptiva, obligándonos a aguzar la oreja para reír mejor.

El caso es que en los días de Teruel y en los días de Montalbán algunos hemos tiritado como corresponde y mirado al cielo fervorosamente para pedirle en caridad un rayito de sol. Ropas y jerseys se acumulaban sobre nuestra carne, engordándonos artificialmente, y el frío

buscaba los espacios de las costuras y los puntos de lana para herirnos.

Luego, las costumbres de los pueblos han aguzado el martirio del friolero. Duermo yo en una casita limpia y pedreña clavada en el centro de un lugarejo distante y como olvidado. No ha sentido el pobre la caricia del que desde Madrid gobernaba, y todo lo tiene en planta de estudio. En esta casita, que sus dueños cuidan todavía—ya para siempre—, me dieron una habitación en la que encontré la moda más absurda o la economía más extraña de las que quiso mi suerte fuera testigo. Por el mundo adelante he ido y muchas cosas vi en países distintos, pero esto me estaba reservado para el Aragón incomparable que liberan nuestros soldados.

La ventana se abre sobre un camino que va a las eras. Se abre y no se entorna. Todas las ventanas que son en los rodales de la tierra poseen unos marcos que se cierran, como los párpados, al caer la noche. Eso, por lo menos. A veces, si la casa no la vive un higienista, también se cierran durante el día cuando fuera zumbaba el vendaval; la mía, no. La mía tiene colgados sus marcos, con los cristales en perfecto estado de limpieza a sus lados y como si fueran un Velázquez o un Greco, bien sujetos en la mejor escarpia que hizo herrero. Y el aire, alegre de no encontrar trabas, entra dando un alarido, recorre todos los rincones, quiere levantar las sábanas y se va, para volver a entrar en ráfaga más violenta, sin duda porque ha ido a llamar a otro vendaval, su compañero, para que husmee por allí. Respetuoso con la propiedad ajena, no me he atrevido a tocar aquellas maravillas transparentes, y dejo que ocurra lo que tenga que ocurrir.

Y porque, con los hombros alzados y la cabeza hundida, la nariz goteante y roja, he querido presumir de fortaleza, me han salido estos gallegos temibles con la frasecita que resume ya su ánimo hecho al tiempo bajo cero: “¡Gente del Norte!” Al decirlo sacan el pe-

cho, lo descubren y muestran los dientes en su risa. Dejan que el aire lo punce, giran para recoger bien la brisa de todos los puntos de la Rosa, y después se encogen, se agarrotan, se abrigan, y con voz doliente me susurran: "¡Gente del Sur!..."

Uno se tiene que reír, porque sería peor otra cosa. E incapaz de hacer la demostración como ellos, en inferioridad manifiesta, deslízome por la vereda con las manos en los bolsillos y en ellas dos pares de guantes.

Pero, amigos, ha llegado este mes de marzo a su centro, y el sol aprieta. Los días son luminosos, claros, brillantes. A las doce, los rayos caen ya casi perpendiculares, y las gentes del Norte buscan sombreros como si fueran tesoros, sin encontrarlos, mientras que los del Sur, en su hora de risa, desafían el calor heroicamente. La frente de ellos se perla por nada, quieren agua para los labios secos y la piel se les va en finas escamillas, quedándose rojos y pálidos, por zonas. Los del Sur levantamos la cabeza para que la dore bien nuestro padre Sol, y sentimos llegar nuestra venganza.

En estos momentos nos repartimos la supremacía regional. Nuestro es el día caluroso y suya la noche helada. Yo me río de sus sudores y ellos de mi ventana.

Pero ¡cómo es de fuerte, de dura, esta gente del Norte! Otro Ejército, ante lo que había de cruzar y conquistar, hubiera temblado. Ellos miraron aquello, lo midieron con los ojos y fueron. Ya es nuestro, de España. El Cuerpo de Ejército, hecho a terreno semejante y a enemigo mucho más tenaz, convirtió el monte en llano a su paso y a los rojos en masa blanda que o retrocedía o la pisaban.

Tienen razón para presumir y abombar el pecho cuando la brisa susurra entre los regatos y los cuaja al roce...

E n A l c o r i s a

Nos hemos detenido en Alcorisa. Jadeantes por la carrera, sentados en una piedra que llegó hasta aquí violentamente lanzada por el vigoroso empuje de la dinamita. El corazón apenas puede contener la sangre que acude, impulsada por la fatiga. En la frente de todos, el sudor, amasado con polvo. Flota el polvo por la carretera, en una nube densa que baja y nos envuelve, levantada al paso de los soldados, el rodar de los camiones y la andadura de las bestias; este polvo que nos envuelve aún, y que parece ser el signo de un sector tan duro, tan hosco y tan terrible para los hombres. Sólo en Africa, y en la guerra, vi algo semejante a esto. Los que por allí anduvieron a veces hablan de la semejanza del terreno y dan nombres marroquíes a los altos que nos envuelven y llevan ecos de cuentos temerosos.

Hemos dejado atrás la masía del Diablo, a la que acudimos muchas veces, y tenemos delante la del tío Chato, que da nombre a una hondonada casi agradable. La división descansa. Ha sido relevada hace unas horas, y trae su alegría incontinida. Durante unos días hizo la vida del frente. Estuvo en las avanzadas. Viene entera, nadie falta. Su velocidad la llevaba en las piernas, alambres acerados. Estuvieron en Asturias, en Teruel, en el Alfambra famoso, y se saben incansables. Hablan con ese acento pausado, no cuentan hazañas, su conversación dice cosas de la victoria futura, del hogar, que saben cercano.

No sabemos aún dónde se detendrán, y nadie lo pre-

Habrá de haber
 gunta ni comenta. Mirar un soldado es verlos a todos. La cara, renegra, como cortada en blanco por la frente, y en ella, el gorrillo, ya mugriento, sobre una raya torcida porque fué pícara la postura que tuvo. La barba, crecida, con pelo duro, endurecida por el aire y por el sol. La ropa, un tanto mugrienta y deshilachada. El fusil, al hombro; a la espalda, todos los trebejos necesarios, porque la casa y la comodidad van en ellos. Formaron al comenzar la marcha, fueron agrupándose hasta formar otra vez, empujados por la amistad y la simpatía.

Ahí están, en el pueblo. Nadie apunta su deseo de dormir bajo tejas. Cuando, más allá, se da la orden de parar, los hombres se sientan en el suelo con ese ademán de brazos y cintura que deja libres los cuerpos de las mochilas. Y después se reúnen un poco, lo suficiente para entretenerse y dar sabor al cigarrillo.

—¿Otra vez en marcha?

—No.

El oficial deja libertad para que cada uno haga lo que quiera.

Ahí azulea el río. El Guadalopillo menudo, que arrastra sus aguas frescas y ligeras entre guijarros. Todos se acercan a lo que de pronto les ha atraído con un rumor grato. Las espaldas quedan desnudas, los cuerpos al aire. Un fregoteo casi epiléptico limpia al soldado; la roña y el polvo se quitan. Del fondo sin fondo de las mochilas surge la albura de la ropa limpia; aquellos que portan sus cosas a lomos de un asno que encontraron huéríano de amo hasta cambian de uniforme. Y más lejos, un grupo de moros canturrean monótonos mientras sus pies bailan sobre la tela, lavándola al mismo tiempo.

Ya hoy se dormirá por aquí, y cuando amanezca desaparecerán por la senda de su descanso a los lugares propicios para ello, mientras por los caminos de la

guerra siguen rodando los camiones, arrastrándose la artillería, rozando las botazas inmensas.

El frente ha estado tranquilo, seguro, sin daño; nada lo ha turbado.

Los nuestros reposan las armas, descansan también para seguir su destino, que les atrae hacia el mar con atracción irresistible.

Paz en el frente de... ¿Levante?

Ese está "hibreo", déjalo

Detrás de los Ejércitos, mientras el mundo sea, han ido e irán los que buscan en la necesidad del soldado su lucro. Si los medios y el cerebro ayudan, el comerciante es un señorón bien retrepado entre cojines que vende toneladas de cosas necesarias que él se dió maña para poseer, y si la cabeza es chiquita y la faltriquera sólo alberga cobre, es un hombrecillo con un saco a la espalda que sigue la marcha de las columnas por las mismas trochas y con los mismos peligros. Este no especula para atesorar; vende para comer, y su comercio es útil al soldado, quien encuentra al salir del fuego esas pequeñas cosas que son golosina del combatiente.

El saco del peatón comerciante no suele guardar más que paquetes de cigarrillos y libras de chocolate. Sale en cuanto la columna se detiene, y al abrigo del aire, detrás de una tapia y con su cándela a la vera extiende las pobres cosas sobre un cajón o cuatro piedras, y mudo, sin palabras, espera que alguien llegue y se las lleve... con el recargo consiguiente.

En nuestra guerra desconozco el carácter y el modo del vendedor de altura; no estoy en la retaguardia, y cuando llego a ella me falta tiempo para las cosas serias; pero trato y veo a estos que nos siguen y me acogen con sonrisas todas las mañanas. Como tenía que ser, son moros.

El moro se adapta con facilidad a todos los ambientes donde se tenga para él respeto. No molestándole en sus prácticas, es un buen amigo y compañero que muchas veces nos da consejos inapreciables. Raza vieja,

tiene toda la aristocracia de su antigüedad, la sabiduría de los siglos metida en la sangre, y, raza fraterna, nos considera hoy como hermanos mayores a los que es preciso obedecer en algunas cosas, porque sabemos más que ellos, y ayudar en otras, porque la familia debe ampararse. Combaten a nuestro lado y con iguales amores y nos venden lo que transportan aquellos que, poco aficionados a las armas, sienten dentro el aleteo de la guerra y la imperiosa necesidad de vivir entre humo de pólvora, pero sin que sus manos se ennegrezcan con esa huella.

En pequeños grupos van. Las más pintorescas ropas ponen sobre sus hombros. A pie, mientras los combatientes marchan en camiones, milagrosamente llegan a los mismos sitios con diferencia escasa. Al paso de los autos, muchas veces los vimos entre el polvo con su mercancía a cuestas, apartándose un momento para darnos paso, y luego ya estaban allí, sentados al borde de la tapia, dormitando y con sus cajetillas y libras delante, en espera del cliente.

Hace pocos días uno permanecía en cuclillas mientras un soldado moro le miraba de pie sin pestañear. Entre ambos no se cruzó una palabra. Mudos los dos, no buscaban el cambio ni solicitaban precio. El combatiente miraba y el comerciante no hacía caso.

Me acerqué. Entonces, el soldado me cogió de un brazo, apartándose un poco.

—No compres—me dijo.

—¿Por qué?

—Ese está “hibreo”.

—¿Caro?

Silbo, levantando la cabeza:

—Peseta por cigarrillos.

Se trataba de esas cajetillas de ochenta, y yo pensé que veinte céntimos bien merecían el camino; pero no lo dije; al contrario.

—Mucho, ¿verdad?

—Ya te advertí. Está "híbreo". Sinvergüenza.

Entonces le miré, como si quisiera adivinar lo que hacía allí, en aquella contemplación del comerciante impasible, que ni había mirado con sus ojillos negrísimos hacia nosotros.

—Oyeme. ¿Y tú...?

—Espero.

—Bien, pero ¿qué esperas?

Y vino la revelación, con reflejo de incendio:

—Cuando acabe, sube al parapeto, y a lo mejor...

—Ya.

La guerra es la guerra, y nadie está libre de un balazo. ¿Por qué se van a perder los tesoros de quien no los necesita y carece de herederos? Comprendo, comprendo la larga espera, el paso detrás del comerciante, la vigilancia meticulosa.

Esto es mucho más noble que lo que pueda pasar allá lejos, allá lejos, en la retaguardia de un judío de verdad que venda toneladas de material para alimentar la resistencia roja y desangrar más a la Patria. Aquí todo adquiere su valor escueto, y hasta las intenciones se cantan sin rubor.

Es el aire libre, el sol, la metralla, muchas cosas que muchos no comprenden.

La

—I
llano, I
Las
vanta
truído
de and
Y é
—I
pegarc
llo es
ta, el
amplio
hoy sí
Re
vemos
Ab
andam
ce. Lo
vemen
la que
la ma
lómetr
tanque
dulce
Se
del ca
observ
Es
maver

La increíble aventura de los aviadores rojos

—Id a aquellas alturas; son las últimas; tras el llano, la bajada al mar.

Las tomaremos, como otras. Un ancho suspiro levanta el pecho. Miramos la silueta de este hombre construido para la montaña, que gatea por ella con soltura de andarín y lleva a sus soldados al mismo paso.

Y él, entonces, extiende su mano y nos dice:

—La operación de ayer logró romper el frente. Se pegaron bien al terreno, y el combate fué intenso. Aquello es el Morrón. Aquél, el vértice Redondo, y la meseta, el Pílon de San Pedro. Los echamos de allí, de ese amplio frente, y hoy corremos detrás de ellos, porque hoy sí es verdad que "chaquetean".

Recogemos el fruto del esfuerzo. Ya desde aquí no vemos nada. Vámonos más adelante.

Abandonamos el vértice a caballo; monte adelante andamos. Poco a poco, el horizonte se aclara, se esparce. Los olivos pintan la tierra y el llano se ondula suavemente, dejando admirar una enorme superficie sobre la que blanquea la carretera. Son las doce y media de la mañana, y abajo el camino se descubre sobre el kilómetro 12. Los rojos se retiran, protegidos por ocho tanques, y muchos de ellos se aplastan, en espera de la dulce mano que los haga prisioneros.

Sentimos el combate. La caza, mejor. Y el jefe salta del caballo en el lugar que le parece propicio para su observación.

Es una meseta llena de los verdes nuevos de la primavera.

El aire, tibio; el sol, caliente. Desde Josa y sus alturas aquí, la temperatura ha descendido sensiblemente.

Hemos dejado atrás el frío, la brisa casi alpina.

El lugar era rojo a primera hora. Aún están los cadáveres sin enterrar. En el puesto de mando enemigo, una ametralladora con los sirvientes inmóviles. Latas de carne argentina, incitantes y olorosas. Dos cuadernos que señalan la obligación de ser quemados al acercarnos muestran sus páginas en blanco. Apenas se nota lo que dicen. Sólo reflejan el pánico del instante.

Un pueblo silencioso palpita allá abajo. ¿Y los rojos?... Once kilómetros en nuestro fondo, rápidamente suena la explosión. Mientras nos alimenta la carne americana y sabrosa, la aviación cumple su oficio, y vemos a los cazas divertirse en un cadeneo constante, como si fueran personas mayores.

Luego podemos ver a lo que tiraban y contemplar cuatro camiones que ardían. La huída roja es seguida por ellos codiciosamente. El general vuelve a decir:

—Vamos más adelante. Aquí no hay nada que hacer. Ven, tú.

Le sigo con júbilo. La carretera nos señala la ruta. El auto se desliza. Parece un milagro ir en coche por aquí tantos kilómetros.

—Mira, las viñas están perfectamente podadas. La tierra verdea, prometedor. Esto era una retaguardia que se consideraba absolutamente segura.

Eso, sí; hasta una casa en construcción tiene junto a sus muros los montones de cal, como si ahora mismo se hubieran ido los albañiles.

La guerra, el rastro enemigo, está marcado por los papeles y ropas, los chismes abandonados.

Los cuatro camiones que saltaron con sus municiones están ahí. Uno, volado en el campo; restos ennegrecidos humean a larga distancia.

¡Tres aviones en tierra! Vamos hacia ellos. Los co-

lores rojos. La matrícula enemiga. Un oficialito, un representante de España, exponente del entusiasmo de una raza, se cuadra y dice, la mano en el casco lleno de polvo:

—Estos tres aparatos, mi general, tomaron tierra, y uno de los pilotos dijo que les habían hecho fuego desde el pueblo. Los engañamos, y al tenerlos rodeados fueron detenidos.

—¿Quién lo ha hecho?

—Un alférez de Sanidad.

Los tres pájaros rojos, inmóviles, nos dejan acercarse sin batir las alas, incólumes. Son "Cuadron", aparatos pequeños de observación y escuela. Los seis tripulantes nos miran unos metros más allá. Españoles, valencianos, uno madrileño, antiguo mecánico de aviación conocido de nuestros pilotos.

No sabían el avance. Nada les dijeron en su base, y vinieron, incautos, a posarse en un aeródromo que creían lejos de la línea de fuego.

Amplia sonrisa atiranta el rostro del general.

—Que nadie los toque. Que esperen así la llegada de nuestros muchachos, que los vuelvan a las líneas de España. ¡Buena caza!

Y nosotros, más adelante, ya a pie—el pueblo, ahí mismo—, un tanque arde en el camino. Sus planchas de hierro han producido una vez más el milagro del fuego.

Respetuosamente lo rodeamos, por si da el último estallido.

Nuestros soldados van por la carretera como por un paseo grato. Y más allá algunos se abrigan de los tiros posibles que rasgan altos.

De pronto, como un aletazo de la ira, como mordiscos de rabia, sobre una pobre casita amarillenta e intacta estalla un proyectil. Luego otro y otro.

Más de las Matas era un pueblo, sin huella en su carácter. Dentro están todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños. Se han ocultado como les fué posible,

aguantan valerosos el último chaparrón de la guerra que les alcanza.

Con la noche vendrá la calma y con el día la retaguardia.

Rozan los del 7,5 la torrecilla airosa de su iglesia, y van al mismo lugar siempre: a la parte baja que lame el río.

Detrás de los muros de los edificios, unos soldados sentados en el suelo esperan. Los mulos mordisquean la hierba y saltan a cada zumbido.

Muchos proyectiles silban y caen silenciosos. Más allá, otro pueblo, con algún incendio en su caserío.

Sobre las siete, el cañón calla y un paqueo intenso brota rápido. ¡Cómo rojea aquella iglesia grandota que tiene un nombre ya puramente valenciano!

Hay en lo alto de Castil como una alcazaba también bermeja, que así, desde abajo, destacada por el sol muriente y la zona de sombras del valle, remeda una torre chiquita de la Alhambra famosa. Y como en aquella plástica musical de Debussy, la Catedral que imagina nuestro sueño se sumerge en lo gris con un destello de adiós en su cúpula brillante.

Pero la guerra está ahí. Ellos no se han ido todavía del todo, y buscan con sus cañones las alas que presienten prisioneras.

Los proyectiles estallan a nuestra izquierda. Se acercan a la carretera, la sitúan, la tocan. Una cortina de polvo cierra el camino que hemos de seguir, y seguimos.

El jefe ha dado la orden de marchar, y vamos.

—En el pueblo no ha habido ni una sola baja—me dice—, porque los proyectiles, en las casas, caen como sobre un cesto. No fueron fabricados para eso...

El tanque ya sólo humea. Nuestros muchachos se descuelgan de todos los cerros. Un grupo juega al balón al lado de su batería.

Se ha avanzado como nunca. Más rápidamente que nunca. Y mañana estaremos más allá...

Victoria en el maestrazgo

¡Cómo se ha combatido hoy! Había en el aire, en la brisa que atraviesa y se aroma en los romeros y pinarres, rumores del triunfo, como romancillos sin palabras que cantaban glorias. A las siete de la mañana, la división de ese magnífico montañero—el coronel Galera—subía las escarpas de La Ginebrosa y llevaba la bandera nacional a la cima. No hemos hablado aún de La Ginebrosa. Era un espolón rojo del que ellos se ufanaban un poquito, que entraba en nuestro campo agudamente. Las tropas de Galera, que son esas que combaten casi individualmente, sabias mesnadas que saben hacer esta clase de guerra audaz, en la que cada uno pone su esfuerzo y su sangre y cada uno se cubre y llega, dieron el salto, y con la mañana tibia entraron veloces en donde importaba. Entonces, la línea volvía su curva hacia adelante y facilitaba la marcha de todos. En el sector Sur, un alarido de victoria, la brilladora alegría del que se sabe imbatible, y delante, el desaliento al saberse derrotados una vez más.

Esta Ginebrosa es un macizo cortado en su extremo y ondulado en montes hacia el mar. Aspero terreno, cuestras difíciles. Nada importó, y la operación fué realizada como se planeó y quiso. Luego, la aviación bombardeó intensamente las rutas de huida, y nuestros hombres llegaron a la Cañada de Verich de un empujón.

Más abajo fué alcanzada Zorita del Maestrazgo... ¡Cuántos recuerdos! El Maestrazgo trae a nuestro pensamiento todo un trozo de la Historia.

Esta lucha en tierra de montes y serranías tiene para el espectador pocos matices. Quien lee puede coger un mapa y el doble decímetro y calcular el paso de los soldados, y casi es posible que le parezca pequeño; pero cuando se llega al escenario de la tragedia y se camina por él, los ojos reflejan todo lo que piensa el cerebro.

Hoy he acompañado a dos ilustres visitantes de nuestras líneas, Juan Pujol y Juan Ignacio Luca de Tena. Al recorrer el automóvil los kilómetros de revuelta por los que les he llevado, en un paseo de Más y Aguaviva a Castellote y el Pantano, sus comentarios reflejaban el asombro:

—¿Por dónde entraron?

—Por allí.

Y nada más pudieron decir los labios. Ya la atención se concentra en la dificultad y se piensa en el esfuerzo que supone llevar todo un Ejército por "allí" y a tiros.

El frente ha palpitado con el avance y con las noticias de los que a nuestro lado y más allá combaten. El triunfo emborrachó un poco, y como el calorcillo es casi veraniego y la serenidad de la noche suelta los miembros y alegra el alma, cada campamento es una fiesta plena de alegría. Ahora mismo mis gallegos lanzan al aire las notas de sus gaitas, como si tornaran de la romería en lugar del combate. Se sienten vencedores y seguros de su trance y de sus jefes. Y como no saben discursos ni escribir sonetos, soplan la flauta hasta que se les abomba el vientre a punto de estallar, y los dedos ágiles que empuñaron el fusil o lanzaron la bomba saltan por los agujeritos del amarillo pitorro para hacer brotar esas escalas dulces y monótonas que les recuerdan tantas cosas.

Y ahora, oyendo el redoble del tamboril y el suave silbo de la flauta, no podría escribir otra cosa que reflejarlos como puedo. La guerra se me ha escapado con

el sol
la suci
tremen
el pue
hasta
con el

el sol, y me queda una paz alegre y cantarina. Y como la suciedad, el polvo y todo lo que tiene la guerra de tremendo y feo se ha difuminado con las sombras, en el pueblecito baturro y diminuto sólo queda la fiesta, hasta que el clarín llame y nos recuerde que mañana con el día hay que ponerse en pie...

S o l d e d o m i n g o

Los muchachos han abierto un profundo círculo en el suelo, y después de portar todos los sarmientos de esa viña han encendido la fogata que ahuyente el fresco de la mañana. Hace aire. El humo se revuelve como un enemigo tenaz y enrojece los ojos. Se sufre la molestia con alegría, extendiendo las manos.

El campo está aromado con el humo del romero que uno arroja en el rescoldo y arde rápido con llama dorada que se disuelve en el aire como si se soltara en su extremo del matojo que se transforma en nieve cálida antes de desaparecer.

Después recibimos la orden de seguir, y abandonamos con pena la altura para comenzar el camino. Bajamos al llano que mirábamos. Los pies se agarran a las piedras sueltas y buscan apoyo en el romero, quien nos ayuda de nuevo. Todo el monte es suyo y del to-millo.

El paso despabila el sueño, y la serenidad tranquila del día trae buen humor. Ibase en silencio, y comienzan a charlar los hombres. Todos los temas se matizan de infantilismo. Nada transcendental turba el paso. La gran aventura que vivimos aniña el alma y la vuelve a las horas tranquilas que pasaron. Uno dice:

—Aquí debe haber caza.

Muchos escudriñan las matas y se detienen para atisbar si salta la pieza presentida. Otro, más allá, exclama:

—No estaremos aquí cuando aquella huerta tenga fruta.

O

Y se niega con la cabeza, mientras imaginativamente se mordisquea un melocotón jugoso, como de oro dulce.

Cualquier cosa provoca alegrías. Estos hombres, que viven sobre el peligro, encuentran motivos de risa en esas pequeñas cosas que en la ciudad les dejarían indiferentes. De la guerra no se dice nada. Suele pasar siempre. El protagonista del drama sabe que lo vive, pero no lo comenta. Sólo en la ficción ocurre eso. O al final del día. Al encenderse las nuevas hogueras, y como en rápido balance de lo ocurrido, y eso en algunos, en aquellos que se dan cuenta de la grandeza del instante y de que ellos son los que le forjan.

Ya estamos. Hemos llegado al sitio, y nos detenemos. Desde este hondilón miramos hasta sentirnos un poco prisioneros de la montaña. En enorme círculo, cuyo centro es un pueblo, se levantan, como si disputaran en altura unas con otras.

Negras de pinos, pardas en los calveros, más verdes las cercanas, en ellas está la guerra. El cañón es martillazo constante y seco que en vez de hundir levanta el clavo de la explosión. A su resguardo, en su busca, van las siluetas valerosas de los vencedores.

Allá, después del corte blanco de la carretera que se oculta, hay un caserío solitario. La cúpula aguda le señala; más lejos, el macizo se corta en dos enormes escalones, grises por la lejanía. Es nuestro último punto visible, y sobre él toma el cielo matices más puros, sin duda al mirarse en la tranquilidad del mar.

El aire está plagado de vibraciones al ser surcado por los aviones que combaten, y su velocidad arrastra las nubes, dejándonos gozar del sol. Le sentimos entrar en la carne, correr por las venas, abrillantar los ojos. Le observamos con encanto. En el valle es más caliente, más dulce. La cara curtida no se siente arañada por aquella brisa fina y torturadora.

Así se va el día festero para vosotros, en el que descansaréis de vuestra labor.

La batalla tenía que continuar, y ha seguido con idéntica intensidad. Sólo al irse la luz y atenuarse el fuego, de aquel campanario agudo rematado en cúpula tejada de azul, en cuyos costados se agrupan las casas en busca de compañía y abrigo, brota tenue tañido breve, que la distancia nos entrega como evaporado. Es corto y dulce. En días que fueron vibraría, señalando a los hombres de paz y trabajo la hora, haciendo levantar a las mujeres de su recosido junto a la solana y lanzando a los chiquillos de la escuela en busca del zoquete merendero. Una mano piadosa ha soltado la amarra del campanil, y el silencio del bronce encadenado se ha roto en este gemido largo que poco a poco aparece, recorriendo el valle para siempre.

En la sierra se dibujan los últimos "arbolitos" de las explosiones y brillan relampagueantes los heliógrafos de los disparos.

El soldado que había extendido sus mantas las recoge. Brota de nuevo la fogata, ya de otras leñas, y las patrullas y vigilantes, lio de ropas y armas, deslízanse como fantasmas nocturnos a los picos y los claros, para que los demás dormiten tranquilos.

Un cielo alto nos cubre. Brillan mejor las estrellas.

En busca del llano

El aluvión de nombres, pueblos y ciudades, las magníficas descripciones de los compañeros que van por otros caminos y entran en las calles hirvientes de soldados y alegría llegan a mis alturas—963, si tenéis la curiosidad de saberlo—, y con el primitivismo del sitio, la soledad del lugar y el orgullo que otorga la cima miro todo lo que veo y me digo muy serio que quizá se esté mejor en este limpio espacio que en el núcleo ciudadano, en el que todos los horrores tuvieron su momento.

A cada uno le toca su papel en la gesta, y el nuestro es hoy un poco desvaído. Somos gentes del Norte, ya lo dije, y tenemos buenas piernas para subir. Pero ¡cuánto monte en Aragón! Hoy el caballo pidió descanso varias veces y el fuelle de sus pulmones palpitaba entre nuestras piernas terriblemente. Luego, al descender, las piedrecillas rodaban bajo los pies y entre ellas resonaba más el salivazo del plomo. Magnífico escenario; sólo que es un drama el representado, y no es lugar a propósito para ello. Al tomarse este vértice Sierra, al que subieron los soldados entre esas resbaladizas ramitas secas del pino, las bombas de mano desgarraban su humo entre las copas chaparras, y el combate tuvo mayores dificultades. No se ve al enemigo; se le oye y se le presiente. Los troncos resinosos ofrecen su escudo, pero sirven igual a los rojos, y ni son útiles los carros ni desde el aire puede advertirse mucho. Sólo el cañón, el buen “abuelo” del 15, resoplaba en el valle, ayudando como un hombre.

A lo lejos rojeaba una de esas ermitas tan de mi gusto. Bermeja en el tono de sus piedras, crecida entre el bosque, debía ser un lugar donde la calma y la meditación tuvieran su asiento. Hoy era un "objetivo". Santa Bárbara la dicen, y la Patrona artillera ayudó a los nuestros. Monroyo... Todo por aquí tiende a calificarse de rojo, y hasta los calveros de la pinada tienen ese matiz contemplados a distancia.

La resistencia enemiga cede. En el sector, por la índole del terreno, es donde se agarran mejor y han opuesto mayor resistencia, pero cada día se debilita un poco, y ya no son aquellos. Cuentan que han traído los que parecían sobrarles por ahí, y los han colocado en las cimas, como si con ellos quisieran cortarnos el paso. En las últimas jornadas cada división da un número de muertos aterrador, y el convencimiento los empuja con el filo de nuestras armas. Al descender hoy de estos Rasos del demonio, en el cauce seco de un regato las huellas de la huída roja eran bien patentes. Encontramos todo el material de cocina imaginable. Ollas, paelleras, cántaros, montones de garbanzos mejicanos, alubias y ropa, ropa esparcida por todas partes, como si estorbaba demasiado... Luego, en el Bergantes, claro y limpio, nada. Los nuestros, en las orillas de fina piedra, lavoteándose en esa curva que hace la presa de un molino.

Entre los prisioneros había un oficial de Caballería. El hombre pidió noticias al Estado Mayor rojo, y le dijeron que enlazara con su izquierda. Vió por allí la fuerza, y esperó. Eramos nosotros... Su pensamiento debe volar a Barcelona para decir algo fuerte a quien le engañó. Es su caso como el de tantos, pobres ilusos ambiciosos que encuentran su destino por el monte, abandonados a su suerte, sin esa vigilancia paternal de nuestros generales, de la que soy viejo testigo.

Más listo, hace unas horas se pasó a nuestras filas, con camión y todo, un chofer madrileño que lo fué, se-

gún dice, del general Queipo de Llano en Madrid, listo y sinvergüencilla. El mecánico de don Gonzalo cuenta, entre guiños y risas, sus apuros hasta el momento en que enfiló la carretera, y no paró hasta encontrar un "paisa".

Y en las carreteras que se van liberando, el espectáculo es también como para no coger el volante. Hay trozos materialmente sembrados de esqueletos de hierro, sin duda sorprendidos por los aviones en su marcha.

En fin, miro el mapa y todavía veo muchos kilómetros con estas rayitas tupidas y curvas con sus números en el centro. Monte, monte y monte. El llano se alumbrará en breve, y entonces tendremos el estallido del triunfo y recogeremos en una hora todo lo que el esfuerzo nos trae.

Y veremos cómo el turismo rueda de pueblo en pueblo. Ahora, el eco de los montes sólo nos trae el rumor de la distante ciudad.

Masa temblorosa de sorpresa, que sólo pudo morir

El coronel Galera—la cara tostada bajo el gorri-
llo con el color del Jalifa—está junto a un pajar y espera
órdenes en un tranquilo paseo a lo largo de la carretera.

Al verme dice:

—Tengo que regañarle. Yo no soy “yebli”.

—¿Y todas estas montañas que usted sube, mi co-
ronel...?

Se ríe.

—Llegaremos al llano.

Se afila el coronel y su Estado Mayor. El monte se
les come las carnes, aunque no se sienta montañero.
Después de los comentarios de guerra dice algo que da
luz a la reconquista.

—Ayer compré unos corderos para los muchachos.
Figúrese que me pidieron trescientas pesetas por cada
uno...

—¿Qué bárbaros!

—Tuve que decirles que nuestra moneda no es la
roja.

—¿Y entonces...?

—Se enteraron de los precios de por ahí, y los die-
ron por cuarenta.

En esto es en lo que se toca y ve la realidad de nues-
tro crédito. Los pobres borregos “colectivizados” va-
rían en la línea de fuego separadora de las dos España
en ese caudal. El ganado está aún separado también,
porque los propietarios han recobrado lo suyo, pero que-

dan algunas cabezas que no tienen más dueño que la Colectividad, que escapó.

Seguimos la línea, que hoy recorremos por entero. La carretera, larguísima, nos lleva en mil revueltas por los distintos pueblos, que aquí son mayores y más pulidos, porque el valle rico los alimenta. Parece la tierra un trozo de la Andalucía seca, pleno de olivares y viñas. Ni una pulgada de terreno está sin laborar, aunque el descuido haya secado cepas y troncos, y allá al fondo, los montes de pinos abriga y otorgan descanso a los ojos, casi cegados por tanta luz.

En estos momentos se asalta Monroyo, levantado en un alto y con su ermita protectora, estas ermitas que tienen a lo largo del calvario unos cipreses puntiagudos y bellos. Monroyo es el vértice maniobrero de la jornada, y antes del mediodía estaba alcanzado. Ya podemos libremente circular por este trozo descubierto, en el que nada puede ocurrir si así Dios lo ha dispuesto.

Y de pronto...

Recuerdo aquellas páginas de "El Fuego", demoleedor y terrible libro de un pensador que tendía y fué a dar en el comunismo, durante la Gran Guerra; recuerdo también algunos de los párrafos sombríos y torturadores de Poe. Ni uno ni otro pudieron reflejar este espectáculo, que derrumba los nervios acostumbrados a la guerra.

El enemigo trajo a este sector una brigada internacional y otra española. Checos casi todos los primeros, gente joven, inexperta, lanzada a la metralla como carne cuyo precio es ínfimo. La guerra es cosa de soldados, y al soldado le puede sorprender la muerte en cualquier momento; pero si lanzáis a ella una masa temblorosa de sorpresa, lo más que puede hacer es morir, como estos desgraciados.

Estamos en el bosque, en un bosque de pinares no muy altos, con esas ramas rectas y cortantes que el pino deja en su tronco como escalones para trepar a

Handwritten in red ink:
 Ayuntamiento de Madrid
 1936

su copa. Por entre ellas cala el sol, que juega en el suelo amarillo de luz. Poco a poco, la huella de la metralla marca el campo. Son los embudos tentadores, los disparos que al comenzar la batalla se hacen para fijar el tiro, y luego la tierra aparece removida, escarbada, hundida y vuelta a caer desde la altura a que la lanzó la explosión, y allí, toda la brigada deshecha, rota, triturada. El enemigo, bisoño, no supo o no pudo cubrirse, y los restos aparecen por todas partes, hasta en las verdes ramas, cuyas puntas cambiaron de color...

Nunca vi ni veré nada semejante. Como hombre y cristiano, se siente el dolor de la destrucción, y más que en ellos, que pasaron, se piensa en quien los lanza ciegamente a esto.

Uno de los últimos días decía que causaba admiración ver combatir a nuestros soldados—a todos—, cubriéndose hábilmente en cada repliegue del terreno y presintiendo el instante de lanzarse para ganar lo que les han señalado con la menor pérdida posible. Bien mandados, bien conducidos, en la seguridad del jefe que tiene la guarda de su carne; pero ellos saben, además, cómo se combate, y jamás en nuestras líneas podría sentirse ese dolor. Los rojos, impulsados por el terror, por el fanatismo, por lo que sea, se agarran al terreno, y si quien los manda es como se acostumbra, tienen que dejarse morir lanzados por la explosión.

Los soldados, y nosotros con ellos, contamos ya las horas que nos restan para coger la cuesta abajo. Es un deseo de llano de mar que seca la boca y hace mirar con ansia. Aún queda. todavía falta.

i V e n t o m a r e i r o !

Apunté ya que este sector Sur, al cubrir el flanco derecho, tenía por terreno de despliegue y batalla el más árido y duro de Aragón, y al asomarse al Maestrazgo, cientos de kilómetros sin carretera. El enemigo, naturalmente, buscaba su mejor defensa en las arrugas del monte, y nuestros hombres habían de luchar con mayor esfuerzo, por hacerlo en la montaña, en tierra de pueblos pequeños y pobres y en las proximidades del lugar donde se libró la batalla del Alfambra, en Teruel, y en el que permanecían los restos del mejor Ejército que ha tenido el comunismo en España. Largos días se ha combatido sin tregua, primero entre las piedras y peladuras de las escarpas y luego en el bosque. No podía tener la guerra aquí espectacularidad, pero la lucha de estos soldados y su avance permitía que en la labor de conjunto del Ejército otras divisiones avanzaran sin temor al terrible flanco, bordado de crestas y fácil abrigo de las hordas.

El Cuerpo de Ejército que operaba aquí ha girado ya, y alcanzada la Ginebrosa, espolón que se clavaba casi en nuestra retaguardia, y caída la Lobatera, puso proa a los morros de Monroyo, las encrucijadas de Zorita del Maestrazgo y se enfrentó con Morella, el primero de los pueblos grandes que encuentra en su camino al mar. Ya en la Lobatera, un gallego, al sentir el aire, dilató sus narices y dijo:

—Vento mareiro.

Un poco exagerado el deseo, pero casi al borde de

la realidad. El viento marino parece percibirse, y hoy mucho más.

Pasado Monroyo, núcleo rural sin importancia en su caserío, los rojos, aprovechando las estribaciones del monte, a media ladera construyeron fortificaciones bien alambradas y, por el color de la tierra, recientes. Con el fin de ahorrar bajas a nuestro Ejército, se ordenó una concentración de fuego sobre ellas, magnífica colaboración de los aviones y la artillería. La mañana de ayer dejó caer sobre esas trincheras y las dos torres fortificadas que guardaban la carretera todo el fuego de dos escuadras de aviones y el tiro de veintitrés baterías. Fué tan intenso el bombardeo, que entre las tres muelas de Monroyo y el altillo de La Pobleta, situado a la derecha, el humo nubló el horizonte clarísimo hasta hilarse en los barrancos y semejar profunda niebla, que duró largo rato. Durante media hora nada vimos; sólo el gris, que poco a poco se desvaía. Era la montaña famosa de Wotan, vedada al humano. Y la cadena ayudaba al avance, lográndose las cotas 943, 885 y 1.045 y la Toscana.

Los rojos abandonaron las posiciones formidables, y nuestros soldados pasaron una altura más, que, por ser la última, hasta ahora nos pareció más terrible.

Allí estaba, entre otras brigadas, la 79, compuesta por comunistas y anarquistas, que fué triturada, lográndose capturar al comandante y su Estado Mayor con toda la documentación.

De los tres oficiales rojos, dos eran profesionales. Servían en un regimiento de Cartagena al iniciarse el movimiento, uno como capitán y el otro de teniente. Con un grado más han hecho la guerra contra nosotros. Pudimos hablar con ellos. El comandante, desgastado, sin ilusiones, tipo de oficial casi burócrata, atento al sueldo, oficinista de la milicia; el teniente, más vivo, parlanchín. Como ayudante llevaban un empleado de Seguros, teniente de la Escuela Popular de Guerra.

El general sólo les dijo:

—¡Que hayáis llegado a esto!

Ellos bajaron los ojos. Se les dió de comer y salieron para la retaguardia.

Esta brigada era de voluntarios. Tropa de confianza, buenos soldados. Quizá lo mejor que había por aquí. Llevaban orden de contraatacar, y sólo pudieron irse los que tuvieron tiempo para ello.

Ya de frente, se ha continuado hoy el avance. Terreno rojo a primera hora, se reconstruía en sus voladuras a las doce de la mañana. Largos kilómetros eran recorridos por los camiones. La artillería rodaba hacia nuevos emplazamientos, y sólo cerca de Morella tropezábase con nueva línea atrincherada que resistía algo.

Encontramos un depósito de municiones rusas; en una ermita, gran cantidad de explosivos con cable eléctrico y estopines, dispuesto ya para las voladuras, millares de fusiles, cientos de ametralladoras sobre ruedas... Todo el campo es un enorme arsenal de cosas desparramadas, tiradas por allí sin medida, en espera de nuestros recuperadores. Y desde lo alto de la cúspide, batida con ametralladoras hace unos minutos, con cañón ahora, contemplamos las torres de Morella al alcance de la mano.

La cuarta de Navarra avanza. Quieren oponérsele unos tanques, y al quinto disparo uno de ellos se bambolea hasta quedar inmóvil en medio de una columna de humo. El soldado nuestro sigue su paso, y a la caída de la tarde entra en las primeras casas del pueblo, del primer pueblo que puede llamarse así, de los que esperan al Cuerpo de Ejército de Galicia.

Los disparos se alejan, y en la ciudad parece no haber nadie. No se ha entrado sin resistencia; al contrario, hubo que dominar y batirse; pero siempre que se libera una ciudad, largos minutos parece que dentro de ella no hay nadie. Después, al convencerse de que no pueden volver los rojos, se desborda el ve-

cindario en su alegría de conquistados para la nueva España. Dentro de Morella se han cogido dos tanques, cincuenta ametralladoras, material, comestibles, ropas... Y cuentan que anoche reforzaron el pueblo con nuevas fuerzas.

En las últimas horas ha ocurrido algo digno de ser contado. Uno de los prisioneros entregó una pistola Astra del calibre 9, diciendo sencillamente:

—Es la que mató a Calvo Sotelo.

Y luego relata la historia, que rápidamente recorre el frente.

Afirma este hombre que dicha pistola era del capitán de la Guardia civil Condé, utilizada por éste en el terrible asesinato. Cuando fué muerto en el frente de Guadarrama, su pistola, ya histórica, pasó a poder de su hermano. Este combate, por lo visto, entre los que huyen hacia el mar, y tenía como ayudante al prisionero de hoy, que se la quitó durante la noche para traerla al pasarse a nuestras líneas.

El tono con que cuenta esto parece ser sincero. La pistola ha sido llevada a Su Excelencia el Generalísimo, por si es verdad todo lo que cuenta el ayudante de Condé.

La guerra, a mi juicio, el último y más modesto, se termina, se acaba. Diecinueve meses de frente me han acostumbrado a verlos combatir y ser derrotados. Su retroceso en Vizcaya y Santander, la caída de Asturias, tenían, a pesar de ser el final de la guerra en el Norte, otro matiz. Los prisioneros pulsaban aún su odio y en sus ojos brillaba la esperanza. Los días de Teruel, terribles, fueron distintos. Ahora, los que van en esos cuatro camiones se sienten como liberados de un yugo. Al hablar con ellos reflejan todo el terror de la retaguardia roja y la alegría de no verse en ella. El enemigo se repliega sin esa cohesión de antes. Cesa de batirse de pronto, y sólo algunos núcleos permanecen. Su aviación, que ayer bombardeó a última hora una carretera desierta,

desaparece al tercer disparo de la antiaérea. No sé... Quizá encontremos alguna resistencia más adelante, pero el campo no suele engañar.

La guerra está ya en Valencia y Cataluña. Una gran ciudad catalana ha caído. El corte definitivo avanza, llega, está ahí...

Por los montes sin caminos

Avidamente leemos las noticias de Francia, los telegramas del otro lado, donde se cuenta que una división entera se ha internado Pirineos adelante, cansada del inútil combate. Hombres y hombres depauperados, algunos heridos, cantan las letras de molde, buscan refugio en los campos de concentración extranjeros, cambiando su encarcelamiento dentro de las filas rojas por ese otro, que los transforma en prisioneros de una nación que consideran amiga. Y añade que los empujan de nuevo a Barcelona, como si la dulce Francia quisiera sacudirse una tiña que cultivaba por deporte.

En este constante caminar, ellos y nosotros estamos en semejantes condiciones. Por los montes sin caminos vamos unos y otros, ellos delante, nosotros detrás, y allá lejos, cortadas las carreteras fáciles al paso, el enemigo busca las trochas que le alejan del fuego.

Pero el ánimo es distinto. Nuestros soldados toman el sol en todas las cimas con el gusto con que el sol se toma cara a la victoria. La fatiga de la subida y la aspereza del combate se compensan en esta calma que nos trae la tarde cuando el fuego disminuye y restan esas horas calmas, de luz y tibieza, en las que cada uno hace lo que quiere. Muchas veces hay por allí un arroyo que presta el agua para limpiar la costra de sudor y polvo, y como el paisaje varía y se transforma por instantes, el bosque, la pinada, los olivos son buen techo para quien está acostumbrado al raso.

¡Qué triste debe ser la derrota! Así, en triunfo, muchos días sólo palpita en el corazón del soldado un de-

seo: dormir; tirarse en cualquier sitio, cerrar los ojos, hundirse en la muerte pequeñita que da fuerza.

—¿Es posible que hayas dormido ahí?—me dijeron a mí ayer al levantarme de la siesta.

A mí, que muchas veces encuentro el caballo dispuesto, que largas horas contemplo el horizonte al lado de mi jefe con sólo la oreja atenta al fuego. Miro el sitio.

“Es verdad—me digo—. ¿He podido dormir ahí?”

Era una explanada ancha, sembrada de pequeñas piedras puntiagudas. No las he sentido. El mejor de los colchones para mi sueño, que milagrosamente ha vuelto a sus quince años.

Todos éramos gente de ciudad. Hace poco, de la Cibeles a Sol se extendía ante nuestra galvana una cuesta terrible que nos subía el taxi o el tranvía. Andar era un problema; se nos cayó el pelo de cavilar esfuerzos que no hacíamos. Necesitábamos este revulsivo. La paz, el café, el comentario vicioso, nos arrebató el músculo y licuó la sangre. Aquí, en las cimas, por las tierras sin caminos, en el monte que es preciso subir y bajar, comprendemos el sentido de la vida que nos espera al llegar la paz. Como lo comprenderán ellos.

Derrotados, huídos, con el espanto en el alma y la amargura del engaño bien hundido en el cerebro, los rojos, al cruzar con fatiga y sudor las tierras que detentaron y verlas sin cultivo, sin humo las chimeneas, sin lo necesario el hogar; hostigados por sus propios dueños, rechazados de quien les prometió ayuda, reconocerán su error y pensarán en España. Y cuando sean ese hombre sin pasaporte, el “indeseable” sin patria, que la gendarmería entrega a la gendarmería de hito en hito fronterizo, más de una noche helada, aunque sea tibia, maldecirán de los que los lanzaron al éxodo eterno. Y un día su mano se levantará sobre los que fueron dirigentes y con pasaporte y dinero escriben memorias en los grandes hoteles.

Nuestro soldado sabe bien lo que hace. Cierta día estaba uno de vigilancia cuando pasó por allí un general.

—¿De dónde eres?—le preguntó, para saber la unidad a que pertenecía y orientarse.

—Y él contestó rápido:

—¡Soldado de Franco!

Desaparecía su brigada, huía de su cerebro el número o el nombre, y sólo quedaba este título, que resumía para él todo el fervor de un sacrificio.

Por los montes sin caminos, nuestros soldados, pequeños, humildes, sufridos y heroicos, van. En la lucha, sin segundo. En el descanso, atentos al oficial que los conduce cuidándoles con delicadezas de padre.

Rendidos por el día, aún hay uno que cava el círculo que abrigará las brasas. Otro que abre mañosamente las latas de conserva, otro más que ofrece un palo de curva cayada para bajar mejor las cuestas. El avanza tensa su entusiasmo; llegarían hasta donde parece imposible, y hay que sujetarlos para que no arriesguen demasiado.

Ellos delante y nosotros detrás, hacemos las mismas jornadas agotadoras, y ¡qué diferente el paso!

Alguien dijo que, siendo el mismo sol, su luz es distinta para cada uno. Y la gran verdad tiene ahora enorme relieve.

El avance va, de cota en cota, ya en descenso

Arriba, arriba, el Turmell deja culminar sus 1.281 metros, y como el cielo es claro y el sol brilla, una faja cegadora se presenta a nuestros ojos. Los soldados se han detenido, como debieron detenerse otros soldados del Imperio, ante lo esperado y, sin embargo, sorprendente. Es muy distinto saber que va el esfuerzo hacia un fin o sentirle en la boca del fusil. Esa faja, que no podríamos precisar con exactitud si es el mar o un latigazo de espejismo, emociona y enmudece. Luego van precisándose las sinuosidades de lo entrevisto, y con ayuda de prismas se concreta y sitúa el camino. Debajo de nosotros, el terreno baja brusco a los 845 metros, alzándose algo más en la Muela de Peñablanca; baja, baja y baja hasta el cero en la playa presentida.

Este macizo de Clots parece que es, por ahora, nuestra última cúspide, y que, alcanzado, hemos llegado al sitio donde debíamos. No está todavía el llano a nuestros pies, puesto que el descenso lo hacemos y haremos de cota en cota; pero el terreno entrega, al fin, la enorme ventaja de iniciar cada día el avance desde un punto dominante, precisamente lo contrario de lo que hasta hoy se ha hecho, y si se doblaron dificultades al subir, no tenemos que señalar que el descenso es sencillo. Sencillo, conste así, para estos hombres gallegos, pero erizado de dificultades para los que no sean nuestros soldados.

La imaginación nos lleva lejos... Hay muchacho que

señala con el dedo el magnífico pueblo que nos espera en las orillas mediterráneas y quien apunta la arena de su playa como si contaran los granillos que la forman. La realidad es esa ancha faja de plata brilladora que nos enseña por primera vez el mar a los que andamos por la tierra, porque los aviadores hace días que la contemplaron.

Nos separan aún del agua algunos kilómetros, desérticos en su mayoría. Apenas si los pueblos se muestran humildicos cerca de la carretera. Aún tendremos que hablar de vértices y cerros unas horas. Hoy, por ejemplo, tenemos que decir se ha tomado Monsiacre y Fustes, al suroeste de Morella, y el alto de Gradiella y Espadiella más allá. Nombres que sólo se encuentran en los mapas muy detallados y que como no tienen caserío alrededor, apenas los conocen algunos de los que pastorean. Pero esto se acaba. Ensanchamos el pecho ante lo que llegará y nos disponemos a pasear por calles, como auténticos hombres de ciudad.

El enemigo, que hasta aquí empleó la táctica de la masa, parece haber cambiado de modo, por lo menos en las últimas horas. En cuanto se le deja cava un poquito, sin profundidad ni extensión, y espera en pequeños puestos. Al iniciar nosotros la maniobra, como comprenda que se va en serio, abandona sus lugares y se instala provisionalmente en otros. Así va hacia atrás a la velocidad que pueda marcarle nuestro cansancio.

—¿Recuerdas aquello de Asturias? Igual ocurre ahora.

—¿La corteza?

—Eso es. Ya no tenemos un Ejército preparado, con sus reservas distribuidas y sobre las armas. Como en los días de Tarna, estamos ante una corteza de fusiles que se romperá cuando menos se piense, y todo se vendrá abajo.

Así fué. Recuerdo que aquella mañana el general Aranda salió al campo a las siete, como todos los días.

Antes de llegar a su puesto de mando radiaba Gijón la entrega de la ciudad. Esto puede pasar ahora. Sin precisar la hora, de aquí en adelante cualquier momento puede ser el de la "debacle". Y si, por ser donde es la guerra, aguantan más que entonces, todo será cuestión de caminar. Pensad que hoy, por ejemplo, en este sector, se han tenido seis bajas, heridos sin gravedad. Y que se han tomado los puntos previstos para la jornada. Comprenderéis que eso no es ya una guerra, es una operación de policía cuya velocidad la marca quien debe.

Y todas esas divisiones juveniles que anuncian y pregonan que a toda prisa preparan y que posiblemente pondrán sobre las armas nada suponen.

Un prisionero decía hoy:

—Si yo hubiera querido, me hacen sargento, y en seguida oficial. Pero preferí pasarme.

Y como razón suprema añadía:

—Sé leer.

El agotamiento rojo ha llegado a tal punto.

Así como desde el vértice de la montaña se ha visto el mar, desde la cúspide de la victoria se contempla la paz.

La muerte de los tres enlaces

Ante estos tres pobres cuerpos agujereados por el crimen se ha borrado de mí la máscara de la muerte violenta y levantado la figura llorosa de una mujer. He visto clara, rotunda, dibujada hasta en sus más tenues arrugas, la cara de mi madre, con sus ojos, ya pequeños, abiertos por el estupor y unas lágrimas calladas que se deslizaban hasta la boca temblorosa.. En mi madre se han concretado las madres de ellos, las de los soldados que luchan, sufren y mueren por la Patria, y he sentido una gran piedad, profundo dolor por todas aquellas que rezan lejos sin saber en muchos días qué terrible aventura aguarda a su "pequeño", que la ha salvado a ella, que ha hecho de ella la figura carnal de España y piensa al besarla que besa a España.

Estos tres mozos navarros eran enlaces de su división y cumplían su deber sin armas, porque no creían necesitarlas. La tragedia les aguardaba entre matojos y pinares de este Maestrazgo terrible. Fueron cazados sorprendidos en plena mañana de sol y victoria, en la que no ha habido más bajas que ellos. El cuarto pudo esconderse y contar el trance.

Suplicaron primero. Eran cuatro soldados de Franco, ¡cómo negarlo!, pero soldados a los que un deber llamaba. Números, partículas de un Ejército, apenas una motita de polvo en el huracán. ¿Matarles? ¿Por qué! El enemigo está también compuesto de soldados, y todos los días caen prisioneros, que después de comer bien salen para la retaguardia entre sonrisas. No les formaron Consejo ni se pararon a sentenciar. La pisto-

la, el argumento del soviét, brillaba. Entonces sintieron en la sangre el aletazo de la raza. Erguida la cabeza, adelantado el pecho, nerviosamente estrechada hasta el dolor la mano del camarada, gritaron el ¡viva! que a todos nos une y quedaron allí, con las piernas dobladas y un agujerito rojo para delatar el crimen. Poco después, aquel a quien la suerte rozó en los labios caminaba de nuevo al lugar y mostraba los tres cuerpos.

El pelotón cavó silencioso. Sólo se oía el jadeo del esfuerzo y el rechinar del pico en los cantos rodados. Luego, la tierra removida y alisada guardaba los cuerpos de los mártires en el sombrero del bosque. Uno se limpió el sudor de la frente; otro encendió un cigarro, por hacer algo. Delante, ellos, la horda, la masa derrotada que no tiene grandeza ni para matar, esos...

La guerra es un drama constante, ya lo sabemos. El dolor y la muerte es de todos los días; se familiariza uno con estas cosas y pasa al lado del cadáver sin reparar en él. Cualquier momento puede ser el último, sí; cuando se ve cómo las explosiones se afinan, rectifican, buscan y se concretan, siente uno la boca seca y mira al lado para serenarse con la serenidad de los otros. El nombre del caído arruga la frente, y, sin olvidarle, se olvida. Recuerdo que un día estábamos comiendo, y el jefe alargó parte de su almuerzo a un soldado, que se sentó complacido. Una bala interrumpió para siempre su sana alegría de comer. Se lo llevaron, y continuamos. Fué él; pudo ser otro. Pero no es lo mismo la muerte que llega y escoge como enamorada, que esto: el crimen saturado de odio, el matar por matar a tres muchachos sin armas que van por el monte.

Por eso nos ha llegado tan hondo el trance, y, sin decírnoslo, cada uno hemos visto el rostro de nuestra madre al pensar en la de ellos.

Ha sido, ya os lo digo, un día brillante de primavera; la sombra, a fuerza de luz, era violeta; muy lejos, la bruma nos ocultaba el mar, que presentimos. Una bru-

ma de calina, casi de estío. Apenas se escucha un tiro. Las columnas iban sin enemigo a los lugares acordados, y en un barranco envolvían y capturaban los nuestros a toda una compañía roja. Entre los oficiales había alguno profesional. Nadie los miró. Son gente de otra calaña, relieves como esos que nuestra condición moral exuda: odio, odio, en un amasijo de sangre y pasiones. Hacen la guerra sin elegancia, sin rasgos firmes, sin hombría. En todo, hasta en lo más bárbaro, cabe el arte y debe perfilarse un trazo que puede hacer perdonar el error. En ellos nada tiene grandeza. Ni derrotados dan pena ni victoriosos merecerían respeto. Es la tribu con armas automáticas, bandidaje que camina al son de jarape.

Al llegar esta noche al pueblo y encontrar mi trocito de civilización bajo los troncos casi encalados del techo abuhardillado. antes de dormir he cogido la pluma. Los que escribimos, mal o bien, tenemos este consuelo de volcar impresiones en las cuartillas y pretender que nuestra emoción llegue a otros. Y nos parece que cumplimos un deber más al grabar las palabras. Yo no podría dormir sin un recuerdo para las madres de los tres que cayeron tan estérilmente al parecer, tan heroicamente en la realidad, bajo los últimos matojos de este Maestrazgo que sabe ya de tantas luchas.

Y me parece que he reunido aquí a las tres dolorosas desconocidas, que no sabrán aún su dolor. Las veo dentro de mí, con la cara y los ojos apagados de la mía que también llora.

Como si cubriera carne hermana, he acariciado la tierra por la tierra que no he podido acariciar.

Pronto se podrá decir a la Patria en el mar latino: "Esto nos pediste, y ya lo hemos logrado".

¡Qué frío hace en nuestra cúspide final! Los 1.224 dejan sentir el airecillo marino a gusto, y buscamos el sol, sin desear la sombra más que en ese instante en que los doce "Martín Bomber" pasan por nuestra vertical. Han tirado unas bombas, en aletazo de rabia; pero la correcta formación que llevaban la truncan ante los antiaéreos que se oponen a su paso. Vemos con entusiasmo cómo uno es mordido en su mismo rabo por las pequeñas explosiones. Hace apenas tres horas, los nuestros fueron seguidos por las explosiones de los otros, y seguimos anhelantes su pausa aparente, hasta que, cumplido por entero su deber, salieron del círculo de hierro. ¡Así es el mundo!

Nuestras fuerzas han hecho hoy su tercera conversión. Si alguien tiene la curiosidad de seguir en el mapa el paso de las columnas gallegas desde su arranque en Vivel, trazará un perfecto sifón. Ha sido una maniobra maestra, en la que los soldados han bordeado montes y cruzado los valles en un zigzag casi obligado por la índole del terreno. Las divisiones han servido alternativamente de eje, mientras que la que quedaba en la ancha curva aceleraba el paso para que el frente tuviera durante un mínimo número de horas puntos débiles. Así las alturas inmensas fueron rebasadas, y quedaron atrás aquellos macizos del Collado, La Ginebrosa, La Loba-

tera y todo el Maestrazgo... Ayer, otras cúspides se oponían, y hoy han quedado a la espalda, en una jornada cuyo éxito se comprende al decir que el general Martín Alonso adelantaba veinte kilómetros, mientras su eje andaba apenas seis.

Al caer la tarde, el Chert tenía algunos focos de incendio producidos por la artillería. Fué una carrera desde Villabona a La Boissera, y desde aquí, por la Venta del Aire, a la carretera de Castellón. A la caída de la tarde..., otro pueblo.

Enemigo ha habido mucho. Ayer pretendieron atacar frente a Morella, y la elasticidad de nuestras líneas hizo efecto de catapulta, de modo que su propio impulso les causó enorme número de bajas. Hoy, toda una división ha retrocedido.

—No he visto nunca—decía un general—más enemigo delante.

—¿Cuántas bajas ha tenido?

—Diez.

Comenzado ya el ciclo final de la operación, la caída hacia el mar debe ser rápida, si todo sigue con la normalidad debida. El tiempo, tan seco, ayuda a "mis" gallegos, que luchan desde hace cuatro meses sin un día de descanso, sin haber parado más que las horas precisas y necesarias, verán pronto el final de su esfuerzo tremendo. Os diré tan sólo que al iniciarse el atardecer la niebla nos tapa el horizonte, cubriéndolo con ese velo impalpable e inconfundible que nos trae el mar en estos meses y convierte el paisaje costero en una masa sin términos. Volviéndonos, admiramos todos los relieves y arrugas de las sierras.

El general de los gallegos, Aranda, decía, comentando estas cosas:

—La costumbre de ver y oír nos da, por el sonido, la marcha de la guerra.

Alargamos las orejas. Ya sólo se escucha el zumbido transmitido por el eco desde el valle. Han callado las

baterías enemigas, y no se percibe fusilería ni ametralladora. Vemos el tiro de persecución alargándose ladera arriba y una calma absoluta en donde estamos. Si algo turbaba la paz del campo de falsos cedros, era nuestro esfuerzo para despejar las posibles posiciones de los derrotados.

El aire salobre trae a nuestro sector la curiosidad periodística y la grata visita de los amigos de más allá de las fronteras. Pierre Dave, el diputado rexista belga, admirador de la España nacional y defensor de su sacrificio, que ha sabido comprender y admirar, ha sido hoy nuestro camarada de frente. Silencioso, miró largamente el terreno, callado llegó hasta nuestro punto altísimo, después de pasar por todas las encrucijadas y barrancos que hemos cruzado, y luego sus frases nos dan la medida de su pensamiento.

Hoy hemos visto una de aquellas riadas de combatientes que eran norma de propaganda en la Gran Guerra, pero aquí no suponía tal cosa. Miles de hombres iban por el camino, hacia el frente, llenos de polvo, con todo su atuendo y una alegría que sólo otorga el avance. Los marroquíes que luchan en el Cuerpo de Ejército, con sus cantos monótonos para el oído europeo; el Tercio, silencioso, ligero; los infantes, en conversaciones ininterrumpidas. Van y van, como una masa incontenida que nadie puede parar. Los aviones rojos que han pretendido volar sobre ellos y tuvieron que irse habrán llevado a sus dirigentes la terrible impresión de un avance constante por un Ejército formidable.

Pasamos el Santuario de Villabona. Han caído los dos arcos de entrada y salida de la carretera, y la iglesia—azul y oro—sólo conserva la imagen en loseta de una Virgencita italianizada en su perfil y con la cara machacada. Dentro, la destrucción que han sufrido todos los templos.

Los "Martin Bomber" hacen a primera hora una incursión, como siempre, al irse los nuestros, y sus bom-

bas caen en el monte, al borde de la soledad. Quedamos más adelante a la sombra de unos almendros. Nuestra izquierda es una masía. El fuego artillero enemigo la roza. Dentro, en cuevas, unas mujeres y chiquillos. Hora y media después los soldados han andado tres kilómetros; no hay peligro en el lugar, y como caracoles primaverales, comienzan los vecinos a sacar la cabeza. Las siluetas se recortan en la cima del Torzal de la Torre.

Seguimos. Hoy es día de andar. Ya está aquí la bifurcación de la carretera de Castellón y la de Vinaroz. ¡Un solo camino para la huida roja, al fin! Del cerrote próximo llega claramente chirriar de cadenas: son los carros rusos, que se retiran sin hacer fuego. Toda la paz de la tarde apenas si la rompen algunos disparos de fusil.

Un valle espléndido delante. Otra vez olivos y almendros.

Detrás, todo el Ejército, que avanza ligero, que llega a reforzar las líneas, una masa tremenda en empuje vigoroso.

Los soldados de Franco crecen por momentos; sin desguarnecer un solo punto, aumentan. En Clapisa nos decía una viejecita:

—Os entiendo muy bien, hijos, y ellos afirmaban que no sabríamos lo que hablabais porque érais de otras tierras.

A las dos de la tarde se cortó la carretera por el kilómetro 87 y el ferrocarril por el 156, dividiendo en dos la España roja

La emoción tiene en suspenso la pluma largo rato. Ahí enfrente está el mar, nuestro mar, particularizando más, mi mar. El Mediterráneo, que tantas veces soñamos alcanzar en la hondura de los valles y en la cima de los montes. Ese lago latino que nos arrulló tantas veces... Pero olvidemos un poco las propias impresiones y vamos a la guerra, matando también el cansancio del día de incesante avance.

Ayer alcanzamos, por fin, el valle, y entrando un poco en la provincia de Tarragona, torcimos a la de Castellón nuevamente. Cayeron los pueblos que estaban en la ruta prevista, y entre ellos los dos principales, San Mateo y Cervera del Maestre. En San Mateo está el nudo carretero que deja al enemigo con un solo camino, el de la costa, y sólo aprovechable en las horas de la noche, porque muy de mañana las columnas avanzarán rápidas para cortar en dos la zona roja. San Mateo recibió entusiasta a nuestras tropas. La gente—blusas negras, negro pañuelo picudo en la cabeza hombruna—brotaba de la huerta, de las masías, para abrazar a los libertadores, y en la población agrupáronse al lado de los soldados, ofreciéndoles todo lo que tenían. En muchas casas sacaron una mesa a la puerta con va-

sos y vino para que al paso bebiéramos, refrescando la garganta, reseca por el polvo.

La famosa iglesia donde han tenido encerrados a los milicianos que se escurrían de sus unidades está convertida en mercado, como tantas otras, y un gran cartel lo anunciaba. Toda la zona, con los pueblos de Jana, Triguerras, San Jorge, Canet lo Roig y Calig, era ocupada, para buscar en el ensanche comodidad.

Esta mañana nos despertó el aire acariciante, sensual, del mar. Sin estar todavía en su borde, llegaba hasta allí, y el paisaje era ya marítimo al pintar la higuera y crecer la pita. Todo es plano. Nos parece mentira poder caminar en la llanura perfectamente cultivada. La cuarta de Navarra se pone en movimiento sin dificultad. Es una operación audaz y al mismo tiempo sencilla. No tiene enemigo delante. Enemigo como el que se acostumbra. En plena carretera encontramos un tanque ruso nuevo, abandonado. A lo largo del día capturamos cuatro más, que sólo hay que poner en marcha, y dos que recompondrán para ser utilizados. Poco fuego. La aviación molesta algo y pretende cadenear como hacen los nuestros. Los antiaéreos disparan, y derriban dos. Uno a los pies del vencedor; el cadáver arde entre los restos humeantes del aparato. Ayer se derribaron en lucha aérea cinco más; todos esos pinitos de la aviación roja habrán quedado cortados de nuevo.

Cenia y San Rafael son rebasados. Los pueblos están encalados, blancos, con esa blancura mediterránea que alegra todo el largo de la costa. A las dos y diez se corta la carretera por el kilómetro 87 y el ferrocarril por el 156. Ya son dos las Españas rojas, y no debe olvidarse que en una, Barcelona, han quedado el Gobierno republicano y el de Cataluña, de modo que la más extensa se encuentra en estos momentos sin dirección, ni aparente ni real.

El paso de la columna es cauteloso, para evitar la posible sorpresa, y a las cuatro menos cuarto de la tar-

de se toma posesión de Vinaroz, mientras otro núcleo baja hasta Benicarló, ocupándolo sin resistencia.

Vinaroz nos recibe con serpentinas en sus primeras casas. Después, una soledad, un gran silencio. Parece que no hay nadie, que han huido los que lo habitaban. Cruzamos por sus calles, saliendo a estrecharnos la mano alguna vieja con el pelo rapado, un hombre que ha cruzado ya casi todo el camino de la vida. Llegamos al mar. Los soldados mojan sus manos en el agua y se refrescan la frente con ella. El general Aranda abraza fuertemente al general Alonso Vega entre el grupo de sus oficiales. Son el que llevó la operación y quien la desarrolló con su división.

La ciudad apenas ha sufrido quebranto. Sus casas están intactas, con sólo algunas, muy pocas, huellas del avión o del proyectil. Se han respetado en lo posible los pueblos desde el aire y la tierra; sólo aquello que los rojos destruyeron está en ruinas. Los grandes bombardeos que decían se hicieron sobre el núcleo ciudadano para apoyar su propaganda quedan desmentidos aquí. Benicarló y Vinaroz tienen, naturalmente, el rastro de la guerra, pero muy ligeramente. Sin embargo, los lugares que eran absolutamente militares están machacados.

El Cuerpo de Ejército gallego ha cortado hacia el mar, y no se ha limitado en el día de hoy sólo a eso. Por el Norte avanzó una de sus divisiones hacia Tortosa, descongestionando todo el sector, y por el Sur limpió las alturas de Forcall. Todos sus elementos han trabajado con éxito enorme.

Al iniciarse el atardecer en Vinaroz vemos llegar mar adelante una motora. Viene esbelta, ligera, mecida suavemente por la brisa fresca, al puertecillo minúsculo. Viene de Cataluña, de la zona roja, y no sabe lo que ha ocurrido. Como el lobo del cuento, la vemos avanzar relamiéndonos. Su casco ya va tomando relieve y detalles, ya salta clara la espuma de su popa, y entra.

Es nuestra. Quizá esta noche otras lleguen con sus cargamentos para entregárnoslo gentilmente.

Poco a poco, la gente que se escondió sale. Son sólo mujeres. Se mezclan con los soldados que continúan llegando, y entre ellos vuelven al hogar. Mañana Vinaroz tendrá su fisonomía de siempre, con un alegre acento.

De Vivel del Río al Mediterráneo

“Incorpórate en Cosa.”

Fuí. Cosa era apenas un pueblo entre nubes de polvo y ya al borde de la montaña. Veníamos de Teruel, por la montaña también. El signo de Aranda y su Cuerpo de Ejército es éste de la escalada, y como si los gallegos y asturianos que componen la masa principal de sus soldados se hubieran especializado en la guerra de altura, se les dejaba a ellos el terrible Maestrazgo y las cadenas que en él y ante él se levantan.

Recuerdo que un día el agregado militar de una Embajada le dijo:

—Usted, mi general, se ha hecho insustituible como montañero.

Y el Caudillo, sin duda, pensaba igual, encargándole de la penosa misión de limpiar de enemigos y restituir a la Patria todos los macizos que nos separaban de Levante.

Cuando vimos el 50.000, una mirada de ansiedad. El estaba tranquilo, inclinado ante su tablero, con el lápiz azul en la mano, “iluminando” el papel lleno de curvas y números, que crecían infatigables.

—¿Peor que Asturias?

—Mejor que León.

—Pero aquí...

—Pasaremos. Quizá el Sábado de Gloria puedas bañarte en tu mar.

Y desde aquel día empezamos el camino. Era un 8 de marzo frío, gris. El aire levantaba estos remolinos de tierra dorada que después nos acompañarían siempre

por los caminos, aunque no sople brisa. Es un polvo que el sol dora como una nubecilla eterna sobre la tierra amarillenta y seca; entra por la ropa, pinta la cara; al final de cada jornada todos parecemos la máscara de ese individuo de amplias vestiduras que han puesto en ridículo los mejores ripios.

Nuestro frente y las tierras a conquistar eran los más ásperos y menos espectaculares. Teníamos delante un macizo desértico, sin pueblos. Apenas alguna aldehuela apretujada entre las costillas de estrecho valle. Primero, piedras, desconchaduras a las que el tiempo y el agua dieron extrañas formas; después, pinares, y allá, como una promesa, los olivos y almendros del valle de Belmonte, antes de la subida de la Lobatera. Los núcleos ruidosos, aquellos puntos que suenan en las orejas del menos geográfico de nuestros conciudadanos, estaban encomendados por la suerte a otros, y nos quedaba el honor de guardar el flanco derecho de la audaz ofensiva, aquel que tenía en su guarda los restos del mejor Ejército de Valencia, los que se habían salvado de la rota de Alfambra y rendido Teruel. Gentes hechas a la guerra, meticulosamente adiestradas mientras terminábamos la campaña del Norte, y que, aunque derrotadas, sabían defenderse. Algunas brigadas internacionales, Carabineros y Asalto, con mandos profesionales.

El terreno, lejano, arisco y olvidado, se apartaba de las carreteras normales y de las ciudades grandes; por ello nadie llegaría a nuestras líneas hasta que el aire yodado atrajera la curiosidad, y quedábamos solos, sin altavoz, en nuestros riscos.

La primera misión del Cuerpo de Ejército era romper una vez más el frente, para acompañar el paso de los otros ejércitos que combatirían a nuestra izquierda. Se nos presentaba una línea bien guarnecida, con trincheras, alambradas y todos los elementos acumulados por una larga permanencia. Era un frente cristalizado

largamente, que sólo se había puesto en movimiento en las jornadas de Teruel, al intentar Líster romperle para retrasar la inevitable caída de la capital aragonesa. Fué entonces Vivel y Portalrubio el sitio indicado que supo defender el general Yagüe sin merma de terreno. Por ahí debíamos ir, y fuimos.

Nuestra línea describía su curva desde Olalla a Vivel del Río por Navazas, Lobera y Sierra Pedregosa, con un entrante a doscientos metros de Portalrubio, y desde aquí, a un kilómetro de Cervera del Rincón, iba a la Hoya de Alcamín.

La noche del 8 todo quedó preparado para el ataque. El enemigo dudaba por dónde sería el avance, y la rapidez de la ofensiva, después de la caída de Teruel, nos daba una superioridad indudable. La madrugada siguiente amaneció con el general en el campo.

El 9 de marzo se rompe el frente.

Nunca dudamos de la eficacia de nuestras armas. España ha logrado en plena guerra, cuando todo parecía adverso, hacer marchas forzadas sobre el terreno y la técnica. Veinte meses de campaña con sólo las adversidades naturales y debilísimas en el conjunto de la victoria han hecho de los muchachos de España los mejores soldados. La raza lo da. Si algo les faltaba para ser ejemplo de guerreros bastarían los días y las noches de aquel final de año en el llanazo de Caudé. Aquella temperatura, el crecimiento natural de la moral roja, todo lo que suponía de tristeza el conjunto del frente en el que parecían haberse acumulado las circunstancias desfavorables, desde la fecha familiar que tenía que deprimir el espíritu de todos con el recuerdo hasta la rendición de la plaza bajo la nieve y el frío, no lograron que uno solo hiciera el más ligero comentario de duda. Y estos son los que al filo de la primavera, con

la promesa del buen tiempo, se esparcían por los altos de Vivel para dar el empujón definitivo.

La cuarta de Navarra, que había engrosado el Cuerpo de Ejército—general Alonso Vega—, estaba en Sierra Pedregosa. Inició su avance con fortuna. Era el punto extremo de la línea, y quizá fué la que tuvo menor presión. De un salto, en doce horas de fuego, alcanzó por la cota 1.168 su unión con la división 83—general Martín Alonso—, después de alcanzar Las Coronas. Martín Alonso llegaba a las cercanías de Armillas, cortando la carretera de Montalbán, y la división 84—coronel Galera—encontró la mayor resistencia, por estar situado en el flanco derecho, en contacto con el derrotado Ejército ya aludido. Entre las divisiones 83 y 84 quedaba una bolsa de ocho kilómetros, con espolón sobre Portalrubio. Galera alcanzaba este día Son del Puerto.

En los días 10 y 11, mientras las divisiones de la izquierda profundizaban en dieciséis kilómetros, tomando Josa y extendiendo sus líneas hasta Alcaín y Obón, la 84 quedaba sobre Valdeconejos, con un avance de tres kilómetros. Aquí el día fué duro, pero ya se había roto el frente, y las luchas venideras aparecían claras.

Estábamos sobre las fortificaciones de la retaguardia roja enclavadas ante Martín del Río. Subidos a la posición extrema, el pueblecillo se mostraba a nuestros pies, y a simple vista contábamos las púas de las alambradas. Enfrente, a unos seiscientos metros, el reducto llamado de la Comandancia, que guardaban sesenta hombres al mando de un comunista alemán. Era tan claro el triunfo, que desde allí no se nos hostilizaba, y podíamos vernos unos a otros con entera tranquilidad.

—Cuando se entre en Martín, el paso de nuestros soldados será rápido.

—¿No hay más defensas?

—Sólo las que ofrece el campo, hasta la altura de Monroyo, donde han vuelto a cavar.

Nuestra información no se equivocó. El asalto a Martín fué un espectáculo inolvidable. La bravura de los gallegos llegó a límites extrahumanos. Apoyada por los tanques, avanzó la infantería con tal empuje, que, rebasados éstos, los hombres cortaron el espinoso artificial antes de que la mole de hierro lo aplastara. Los artilleros hicieron uno de sus mejores tiros de persecución, y las bajas enemigas fueron enormes.

Allí quedó quebrantado para siempre el resto del Ejército rojo. Se recogía el fruto de la victoria de Alfambra, y el general Aranda podía mirar a las alturas del Maestrazgo. Se cerró la bolsa entre las divisiones, entramos en Utrillas, apoderándonos de las minas de carbón casi intactas y en pleno trabajo, y Montalbán se ofrecía íntegro.

La línea, cerrada ya, firme, segura, iba desde Albarane al kilómetro 169 de la carretera de Alcolea, subiendo desde Torre de las Arcas a Estercuel y de aquí, en curva, de la Cruceta a Alloza.

Pregunté:

—¿Hay más altos, mi general?

—Acércate mañana a Castel de Cabras.

De Montalbán a este pueblo, el barranco más profundo que vieron mis ojos. Un corte vertical, un cañón californiano, algo que no se comprende cómo pudieron pasarlo. El viaducto estaba destruído...

Tomado Alcorisa, había terminado el ciclo inicial de operaciones. Era Alcorisa el primer pueblo de importancia que encontrábamos. Cuna del anarquismo aragonés, la huella del terror se mostraba en todas partes. Los comercios estaban colectivizados, la propiedad no existía, pero aquellos que quedaron no se dieron mala vida. Gallinas picoteaban por las calles en gran número; depósito de Intendencia rojo, había harina y aceite en cantidad.

—Si no fuera quien soy, comeríamos asado.

Pero los soldados, con esa práctica que parece otor-

gar la "mili" para retorcer el pescuezo de las aves sin que puedan exhalar el postrer cacareo, festejaron con honor la victoria rotunda.

La casa colectiva nos dió albergue, y dormimos en Alcorisa, bajo la tierra roja que se alzaba en nuestras propias puertas y con el enemigo tan cerca y pegajoso que aquella mañana nos causaron catorce bajas en la plaza del pueblo. El general fué a su primer puesto de mando a pie; sólo tenía que subir una cuesta...

La primera conversión del frente.

Se habían cruzado ya el Estercuel y el Guadalopillo, arroyos magníficos para lavarse un poco la roña del avance. Los macizos parecían cortar el camino. El general tuvo su primer puesto en Alcorisa, a caballo de la carretera; el segundo, en el Collado, donde había que ir en automóvil; el tercero saltó a las eras de Más de las Matas.

Ibamos hacia el Sur. Las divisiones, a partir de este momento, sirven unas a otras de eje, de modo que mientras las que están en la ancha curva tienen que caminar hasta extenuarse, las otras casi descansan en el giro. De este modo habilísimo y desconcertante van pasándose los vértices extremos por los valles enjutos.

Los episodios se sucedían a compás del avance.

Al caer de una tarde me dijo mi jefe:

—Ven, tú; vamos solos a ver Más de las Matas.

Fuí con orgullo y júbilo. ¡Le agradecí tanto aquel paseo!

Cañoneaba el enemigo porque los vecinos no habían querido seguirles.

En la carretera, bajo las descargas del 12,40, que afinaban su tiro en busca del camino, conferenció con el general Camilo Alonso. Nunca me ha parecido más larga una conversación.

Había un grave peligro, que podía perturbar el avance. Teníamos a la izquierda el pantano de Santolea, lleno, con sus once millones de metros cúbicos, y si lo volaban, la vega se inundaría, imposibilitando el paso. Martín Alonso resolvió la papeleta corriéndose rápido sobre Castellote y llegando al pantano, donde sólo les había dado tiempo de destruir un puente y alguna compuerta. Cuatro horas bastaron para que el río alcanzara su nivel normal. Pudo cruzarse el Guadalope aguas arriba de su fusión con el Bergantes, y Aguaviva entraba en nuestra faltriguera. Estábamos ya en pleno macizo, en la entraña del Maestrazgo, en las alturas mayores, en un desierto de pinos raquíticos crecidos entre piedras.

Mirábamos una montaña de nuestra izquierda con asco: era la Ginebrosa, que entraba en nuestras líneas como una espina roja. No podía darse un paso más sin lograrla, y Galera y sus moros se aprestaron a subirla. Estas fuerzas, bien mandadas, lucharon de árbol en árbol con un enemigo que sabía bien las ventajas de su posición. Otra división fué por los Rases a Zorita del Maestrazgo, mientras caían la Cerollera y la Lobatera. El frente se ensanchaba de una forma enorme. Estirábanse las divisiones hasta el límite, y los macizos seguían.

La altura de la Lobatera nos permitió admirar un valle profundo, rico, cultivado con esmero, porque el enemigo lo consideraba retaguardia inconquistable. Allí se comenzó la segunda conversión del frente, para apuntar a la provincia de Castellón, ya pisada por los nuestros en Zorita.

Monroyo y La Pobleta, fortificados.

Se nos acababa Teruel. Monroyo, con sus tres muelas delante, era el límite. El enemigo lo había fortificado con maestría. Dos líneas de trincheras bordeaban la

ladera con nidos blindados y de cemento absolutamente invisibles. Caminos de mina iban de uno a otro, y detrás, en La Pobleta, otra línea esperaba. La carretera penetra entre riscos y es dominada en todos los momentos por las alturas. Pistas militares rojas entrecruzan la montaña.

—Con un batallón nuestro se para ahí todo un Ejército.

—Pues hay que estar esta tarde.

Y estuvimos.

La concentración artillera y los bombardeos de aviación alisaron el camino. Un día claro y calmo permitió que el humo de las explosiones flotara largamente; durante media hora se ocultó el horizonte de nuestra vista. Chiva de Morella y Morella capitulaban, llegándose hasta la Vega del Moll.

Morella es la segunda "gran ciudad" que conquistamos en tantos días. Ver un pueblo era para nosotros un acontecimiento inaudito. Y éste, más. Tenía la leyenda de sus murallas, la belleza de sus pinas calles, su apariencia de nido de azor colgado a la sombra de un castillo histórico. Está a 1.224 metros sobre el nivel del mar, y su gente fué siempre nuestra.

La entrada en el pueblo tuvo enorme emoción. Nadie había en las calles, intactas. Los soldados le rodearon, sin entrar en él más que los necesarios, y mientras fuera continuaba la lucha, las gentes, atemorizadas, permanecían ocultas. Al día siguiente comenzó la vida interrumpida y empezaron a bautizarse chiquillos. La iglesia estaba convertida en mercado...

Un día después se inicia la tercera conversión de frente, dibujando en el suelo de la Patria, con los clavos de los zapatonos gallegos, un perfecto sifón. Tenemos que apuntar aún nombres de vértices y sierras y cotas sobre el mil. La Palosa, Santa Agueda y el Chert. A la izquierda, el macizo de Vallibona, saltado, y ya, la carretera de Castellón. Estamos a 13 de abril; hace más

de un mes que arrancamos de Cosa, y en este tiempo hemos logrado ver el mar desde el Turmell, en medio de los vítores del soldado.

Uno levanta la nariz, huele ansioso y grita:

—¡Vento mareiro!

Un puesto de mando en terreno enemigo.

Muchas veces, cuando la cena nos reúne y se comentan los acontecimientos del día, hay siempre uno que dice:

—El general es tremendo.

Ayer cada cual tuvo su misión, y quiero reproducir aquí la conversación que se sostuvo.

El comedor es minúsculo: la habitación limpia de la casa del alcalde rojo, construída en el período del Frente Popular. El ordenanza pasa las fuentes con trabajo. La comida, cartuja, sana. El pan, fabricado por la Intendencia. Un vino rojo y fuerte que se cría en las areniscas vecinas.

En la mesa, el jefe de Estado Mayor, los ayudantes, la Casa del general, los hombres de su servicio inmediato.

La operación fué magnífica. Se había cortado ya la carretera de Castellón en el cruce de San Mateo y dejado al enemigo sólo la que va por la costa, para que cada miliciano escoja en horas la zona roja en la que quiere quedarse aislado. Fué un día movido y peligroso. El cansancio y el sueño hicieron rápida la comida. Después, la charla despabiló un poco a los comensales. Y surgió el comentario:

—El general es tremendo.

—Lo de hoy supera todos los episodios.

Y como si no lo hubiera visto más que uno, el teniente coronel afirmó:

—Como que hoy ha tenido el puesto de mando en tierra del enemigo.

—A mí me dejó en el santuario de Vallibona las primeras horas. ¡Qué lástima! Era un lugar de mucho sabor. Lo han destruído. A las nueve entró la aviación roja, y tuvimos que buscar abrigo. No hicieron nada. Los antiaéreos estuvieron bien.

—¿Visteis el almendro donde hemos comido? Un trozo de metralla saltó hasta el sitio donde estaba sentado. Vió cómo rectificaba el tiro, buscando las baterías, y nos corrimos a la izquierda.

—El ha tomado la masía de Clapisa. Tuve que acercarme sin que me viera a ver quién había allí. Siete familias. Y me vió...

—Pero lo grande es lo que ocurrió después.

—¿Cuando rebasamos Chert?

—Sí.

—Dijo: "Vamos a adelantarnos a ver el pueblo." Y fuimos. Allí no quiso parar...

—¿Sabe usted, mi teniente coronel, que es un pueblo ateo?

—No.

—Pues me han dicho que desde mucho antes del Movimiento sólo iban a misa las mujeres de los dos médicos.

—Y hay chicas muy guapas.

—Bueno, pues me dijo: "Ya se podrá ir a la Venta de la Serafina." A mí no me importaba nada la Serafina, pero ¡qué remedio! Dejamos el coche y fuimos. A la derecha hay un olivar espeso, y unos metros delante estaban los carros. Pregunté a un oficial si podríamos subir a un mogote que había cerca. "Como subir—contestó—, creo que sí; pero es rojo todavía." "¿Y aquel?" "También." El muchacho añadió: "Este no es sitio para el general." Pero el general estaba muy entretenido mirando el terreno. Entonces oímos ese arrastrar de las cadenas de los carros: era uno rojo, que se iba por en-

tre los árboles sin que pudiéramos verle. ¡Qué demonio!

Luego el comentario se desvió hacia la riada de hombres que en cuatro horas cruzaron hasta la primera línea para desbordar al enemigo. La conciencia de la superioridad alegraba la conversación.

El día 14, Jueves Santo, sin que el enemigo hiciera gran resistencia, se tomaron La Jana, Traiguera, San Jorge, Canet lo Roig, Cervera del Maestre, Calig y ¡San Mateo!

¡El mar!

La mañana del 15 desembocamos en el valle. Apenas se levantan delante unas ondulaciones. Todo el terreno es de olivos, almendros y viñas. El aire, acariciante, con ese punto sensual de la brisa marinera. A nuestra izquierda, el río seco de Benicarló, de pedregoso lecho, que varias veces atraviesa la carretera sin ayuda de puentes.

Las columnas van rapidísimas en estos últimos kilómetros.

Una división ha enfilado la izquierda hacia Tortosa, otra descongestiona Forcall y la tercera se mete hacia la costa. Es una avalancha incontenible.

Hace unas horas, el general Alonso Vega pedía:

—Dame camiones, y esta noche entro en Vinaroz.

—Calma. Mañana.

Y ya estamos en la fecha histórica. La aviación roja intenta bombardear Calig, pero los antiaéreos van al mismo paso y los ahuyentan. Son las dos y diez de la tarde.

Un enlace dice:

—Se ha cortado la carretera por el kilómetro 87,500, y el ferrocarril, por el 156.

¡Ya no tienen salida! La zona roja ha quedado partida en dos, y una parte, la más extensa, queda sin Go-

bierno. Negrín y Companys están embotellados en Barcelona.

Y a las cuatro menos cuarto entramos en Vinaroz. Como alucinados, borrachos de entusiasmo, ciegos de luz, todos nos acercamos a la playa. Han sido muchos días de pensar en este momento, demasiadas fatigas por él. Los soldados humedecen sus frentes en el agua eternamente azul.

La zona se extiende en una línea de veinte kilómetros al caer Benicarló. Dentro quedan tanques, material, prisioneros...

Hemos llegado. El Cuerpo de Ejército de Galicia, que arrancó de las tierras aragonesas por el peor camino, ha roto la unidad geográfica del enemigo. Y se deja caer en las arenas doradas de la playa para dormir su enorme cansancio.

Se
raba

Y
a la p
volvía
aire.
y esp
mos a
mars
guna
de pa
asom
que I
le oír
con s
pante
como
reco
ben
C
suyo
vieja
hilac
trell
part
crud
E

El héroe humilde

Se acercaba al Cuartel General los sábados y esperaba en pie, sin decir nada.

—¿Qué hay, padre?

—A sus órdenes. Ya me dirán dónde rezo la misa.

Y al dar las siete de la mañana dominguera subía a la posición con su pequeño altar portátil, que desenvolvía con amor y armaba pacienzudo, en lucha con el aire. Después se revestía con la casulla morada y única y esperaba otra vez, silencioso, hasta que nos colocábamos a su alrededor. En este momento parecía transformarse. Era un hombre tímido, muy joven, nacido en alguna aldea gallega olvidada en el más agradable rincón, de padres campesinos. El mundo aparecía ante sus ojos asombrados como algo terrible que había que pasar porque Dios lo quiso. No pedía nada, no quería nada, nunca le oímos la menor queja. Muchas veces, al verle subir con su traza de pastor acomodado, las bandas de las pantorrillas flojas y cierto embarazo en la andadura, como si le extrañara caminar sin la traba de la sotana, recordaba yo a los discípulos del Pobrecillo, que no saben nada de la vida porque no quieren saberlo.

Como todos, había inventado su uniforme; pero el suyo era aún más humilde y extraño. Las manos de la vieja le haría ese jersey gris de áspera lana, sin duda hilada en el huso campesino; al lado izquierdo, la estrella de metal, cuyas puntas se enganchan en todas partes, un pantalón de soldado y las botazas de cuero crudo y sin grasa. No, no había nacido para estas cosas.

En el frente de Teruel tuvo que rezar varias veces

dentro de un abrigo blindado, mientras nosotros nos alargábamos por la trinchera sin verle ni oírle. Salía luego, nos deseaba un buen día, y lento, lento, regresaba.

El domingo pasado interrumpió el oficio para leer-nos una circular sobre Semana Santa. Su voz, segura en la misa, se quebraba al leer de cara a sus oyentes, como si le azorara un poco. Parecía perdirnos perdón a todos.

Estaba hecho para el pueblo, para la aldea. Su juventud se habría marchitado contenta en una rectoría pequeña, donde las ovejuelas no le plantearan más que pequeños problemas familiares. Era un discípulo de las florecillas, y no quería ser otra cosa.

Ya está en el cielo. Pasaba la semana en un puesto de socorro, sin exigir ninguna prerrogativa de oficial, como un soldado que tiene por misión consolar. Si le veíamos, se levantaba y decía adiós con suave sonrisa, hasta que la muerte la cuajó en sus labios.

Iba a su puesto. Bajaba la cuesta carretera que hace tantos lazos y por la que se deslizan los camiones como si fueran despeñados entre nubes de polvo. Entonces apareció la aviación enemiga. El no se dió cuenta. Sin duda, acostumbrado al triunfo de sus soldados, creyó que eran pájaros hermanos los que volaban. Ni levantaría la cabeza. No supo pensar que la muerte venía en aquellas alas porque ya le había elegido. Siguió andando. Los camiones aceleraron unos la marcha y otros se pararon al borde del camino. Se preguntaría el porqué de aquellas extrañas maniobras y siguió adelante, diciéndose que la guerra hace que los hombres no se muestren con esa serenidad que suelen tener. El ruido de la escuadra roja aumentaba. "¡Pobres equivocados!", pensó al recordar a sus enemigos, que iban a recibir la metralla. Hacía buen sol. Calentaba el día, y era grato el paseo. "Cuando todo esto se acabe y pueda volver a la aldea daré paseos así, pero entre los verdes mag-

níficos de mis prados." El ruido era mayor. Los aviones blancos que llevan debajo de las alas círculos de sangre estaban ya sobre la vertical, habían dejado caer sus proyectiles. Pero él ni lo sabía ni lo podía esperar. Era quizá la única figura erguida y lenta que adornaba el paisaje. Los otros, todos estaban en el suelo, estrujándose contra la madre tierra para hacer menos visible la carne. Cada arruga del terreno guardaba un hombre, cada piedra ocultaba una cabeza que pensaba a enorme velocidad. En un abrigo donde apenas caben dos se estrechaban diez en posiciones absurdas. Un enorme silencio envolvía el lugar, antes tan ruidoso, El seguía mientras la bomba bajaba. El silbido de caída quizá no lo escuchara tampoco, y de pronto comprendió y quizá se preguntara: "¿Por qué han tirado?" Luego ya no era nada. Se oye el estampido terrible al iniciarse; la nube de humo y el final del estruendo no puede escucharse, porque ya no se tienen oídos.

Su carne rebotó, lanzada por la honda. Quedó allí.

Nuestro pobre curita se ha ido con el mismo silencio con que vivió.

Era tan humilde, que apenas nadie sabía su nombre. Le llamábamos padre, y él decía: "¡A sus órdenes!", aunque nos igualara el grado militar. He tenido que preguntar en varios sitios cómo se llamaba. Y al fin un soldado me lo ha dicho. Pero él mismo tuvo que hacer memoria.

En un cementerio minúsculo, como el de su aldea, reposa. Rodéanle tierras secas, en las que todos los años florecerán los almendros entre olivos. La piedad ha escrito el nombre que llevó en la tierra, Jesús, y una fecha. Quizá no pedía más su mocedad.

Y la vida sigue para los demás.

Nos hemos “infiltrado” en Peñíscola

El día que llegamos al mar decían los rojos que habíamos logrado “infiltrarnos” en Vinaroz y tocado la playa. Esta palabreja, tan sobada en los partes oficiales enemigos, suele encubrir con demasiada frecuencia las derrotas que sufren, y como no queremos doblarles el brazo en la parte literaria de la guerra, diremos hoy, muy serios, que nos hemos “infiltrado” en Peñíscola, una veintena de kilómetros al sur de Benicarló, que respira a su gusto sin que le llegue la metralla; hemos logrado otra “infiltración” en Santa Magdalena. Estas “infiltraciones”, como quieren verlas ellos, son, al parecer, por unas pequeñas patrullas audaces que entran sin que se les advierta hasta donde quieren y se están por allí, posiblemente despistando al enemigo, que o no las ve o no quiere verlas.

La verdad es que en las tierras bajas de la costa se ha producido una inundación de fuerzas que en horas ocupó todo el terreno y van poco a poco desparramándose, ensanchado su zona de influencia, desbordando por el Norte y por el Sur dos provincias y haciéndose dueñas de pueblos, valles y las pequeñas alturas que se asoman al mar.

La maniobra tiene todo su encanto en la habilidad con que se realiza. Es un juego artístico que prende la atención y apasiona. Ayer teníamos gran resistencia en el ala izquierda, apoyándose ellos en el agua. Se maniobró, se les fué empujando lo necesario, y cuando ya no

tenían otra salida que un submarino, llegó la noche. La mañana amanece con todo aquello vacío, y parecía que iban a resistir por el punto contrario precisamente, en el que se inició el juego de maniobra y avance hasta que se pasó con poco esfuerzo. Parece que un hombre juega con un chiquillo tozudo, y así, la guerra se ha transformado en una persecución y acoso que cada día distancia más los dos frentes de la zona partida.

Peñíscola es ya nacional; el promontorio encastillado que guarda viejos recuerdos de nuestra historia ha sido rebasado, y los soldados recorren la zona que desde su vértice se domina, limpiándola de enemigos y recogiendo el material que han dejado por allí. En Benicarló se han apagado los fuegos, y hoy hemos vuelto a la tierra, al sitio que la sierrecilla domina, tapándonos el Mediterráneo, para continuar la marcha.

Un día tranquilo, sin esfuerzos y con poco fuego; tan poco, que ni por el aire han venido, como hicieron las últimas horas.

Cuando el enemigo quiere combatir y cede a la fuerza el terreno que pisa

El día que llegamos al mar y vimos a nuestros soldados llenar sus cantimploras de agua salobre, hundidas las botas en las suaves espumas, que parecían acariciarles, pensamos que la guerra estaba en trance de liquidación y sólo unas horas nos separaban de la paz. Aisladas las dos zonas, en una el número máximo de hombres y en la otra de material, el enemigo quedaba sin recursos para su enlace, y aunque esperara que Francia les hiciera llegar cañones y proyectiles a Cataluña, y quizá introducir por algún puerto lo que pudiera para abastecer el Sur, aquello era ya la derrota definitiva.

Así es. "Lo inevitable—nos decía hoy un jefe—tiene que ocurrir, y sólo hay que esperar a que ocurra. Puede retrasarse todo lo que quieran, pero el retraso, para nosotros, no supone gran cosa."

Al reanudar hoy el avance pensamos en el poder de captación de los que dirigen la España comunista y la fuerza del terror que imponen a esas masas de combatientes y forzados del pico y la pala que cavan unos hasta extenuarse y mueren los otros sin que puedan hacer otra cosa, pretendiendo oponerse a la caída de todo un tinglado bamboleante.

Teníamos hoy en frente un valle recortado en la lejanía por las ondulaciones serranas y como encallejo-

nado entre pequeñas alturas. Enfrente de nuestra posición, una multitud de "cenias" minúsculas y blancas espolvoreaban el terreno, que así, a distancia, parecía en la madrugada campo poblado en el que de un momento a otro comenzarían a humear las pequeñas chimeneas. Pero ellos habían limpiado de habitantes todo el valle, y en algunas se agazapaban los puestos de observación tan cerca, que el menor movimiento nuestro era suficientemente observado. Sus cañones, a lo largo de la carretera o en las caídas del monte, disparaban con movilidad, y detrás de la triple línea de trincheras, los infantes dormitaban. Prometía el día claridades que hasta ahora no tuvimos, y su nacimiento era dulce por la proximidad del mar, aunque estábamos ya un poco tierra adentro. Y al fondo, un pueblecillo que ya no es como los costeros, blanco y azul.

La carretera, al destacarse, atrajo nuestra atención. Por ella iban y volvían los automóviles rojos rápidamente, como si quisieran adelantar en lo posible sus paseos finales, y luego, un tanque quedó allí, inmóvil para siempre.

La preparación artillera se condensaba en los puntos elegidos con enorme intensidad. Bien conocen ellos lo que esto quiere decir. Claro que no es posible separar el sonido, y se llega a un punto en el que se mide la respuesta enemiga por la cercanía de las explosiones; pero en nuestro campo, al llevarse la iniciativa el tiro se afina, como si se tratara de algo con delicadezas femeniles. Luego, la aviación cadenea para apoyar el avance, y el frente queda forzado una vez más, rompiéndose la línea meticulosamente preparada. Por la grieta se desliza la infantería y los hombres colócanse en los puntos esenciales del terreno para tener una mayor comodidad en las futuras sombras. A esto se reduce una ruptura de frente cuando el enemigo quiere combatir y cede a la fuerza el terreno que pisa. Luego, en días que vienen, como ya no encuentra punto de sólido apoyo y

como no quiere emplazar sus baterías en el campo, sino a la vera del camino, para levantarlas con prisa, el caso es más rápido y cómodo.

Al mediar la tarde, la carretera, el codo que tenemos ante nosotros, se envuelve en humo con la voladura de un puente. Ya los bombarderos han entrado, y los "angelitos", tan finos y ligeros, llegan hasta la hondura del campo enemigo.

Hemos clavado de nuevo nuestra flecha en la futura ruta. Tan certeramente y con serena audacia, que aún tenemos a nuestra derecha el enemigo a idéntica distancia. Ellos, como nosotros, contemplan el avance nacional y ven cómo los minutos les crean difícil situación. Desde sus observatorios siguen la marcha de los nuestros, fuera de sus tiros hacia su retaguardia, y como si se mordiesen los puños, hacen fuego hacia adelante. Sentimos el desgarrón del proyectil venir desde lejos; parece que le seguimos con la vista en su vuelo invisible, y esperamos verle rebotar en las piedras o romperse en la tierra con curiosidad casi infantil. Hasta que comienza a caer menüdo granizo y buscamos un lugar donde guardarnos. Poco a poco, la madrugada pesa en los párpados y el sueño nos lleva. El día ha sido como tenía que ser, y nos decimos que hemos comenzado a caminar hacia la ciudad prometida.

Dos ejércitos bajo signos morales muy distintos

Algunas veces, todos los que estamos en la guerra y escribimos sobre ella somos testigos de hechos y cosas que diferencian el modo de ser de cada Ejército combatiente y ponen de relieve—relieve de sangre—la diferencia, el signo moral que ellos y nosotros tenemos por norma. Los rojos, derrochadores de carne joven, destrozan conscientemente sus unidades, enviándolas sin la más leve precaución a la muerte.

Si alguno de los nuestros, por azar de la guerra, por error o causa del peligroso servicio a él encomendado, cae en sus manos, es muerto con rapidez carnicera. No hace unas horas, en uno de estos embolsamientos de nuestro avance quedaron rojos sin otra salvación que las sombras nocturnas. Al hacer una aguada, uno de nuestros muchachos, que no llevaba armas, tropezó con el enemigo emboscado y solitario. Tuvo que luchar con él en la desigualdad del momento, y con una falange del índice rota y la cabeza herida por los golpes, el soldado regresó a su avanzada con el fusil enemigo al hombro. La fiera roja, acosada, le había atacado cuando sabía que era inútil todo para ella. El odio que los que llevan allí la dirección cultivan como una planta utilísima ha prendido.

Anoche, un alférez de Regulares, uno de estos que ponen todo su esfuerzo y orgullo en servir en las unidades más cercanas al peligro, al hacer un reconocimiento quedó aislado, y fué asesinado. El aislamiento

en el frente puede ser a veces a seis metros. Parece exagerado, pero es así. Seis metros en la noche y en el sector maldito es una distancia terrible. En ese espacio ocurre el drama, se agazapa el martirio, se estremece el final. Este hombre, que todavía estaba en el prólogo de su mocedad, fué cogido, martirizado y expoliado, y su cadáver nos fué entregado por las luces del amanecer.

Y hoy hemos sido nosotros los que encontramos a un rojo herido. Llevaba dos días en el campo, con un balazo que le inutilizaba para el camino y algunas contusiones en la frente. Curado en el puesto de socorro, los sanitarios le traían en la camilla cuando acertó a pasar por allí el general.

—¿Quién es?—preguntó.

—Un rojo.

El herido callaba. Sus ojos, tapados por la venda, no le dejaban ver. La traza era aseñoritada, fina.

—¿De dónde eres?

—¿De Madrid.

—¿De qué calle?

—Alonso Cano... Tengo sed.

—Casi fuimos vecinos. Dadle agua.

Le traen la botella de Mondáriz.

—Esto—comenta el herido—parece sidra.

—Para ti ha terminado la guerra. Anda con Dios. Al marcharse el general, le dice un camillero:

—¿Sabes quién era? El general Aranda.

—¡El coronel!

Y después de meditar un momento añade:

—Yo entré con él en Asturias el treinta y cuatro. Pertenecía al batallón ciclista.

—En cuatro años — comenta uno — has cerrado el circuito.

Por el monte adelante siguen cautelosos los camilleros, atentos al resbalón, sin que les perturbe otro cuidado que mantener firme y sin choque la camilla. Les

da igual llevar a un rojo o a un compañero. Portan a un hombre herido, y nada más.

Este, que estuvo en Campomanes, que redujo a los mineros de octubre porque lo impuso su destino, ha servido contra su antiguo coronel y a las órdenes de quienes combatió entonces. Y nosotros, nuestros soldados, al encontrarle desangrándose en el monte con el fusil al lado, lo recogen, le cuidan; el jefe que ha sabido derrotar a su unidad y visto caer los suyos le da su propia cantimplora, y para que todo tuviera una mayor emotividad, le sabía a sidra el agua.

La guerra se ha detenido estas últimas horas. La tempestad sólo nos borra el sol a nosotros, pero anega más allá. Los olivos nos guardan, y bajo ellos dormimos.

Los aviones rojos, tras la luz plateada de la luna

Hace varios días, impresionado por la belleza de la costa, por lo tibio del aire y la blancura de las casas minúsculas que espolvorean el campo de almendros y olivos, soñaba con la casita que la suerte me había deparado y bajo cuyas enredaderas me sentaba al atardecer para saborear la paz fortuita que me regalaba el destino. Tuve que irme al campo. El temporal, la guerra, el cuerpo quebrantado, me hicieron perder contacto, y ayer llegué de nuevo al pueblecillo costero donde me aguardaban las paredes amigas.

Hacía una noche tan pura, que nunca rieló la luna con mayor brillo. Y ¡Dios me valga!, mi pobre casita tuvo una congoja que le hizo verter todas sus lágrimas de cristal en un segundo.

Como espectáculo, no he visto nada más espléndido. Si hubiera sido capaz de expeler adjetivos, me habría quedado sin ninguno; pero no dió tiempo a tanto. Primero, el zumbido alto, bronco, amenazador; luego, la curiosidad de ver sin ver, y después, todo el retumbar de los antiaéreos, el brillo cohetero de las situaciones, flechas de luz que escudriñan el cielo hasta sus rincones infinitos.

El rojo no pudo hacer ya nada. Unas bombas cayeron sin reposo ni medida, y terminado en minutos relampagueantes el episodio, sólo las bajas de los cristales y algún marco de ventana.

Esta maravillosa vigilancia de las baterías, que perciben el ruido lejano y contemplan la llegada de la presa con el silencio de quien sabe el oficio de cazador, merece agradecimiento. A mí me recuerdan la caza pa-

ciente del arácnido. Como ellas, se estudian el terreno, los ángulos, las aristas. Se teje la tela que puede cruzar el fuego sin zonas muertas; como ellas, se aperciben los ojos de finura inconcebible, y como ellas, se espera que la mosca alegre entre en el círculo prohibido.

El enemigo no vuela de día si no hay muchas nubes. Quiere siempre un escudo que le resguarde del riesgo, y prefiere esa luz cenicienta que aunque a ellos no les permite ver, evita que les vean. Saben que así no pueden tener eficacia sus decisiones, pero creen que para cumplir una obligación pagada es bastante. Y ayer, que la noche era clara, se parapetaban precisamente detrás de esa luz plateada.

Sus artilleros buscan la proximidad del camino para emplazar las piezas; sus aviadores, la nube o la noche, y quedan los pobres milicianos entregados a su suerte con negruras de crespón.

Nuestras últimas horas de guerra han sido tranquilas. Sólo algún contraataque ha respaldado a la presión que les hacemos por el Norte, como si se desbordaran por Aranda al apretar Varela y Valiño. Un fenómeno casi físico y muy curioso. Nuestra línea, con los últimos avances de Castilla y la primera de Navarra, ha quedado en recta, firme, apta ya para lo que ordene el mando: seguir o parar.

Vamos desde la costa a las viejas posiciones del sur de Teruel. Buen lugar para permanecer o dar el salto. Ya el tiempo es seguro, cantan los grillos de día y se escucha el grito de cristal del sapo en las huertas. Pintan todos los frutales y quema el sol.

Si en enero, bajo el frío y las nieves, se dió la batalla del Alfambra, y los soldados, que dormían con la manta acarotonada por el hielo, hicieron lo que todos sabéis, figuraos ahora, en este aire tibio y dulce, con la victoria rotunda en el brillo de sus armas, lo que nos espera por la orilla del Mediterráneo, hacia el Norte o hacia el Sur.

El padre Comesaña, herido

En dos o tres momentos he hablado del padre Comesaña, deslizando tímido elogio, siempre pálido para lo que él merecía. Este buen cura, al que llamamos aquí todos el padre Comesaña, porque Comesaña es su parroquia, tiene tanta popularidad, que he recibido algunas cartas de lectores lejanos en las que me dicen con cierto mal humor que ése no es su nombre. Bien; don José Fernández Paradas le pusieron y se llama; pero si dais ése en el frente y en el Cuerpo de Ejército de Galicia, nadie os dará razón. Decid el padre Comesaña, y todos señalarán el camino.

Es aquel que en la mañana de la reconquista de Tervel, a las diez de la mañana, quiso decir una misa en la Catedral destruída para que la oyera el general Aranda. Era su traje el de un soldado, la barba larga afilaba el rostro pálido y polvoriento. Bajaba del Muletón, de Santa Bárbara, venía de Celadas, de la lucha y de la guerra. Con pulso firme puso en el altar mayor descarnado una cruz que yacía en el suelo, y entonces pensó que no tenía formas y no le era posible oficiar. Con fe salvó el momento.

En la soledad terrible del templo humeante y desvalijado, su voz recia se levantó cantando un "Te Deum" en el que él mismo se contestaba, porque estaba solo. Y luego dijo: "Vosotros, que sois la representación de la espiritualidad de España, llegáis a esta pobre casa de Dios, y El os recibe..." Los hombres inclinaron la cabeza, doblando la rodilla, y lo mismo que en los ojos del

sacerdote, brillaron lágrimas en los del general y los suyos.

Después siguió la guerra. El padre Comesaña, dulcemente, se negó a servir en lugares más tranquilos.

—He salido con mis asturianos, y con ellos volveré, si Dios es servido.

No portaba armas. No ha disparado seguramente ni un solo tiro; pero en las avanzadas se le conoce y ama. Su misión no es matar, aunque a él le disparen. Con su fe, con su caridad enternecedora al lado de los muchachos; les cuida bajo el fuego. Las manos pálidas y largas saben de todas las formas del horror en la carne joven. Vendan y bendicen. En los labios, la oración y el consuelo confundidos en las mismas palabras; allá va el padre Comesaña con sus asturianos de Tarna a Cati, paso a paso, dando los mismos que sus hombres, seco y erguido.

Ayer le hirieron. Tantos meses de rozar el peligro, tuvo al fin ese desgarrón que para él será un premio, porque no se lo hicieron a otro. Y hoy se pide para él la Medalla Militar, como reconocimiento de la Patria a sus sacrificios.

Sé bien que muchos hacen lo que él hacía y hará, pero es seguro que muy pocos lo hagan con mayor silencio y menos jactancia.

Veinte meses en guerra en primera línea siempre, en el campo, sin llegar a la ciudad como el pueblo no se ponga delante en el avance; veinte meses de andar por los caminos de la guerra, desde Oviedo al Mediterráneo, en este desgaste del peligro y el consuelo, que no deja horas para el descanso ni minutos para equilibrar los nervios supone un esfuerzo que muy pocos realizan.

Ayer los rojos atacaron como hace algunas noches acostumbran. En la hora lívida de la amanecida, dos o tres batallones se lanzan a tomar esta o aquella posición, sin lograrlo nunca. Caen los hombres del campo enemigo, dejando allí sus muertos; vuelven a sus líneas

quebrantados. Luego llueve y llueve, sin que pueda hacerse nada en serio. El avance queda detenido, y el día transcurre en el sufrimiento del temporal, y ayer, una bala roja tocó al padre Comesaña, que estaba al lado de sus muchachos alentándoles con su serenidad, hablándoles con ese recio espíritu suyo que se dobla en suavidades casi infantiles.

Cuando se tome otra capital le veremos adelantarse al altar de la Catedral con sus medallas en la pobre y sucia camisa prendidas, para decirnos algunas de sus palabras, con las que suplirá la misa que no le es posible rezar porque viene de la guerra, de la lucha, del campo...

La batalla en Cati, bajo una cortina de agua

Al entrar anoche las tropas en línea comenzó a llover. Luego el aire barrió las nubes, y hasta las tres de la tarde hemos tenido un día claro y sereno. A esa hora la cumbre de la Nevera se empenachó de blanco, y poco después todo el señorío del sol era este gris aplanador que dura ya demasiado. El agua quitó la necesaria visibilidad, y nos detuvo, empapándonos.

Las horas "sanas" se han aprovechado muy bien. Como el enemigo se obstinaba en acumular sus brigadas en los sectores costeros, se les ha atacado un poco tierra adentro, logrando batirlo, no sin esfuerzo, en las alturas de Cati. Nunca hemos hablado de Cati, porque la situación del pueblecito no era del todo agradable. Alargado allí enfrente en los días del avance al mar, quedaron los rojos en el tozal de la Nevera, áspero pico sin vegetación que dominaba el cordal de su sistema y el poblado. Parece cosa de cuento que se pudiera ir a Cati y suministrarlo regularmente. La carretera estaba batida en todo momento, pero los nuestros cruzaban por ella a pie y en automóvil, sin que la desgracia se asomara al barro. Todo el valle y las cotas fronterizas eran nacionales, y en la falda del tozal todavía quedaban algunas masías rebeldes. A la derecha de la Nevera está la cota 1.161, y a la izquierda, la 1.200; detrás, la Muela de Ares, para nosotros invisible.

A las cinco de la mañana los primeros cañonazos so-

liviantan a las gentes de Cati. Una vecindona se asoma a la puerta y otea el lugar de donde parten los disparos. Algunos hombres permanecen quietos, expectantes. Los movimientos se han hecho con tal cautela, que son ellos los primeros sorprendidos en el toque de atención.

Los disparos van sobre un bosquecillo que verdea en la ladera. Vemos allí algunas trincheras y se percibe la ametralladora, que despierta. Toda la silueta del monte destácase bajo el sol y la luna, que se encuentran en su ruta.

Como tantas veces, la batalla se desarrolla con todos sus incidentes conocidos, pero esta vez somos testigos de un episodio que es quizá uno de los más emocionantes y bellos que he podido contemplar.

Sobre los verdes del sembrado, escalonada para que la tierra no se vaya con el agua, sube suave la pendiente hasta el cerro de los Arbolitos, que es como el último sistema de una sierra cordial. Allí comienza la escarpa cortes verticales pedregosos y ariscos, monte de cabra fácil para la defensa. En la zona que pudiéramos llamar civilizada se levantan, separadas y lejanas, algunas casitas. La que está sobre todas en la distancia es roja. Es una casa deslumbrante de blancura, menuda y hasta coqueta, con alguna construcción adosada; tapias cierran su círculo y guardan almendros. Ha estado silenciosa mientras los nuestros se destacan en lo alto y avanzan con la bandera ondeante; pero ahora, al llegar a sus cercanías, los que allí estaban adivinan imposible la salida, y vemos cómo de la estrecha ventana de su pared norteña surge el fogonazo, primero aislado y después continuo, de un fusil ametrallador. No se ve a nadie. Las finas siluetas de los soldados han desaparecido también, y en el fragor de la lucha hay como una pausa alrededor de la masía enemiga.

Creemos que se la rodea y aísla, con esa cautela del que conoce el peligro; pero pronto la ventana se anima en disparos, y del campo se contesta con rapidez que

parece dar agilidad a la bala. La respuesta es por momentos más ligera, y puede percibirse el tiro casi vertical desde lo alto; entonces el lienzo blanco se llena de luces que saltan como bengalas de muerte. Salpica dentro de la cerca la metralla, levantando nubecillas, y las bombas de mano lanzadas contra los huecos se estrellan en la cal, desconchándola. Algunas deben entrar, porque el número de explosiones es grande y sólo podemos contar once lamparones grises en la cal antes intacta. Después la casa queda en silencio. Dos siluetas surgen y avanzan. La tensión del espectador acompaña el paso con la misma vigilancia que lo harán los hermanos de lucha, con los músculos contraídos y prontos al esfuerzo. Pero salen y continúan, mientras más abajo un batallón se corre, hilándose, y seis o siete cañonazos enemigos pretenden dispersarlo.

Arriba se ha llegado al centro del cordal de la Nevada y se lucha en el lado opuesto, que no podemos ver. El enemigo sube hasta el vértice y desaparece de nuestra vista tragado por los abrigos; van a reforzar, sin duda, la posición última, mientras el Mizzian avanza a la izquierda de Cati, maniobrándoles hábilmente. En esta hora, la cumbre se borra. Hilachas de nubes descienden, escudriñando las oquedades roqueñas, y como por el mar hay sol y nuestros aviones se han marchado, entran los suyos, volcando rápidamente a nuestros pies toda la carga. La nube de polvo nos envuelve con igual intensidad que la sorpresa, porque no supimos que eran enemigos hasta escuchar el silbido estremecedor. Van en lo azul, y estamos cubiertos de pelotones de negro. Traidoramente entraron y rápidos se van. La metralla ha caído en un sitio donde no había nadie, pero antes estuvieron en Alcalá, y allí han hecho, aunque poco, algún daño. Nuestros cazas les derribaron un "rata" sobre las líneas de España.

La operación sigue bajo el agua. Vemos desgarrarse la sombra cenicienta por el resplandor de nuestros fo-

gonazos, pero ya no se advierte la columna de humo de la explosión. Todo el frente es como un masote igual poblado de ruidos.

Hemos comenzado la marcha de nuevo, y por donde ellos no esperaban. Desaparece este espolón rojo que mordía tierra nacional.

Necesitábamos dos pueblos, y las tropas los ocuparon rápidamente

Y siguió la lluvia. Entonces hicimos lo que hacen todos los españoles de la España nacional: cenar, y luego, muy de prisa, nos metimos entre lienzos. En nuestra tienda, de seis metros, cuatro hombres buscan el sosiego de la noche con mejor humor que comodidades; pero tienen las suficientes para no enviadir a nadie de los que por deber o impulso se quedan lejos de los pueblos en estas horas de sacrificio.

El agua repiqueteaba en el lienzo, y su monótono ritmo nos acompañó en el silencio, silencio del campo, tan lleno de ruidos y apagados rumores. No cantaba ese cuquillo que nos da todos los minutos de las sombras, y grillos y sapos callaban. Sobre la una, en la lejana cercanía saltaron todos los fuegos del infierno. Parecía que el enemigo se disponía a atacar, como otras noches, pero el quebranto y cansancio de la batalla lógicamente dementían la suposición. Cada vez era mayor la algarabía guerrera, y alguno se levantó para preguntar. Nada; tiraban intensamente, sí, pero sin eficacia, algunas bombas de mano y morterazos, que no caían en nuestras líneas y sólo servían para quitar el sueño. Ya un viento rápido barría todo. La lumbre, que se dejó encendida, saltaba en mil chispas, agotándose rápidamente. La sombra del centinela buscaba apoyo en un árbol. A dormir de nuevo. De pronto se vino abajo nuestro techo. Un soplido más violento, la racha que pone en pe-

ligro el falucho que costea, había cogido nuestra tienda y, destrozando sus palos, la volcaba encima.

El viento era ya un alarido de todos los olivos. Debía arrancar ramas y troncos. La lona que nos azotaba era el mismo tiempo nuestra cubierta. ¿Levantarse? Imposible. Entre el revuelo de tela, que parecía inmenso, los cuatro hombres reaccionaban de dictinta manera, pero continuaban. A la broma del uno contestaba el lamento de otro. Y la noche siguió, con su ulular de sábado brujo, oyéndose todos esos lamentos que quien supo y pudo recogió en el pentagrama para llevar a un público cómodo y melógeno la música infinita del bosque tembloroso.

Al salir el sol continuaba intensamente el vendaval. En el monte, en la altura, los hombres apenas podían ponerse de pie. El general Alonso Vega nos dice al paso que fué lanzado como si una fuerza irresistible le empujara. ¿Es posible combatir así? No es posible, pero es necesario.

Se ha desplegado ya. Es otro punto el que va a atacarse con una movilidad y rapidez desconcertadora. El enemigo, que ha estado largos días en un machaqueo constante del sector marino y se vió lanzado de sus posiciones tierra adentro en las alturas de Cati, va a saber hoy en otro lugar cómo es la fosca cara de la guerra. Retrocedemos por la vieja carretera que trajimos hasta Vinaroz. Volvemos a pasar por aquellos lugares, donde episodios duros nos parecen tan lejanos que apenas se recuerdan y vemos todavía de lejos el viejo castillo de Morella, la capital del Maestrazgo cerril. Delante, todos los montes que nuestro claro optimismo creyó lejos para siempre.

Deben los rojos vivir en un desconcierto parecido al que siguió a la liberación de Teruel. En el largo frente que se hila en muchos kilómetros, ellos, incapaces de profundizar, estiran sus unidades, reforzando los puntos que consideran mejores para nuestro modo de gue-

rrrear. Y cuando ya todo parece dispuesto y se aprestan a esa dura defensa que es su consigna única y su única habilidad, el ataque se produce por otro lado y se hunde la línea en los kilómetros que dan de sí el día.

Teníamos delante de nuestra codicia, en medio de las alturas, dos pueblos necesarios, y nuestras tropas fueron por ellos rápidamente. En la mañana, y resguardados del viento por las alturas, que forman una barrera, no dejándole llegar allí con la violencia de más abajo, mientras una brigada toma la cota 1.207 y Villanueva del Cid, otra ocupa El Cabezo y Castellfort y la ermita de San Pedro, uniéndose las dos fuerzas en una línea firme.

Estamos casi a la espalda del lugar donde ayer se avanzó, y con esta operación se aclara lo suficiente el paso de los que van por el Tozal de la Nevera.

Es la ruta hacia el Sur, diáfano camino de la capital, y por el momento recta a Alcalá de Chisvert; nuestro apoyo es la costa.

Buen avance para las pocas horas que se han tenido para operar, y casi un milagro si se tiene en cuenta el tiempo que hace. Doblada la primera quincena de mayo, en estas tierras nunca ocurrió otro tanto.

"Los más viejos del país no lo recuerdan..."

Hemos liberado la carretera de Cati y queda inútil para los rojos la de Albocacer

El balneario de Benasal está situado en la ladera de la sierra cuya cúspide señorea la ermita de San Cristóbal. Al entrar en él se percibe claramente que ha sido un hospital rojo y cómo los rojos, ni aun en estos sitios, donde toda blancura tiene su asiento, son capaces de limpieza; los restos de inmundicias, de ropas mugrientas y ensangrentadas detienen al soldado en la puerta, más temerosos de llegar a los catres que de la batalla que pudiera llevarlos a ellos. La propaganda enemiga cruza por todas las paredes; carteles, tiras, letreros pintados con carbón recuerdan mil veces dónde van y dónde quieren ir los dirigentes de la España roja. Situado aún casi en la línea de fuego, los aviones enemigos han volado sobre el pobre sanatorio triturado en gran número y en remedo de las cadenas nacionales, que tanto efecto causan en las líneas rojas. Alguno de estos aparatos se ha descolgado hasta unos seiscientos metros, pero los antiaéreos los dibujaron rápidamente, y los treinta pájaros enemigos deshicieron sus formaciones y se diluyeron en la lejanía sin causarnos el más leve daño.

Al mirar hoy el mapa después de la jornada y contemplar la línea de arranque de la que salimos hará unos cinco días advertimos que nuestro avance ha invertido el frente, de modo que lo que era un arco hacia

la España nacional es hoy un espolón sobre las tierras aún no liberadas. Nos descolgamos desde las alturas cercanas a Morella, tropezando con cortes verticales de difícilísimo paso abiertos en la piedra como si la pared hubiera sido labrada por el hombre. Estos barrancos, que no era posible tomar más que maniobrándolos, podían fácilmente ser defendidos, y el enemigo lo ha intentado tenazmente. Lo maravilloso es haber logrado pasar rápidamente y no tener más que las bajas normales de un día de operación afortunado. Hoy, al lograrse Villar de Canes y Torre de Embesora, minúsculos pueblecitos que son apenas un conjunto de casas abandonadas en lo agreste, se ha liberado en absoluto la carretera de Cati, y ya es posible caminar por ella con soltura, ahorrándonos, para ir a la línea de fuego, la enorme vuelta de la capital del Maestrazgo, con sus trozos de camino de cabras, y queda batida e inútil para los rojos la carretera de Albocacer y pueblo de este nombre.

Toda la Sierra de San Cristóbal está ya en nuestro poder, y las distintas divisiones del Cuerpo de Ejército han tomado contacto durante la tarde, construyendo la firme línea cuyos límites entran y apuntan al mar desde los montes, como hace un par de meses apuntaron también al iniciarse el descenso al Mediterráneo.

Bombardeo nocturno en la costa

Estas noches tan claras son propicias para el vuelo. En cuanto la luna comienza a crecer miramos la sombra con recelo y advertimos cada grado de luz como si en él nos fuera la vida. Hemos sido testigos del maravilloso espectáculo, y quizá por primera vez puede contarse el bombardeo aéreo de la aviación sobre un objetivo militar enemigo casi como si estuviera debajo de los aparatos.

El ruido peculiar característico nos hizo salir de la casa que nos sirve de albergue. Runruneaban los motores, y su ruido denunciaba algo más de una escuadrilla que iba veloz y temible. Ya han pasado, pensamos, con la costumbre de advertirles en la vertical. Pero aguardamos. Hay tanta luz en la noche, que los aparatos son invisibles. Sus tonos grises y plateados se confunden con el cielo, sin que el ojo humano pueda llegar a dibujarlos. Tiene uno que guiarse por el instinto y el ruido, y éste nos llegaba un poco apagado por el rumor infatigable del mar rompiéndose en la costa.

Pronto los haces de luz rayaron el cielo. Son como espadas de arcángel, y semejan que su nacimiento viene de arriba, hasta fijarse en un punto de nuestra costa habitable. Rectos, veloces, escrutan, y al fin todos convergen en el lugar en el que brillan unas motitas metálicas y huidizas. Luego se apagan, dejándonos de nuevo bajo la luz de la luna, cegadora y brillante. No se les ha hecho fuego, y eso es buena señal. Pero más acá, lejos, reflejándose en el agua como luces verbeneras, comienzan a brotar las bengalas rojas de las trazadoras,

que se elevan, ondulándose a veces, cerrándose en círculo para dar breve luz a los que espían desde abajo. El rumor de los motores se ha disuelto en la noche; chispean ahora las explosiones breves del antiaéreo, y esa luz marca la ruta de nuestras alas. Estamos en un lugar en el que la costa hace un arco y todo brota de la línea confusa de la tierra y el mar como un milagro pirotécnico.

Ya nos trae el aire el trueno del cañón. El repique-teo de los revólveres antiaéreos se escucha con claridad segundos después del cohete anunciador. Y luego, el trocito de costa se incendia con llamaradas inmensas. La onda explosiva no encuentra obstáculo en su camino de aire y agua y conmueve nuestra casa hasta sus cimientos, golpeando las paredes desnudas ese fantasma con un objeto duro y elástico que no existe, que va en los átomos. La misma playa parece conmoverse ante la indiferencia del agua, que espumea. Veinte minutos dura el bombardeo de aquel trozo costero, donde ellos han acumulado algo que ha llamado la atención de nuestro mando. Y luego, cuando ya se ha perdido el rumor de los motores, vuelve otra vez, pero ahora sí le tiran nuestras baterías. Cerrados los pasos, van hacia el monte, y el campo recibe la carga roja.

En tierra, a nuestro norte, ha continuado el avance con pleno éxito. Un núcleo carretero, nudo central de caminos, ha sido alcanzado, y la operación, que ha tenido gran importancia para el desarrollo de la ofensiva, limpia nuestro flanco y facilita el porvenir. Rebasado Mora de Rubielos, adelantándose sobre Albentosa en su norte y sur y envuelto el collado de Barracas, se estrangula enorme bolsa, y esa zona, con todo lo que tiene dentro, queda en absoluto dominada.

Y hasta la luna va en menguante, para que durmamos mejor, si los mosquitos tienen menos hambre.

Un problema que ha quedado resuelto con maravillosa rapidez

Quizá una de las cosas que más han impresionado al grupo de escritores extranjeros que tuvimos que acompañar esta mañana por el sector de Tortosa, donde el enemigo cruzó en la forma que diré el Ebro, ha sido la rapidez con que se ha resuelto un problema que, como todos los de la guerra, se presenta de improviso y con caracteres difíciles, y el modo casi relampagueante de trasladar los hombres que sobraban en un sitio por si hacían falta en el otro, a través de un enorme número de kilómetros por los caminos de la guerra, que no suelen ser pistas de alquitrán. No olvidemos que se trata de un general de Estado Mayor hecho en la guerra y para la guerra, y que a sus condiciones de soldado une estas imprescindibles de organizador. Luego, los comentarios de estos señores iban hacia la tranquilidad de un frente que suponían en absoluto nervosismo y en el que no sólo no se escuchaba un tiro, sino que parecía abandonado, y es que cada hombre estaba en su sitio, cada servicio en su lugar, y cuando todo está ordenado y lubricado, no se ve más que los soldados que cumplen con su deber a unos metros del visitante. Esta calma del frente nos permitió acercarnos hasta los dos sitios donde los cañaverales tienen aún la huella del paso rojo. Uno al sur y otro al norte de Tortosa. Las brigadas que al amparo de la noche cruzaron ya no existen. Parece que la división 55 enemiga, en la que forma una brigada internacional que ahora tiene el número 14 y ha os-

tentado diversos nombres famosos del anarquismo, compuesta en su mayor parte de franceses, había hecho dos puentes de tanques vacíos de gasolina, que deslizó en las curvas naturales del río, en busca del remanso. Por allí pasaron casi dos brigadas, y cuando nuestros aviones dejaron caer con pleno acierto las bombas, ambos puentes quedaron destruídos y estos hombres absolutamente aislados. Ahora, quinientos prisioneros van hacia nuestra retaguardia, y los demás pudren bajo el sol en las orillas y en el fango del Ebro. Ambos puntos de cruce, a unos tres kilómetros al sur y al norte de Tortosa, están limpios, y al otro lado del río vemos en los viejos sitios las banderas de la F. A. I. que soñaban con elevarse en la orilla opuesta.

No es necesario esfuerzo alguno para ver las posiciones y los hombres, y quizá un poco confiadamente, pero con absoluta razón, en el propio automóvil que nos ha llevado por la pista que se extiende entre masías en trabajo, alcanzamos la posición extrema. Dicen los prisioneros que el punto de apoyo que buscaban era Santa Bárbara, el pueblo quizá más intacto de los que yo he visto en la guerra. La gente en él continúa su labor confiadamente, y las masías, con sus mujeres y niños, viven bajo el bosque, sin preocuparse de la pasada amenaza. Allí, al fondo, entre nuestras líneas y las de ellos, en una hondonada que permite que las balas pasen a unos metros del tejado de su casita, aventa el trigo un labriego que, naturalmente, ha buscado resguardo dando cara a nuestras filas, y el río, el padre Ebro, tan apacible, parece haber olvidado la pequeña tragedia de los que hace unas horas han muerto en sus aguas. Subimos a la torreta de una casa almenada que está al borde de los fusiles. Entre los sacos terreros y las piedras puntiagudas, los extranjeros manipulan sus máquinas cinematográficas. Obstinadamente apuntan a la bandera roja que ondea delante, como si no estuvieran todavía bien convencidos de la realidad y quisieran la demostración

gráfica. En una mañana que pensaban de peligro y de guerra trabajan por delante de las líneas nacionales, como si fotografieran los lugares pintorescos de un punto turístico, y sus comentarios giran sobre el adjetivo admirable pronunciado en cinco idiomas.

Aquí, en los alrededores de Tortosa, no ha pasado más.

Junto al mar y en la montaña

Una de las diferencias que en el campo hay entre nosotros y ellos es la concepción de los planes guerreros. Imaginaciones simplistas, de aficionados, parecen concebir sus actos como si algo superior impusiera sus errores a un Estado Mayor que suele planear con acierto los ataques, aunque los sitúe en lo absurdo. Ese constante construir de defensas en las carreteras, con lo que otra vez llamé concepto turístico de la guerra, es el signo que a los rojos lleva. La guerra se hace en el campo, y así, las defensas sobre las pistas caen, sin ser estrenadas, por la espalda. Ahora han atacado cerca de la costa, en el llano, donde el paso era más fácil, mientras nuestra lanzada iba a producirse monte adentro y lejos del mar.

Nuestra avanzada, todos lo saben, arranca de las proximidades de Nules, con varias curvas impuestas por el terreno; alcanza la áspera serranía, y con un entrante enorme llegaba a los lugares alcanzados por el Cuerpo de Ejército de Castilla. No atreviéndose ellos a meterse en la costa, furiosamente atacaron las posiciones camperas, no muy lejanas de ella, y el ataque nacional se produce al mismo tiempo, rápido, arrollador, en lo que aún restaba de la provincia de Teruel, y cerrándose sobre la división de enlace, cae sin tiros una bolsa inmensa, rendida al esfuerzo de los que por sus bordes llegaban. La maniobra tuvo y tiene un bello sabor.

Dos divisiones arrancan al mismo tiempo y en la misma dirección hacia idéntica meta, y en tres jornadas llegan al punto que tenían marcado. Otra se pone en

tonces en movimiento, y las que forman distinto Cuerpo de Ejército se aprestan al avance para empujar en horas iguales al enemigo, que se ve envuelto primero y lanzado después, teniéndose que acoger a la carretera de Sagunto, que aún les queda útil para el tránsito, y declarando a esta ciudad, que ya sabe de largo lo que es la lucha, "plaza en guerra".

Segorbe delante y Sagunto al fondo, y allá, todavía invisible, pero ya presentida, Valencia.

Como un incendio avivado por la brisa marinera, el fuego se ha corrido desde tierra con ímpetu. Cada jalón ardió en un instante preciso, y en horas todo el frente nacional crepitaba.

—¡Si supieran allí lo que es la guerra!—dijo un prisionero.

La guerra, para el pobre hombre atemorizado, aturcido por la tormenta, era esta dureza del cañón constante, de los aviones, de las ametralladoras; el horror de ver saltar en pedazos a sus compañeros recién llegados al frente. Pero "allí", en los que la mantienen, es otra cosa distinta.

La división 55 tuvo que avanzar en espolón para encaramarse a los vértices del sur del Puntal. Posiciones difíciles en un terreno imposible. Para llegar hasta allí se precisan todos los medios de que dispone el hombre, y al final sólo a pie puede seguirse el camino. A pie bajo este sol de julio, que en el monte es más duro, y por tierras sin agua. Acercar la cantimplora a los labios es una fiesta del pobre cuerpo jadeante. Todo está enfrente: la sed, el terreno, los bichos...

El enemigo había concentrado sus baterías y hacía un fuego incesante. Quería cortar los caminos, dejar aislados a los muchachos entre dos cortinas de fuego, para evitar la llegada de refuerzos y preparar su ataque a fondo con masas compactas.

¡Un gran coronel este de la 55 división! Su voz—Júpiter no la tuvo tan bronca—nos llegaba calmosa, pero

sin atenuar el peligro. La mano renegra escarbaba nerviosamente la pelambre blanca. La cabeza, enérgica, sobre el cuello robusto y rojo, vivía en los ojos, brillantes de fe y responsabilidad.

—Enhorabuena, mi coronel.

—No. Aquello está muy difícil.

—¿No ceden?

—De ninguna manera.

Habían hecho, como os digo, una preparación artillera terrible, y después, cuatro mil hombres se lanzaron al asalto de las posiciones extremas, defendidas por grupos pequeños.

—He abandonado una posición para facilitar la defensa. ¿Qué hombre el que la mandaba!

—¿Teniente?

—Sí; muy joven.

La posición se alzaba en un risco. Atacada por esa multitud, su defensa era imposible. A veces es mejor ceder un jalón y esperar unos metros más allá al enemigo, que, ciego por lo que considera triunfo y principio de una rota, se lanza fácil para la ametralladora. En estos casos, la mortandad que se les hace es terrible. El teniente que la mandaba no quiso refuerzos ni para proteger su retirada, y todo se hizo como si no llegara plomo candente.

—Tengo otro caso de Medalla Militar.

—La división entera la merece.

—Este oficial fué herido gravemente, y no se dejó evacuar. En el suelo, como si la sangre perdida le diera mayor entusiasmo, ha mandado hasta que no tenía que mandar nada, porque todo estaba hecho.

—¿Y ahora?

—Esperar el ataque de nuevo.

Tres días duró esta tensión. El enemigo, que ni presentía por dónde había de ser atacado, lanzaba sus oleadas contra la división con sol y en la noche. Los soldados disparaban sin descanso. Tumbados en el suelo, ro-

deados de montones de casquillos, teniendo que cesar el fuego para que se enfriara el fusil, en un hoyo tibio por su propio sudor, envueltos en ese pegajoso hálito de humedad propia, lucharon sin descanso.

La artillería nacional apoyó bien la defensa. Algunos cañones, como si el aire quemante se fundiera con el esfuerzo, destemplando el acero, tuvieron que callar, y los artilleros se quedaron dormidos sobre las piezas, mientras que las todavía útiles velaban. No se cedió más que aquella posición, que fué recuperada en su hora. Nadie volvió la cabeza, y delante los muertos se amontonaban en sus tristes posturas. A la jornada tercia había cesado el ataque de la infantería roja, y sólo el cañón continuaba. Al sol, moscas verdosas zumbaban entre las piedras, borrachas de luz, ahítas de podredumbre. Entonces se produjo el ataque nacional a nuestro norte, y automáticamente fueron cesando los disparos artilleros.

Pudo entonces hacerse con mayor soltura la aguada. Filas de hombres, alegres bajaron al tanque con racimos de cantimploras, que volvían chorreantes, colgadas de los hombros inclinados del infante. Había llegado ya la noticia del nuevo triunfo, y los españoles paladeaban su esfuerzo, sabiéndole fructífero.

Aquella noche vino la aviación. Nosotros vimos un momento, dentro del cono de luz de nuestros reflectores, la motita reluciente de nuestros aparatos, que iban sobre las fábricas militares de Sagunto. Durante una hora, silenciosos, contemplamos reflejarse en el mar tranquilo las bengalas de las trazadoras, el chispeo de las explosiones de los antiaéreos y luego la llamarada roja y terrible de la explosión de la bomba.

Ellos llegaron cuando había terminado todo, y se fueron hacia el monte. La luna daba luz a los que caminamos por la tierra, pero no podía descubrir a los que en ella se guardan. La metralla quedó fuera de las líneas.

* * *

—¿Sabéis lo que se ha hecho?

—Sí.

—Ya se ha tomado Albentosa.

—Dicen que allí hay unas carreteras que cierran los pasos a éstos.

Y el que conoce el terreno afirma.

—Ya no podrán sacar la artillería, y sólo pueden deslizarse por el camino de Sagunto.

El radio trajo nueva noticia:

—Los rojos han declarado plaza de guerra a Sagunto.

—¿Y qué era?

—Para su engaño, playa de reposo.

Un estallido nos señaló nueva concentración.

—¿Vuelven a empezar?

—Eso parece.

Era el 17 de julio, y en las ciudades debía estallar en aquellos momentos las fiestas aniversarias. Media hora de fuego de cañón, con los ojos y las orejas apercebidas, porque su último disparo sería la señal del nuevo asalto. Las piedras calcinadas brincaban, empujadas por la explosión. Se cierran un momento los ojos, y a esperar otra nueva. Ya hay silencio. Ese silencio inmenso en el que se espera "todo". Unas siluetas se destacan. La ametralladora inicia su canción.

Se les rechaza fácilmente, y se les ve correr hacia sus trincherones. Y entonces—¿quién dió la señal?— toda la sierpe de la posición, y luego otra y otra, hasta convertirse la línea en orfeón inmenso, canta las estrofas inmortales:

... que tú bordaste en rojo ayer.

Cada vez se alzan las voces con mayor brío y más tono.

—¡Que vuelven!

—¡Dejadles llegar bien!

Otra vez se les rechaza, y de nuevo el himno brota

magnífico. Esto se ha convertido en otra fiesta. Los soldados se divierten con la ira roja y la provocan a la brava, con el fusil en la mano.

—¡Esperad! ¡Callarse!

La orden se corre hacia la derecha.

—¿Por qué callamos?

—¡Ah, sí!

Ellos gritan. ¿Qué dicen? No les entendemos aún. Parlotean, sin que las sílabas lleguen con limpieza. Ahora... ahora... insultan.

—Es en extranjero—razona un zagalón de Lugo.

Carraspea algo allá. Dos chirridos, y la voz potente del altavoz nos trae un discurso en... catalán.

—¡Anda, demonio! ¿A que no sabemos dónde estamos?

—Sí, por ahí se va a Valencia.

—Será a Barcelona.

—Déjate de bromas.

—No sabía yo que estaban aquí estos bigardos.

Una descarga aplaude un párrafo. Y luego, como nadie entiende lo que dicen, se deja de atender.

La voz solitaria continúa en el fracaso.

—¿Contento, mi coronel?

—Lo estuve siempre.

Una silueta firme y recia sube por la rampa pedregosa. A veces se detiene, y detrás de las gafas los ojos se convierten en dos rayitas para fijarse en algunos sitios. Su paso se marca por la actitud de los soldados. Tiende la mano.

—He venido—dice—para felicitarte.

Y el hombre de la revuelta pelambre blanca se inclina en silencio. Ese callado respeto que acata la jerarquía y la respeta en la fraterna amistad de dos hombres.

“¡Ave María Purísima!... ¡Las dos!”

La ciudad está sola. Hace un momento, todas estas gentes que sufrieron la tiranía marxista dormitaban en las aceras, al lado de un botijo, como en aquellas escenas de sainete que entre las notas de un nocturno con vueltas de chotis reflejaban costumbres del poblachón manchego. Aquí, el calor, la luna nueva, la paz, les lleva a los mismos ademanes y actos con un perezoso parlotío de acento distinto. Pero al rozarse la hora de las brujas, poquito a poco, se han escabullido sin viejos temores y sin que en la luz tan clara de la noche se enturbie el reposo por el miedo a los pájaros rojos que no llegarán nunca.

Ya la ciudad se baña solitaria en la luz verdosa. Una ciudad vieja, rozada por la guerra, que en esta hora adquiere tonalidades veteranas, ya que nada de lo que hay en ella tiene un recio sabor. Es como un pueblo grande, achatado, sin muchos recuerdos, pero ricachón y burguesote.

Paseamos. La guerra nos había convertido en madrugadores, pero la pausa actual torna a nosotros costumbres nunca olvidadas, y como entonces—;repetido entonces!—gustamos el andar entre silencios, rebotando nuestros pasos en las calles vacías, que devuelven resonancias inéditas, y en busca de una iglesuca pobre que nos detenga ante ella, mudos por la pueril emoción de suponer cosas que no fueron. Entre nosotros van dos mujeres. Son esas muchachas que han abandonado sus relieves para gastar energía y juventud en cuidados ajenos. La blusa azul de lienzo tosco cubre, sin duda, se-

das y finuras; las manos, que aprendieron humildes labores y, sobre todo, a dar a la caridad todos sus matices, para que no hiera la sensibilidad de nadie, llevan las uñitas esmaltadas. Con ellas, que por una noche se sienten en su medio y gozan la alegría de la libertad, paseamos la vieja ciudad recién liberada, limpia ya, con unas bocas negrazas en las aceras, que son los refugios que habrá que cegar, que la convirtieron en guarida de animaluchos temblorosos. De pronto, allá lejos, una voz hombruna se alza para cantar brevemente. Nos hemos detenido, y escuchamos.

Es el mismo canto norteño, más cortado aquí. "Si lloviera—dice uno—, nos creeríamos en Compostela." Pero hay tanta luz, se yergue la torre de la iglesia tan blanca, que es imposible el sueño. No encontramos ni una masa gris de piedras bordadas, ni un pórtico, ni uno de aquellos balcones volantes que parecen cobijar el peso de escudos rancios. La cal, rejas casi andaluzas, lienzos albos y tenuemente coloreados, reciben las palabras del romance: "¡Ave María Purísima!... ¡Las dos!" El trémolo se acerca, vibra y palpita en nuestro rodal.

Nos dice el hombrín que empuña inofensivo chuzo: "Hace quince años que no se cantaba aquí el Ave María. Pero ahora lo hemos resucitado. Es una vieja costumbre de labradores. Los regantes, como se reparten el agua y trabajan toda la noche, esperaban nuestro aviso para salir al campo. Luego, el despertador nos substituyó, y ahora volvemos."

Este viejo debió sentir honda emoción al cantar en el Castellón liberado su verso a la Virgen y al labriego. Despierta cosas que muchos de nosotros presentíamos solamente. Nos lleva a tiempos que quisiéramos fueran. Es la tranquilidad del trabajo, lo activo, lo desnudo de odios, lo que se destaca entre las sílabas. Ese Ave María saca de sus sábanas al hombre que con la azadilla al hombro, somnoliento, se desliza sin rencor a dar de beber a su trozo de tierra, sediento por el sol implaca-

ble. En el campo, otra vez le llegará la canción para avisarle que ha terminado su labor y puede volver a la cama. Ya el verde se alzaré fresco y prometedor...

Y ahora, unos rasgueos de guitarra nos llevan a otro lado. Son unos cuantos muchachos gallegos que dan música a alguna moza. Soldados en asueto, guerreros alegres de su suerte y enamorados porque lo da el oficio. Ahora sí que nos parece que Santiago nos cubre bajo sus gárgolas. Pero no: la lisura de los lienzos, la reja casi andaluza, tanta luz...

Todo esto es posible es una ciudad liberada, hace poco estremecida por los disparos de pistolas mal empuñadas. Es posible hasta pasear limpiamente con una mujer que ríe ante cualquier cosa y escucha en silencio músicas y serenos. Es nuestra España, amigos, dulce-mente despertada de un sueño de fiebre.

[Red ink scribbles]

Un teniente y su heroica defensa de la posición

Es un teniente que guarnecía una posición. Nada. Un hombre más en el Ejército y entre los soldados de Franco. Un teniente es la penúltima ruedecilla de la gran máquina; pero eso, un teniente, lo es todo, porque su valor y su fe hacen posible la gran maniobra largamente preparada por el general.

El teniente no presentía su hora de suerte y de heroísmo en la mañana de hoy; quizá ni él mismo sabía lo que podría hacer. Esto no es raro; todos ignoramos nuestras posibilidades hasta que un gran amor nos impulsa; las descubrió al sentir la llamada de la pasión, la gran pasión por la Patria y el cumplimiento del deber. A cada uno le despierta distinta cosa, si ella es noble.

Al iniciarse el día, el cañón, silencioso tantas horas, comenzó a tronar, pero con intensidad y frecuencia. El teniente aguantaba la metralla atento a su final. Tres veces se vió lanzado por la explosión, y las tres fué herido en la cabeza. Ello indica como si el propio sol de Levante iluminara los términos cómo el oficial, sin atender a otra cosa que a la vigilancia que le estaba encomendada, miraba entre los sacos lo que sabía vendría sin remedio. Los otros dos oficiales rodaron también por el suelo, y ninguno de ellos permitió ser evacuado ni recibir refuerzos que se les ofrecían.

Ya ha terminado el cañoneo. El minuto de silencio y angustia que sigue, nadie que no lo haya vivido puede

precisarlos. Es como si toda la vida se suspendiera alrededor y quedara vivo lo que se tiene ante los ojos. Un sudor cálido por la frente, los ojos se entornan para ver mejor. La muerte acecha, está ahí, viene y llega. Llega. Los rojos saltan y avanzan en tromba, con las bombas de mano dispuestas; hay un griterío, un roce de hojas y de armas. Nada de esto se escucha: se presiente y sabe.

El teniente y sus hombres rechazan el ataque, sin permitir que uno solo de los que venían alcanzara la alambrada. Ahora todo guarda auténtico silencio. Es posible mirar al lado, secarse aquel sudor que se mezcla con la sangre, esperar mientras el teléfono lleva al coronel esa parte que escalofría: "Sin novedad."

Hay cierta paz en esta pausa; pero desde allí cerca, en un matorral espeso, hostilizan con fusiles ametralladores y no dejan recomponer la posición. El teniente piensa en voz alta: "Hay que desalojar a aquéllos." Y salta el voluntario.

El voluntario es un cabo enteco, casi minúsculo, con un nombrecillo castellano insignificante. Toca a su jefe en la manga, y sin hablar se comprenden. Deja el fusil, carga bombas y se desliza rápido.

Le mira el teniente como se mira en ese trance; va en la mirada la bendición del padre, la admiración del camarada, la gratitud del jefe, todo lo que un soldado guarda en su pecho de elevado y lozano. Ha pasado una hora, y ya está todo a punto. Entonces chisporrotea el matorral, brota la descarga y las bombas del cabo hacen su labor. Se le ve correr, seguido por disparos más lejanos, caer, levantarse, y al fin entra en la posición con una herida, pero dispuesto para la defensa. "Ya está", dice con calma. Allí nadie queda con vida. El matorral ha enmudecido para siempre, y todo puede hacerse con mayor holgura. Otra hora más, ésta infinita, inmensa, sin término, y de nuevo la artillería roja ruge. Ahora con mayor rabia, con furia mayor. Las piedras saltan y son proyectiles que hacen su labor terrible.

Todo es humo, fragor y destrozo. Pero no es necesario que envíen refuerzos. El teléfono calma la inquietud del coronel. Todo va bien; se les espera, y al llegar la masa como una ola inmensa y carnícera, las ametralladoras siegan vidas rojas sobre el espino invencible de la posición guarnecida. Retroceden, mientras barranco arriba gatean nuevos españoles para ayudar a sus hermanos. Al llegar todo ha terminado, y el núcleo heroico se retira con honor. Llevan, pálida y negruzca de pólvora, la frente aureolada por la victoria.

El coronel llama al general y le cuenta todo esto, y el que manda abandona su puesto de combate y va allí. Su mano parece dirigirse al corazón de los defensores y marcarles la huella de la Medalla Militar, que horas después les concede el Caudillo.

¿Qué habrá pasado hoy en otros frentes? A nosotros, los gallegos, nos llegará tarde la noticia de nuevas victorias; pero tenemos la nuestra, que llenará la jornada por entero y será comentario cuando, tumbados bajo la luna, que mengua, hablemos del día que se va.

De ejemplo y acicate, mientras una gaita dice en voz bajita tantas cosas que comenzamos a entender los que no somos de allá.

Los héroes sin nombre

El oficial.

Habíamos recorrido todo el sector de Tortosa, La mañana era terrible; una de esas mañanas en las que, cantando las cigarras, los hombres de ciudad entornan sus puertas para que el sol no les ciegue. Nosotros no teníamos ese consuelo. Mientras el jefe estudia, mira y dibuja, sentados en el suelo, al sombrero menudo de un arbolillo sediento, contemplamos el paso de las hormigas, que, guiadas por su instinto, iban al lugar en el que la cantora "refrescaba" a robarla el líquido frío y dulce que el émbolo natural sacaba de la rama. Es el revés de la fábula; lo cierto.

Allá abajo el Ebro dejaba correr sus aguas de color de tierra. Los cañaverales, erguidos y verdes, mostraban en algunos sitios con entera claridad el paso de los rojos, que machacaron la orilla. Enfrente, las banderitas de la F. A. I. marcaban posiciones enemigas. Y las moscas zumbaban y venían como si las trajera la tufarada de carne podrida sujeta a los arbustos de las orillas y sin posibilidad de ser enterrada.

El cuerpo rezumante se inclinaba al suelo. Es terrible la guerra en invierno, pero en verano creo que no es mucho mejor. Se espera la noche con ansia, con dolor. El sol, que tan bonito es y al que todo lo debemos, se muestra implacable como una deidad vengativa. El agua, caliente, no mitiga la sed y enferma. Ha habido un momento en el que todo el mundo aquí estaba herido por la bacteria, sin gravedad, pero con molestias que el

campo agrava. Y nadie se ha quejado. Sabemos que es la guerra, y todo se sufre como se tolera lo inevitable. Ya nos hemos autovacunado, y entramos en la tomata-da con alegría irrefrenable.

—Mañana—nos dijeron—hay que ir a Burriana.

Una mirada de asentimiento.

—Bien.

Burriana es el mejor pueblo de Castellón, y se tardó en tomarlo quince días, para que sufrieran lo menos posible sus edificios. Grande, rico, poblado, crece a la vera del Mijares, tan seco en la orilla del mar como arriba, en el monte.

Se inauguraba el comedor de Auxilio Social en la antigua Casa del Pueblo, que antes fué Casino de Artesanos. Tres salones grandotes, decorados por un primitivo del fresco con ribetes de Néstor. Y fuimos.

Las gaitas esperaban en la puerta, confundidas con la banda mora, chirriante y destemplada para los oídos europeos. Las chicas azules, brazo en alto, nos dieron la bienvenida, y en las mesitas, los niños que despiertan a España miraban golosos el pan nacional. Buenos jamones asturianos rojeaban en los platos infantiles, sidra espumosa y dorada salpicaba los manteles.

—Mira, aquella señora es la viuda de uno de nuestros héroes.

Alcé los ojos. Una dama, joven aún, servía a los pequeños como entristecida por su vida interior. El ademán maternal no tenía ninguna brusquedad; la mano, palidísima, acariciaba la cabecita de los infantes abandonados por el enemigo. Son los hijos de quienes empuñan las armas contra nosotros, de los que no hicieron otra cosa que utilizar la pistola. Ella ha olvidado todo esto, y su otoño prematuro se gasta en el cuidado y el mimo de los cachorrillos, que convertirá en corderos.

—¿Haces el favor, Estrella?

Viene. Cuaja ahora sus labios una sonrisa que apenas lo es. Parece lejos de todo, de la fiesta, de la presentación. Los ojos, estrechados por la pena, simulan un agrado al oír mi nombre. Y luego se desliza a sus deberes, callada, mustia, doliente. El uniforme azul funde rigideces en el cuerpo; el delantal blanco delata la profesión voluntaria. Es una criada—así, crudamente—de la guardería infantil, que durante todo el día trajina para la comodidad de los pequeños hambrientos, entre los peroles de Intendencia y los cascotes de la guerra.

—¿Tiene hijos?

—Sí, una niña. Guadalupe.

—¿Qué pasó?

Mi camarada me observa un momento. Ella también lleva la camisa azul sobre su cuello de rubia. Es joven y valenciana. El pelo rojizo—cobre gitano en el blanco de la frente—se alza en rulos y rizos.

—¿Qué pasó?... Apenas si tiene importancia en esta guerra, y, sin embargo, las historias están llenas de hechos como ése. ¡Han sido tantos!

—Era militar, ¿verdad?

—Capitán de Infantería. Un viejo regular, amigo y compañero de Varela.

—Y se llamaba...

—Ricardo González Alegre-Caballero.

—Retirado...

—En Castellón.

—Un día...

Ella, impulsada suavemente por mí, sin apartar los ojos de su amiga, completa la triste historia, plena de renunciamentos heroicos.

—Un día...

—Fué llamado por el Gobierno de Valencia para que tomara el mando de una división. No podía excusarse. No sabéis vosotros lo que significaba que Prieto se fijara en uno o que lo descubrieran las milicias. Era la muerte. Y no todos tienen temple para saberla llegar,

porque no es lo mismo morir en el frente que ser asesinado. Fué. En un viejo cuartel, que tenía aún la hue-
lla de la lucha, encontró a los que iban a ser sus solda-
dos, ya medianamente instruídos y prontos para salir
al frente. Cuando volvía a casa decía a Estrella:

"—No puedo, no puedo. He ido por salvaros a vos-
otras, y veo que es más fuerte que yo el sacrificio.

Su antiguo humor había desaparecido. Algo roto
dentro de él le impulsaba y le retenía. Una noche dijo a
su mujer:

"—Mañana salimos para el frente.

"—¿Qué unidad llevas?

"—El batallón de Teruel, número 11.

La mujer quería distraerle con preguntas del oficio:

"—¿A qué sitio te destinan?

"—A Madrid.

Y luego tradujo lo que martillaba en su cerebro:

"—Figúrate, enfrente de Varela...

Aquel "mañana" era en el tercer día de su vida de
cuartel. Un beso a las dos frentes tersas, el paso vaci-
lante un momento. Luego, rígido, salió.

Mi amiga añade sencillamente:

—Cuando llegó al cuartel estaban sus hombres for-
mados. Creo que los miró largamente. Luego avanzó
hasta ponerse en su centro, y sin decir nada, sin mos-
trar en su ademán la menor violencia, se disparó un
tiro. Tenía cuarenta años.

Callamos los dos, y sin querer miramos a la dama,
que sirve a los pequeños. Parece que nos musitamos un
"¡quién sabe!" al mirar a los niños. Ella adivina que
hablamos de su drama, y nos devuelve la mirada con
lágrimas.

En la calle, las gaitas de nuestro Cuerpo de Ejército
cantan cara al mar, y todo Burriana es una fiesta entre
sus casas desventradas.

El soldado.

El hospital de sangre está casi deshabitado. Lo pusieron en un grande caserón reviejo, limpio por el cuidado de nuestras muchachas. Todas las ventanas florecen. Los cactus levantinos, diminutos, en los tiestecillos; los geráneos rosas, la esparraguera eternamente verde, alegran las salas recién pintadas. Más del millar de camas aguardan a los combatientes en las galerías de ventanales entornados. El eco de las naves nos trae el rumor de un rezo llevado en alta y femenina voz. Nada falta y todo está.

El general se detiene aquí o allá. Pregunta a un convaleciente y pide detalles de lo que pueda querer. En el "block" de notas del ayudante se van acumulando las peticiones de cada sala. Dentro de unas horas llegará lo que se pide, y si no lo hay, un oficial lo comprará en la retaguardia.

Al pasar por esta sala, un poco más pequeña que las otras, en la camita única que está ocupada, el muchacho se rebulle:

—¡Arriba España, mi general!—dice.

El jefe le acaricia la frente, vendada.

—Yo le conozco a usted de Teruel.

—¿Eres un veterano?

—Allí estuvimos, y luego por Morella; hasta que...

—¿Cómo fué?

—La mala pata. De pronto me cayó a tres pasos un proyectil del quince, que no estalló. Iba por agua. Di un salto, y se me cayeron las cantimploras, y luego, pues ya sólo sé que me desperté aquí. No puedo decirle cómo fué.

Habla como si delirara, nervioso ante el general, que le mira como a un niño.

—¿Te llamas...?

—Cesáreo Sánchez.

—¿Eres gallego?

—No, señor. De Cuéllar, en Segovia.

Y vuelve a decir:

—Le conozco a usted, ya lo creo.

Un rato conversan los dos, como amigos que se vuelven a encontrar. Y oigo que el jefe dice a su hombre:

—Eso no es nada. Muy pronto irás a tu pueblo, con los tuyos, completamente sano. Te lo digo yo, que sé bien lo que son las heridas, y ya me ves, tan bueno.

—Sí, señor. Pero aquí me tratan bien, demasiado bien. Nunca se va de mi lado la señorita, y me abanica para que no me piquen las moscas.

Otra caricia en la frente, otra mirada al cuerpo que tocó la metralla. Y cuando el jefe está al borde de la puerta, un grito que nos detiene a todos:

—¡Mi general!

—¿Quieres algo más?

—Dispense no me "haiga" levantado, pero no puedo.

El batallón.

San Fermín y Santiago están cerca en las fechas de su fiesta. Navarros y gallegos quisieron festejarle. Claro que no pudo ser en su propio día, y se hizo unas horas más allá. El enemigo, sin duda, quiso entenebrececer el aniversario, y se tuvo que combatir con más rabia.

Los navarros habían planeado una corrida de dos vaquillas, con encierro y todo, en un pueblecillo recién tomado y a seiscientos metros del enemigo. Muy de mañana se ataron al cuello los pañolillos rojos, y, calada la boina, comenzaron a saltar su jota.

Después, por las calles, llenas de todos ellos, se soltaron los bichos, para llevarlos en algazara hasta la plaza, casi preparada para el efecto. ¡Allá van! Brincan, corren, ríen y gritan como locos. Los incidentes dan a la fiesta todo su carácter; pero al llegar al sitio

donde todo debía terminar, la vaquilla flacucha se escurre entre los tablones mal sujetos y sale al campo. Todos detrás, la acosan, la cierran, para conducirla adonde debe ir; pero ella es tozuda, y se resiste, y al fin, en carrera incontenible, se desliza por un barranco y la pierden de vista.

—¡A los teléfonos! ¡A los teléfonos!

Se habla con la avanzada, que está allí mismo:

—Se nos ha escapado la becerra. Mirad bien y hacced fuego contra ella, para que no se la coman los rojos.

Toda la línea da espalda al enemigo y mira.

—¡Allí viene!

Las descargas hacia la retaguardia se suceden. Enfrente, el enemigo creará que nos hemos vuelto locos, y quizá mañana hable de una insubordinación, con Dios sabe cuántos horrores.

Otra vez los brincos, la jota. San Fermín no puede estar descontento del festejo.

* * *

De nuevo ante el Ebro, que corre allá abajo con su color de tierra. De nuevo el sol y ese olor que penetra por los poros y no se olvida nunca...

Fiesta en el frente

¡Qué afán pusieron todos!

"El día 17—nos dijimos—hace dos años que fué roto el cerco de Oviedo, y como estamos tranquilos, vamos a gozar la fiesta más bonita." Cada uno guardó su silencio, y los ojos se fueron a lo lejano para concentrar el pensamiento y recordar mejor. Se hacía rápido repaso de los motivos que pudieran dar aliciente al festejo, y se miraba uno por dentro para ver hasta dónde podía llegar la habilidad o el esfuerzo.

Afanosas hormigas de lo humilde, acumulamos el deseo, para con esa montaña ofrecer al general un granito de arena, pequeño, pero tan dorado y brillante que podía mirar como a iguales a todos los que lucen en dedos gentiles. Y fué la fiesta.

La tarde se marchó rápida, hundiéndose en el mar y dejando brotar del horizonte sombras titubeantes que se afirmaban hasta ser todo una negrura maravillosa. En este cielo, siempre un poco turbio, nunca lucieron tantos luceros.

Unos muchachos habían pelado palmeras y tamarindos; aquellas ramas opulentas o las finas hebras verdosas se tejían en la escalera de la casa, matando aristas y barandillas. Los geranios y jazmines moteaban la alfombra fresca y fragante. Los ingenieros nos trajeron sus focos, y la huerta...

En la huerta, trabajadora del campo, obrera de grandes negros ojos, había una mañana levantado su voz con aquella naturalidad con que las alondras cantan cuando el sol inicia su ruta. Era una jota sin desgarrros,

suave, de bajos tonos graves. Llegaba aquella voz por entre los naranjos, y de pronto, limpia, tersa, se elevaba a lo infinito sin romperse, sostenida y justa.

Tierra de artistas. De ahí mismo, de Burriana, es Lucrecio Bori. La emoción del momento nos trajo el buen recuerdo.

—Muchacha, ¿quieres cantar para un soldado?

—¿Y lo preguntas?

Anoche era el 17. Hace dos años, las columnas gallegas rompían el cerco de Oviedo, y el entonces coronel Martín Alonso abrazaba al general Aranda. Los mineros bravucones, soldados de una revolución de odio y sangre, veinte mil hombres que rodeaban a quinientos heridos y enfermos, veían entrar por las veredas que batían al puñado de "mariscos" valerosos. Este grupo fué la quilla del Cuerpo de Ejército de Galicia, que daría a España tantos días de gloria. Anoche festejamos en el frente el aniversario que es ya famoso en la historia de la Patria.

Cuatro días de trabajo distinto al diario. Volvíamos por unas horas a los viejos oficios y antiguas aficiones. Sólo uno de nosotros sabe de dónde salió el piano desvencijado y de amarillentos dientes; sólo otro conoce el origen de un magnífico mantón de manila que horas después desaparecía por el mismo misterioso conducto. Y a la hora fijada, juegos de luces, flores, escenario, orquesta y artistas esperaban en su sitio.

—Me dijiste que iba a cantar para un soldado.

—Y es verdad.

—Entonces, ¿todo esto...?

—Es que el soldado se llama Antonio Aranda.

Nadie sabe el encanto de lo imprevisto más que quien lo goza. Cuatro días de rebusca y ensayo han dado el mejor programa de variedades que se presenta por el mundo. En Intendencia había tres soldados que cantan danzones y tocan sus guitarras con desgana tropical; la 55 división tiene una rondalla que no la luce mejor Zara-

goza en el Pilar; un concertista famoso, Arijita, es soldado del cuartel general, y como todo no había de ser hombres, mi labradora Maruja Bellols y una mota de mujer que se llama Rosita Monfort y trabaja en Castellón vinieron a poner su feminidad graciosa al servicio de la fiesta.

Ya está todo. El programa, en marcha. ¿Canciones? Se hacen en un momento letra y música, se aprenden en tres horas y se cantan con maestría profesional. Os digo que ya está todo.

Y al apagarse la tarde, hinchado el pecho de orgullo, a la puerta de la finquilla elegida se espera a los invitados. Vienen las muchachas de los hospitales de sangre, las chicas de Auxilio Social que trabajan en vanguardia, los jefes. El viejo guión del Cuerpo de Ejército, a la derecha. La bandera sobre todos, y en ella, un retrato del Caudillo, que en espíritu está entre nosotros.

¡Un éxito!

Si pudiera uno trasladar este ambiente a la retaguardia, poner en una calle el florido escenario con todos los jazmines levantinos, el ruido de las botazas, el alegre reír de las muchachas, contentas de romper la dura labor por unas horas, la música pícara del inspirado Arijita, la ingenuidad de la sonata milonguera del soldado y esa voz pura, cristalina, blanca y "cruda" de Maruja, nos haríamos ricos en instantes. Pero esto es cosa nuestra. Y si, además, pudiéramos llevar ahí, en medio de la fiesta, el contrapunto del cañón lejano que acaba con Nules, la ovación tabletearía con efusión desconocida.

Creo que nunca ofrecerá el general a sus jefes y compañeros una fiesta como la que vivió. Podrán tener otros homenajes más riqueza, ninguno mayor cariño. Y como allí estaban algunos de los que le acompañaron en el sitio, el fervor y la gratitud al soldado que salvó la ciudad y sus vidas se mezclaba con toda la admiración que a él nos une.

Hacia Valencia es la ruta del Cuerpo de Ejército, y "Hacia Valencia" una marcha tan rotunda, tan firme, militar y airosa que se estrenó, que ya es popular en los soldados y lo será en seguida en toda España. Ha brotado espontáneamente, ingenuamente, en ratos de quietud y de soledad, mirando a la capital, que desde el monte vemos sin prismáticos.

Y a las diez de la noche todo había terminado, porque aquí se madruga. Hace dos años, estas horas eran de vigilancia, de tensión. Hace uno y unas fechas, muy pocas, en estas horas entrábamos ya en Oviedo, que se había despertado con la guerra en sus puertas y dormía con el frente a setecientos kilómetros. Y el que viene nos reuniremos todos en algún sitio para rendir a nuestro jefe el homenaje de siempre. Y sólo seremos ya soldados ante su respeto...

Rayas de luz en la tiniebla

—¿Qué hacéis ahí? ¡Fuera! ¡Fuera!

El aire se rasga con un ruido semejante a ese que produce la seda al romperse con violencia. El aullido se acerca y pasa.

—¡Quitarse los delantales!

Ha estallado el proyectil, y el polvo de la casa herida nubla el sol.

Quien gritaba se acerca ahora con rabia y coge por un brazo a la muchacha, hudiéndola en el automóvil:

—¡Vamos, de prisa!

Ella obedece en silencio. El coche tiene que seguir por la calle estrecha hasta la placita humilde y allí dar la vuelta. Se le debe advertir con entera claridad desde el enemigo. Todo el pueblo se estremece con las explosiones. Hace apenas unos minutos han pasado las avanzadas—tonos metálicos en los pechos desnudos—, y ahora, como siempre, los que perdieron el caserío quieren destruirle. Ellas vienen a dar el pan de la Patria nueva a los liberados, y están allí porque deben estar.

El comandante limpia el sudor de la frente y mira al auto entre sonrisas. De pronto arruga aquellos surcos bien marcados por el polvo, después se encoge de hombros y sigue su camino. El coche se detuvo otra vez, y las muchachas, ahora sin blancos lienzos, al aire la camisa azul, descienden. Una, la primera que se asoma, queda en el estribo largos instantes, con los ojos en el cielo. Su juventud se dibuja en el aire fino de la mañana, hasta que el humo y el polvo la borran. Esbel-

ta, ágil, elástica; el pelo, levantado, para dar a la frente esa amplitud que permite que el arco de las cejas sombree suavemente los ojos, que quieren verlo todo. Avanza por la calleja, resguardándose del posible fuego por la acera contraria. Va despacio, pausada. Se adivina en ella el miedo y el deseo de no mostrarlo, aunque nadie la hace caso. En estos instantes cada uno se ocupa de sí mismo, y la belleza y lo horrible apenas si tienen rasgos. Su compañera corre a emparejarse con la más audaz, y las dos continúan en la busca.

Nules se rompe poco a poco. Ya era como el esqueleto de un pueblecillo alegre y costero, y en cada cañonazo algo se desprende de él para siempre. El suelo es el montón donde la inmundicia se acumula. Millares de moscas corbetean al sol y se posan en las paredes deslumbrantes. Al pisar los escombros se alzan, para rodear a la intrusa y seguirla. Parece que del suelo brotan esas negras motitas hijas de lo podrido, como si quisieran manchar el abril de la niña.

No hay nadie. Parece no haber nadie. Los soldados han seguido, y los paisanos no se atreven aún a surgir.

—¿Qué hacemos?

—Ya saldrán.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Y yo.

Pero ni se ocultan ni corren. El miedo se domina y el deber se impone. Estas muchachas saben bien lo que eso es.

—¿Y nuestras compañeras?

—Buscan. Vamos nosotras.

Todo el grupo se ha dividido, y entra en las ruinas, atisba las cuevas, penetra en las casas.

—Aquí no queda nadie.

—Sí; mira.

Allí, una mujer y dos chiquillos gimen. La casita está en pie, pero bastaría el bufido de una del doce para

destruir la frágil armazón. Ya las manos de uñas pulidas se posan sobre las cabecitas infantiles y las palabras de suavidad descienden dulcemente:

—Se han ido, ¿sabes?... No volverán nunca. Ahora, ese comandante grandote que gritaba tanto se los va a comer a todos.

En la playa hormiguan los que restan del pueblo, y allí va este nuevo grupo, formado por las dos niñas, la mujer y sus hijos. Nueva estampa. Son las dos Españas fundiéndose, formándose, reconstruyéndose en la luz de la mañana levantina, bajo un cielo gris y cegador. El mar, nuestro mar, inmóvil, como si se hubiera detenido para contemplarlas mejor. La mano infantil se agarra a la muñeca de las muchachas. Las piernecillas, débiles, saltan. Sobre las arenas rubias comienzan a repartir pan. Es preciso acelerar el paso, correr.

—Sí, pero no te apures. Para ti hay también.

Suelta la fierecilla menuda la mano, para con las dos suyas coger su pitanza. Embadurnada la cara, come, sin hacer caso de nada. Todos hacen lo mismo. Ellas sirven y consuelan a los liberados. Un goce animal les anima, y satisfecha el hambre, vuelve el espíritu por sus fueros, y la sonrisa alumbra labios grasientos. La muchacha le acoge contra su seno y mira sin hablar al pueblo humeante, caído, solitario, desierto. El campo tiene la infinita paz del día veraniego, allá, por la derecha. Los naranjos verdean con sus puntitos oscuros, que dorarán mañana. El maíz luce sus flecos, orgulloso, y el palmito de una pita crece y crece, enamorado del mar. Al otro lado, el infierno. Las nubecillas artilleras se alzan rápidas y permanecen en la calma. Crepita el fusil y gruñe la bomba de mano.

Hacia el caserío va un convoy. Dos filas de hombres serpentean por la carretera y se hunden en las primeras ruinas. Una figurilla tenue sube al palo del telégrafo y trabaja.

En la playa, una buceta desventrada se bambolea sobre sus propias astillas, y el alquitrán sangra de su herida, fundido por el sol.

Victoria de la Cueva.

La vida sigue. Cuando Cándido se refugió en su alquería para cuidar las hortalizas de su huerta quiso aislarse por completo y no reparar ya en nada que no tuviera relación con sus alcachofas y sus tomates. Años después—muchos—estalló sobre el tejadillo oriental de su casita una tormenta terrible. Caía el agua en tal cantidad, que los arriates se borran, los cuadros se perdían y las flores dejaban caer sus hojas. Esto le preocupó hondamente. Quizá pensaba ellas son tan buenas que perfuman hasta a quien las daña y mata. Entonces vió llegar a unas gentes extrañamente vestidas que buscaban bajo sus árboles rotos cobijo. Les llevó a la chimenea y cerró la puerta. Eran los inmortales, como él, que no se atrevían a comprender lo que pasaba en la tierra. Uno, un soldado, le dijo:

—En Europa llueve así y truenan de esta manera, que se parece tanto al cañón.

Y hablaron. Cándido volvió a interesarse por las cosas del mundo.

Después de una pausa, la tormenta ha estallado en el sur de Europa. Es mayor en este instante, y cuando más grande es el aguacero, no en la alquería oriental, donde los que fueron fuman sus pipas turcas, sino en una cueva hecha por la mano del hombre, convertido en fiera, se remonta un grito tan sangrante, tan terrible, que parece cesa el trueno y es más lívido el relámpago.

Era en Villarreal. Se habían ocultado en el refugio unos cuantos para librarse del aguacero que destruye, y tanto era el horror, que una mujer pálida, delgada,

que llevaba en sí su augusto misterio, en el paisaje de muerte alumbraba nueva vida, tan tenue, tan pequeñita. Los zapatonos ferrados de los soldados pasaban. Se les veía por la raja de tierra que sirve de puerta. En el aire, los aviones; abajo, el proyectil, y allí dentro, como en lo milenario, el dolor bendito de la madre, hecho de lágrimas y de gozo. Esta niña fué lavada por las muchachas nacionales, vestida por ellas con sus propios delantales, que llevan bordado el dragón vencido, y cuando se la hizo católica se la puso por nombre Victoria de la Cueva, para que nunca olvide la gloria de su llegada, confundida con los gritos vencedores.

Ya sonrío en su mes de vida. Auxilio Social la enseña a reír. El jefe de este grupo es una señorita de gesto triste, pálido, de rubia. Enérgica sin ademanes, inteligente y con ese tacto que sólo algunos poseen para resolver con rapidez y sin violencia los problemas que se presentan. Es igual que nazca una niña al entrarse en el pueblo, que pidan pan cientos de hambrientos, que sea necesario poner en juego los brazos para las más humildes labores o la cabeza para resolver honduras. Ella y su grupo construyen y deshacen sin esfuerzo.

Cándido y sus compañeros la verían entrar por la puerta sin sorpresa. El doctor Fausto se adelantaría para besarle la mano, mientras Don Quijote clavaría la rodilla en tierra, hundiendo la barba, y el subteniente Vassette sonreiría entre las vestiduras albas del griego y la negra ropa del abate.

—¿Una mujer?—preguntaría Cándido, rehacio a toda novedad en su refugio.

Una mujer, no. La mujer de España.

Y Alonso, con la vacía dorada en la mano para acentuar el noble ademán, la presentaría:

—Viene de tierras de Castellón por la ruta de mío señor el Cid y al lado de la que siguió un guerrero famoso que dicen Jaime por allá. Viste extrañas ropas para vuestros ojos porque, nacida muy alto, quiere ser-

vir de doncella a los caballeros de la guerra y a quienes sufren quebranto. Sale ahora de la guarida donde parió con dolor una ya madre. Con dolor pare España, amigos, la paz del mundo. Dejadla entre nosotros, y si no, uno a uno, o todos a la vez, cerrad contra mí, que mi brazo basta para defenderla.

Mientras, la tormenta sigue, el aguacero continúa. Pero allá, por donde el sol se muestra, raya la luz tanta tiniebla.

Eça de Queiroz, en el frente

Eça de Queiroz llega mañana...

Miramos al que nos lo dijo con curiosidad, como si la noticia nos trajera algo del caminante portugués. ¡Eça de Queiroz! Para nosotros, toda una juventud evocada con el nombre famoso. Era el escritor padre de nuestro ya amigo uno de los ídolos de aquellos días. En el estudio de la calle de Lista se agrupaban "El primo Basilio", "La ilustre Casa de los Ramires", sus crónicas... Muchas tardes leíamos aquellas páginas tensas a las muchachitas, que no las entendían y escuchaban por amor al que leía. Eran los libros que, con los de Anatole, jamás se vendían.

Tenía yo grabado aún en la imaginación aquel retrato de la portada del Ramires, círculo minúsculo en un ángulo del dibujo que reflejaba al joven hidalgo. Rostro afilado, prematuramente viejo, con el monóculo firme y un bigote gris algo caído. Y al ver llegar al hijo, aquel rostro entró de nuevo por mis ojos, como si se presentara el amigo lejano, rejuvenecido, afeitado, pero con las grandes arrugas que cortan las mejillas sobre la boca y el cristalito burlón y brillante en el ojo derecho...

Alto, seco, flexible; así debió de ser él. Y ágil en la conversación, que salta de un tema a otro sin pedantería, pero denotando un profundo conocimiento de las cosas.

Eça, como todos los hombres de la moderna Europa, viste uniforme. No sé si es militar o presta un servicio a su Patria. No importa tampoco. Viste el unifor-

me porque es preciso vestirlo en estos momentos, y con él, y haciéndole honor, pidió a nuestro general permiso para llegar a la extrema avanzada.

Y fué. Camino el de Nules, ruta de escombros. Al detener el coche donde ya no puede avanzarse más, el buen amigo de nuestra España guardó largo silencio. Comprendo su emocionado dolor. Se acostumbra uno a las ruinas, y alegremente salta por entre los pedruzcos, como si todo aquello tuviera la naturalidad de la caída de la hoja al llegar el otoño; pero al advertir el asombro y la pena del espectador, nos impregnamos nosotros también de toda la tristeza enmanada de los cascotes hendidos.

Vamos al monte... El monte tiene la alegría del campo, siempre renovada. Aquí el cañonazo abre un boquete que después nadie advierte; el incendio chamusca un rincón, pero, por el contraste, tiene mayor belleza lo intacto. Y, sobre todo, el espíritu del soldado hace olvidar los sinsabores de la campaña.

No había fuego. Podía descubrirse la silueta y mirar resueltamente. Largos instantes los ojos del escritor portugués posaron sus miradas por los cálidos verdes, intensos azules y mórbidos violetas del paisaje mañanero. Nuestros muchachos le miraban con esa sonrisa del que advierte asombro en lo que a él no le llama la atención. Yo también he visto ese gesto..., pero era ante lo eterno y no manchado y en años de paz; por ahí... Eça tiene la fortuna de paladearlo en el peligro y quizá en un hombre al que su misma humildad eleva sobre todos. De los magníficos espectáculos de la guerra, la actitud del hombre es el más interesante.

Descendió de la posición. El llano huertano se dilataba por los aledaños de Burriana, Villarreal a Castellón. Y aquí el campamento y la cena en la noche dulce. Eça, hecho a la civilización, que hemos olvidado un poco aquí delante, no podía recordar entre los soldados de España ninguna otra mesa.

En la terraza de un hotel, ante la playa, abandonada por sus dueños forzosamente, púsose con todas las alburas en su tablero. Entre los colores de España y Portugal corrían los pétalos de las florecillas del otoño. A la vera todas las palmeras de Levante, con su dorado cogollo entre las grandes hojas estremecidas, y la banda y sus gaitas. Esas gaitas primitivas, de corta escala, tan dulces, tan suaves, tan evocadoras.

El general, su jefe de Estado Mayor, los ayudantes, y para que allí estuviera también la mujer, una mujer-soldado, la jefe de Falange. Cena sin temas ni alimentos pesados, alígera, sutil como ese airecillo que jamás despeina a los árboles ni a las plantas.

Ya va el coche de Eça camino de Morella, Maestrazgo arriba. Bufará en los cien rizos de la carretera que trajimos, y al pasar por la Lobatera, en aquella revuelta que parece contemplar Monroyo y sus ocres verdugones, alguien le dirá:

—Aquí el general Aranda resolvió el problema de la llegada al mar...

E irá más atrás. Por el camino legionario de los hermanos que han tornado a su Italia.

—Este es Alcañiz, y el Ebro se presiente en aquellas quebradas...

Y un día, en Lisboa, sus impresiones estallarán, tibias de afecto.

—Mire, son del señor que estuvo aquí.

Un soldado nos trae luego un puñado de libros.

Son de Eça de Queiroz. Tienen el sello del casino de Castellón, y alguien los dejó abandonados en una cena.

—Gracias. Volveremos a leerlos.

Del incendio, de la ruina, se han salvado. Los aprieto a mí. Y al entreabrirlos, el viejo amigo parece sentarse a mi lado.

Un gimnasio en el monte

Y esto... ¿es delante o detrás de la Plana?

¡Hay muchas cosas que a mí no me importan! Cuando llego en la vida a un cruce de caminos y voy por uno sin brújula, nunca me pregunto dónde me llevará. Es grato rodar sin juicio, dejarse deslizar atento a las sorpresas y con el dolor apercebido, para que si el golpe viene, no sea demasiado fuerte. En guerra, la geografía es ciencia de dificultades, y tanto da que el monte o el llano estén más lejos o más cerca, si hay que pasarlos al fin. ¿La Plana? ¡Bueno! Sólo sabemos que del mar a nuestra derecha no habrá alturas muy grandes; pero como brotan verticales, son para los ojos, los pies y el esfuerzo macizos, agujas y perfiles tremendos.

El caballo, que tiene pecho poderoso, patataz firmes y con esas pezuñas se agarra a las canchas como si tuviera garras, detiéndose cuando quiere, jadea y mira abajo, inteligente. Sólo le falta hablar para contarme sus impresiones.

—¡Ya llegamos, amigo! ¿Ves aquel puntito oscuro por el que rondan siluetas? Es el hormiguero de las bravas hormigas. Allí están, frente a la verdad, los que todo lo merecen...

Sigue. El canto rodado cumple con su deber, y rueda. Se afina el aire, y comenzamos a ver las opulentas curvas de la montaña, lomo redondo barrido por el yodo y la sal de nuestro mar.

—¿Es esto una posición?

—Es.

—¿Acaban de dar cera al suelo?

—Algo así.

—¿Esperabais al general?

—Tú sabes que este hombre no se anuncia nunca.

Avanza la figura del coronel, alto, afeitado; sutil en el pensar, un poco acre en el decir. Es un hidalgo que atesora lo mejor de su raza, aquellas dotes de paciente trabajo y aquella ironía que es como el aroma de los viejos troncos gallegos. Este hombre ha hecho todo esto...

En línea la división, tiene allí mismo, a la espalda de las posiciones, a los muchachos que "recupera". Son los enfermos y heridos recompuestos en las enfermerías de vanguardia o aquellos que llegan de las ciudades lejanas borrado ya su momento de horror.

El campamento tiene un aspecto legionario inconfundible. Torsos tostados y desnudos, cuellos en los que se cuentan los músculos tensos, brazos al aire acariciados por la inclemencia de la altura. Los cañizos somborean el espacio y le dan el aspecto de aquellos campos alemanes en los que se cultiva el cuerpo humano. Vallas, pértigas, fosos, ofrécense al esfuerzo gimnástico, y como es tierra de riego y el riachuelo trae agua hasta la acequia que estaba allí, en ella nadan los que saben o aprenden quienes les falta tan preciada cualidad. Los soldados toman rápidos aspectos deportistas. La carne sufriente se esponja, sana. Crece el músculo, curte la piel su pergamino, y el hondilón, huella de heroísmo, comienza a rellenarse, para dejar sólo el profundo arañazo del beso del plomo.

Es la hora media. Aquella en la que el sol se inclina hacia la tierra y el mar para mostrarse a otros y florecer en nuevas flores. Los soldados se hallan hambrientos. La mocedad reclama el goce del paladar. Muchos son tan jóvenes, que eso es para ellos un incidente; están en los años en los que la razón de vivir es otra. ¡Cuánta envidia!

—¿Come aquí el jefe?

—Aquí. Pero no hay nada preparado.

Y él dice:

—Traedme sobre esta piedra vuestro rancho.

El soldado se hincha de orgullo. El, quien los conduce, uno más en la fila. Tiembla el cazo en la mano del ranchero. Palidece la mejilla del que cocinó. Y caen las viandas en el plato de aluminio, que ha perdido su círculo perfecto al golpear por los caminos en la culata del fusil.

¡Buen potaje! Y ahora, este bistec, con sus patatas fritas, que no envidiaría el Fornos del 900 y era sueño de literatillos del último trozo de la calle de Alcalá. La huerta nos trae la blanca lechuga aderezada con las olivas cordobesas, y Córdoba enseñó a este artista del fogón a dar su punto dorado a la carne de membrillo, membrillos dignos de mis valles rondeños. El vino es rojo y caliente, como aquel que Portos buscaba antes de emprender las aventuras en las que le metió Alejandro.

A reposar. Los “recuperados” sienten en sus venas todo el hechizo de la salud. El ejercicio mañanero, la proximidad de la guerra—ahí mismo—, la alegría de vivir y esta alimentación rebosante les sumen en la somnolencia de los veinte años, bajo el sol de altura y la brisa marinera.

El coronel sonríe. ¡Buen maestro! El general deja percibir detrás de las gafas esas dos rayitas de sus ojos de los días buenos...

—¿Hay permisos, coronel?

—Por riguroso turno. Hoy se va ése.

—Toma, muchacho; gástalo con los tuyos; diviértete. Los billetes se hunden en el bolsillo sin fondo.

Ahora el caballo afirma sus patazas para no resbalar en el descenso. Parecen garras al agarrarse a las canchas sus pezuñas...

C i n c o f l e c h a s

Es una casita de pequeño burgués provinciano. ¿Boylesv? ¿Duvernois? ¿Quién es el maestro de novelistas que describe con delicadeza casi amorosa estos pulcros hogares "de las afueras"? La guerra nos lleva la memoria; se nos llevó libros y papeles. Apenas si recuerdo en línea vagorosa el trazo de aquella novela que contaba las impresiones del niño en la balaustrada... Es una casita tan débil, minúscula y cuidada como si la hubieran hecho los geniecillos del bosque en eterna espera de su Blanca Nieves. Dentro, en las habitaciones, pálidos tonos rosados y azules en las dos alcobas que esperan sueños de infancia; un comedor de gran ventanal, y más allá, la balaustrada; terraza, en la que los niños meditarían sus puerilidades. Todo tan frágil, sencillo y dulce, que admira advertir ruinas y destrozos alrededor y verla intacta. La bomba del avión, el proyectil, cayeron por allí, sin atreverse a tocarla. Temblarían sus paredes como la carne tierna que albergaba, pero ni siquiera un impacto de fusil saltó la cal de sus muros.

La rodea un jardín. Delante, pinos esbeltos que matan la hierba y dejan el suelo mal afeitado; detrás, jazmines, mirtos, naranjos y esos canalitos runruneantes que recuerdan los lugares donde el árabe puso su planta y su arte.

No; no es una casa para militares en pleno desarrollo de su oficio. Resaltan los ecos dormidos el paso de

las botazas ferradas, y el aire se desplaza hacia los rincones al vuelo de los capotes, que traen lluvia de la calle. Sólo allí, en aquel lugar donde trabaja el general, todo tiene la calma dulce de entonces... Se escucha roce de papeles, desplegar de mapas y la caricia del lápiz blando, que traza sinuosas y sabias rayas distintas, en la presentida topografía del terreno de lucha.

Hay siempre un gran silencio; se habla en voz baja, porque todo se percibe desde todos los sitios, y el trabajo es duro y necesita aislamiento. Los ayudantes, los ordenanzas, caminan con tiento, para que las paredes no lancen hacia el despacho ruidos inútiles.

Y de pronto, aquello se llena de risas...

Es más de la media tarde. Los tonos del jardín confúndense en uno solo. En el pinarcete alborotan los gorriones de la huerta, y, fragante, abre el jazminero sus mil florecicas, para bañarlas en la noche.

Llegan ellas... Ellas, que están siempre cerca del soldado, no están nunca con el soldado. Trabajan, sufren alegres las molestias de la guerra, se distraen en la labor y se aburren en su soledad sin acercarse al hombre. Hay algo en la guerra que nos funde y nos separa. Somos buenos amigos, nos vemos cuando el destino lo quiere, pero nadie busca a nadie, como si el trágico espectáculo que nos envuelve nos hermanara sin afanes de corazón. Muchas veces parece sorprendernos la presencia de la mujer, pero reaccionamos fácilmente al saberla camarada en la labor. Ellas se han arrancado la costumbre de agradar, y sin dejar su barra de "ruge" ni todos los toques y sabidurías de la presunción, caminan con la mayor soltura entre todo un Cuerpo de Ejército que las admira y quiere. No están aquí las novias, ni siquiera las madrinas; viven unos soldados femeninos, pulcra la piel, sana la sangre, cándida el habla y afectuoso el ademán.

Entra en el jardín el grupo instructor móvil de la



Falange Valenciana en un matiz igual, azul y negro. Mientras esperan, las manos de uñas cuidadas cortan jazmines y tejen viznagas. Son mujeres, señor, y van hacia el aroma y la luz. El jefe, nuestro general, desciende por la escalera enjuta y apoya un instante la mano en la balaustrada. La recia figura parece haber crecido más. Sonríe casi dulcemente. Le han arrancado del trabajo, y agradece la caricia de la presencia femenina. Ellas toman apariencia militar. Uniformadas, rígidas. Alguna sonrisa dibuja su línea entre carmines. Y la más blanca de las manos prende en el pecho laureado cinco flechas que para él miniaron artífices de Mallorca.

Esto es todo. Apenas si tiene importancia. Es una palabra agradecida que ha tomado la forma inmortal del emblema; es el respeto, la colaboración en el ali catado de una linda joya modesta.

Y se habla. Sin halagos personales. Sin piropos. Se habla de los comedores infantiles, del campo, de Valencia... Hay una intimidad de compañeros, y en lo hondo, la rendida admiración del hombre.

Hace unos instantes me ha llegado un romance jafifiano sobre la guerra en España. Avido de lectura, lo he leído, y es ahora cuando creo comprenderlo en la actitud de estas niñas que solas en la guerra van.

Las mujeres de El Belad dicen: Nosotras cantamos con el río, y nuestros cantares son azules. Preguntádselo al aire, que lo sabe. Las mujeres españolas no precisan alargarse con "kohol" los ojos, porque se los alargan con "kohol" de lágrimas...

Nuestras camaradas lo saben bien. Lágrimas han brillado muchas veces en sus ojos, no "porque el que ella quiere se ha descalzado para pasar el río y la muerte ronda guerrera y chilaba", sino porque uno, ¡cuálquiera!, ha dejado a su pequeñito en sus manos al irse con los que saben mirar de frente al sol.

Ya lucen las cinco flechas sobre el corazón del jefe.

Ya la palabra ha dejado de ser de una, para ser de todas.

Ya la casa del general parece más chiquita en la sombra.

Y por el camino húmedo, mojado por la lluvia reciente, van ellas; ellas, que están siempre con el soldado y nunca con un solo soldado.

El tablero de ajedrez

Ibamos en una visita al sector. La mañana se había entoldado, y de pronto comenzó a caer agua como cae aquí, en esta tierra, prima hermana del trópico. Dicen los indígenas que esto es una casualidad, porque nunca llueve; pero la casualidad persiste, y el año ha sido húmedo. Yo no he visto anegarse los campos de la forma que se anegaron cuando estábamos en el campamento de Chert ni fundirse el mar con el cielo tan intensamente como se juntan en Benicasim. Hasta las ramblas secuzas y pedregosas se alborotan, como si los guijos se convirtieran en agua y anhelaran la sal mediterránea. Y con la misma velocidad se viste de azul el día y el río seco se calcina a un sol lento e implacable.

La nariz era ya una gárgola goteante, y aquellos chorros, el barro amarillento y pegajoso, el brillo del relámpago en el cielo cárdeno, daban al paisaje, inmóvil, sin vida, mayor desolación.

Al saltar tormenta y ventisca se mira arriba con una sonrisa triste, que es el único consuelo que resta. Las trincheras del llano se anegan. El soldado, cubierto por la cortina de agua, sale. Así salen los bichejos de la tierra al sentir se les anega el hogar. Las de la montaña, naturalmente, mejor saneadas, sólo tienen el suelo molesto; pero aun a éste se le echan hierbas y retamas, para darle mayor abrigo. El campo se pone feo, muy feo.

Con el tiempo así, las ruinas toman viejas calidades. El pueblecillo triturado por el cañón o los aviones, sin hombres, sin animales, hundido por el manotazo ira-

cundo del rojo, se cala hasta en sus más íntimos rincones. Aquella casa que nos deja ver el pálido y humilde azul de una alcoba, donde todavía está la añosa cama de madera rubia, barrotes salomónicos y dos altas mesillas, con su seriote tablero de mármol veteado en blanco, es ya un charco. El agua y la luz, el viento y la noche se han apoderado de ella para pudrirla.

En las ciénagas hay un hervor de minúsculas larvas. La vida busca sus elementos primarios, y mañana, al evaporarse la quieta superficie burbujeante, se alzarán en vuelo trompetero los mosquitos que amargan nuestras noches.

Ibamos en una visita al sector.

Nuestro coronel, buen amigo, el mejor jefe, escuchaba respetuoso las palabras del general. Nuestro coronel es un hombre que quiere ocultar los afectuosos latidos de su corazón con palabras tremendas. Se anima en la gritería, se espolea a sí mismo, se emborracha de acentos, y al ver al pobre que le escucha trémulo, avergonzado, deseoso de corregir su falta, la mano blanca y fina, mano de raza hecha, se posa dulcemente en el hombro, mientras los labios bromea ya y toda la malicia coruñesa salta y chisporrotea en los ojos.

El general se condolía:

—¡Qué tiempo! Envíe a este sector chapas; que todos los que no tengan servicio duerman a cubierto.

—Sí, señor.

Y seguíamos.

—Estos bárbaros han destruído el pueblo y siguen cañoneando las piedras, en las que no hay nadie.

—Sí, señor.

¿Resbalaba la tragedia en su sensibilidad? No. Es la costumbre.

A los que vienen por aquí de espectadores, el triste escenario de la guerra les deja inmóviles y mudos, concentrada su emoción muy honda, íntima. El general,

que no sale del frente, piensa en mañana, en los que están por ahí, perdidos u ocultos, y encontrarán sus casas deshechas... Este espectáculo de la destrucción y la muerte sorprende el primer día, inquieta el primer mes; luego es igual, constante, y si no se lanza la imaginación hacia el futuro, a fuerza de horror se vive entre el horror indiferente incluso al dolor físico que no nos atañe.

Por allí íbamos, sin comentarios.

En un instante, el rostro del coronel se transformó:

—¡Mi general!

—Dígame.

—Mire usted allí.

Entre cascotes y barro, astillado, sucio e inútil, aparecía un tablero de ajedrez. Y continuó nuestro coronel:

—¡Qué barbarie esta de la guerra!

Ni la lluvia, ni el viento, ni las ruinas, ni el fango, quitaron una de sus claras notas a la carcajada del jefe...

Pero es, amigos, que don Fermín fué campeón del noble juego. En la vida de guarnición y en la de campaña, como el mejor tesoro de su equipaje, van tablero y fichas, y al terminarse la jornada siempre surge alguien que pone sobre el tajo su cabeza. Y en aquel minuto, en el que parecía alejado del sufrimiento, tocó en su corazón la llamada del encanto.

El tablero de ajedrez para él, un librote a otro, la curva ascendente de la columnilla salomónica, el bordado de una reja, ¡cualquier cosa!, trae a cada uno el recuerdo de lo que fué, de su vida, de su hogar lejano, y es entonces cuando entrañablemente queremos al paisaje desolado y nos da rabia e ira el manotazo cruento e inútil del enemigo.

Y dejamos de ser espectadores fríos del horror que no nos conmovía.

La alegría de volver

El tiempo pasa lenta, muy lentamente.

Ese que está ahí, a la izquierda, dice que sabe la hora que es por el color del agua y de las hierbas, y mira a unas y otras, observándolas con cierto cariño. Luego dicta al aire su sentencia, sin que se le haga gran caso. Cuando ayer se desmayaba el día y el sol se hundió en el mar para surgir otra vez enorme y rojo, como contento del baño que le convertía en luna nueva, hizo lo mismo, y lo mismo hará luego, y mañana, y siempre.

Cansado de pensar por cuenta propia, se abre el libro que siempre llega a las manos por caminos que se ignoran y búscanse en él los pensamientos de otro. Este que tengo hoy habla de la primavera, y parece un poco raro lo que dice si se tiene, como nosotros, un escenario de otoño. Nos pasa lo que a esos americanos que leen nuestra literatura y no llegan a emocionarse del todo porque no comprenden un mayo florido y un junio envuelto en los perfumes camperos, ya que su corazón los recuerda entre nieblas y fríos.

Leer que las mariposas revolotean como flores locas hace sonreír un poco, y si abril nos envolviera, es posible sintiéramos en la piel el tenue estremecimiento de las emociones pasajeras.

Después de dos meses de ausencia cuesta trabajo arrancarse de allá, pero en el camino van cuajando las impresiones nuevas nacidas de los viejos recuerdos. Cómo estará aquél, y éste, y el otro... No se sabe de nadie, de ninguno de ellos, como si la guerra los tapara tras las cortinas de humo negro y acre. La avanzada, el

frente, es un gran pozo tragador, y lo mejor que nos puede pasar es no saber de ninguno. La vida los hace anónimos, la muerte resalta sus líneas. El gran silencio del frente es una garantía de encuentro y abrazo. Pero después de tantos meses de estar aquí, entre ellos, la paz de la retaguardia, el encanto de la ciudad, nos aísla en absoluto de los que son compañeros, amargándonos las horas suaves, que se van demasiado rápidamente.

—¡Se te ha cambiado la cara desde que te han fijado el día de la marcha!—me dice una hermanilla.

—¡Calla, que no se entere nadie!

—Entonces... ¿es verdad?

—Es verdad. Siento que corre mi sangre nueva. Mientras haya guerra no sirvo para estar lejos.

Y ahora estoy aquí. Y miro.

Mi libro decía en un parrafillo con dulce ingenuidad: “Esos arroyuelos cantan, sin que nadie se detenga a oír su música humilde, y, sin embargo, no se intranquilizan y prosiguen su suave canción, armonizada con el ritmo de todos los mundos.”

Y busco el arroyo, que busca a su vez al mar con ansias de grandeza. Por este árbol subía hace tres meses, quizá menos, el gusanillo verde y ciego como un hilo misterioso que cosiera solo, palpando con su cabeza leventada el posible obstáculo que le detuviera. Ya no está ni estará nunca.

El sueño no cerraba por completo mis ojos. El silencio y la quietud avivan el alma, y se contempla el mágico reflejo que, como una siembra estelar, cae sobre los campos y el mar.

—¿Qué hora te dice la hierbecilla que es?

Sonríe, azorado, sin hablar, moviendo la cabeza como un reproche.

—Contesta; tú sabes que no me burlo.

—Fíjate allí.

Dos nubes cárdenas cubren la desnudez del sol. La

luz anima ya el campo. Y el último grillo canta, como si su pobre instrumento se oxidara por instantes.

El cielo, terso hasta ahora, tímidamente, muy despacio, comienza a vivir.

Puedo leer, pero vuelvo a mi gusto los párrafos de exaltación primaveral.

Entablo un diálogo caprichoso. Y me divierto así.

—El otoño avanza espléndido, y todo el campo se viste de pálido.

—Constituye un goce purísimo el ver a algunos pájaros escalar las más altas ramas de los árboles para saludar desde allí al sol.

—Al penúltimo sol, antes de las lluvias.

—Al sol de aquí, que es de siempre.

—Ya no te acuerdas de Chert.

—No estaba.

—Es verdad. El viento se nos llevó las tiendas, ¡y caía tanta agua!

—A esta hora se toma parte de la alegría del despertar. Fíjate cómo resuenan los pasos en esta imperturbable serenidad.

—Sí, todo tiene un eco mayor.

Las ramas, los recodos, las piedras, han estado durante nuestra ausencia como las dejamos, sólo que ahora las hojas crujen al pisarlas. ¿No es todo como una caricia?

—Cópíame ya sin miedo. Estás haciendo un poco el estúpido.

—Como quieras.

—Anda...

—Tú dices...

—Una gratitud pura te penetra, cual si todo quisiera darte la bienvenida, mezclarse a ti, decirte, en el lenguaje mudo de las cosas, algo muy afectuoso y profundo.

—Calla. ¿No oyes?

—Coge esa ramita seca: está casi podrida; su ende-

ble corteza no ha podido preservarla de la muerte. No la tires; déjala en el mismo sitio, sin violencia, como si fuera un ser sensible.

—Así lo hago.

—¿No te das cuenta de que hay una fuerza ingenua grande y nueva en ti, que te dicta esa ternura y este adiós?

Guardo a mi amigo en el bolsillo. Algo me llama allá sin voz y sin sonido. Voy.

Del campo al mar.

Ayer dormía yo en el sexto piso de una casa sobre calle nueva de San Sebastián. Llovía, llovía eternamente. Las botas de hule en las muchachas disimulaban con horror la fina línea de las pantorrillas desnudas. Bajo los toldos relucientes de los bares de moda, se agrupaban, golosas de licores raros y dulces escogidos. Sorbitos y mordisqueo bajo el agua y el humo azulado de los cigarrillos rubios. La avenida charolada fundía su final con la playa borrosa de niebla.

Quise ir al cine; desde hacía tres días las localidades cómodas aguardaban a sus previsores dueños, y me dieron una de la última fila. Allí no se veía el lienzo, se amaba. Se amaba con alegría y limpieza; diálogo tenue entre uniformes y sedas claras.

Me acompañaba un amigo extranjero, asombrado y charlador.

—Hoy—me dijo su media lengua—me han presentado en el hospital José Antonio a una muchachita de quince años que está sola. Todos los suyos sufren en la zona roja o han muerto en la lucha. ¡Nunca vi tan grande espíritu!

—España ha desterrado el luto.

—Exactamente. Creí que bromeaba al decirme que

estaba sola y allí dormía, comía y hasta ganaba los céntimos necesarios para el "ruge". Contenta, alegre de bastarse a sí misma. Sana de cuerpo y alma. Luego he paseado por estas calles, donde los convalecientes recuerdan los campos de gloria. Es una ciudad contenta, nutrida, con más de lo suficiente. Esto sólo en España es posible.

—¿Por qué?

—He pasado por Francia en los días de peligro de una guerra en Europa. Un crespón negro cubría todos los rostros. Al acabar la radio su emisión lloraban las mujeres del hotel y los hombres quedaron mudos. Y era sólo una amenaza. Si cualquier país sufriera la terrible conmoción vuestra, en la que ni una sola familia está sin dolor, la pesadumbre aplastaría los pueblos. Sois una raza magnífica y temible.

—Si fueras a los frentes verías que esta alegría es reflejo de aquélla.

—Muchos pueblos escriben canciones de muerte. Algunos hacen sus himnos, en los que se la recuerda; pero ninguno los escribe y los siente al llegar la verdad. Sólo vosotros...

—Alguien ha criticado este encanto de la ciudad de retaguardia.

—Alguien, sin duda, enfermo en su carne. San Sebastián ofrece al combatiente la alegría que busca y espera; al emisario la sensación de llegar a la tierra prometida después de salir del campo infernal; al extranjero, la plenitud del triunfo, y a todos el contraste.

—¿El contraste?

—Sí; entre el frente y la retaguardia, al soldado; entre el dominio comunista y la vida civilizada, al huído de allá; entre una Europa estremecida y un país consciente y alegre de su sacrificio, al extranjero.

—Pues toda España está así; sólo varían los leves matices temperamentales.

—Te creo. Siento no poder ir a Andalucía y recorrer el campo.

—¡El campo! Acabo de atravesarlo yo de Norte a Centro y Levante. Cuidado, limpio, nunca tan bien trabajado. En los prados norteños, regados por el cielo pródigamente, pastan los ganados lustrosos, bien nutridos por una hierba jugosa que parece gotear manteca al ser tronchada. En los trojes amarillea el maíz y las huertas verdean magníficas con las bolas enormes de las calabazas maduras. Más abajo, la tierra removida, cuajada por las parejas de mulas aradoras con la fina silueta del hombre guiador. Más allá, todo el alegre ir y venir de la vendimia. Carretas cargadas de cestos rezumantes, llenos del fruto morado y lustroso; las mujeres, entre las cepas, canturrean en la labor, levantándose de cuando en cuando para que los músculos de la espalda recobren fuerza. Al paso, las más jóvenes sonríen, enseñando los dientes blanquísimos, que limpia el zumo generoso de la vid. Más lejos, las ventanas lucen las rojas colgaduras de guindillas y los camiones transportan los pimientos, que se despiden de la luz para hundirse blanduchos en el encierro de la lata que les hará viajeros por todos los caminos del mundo. Las chimeneas se empenachan de negro, los talleres soplan el bufido de sus poleas y los pueblos bullen y viven.

Conforme avanzo, el sol es más cálido, y ya en las cercanías de Híjar cruza un camión-grúa que arrastra al pobre cañón inválido: el primer "herido" que veo de nuevo. Hace un rato—Fuentes de Ebro—han aparecido ante mí las huellas de la guerra, el pueblecillo roto... Pero aquí han vuelto las gentes que huyeron aterradas.

Veo los grupos comadrosos zurziendo al sol sus telas negras. Han tornado, como vuelven las golondrinas a sus nidos de antaño, y si los encuentran rotos por la vesania de los hombres, pacientemente acumulan las pellas de barro y los palitos para incubar su pollada. Estas mujerucas viven en medio de los cascotes, del polvo

blanco y gris de la cal y el adobe; otra vez en el viejo solar. Y el campo, que tiene las heridas del proyectil, los arañazos de la trinchera y el montón de cemento del ametrallador, dibuja los surcos recientes en amplias curvas para saltar el obstáculo de la ira.

Ayer dormía yo en el sexto piso de la casa nueva, gris como el nido del arma terrible, y hoy todo el cielo de Levante es mío y los campos se me ofrecen con otras glorias. Tienen los naranjos sus verdes bolas que dorará el sol, y alguno un renuevo de azahar engendrado por la lluvia y el sol de las últimas horas.

Camino por esta trocha sin polvo, de fina arena marinera, saciando los ojos de Mediterráneo. No es el mar que dejé revuelto, saltando arisco por encima del puente del Kursaal; no tengo delante aquel polvillo de agua que pone en el monte una pátina constante e inolvidable. Todo es claro, enérgico, rotundo. El sol es el sol y el azul se torna violeta en la lejanía.

Una pita aguza sus pinches blandamente doblados los brazos, como enamorados del agua; una chumbera estéril se esparce como flor monstruosa. Más adelante, la verdad del paisaje será mayor y tendrá ya fruto.

Mar adentro, dos barcos, proa a tierra, pescan para los soldados; cielo arriba, un avión vigila y se va. Algunas veces llega, como adormecido, el estruendo del cañonazo que destruye Nules.

Estuve en Nules hace unas horas, y me acordé de Tarna. No he visto dos catástrofes más parecidas; pero Nules es mayor, se extiende quizá en más grande perímetro que Castellón, y Nules puede ser sólo un recuerdo para los que allí nacieron. Sólo quedaba intacta una casa: el cuartel de la Guardia civil. Quiso el destino que entre tanta ruina, como vigilante de asesinos y ladrones, se alzara la casa-cuartel; pero ya le han acertado dos proyectiles, y su herida es una más del pueblo vencedor y martirizado. Volverán a él también las golondrinas a reponer sus nidos cuando la guerra avance un

poco más. Hoy sólo algunos soldados caminan entre las piedras que ganaron, conscientes de que la ruina puede ser cimiento.

Ya pintan las casitas que fueron goce de los veranos. Villas de cartón, con sus rejas endebles y presuntuosas, jardines mustios y ventanas desdentadas. La playa solitaria balancea al aire y la marea los restos de una buceta blanca que enseña su costillaje, y un carbonero minúsculo se deshace encallado en la arena playera.

No salta el gato de siempre... Al atravesar un pueblo, la silueta estilizada, flaca y ágil del gato cruza la calle para huir del insolente. De noche, los dos puntos fosforescentes de sus ojos brillan en la sombra y se van rápidos. Fuegos fatuos de las callejas, con la mañana toman la forma del gato. Pero aquí no hay gatos. En los pueblos de guerra han desaparecido todos, y habrá que importarlos, para que la señora Ratoncito, tan de su casa y prolífica, no se coma las futuras cosechas encerradas en los graneros. A mí me entristece no verles enarcar el lomo al sol, ronroneando goces.

Ya estoy.

Lo que fué hotel de los días de calor para los burguesotes de Castellón y Valencia, aparece en la vuelta del camino. Su nombre se ha borrado tras el cartel que le define: "Hospital de Sangre."

Son las diez de la mañana, de esta mañana rutilante.

En la sombra del cemento.

Algunas cabezas negrean en el agua azul.

—¡Sargento!

—¡Mándeme!

La voz sale del mar, y casi puede advertírsele la rígida posición impuesta por la costumbre.

—Que no entren demasiados, porque los saco a todos. Y como un pastor de ovejas infantiles, el sargen-

to da unas brazadas para llegar antes y empuja a los soldados tierra adentro.

Son los convalecientes, los heridos de ayer, ya casi sanos, que toman su baño matinal. Les miramos con ancha sonrisa y nos alegra su alegría.

Salen chorreantes; el torso renegro, al aire; desde la cintura, el pantalón de un pijama cortado más arriba de las rodillas.

—Señorita Emilia, tengo hambre. .

—Ven.

—No sabes—me dice la enfermera—lo que comen. Mira ése; no quisiera sanar nunca. Y pan..., más pan, ¡siempre más!

El sol calienta. Los bañistas se tienden, mordisqueando el desayuno. Los otros, aquellos que todavía no deben agitarse, buscan la sombra en los pilarotes de cemento de la que fué terraza, y asoman las piernas vendadas más allá de la cortadura de sombras y luz dozada.

Las chicas van y vienen. Una palabra, una caricia, el arreglo de la cabeza que dormita. Otras arman el altarcillo que encierra la maleta de campaña sobre una bandera nacional y ponen a los lados flores que cuida uno que fué jardinero en sus años de paz y volverá a serlo mañana.

Por la vereda que yo caminé empiezan a dibujarse formas. Mujeres de negras telas o telas claras, en fila, presurosas, con el temor de llegar tarde. Silenciosas también, esperan luego a un lado. Las muchachas buscan el contacto de los amigos.

—¡Cómo estás ya!

—Pronto nos dejarás para irte con los tuyos.

Esas trivialidades amables que se cuentan a los enfermos y ellos reciben sonrientes.

Es otra vez domingo. No hay iglesia por los contornos, y mis buenas golondrinas, que tornaron a sus nidos, encuentran aquí lo que les quitaron con violencia.

Cada ocho días aparece una nueva, dos, tres...

Algo como una sincera gravedad cae sobre el hospital al asomar el curita soldado revestido. Sus sedas humildes, estampadas con galones opacos en los bordes, son las de siempre, y como oficia al mar o en la sierra, toman esta pátina que sólo otorga el aire libre.

Espera un momento. Dios mismo, Jesús, se detendría para que ellos se acomodaran. No es fácil. Las sillas se cuajan de heridos y los ventanales se abren para que oigan aquellos que no abandonaron la cama.

Las cabezas se inclinan y un rumor comienza.

Es el rumor del rezo, que busca y se funde con esos otros rumores del agua y del viento hasta hacer una sola armonía. No hay aquí toses de beata, roces cansados de niños que se inician en el santo misterio. Cada uno guarda su sitio, y los pies inmóviles permanecen.

Bate el agua; dulcemente corre la brisa.

Y el domingo absorbe toda su luz.

Andante.

En las viejas catedrales, destacadores, como embutidos en las flores góticas, apoyados en los nervios de las columnas inmensas, los tubos del órgano platean magníficos. En la bóveda, el sonido resbala por los ángulos y busca la amplitud del cielo en una caricia de despedida por las piedras ambarinas, lienzos oscuros e imágenes brilladoras. Oscilan las candilejas, mecidas por la sonoridad, y las llamitas de los hachones se agitan convulsas. Aquellas notas profundas, bajos celestiales, parecen estremecer los ecos dormidos. Aquellas tan dulces y finas, cantos monjiles plenos de poesía, apenas son arañosos del aire aromado y quieto.

En las viejas catedrales españolas, el órgano es una maravilla más. Tiene su firma, no grabada en la madera

o el metal, sino viva siempre en el sonido. El que posee el don de la música puede dar el nombre del artista constructor al pulsar el teclado.

Los maestros muchas veces pusieron su corazón sobre el pentagrama para tejer música religiosa. ¡Los grandes pergaminos miniados, con notas inmensas! Es una música distinta y más honda. Se alarga infinitamente, como nacida en otro órgano humano, pero más noble que el cerebro. Y a veces la voz del hombre se funde con la armonía para cantar su renunciamento.

Es tan firme el sentido religioso de nuestra pobre humanidad, que busca en todo lo que resalta la presencia de Dios. Y en aquellas melodías que no se escribieron más que para goce del espíritu encuéntrase la idea del Señor presente.

Nosotros no estamos bajo las piedras que se acumularon en un espacio de años. Estamos bajo la bóveda que hace siglos, miriadas, siempre, guardó a la especie. No hay alicatado más sutil que el que forman las nubes rizadas al fondo del horizonte marino, ni cera encendida con más brillo que ese que entra en un rayo de sol. Todos los ecos, los sonidos, los murmullos, los susurros, llegan envueltos, como se funden en juego magnífico las siete notas del pentagrama. Pero todo esto es música creada por El, y nosotros, que somos su hechura, queremos regalarle la que producimos.

No sé de dónde, las manos de los soldados arrastraron hasta aquí un órgano minúsculo de amarillenta madera, carcomida por los bichitos barrenadores. Sus bayetas fueron roídas en algunos sitios, pero los tubos, intactos, exhalan limpias las notas. Chirriaba el fuelle, fatigado del esfuerzo. ¡Es tan viejuco el pobre! Y con mimos femeniles se acariciaron sus juegos y roces. Alguien dijo: “¡Ya está!”, y otro se sentó ante él para arrancarle el divino secreto. Gritó, áspero y gangoso. No sabía aquél traer la suave melodía para que se transformara en sonido dentro de las entrañas del mueble so-

noro. Y los ojos, desalentados, buscaron largamente un poseedor de manos pálidas que supiera interpretar la vieja almita del órgano humilde.

En un Ejército estamos todos. Profesiones, oficios, artes. Con el fusil en la mano o el esfuerzo donde se les pida, los muchachos de España acudieron a la llamada desde todos los puntos de la rosa de los vientos. Y el músico surgió, como surgiría el matemático, el químico o el obrero.

Al transformarse el pan en Cuerpo, nuestro órgano supo cantar. Su vocecilla atiplada, que tiene cadencias graves, como la voz fina de un viejo recuerda los tonos de la edad viril, resbaló por el pino cercano, y al no encontrar el tormento de la techumbre, fué hacia arriba, diluída en el aire. Nunca sonó el andante a mis orejas como esta mañana. Jamás encontré en la Patética mayor encanto. Y luego, las voces de las mujeres, de las niñas y de los heridos se fundieron en una sola, elevándose en un canto eucarístico cuando la campanillita había dejado de sonar.

Las manos del soldado músico parecen recoger las notas, ampliarlas con el ademán cauteloso, con la pulsación rápida, hacerlas más enérgicas y breves. No pulsa con aficiones fugitivas. Aquellos ojos clavados en el sonido, aquella frente protuberante y ancha, y sobre todo las manos, las manos, que pasan por el aire como si tuviera forma carnal, resaltan a alguien un poco más que profesional y mucho más que aficionado. Se ven bien estas cosas.

Y luego pregunto:

—¿Quién es?

—Carlos Arigita.

—Ya.

Oí hablar de él en el Madrid que vivía. Su nombre comenzaba a salir del grupo profesional. Le teníamos como un muchacho de claro porvenir. Ahora es soldado del Cuerpo de Ejército gallego, y viene hasta el hos-

pital de sangre los domingos para pulsar el órgano que sus compañeros encontraron perdido en una de las encrucijadas del sendero de la guerra.

El sabor del retorno.

Cada minuto trae la presencia de un compañero o de un jefe. Desde aquel al que todos miramos con supersticioso respeto al más pequeño. El ademán acogedor del general, la respetuosa sonrisa del pinche de oficiales, todo atrae y funde con los que aquí están. Parece que le dicen a uno: "Yo sabía que volverías."

Encuentro el frente igual en su espíritu. No hay cansancio en nadie. Ha cruzado el verano y se prepara para los tiempos que llegan sin preguntas ni impaciencia. Es una conformidad confiada la que a todos envuelve. Pocos faltan. Alguno se marchó para siempre, y la mano cálida del sustituto se tiende cordial.

Muchos han ascendido.

—¡A tus órdenes!

Y nos reímos todos...

Y los niños vinieron...

La orden corrió por los pueblos y las ciudades, hasta llegar a nosotros. Era tajante, seriota, y al final se alargaba en un mimo femenino. Decía que se hiciera una fiesta para solemnizar el segundo aniversario de Auxilio Social, y que el espectador al que debía atenderse era, sobre todo, al niño...

Ellas se reunieron. Cabecitas de finos perfiles se juntaron, inclinándose pensativas. Allá lejos, donde la paz señorea y sobra todo, esto era muy fácil. Siempre hay un teatro disponible, artistas que se infantilizan durante dos horas para regalar su talento interpretativo a la infancia, telas, luces, músicas. ¡Pero aquí! ¡Aquí... no hay nada!

—Lo ordena Mercedes, chicas.

Y Mercedes, el nombre conductor de Auxilio Social, impulsó la voluntad.

—¿Quién podría cantar?

—Yo canto todas las mañanas mientras me fregoteo.

—Pues tú.

Y ahora se hunde, abrumada por la tremenda responsabilidad.

—¡Con éstas!

—Bueno.

"Estas" fruncen los ojos, como si fueran a llorar. Llaman al grupito—casi infantil—las Marías, porque todas se unen bajo idénticas letras. Ella es alta, fuerte, alegre y bonita; tiene ese encanto que París llama del diablo porque funde la adolescencia en el pícaro reposo meditador de la mujer.

La "junta" continúa.

—Por ahí rondan de noche unos muchachos guitarre-
ros que cantan eso de "Sola, sola,—sola se queda Fra-
gela..."

—Es la canción de los estudiantes gaditanos.

—¿Los llamamos?

—¡Ya tenemos orquesta!

Y así, zurciendo estilos y aficiones, rápidamente se
formó un programa que duraría veinticuatro horas, sin
descansos. A pulir, a ensayar, a romperse la garganta
repitiendo mil veces cada número; todos juntos, en un
patinillo, en algarabía donde la risa lo es todo.

Acude el soldado que fué "clown" provinciano, ese
otro que sabe aconsonantar palabras y decirlas con rit-
mo y gracia y aquel que pulsa la "sonanta" mientras el
compañero "jotea" por todo lo alto.

¿Cómo se hizo? Así como os digo, porque lo había
ordenado Mercedes y se podía. Tened en cuenta que la
guerra está ahí cerquita, y no han llegado aún los pro-
fesionales del arte.

Las muchachas de Castellón y de Valencia han sido
autores, artistas y empresa. No sé aún cómo la volun-
tad de las que dirigen la propaganda con supremo acier-
to ha podido improvisar un espectáculo que divirtió a
los pequeños, entreteniéndolo a los grandes. Ni un roce,
ni una "artista" titubeante, ni una luz que guiña y no
se enciende.

Más de mil niños, con un juguete cada uno, atentos
a lo que allí pasaba, vigilados por los blancos delanta-
les con el dragón bordado. Arriba, soldados; en los pal-
cos, los jefes.

—¡Empiezo! ¡Voy a empezar!...

Es el traspunte un combatiente que fué empresario
del Principal, de Valencia.

De la frente al pecho, la cruz que salva en los tran-
ces difíciles. Algunas bombillas, un poco cojas, se en-

cienden. Luz roja. ¿Cómo? ¡Ah, no sé! Pero luz roja en la batería, dulcemente suavizada por un foco azul. Las Marías visten sus trajecillos de la huerta. Lentejuelas brilladoras, peinas y alfileres de aljófar, y sueltas, sonrientes, cantan. Aquella que hablaba del fregoteo mañanero se destaca pronto. Puede más su temperamento, la impulsa ese hálito que brilla en algunas frentes y que no se aprende en ninguna escuela. Es lo que llamó alguien, en romancillo, el beso de los dioses entre los ojos. En la sala, el rumor de lo que "llega", de lo que triunfa. Ella lo percibe; su sensibilidad crece, se adueña de la carne, y la tímida conviértese en una figura suelta y audaz a la que se permitirá ya todo.

Y el espectáculo crece y crece en el éxito.

Creo dije ya que si estas fiestas del frente pudieran ser trasladadas a la retaguardia serían una gran sorpresa para muchos. Hoy lo ofirmo. Cuando no hay guerra y la ocasión salta, todos los que están en su deber se hermanan para divertirse un poco, y os digo que en muchos teatros donde pagáis vuestro buen durito por la butaca no veis lo que nosotros vemos. Tiene todo esto un ingenuo encanto, que no sé si podrá conservarse en vuestra vida repleta, pero que si fuera posible llevar hasta ahí e infantilizarlos, para que vuestro espíritu crítico sólo viera lo que nosotros vemos, os dar a una sensación de frescura juvenil, de avanzada, que permanecería largamente en vuestros labios.

En fin, es cosa nuestra. Cosa nuestra, tan íntima, que quizá esté yo equivocado y sea sólo el campo y la guerra lo que nos otorga la facultad de cándida diversión.

Pero en esto nos uniríamos. En el escenario se agrupan en pirámide todas las muchachas que sirven en los comedores. A la izquierda, una mesita con chaveas y su "doncella" recuerda el motivo que nos reúne. Hay una luz tenue en el grupo que parece fundirse en la cortina negra donde el fuerte brazo mata a la fiera estili-

zada por el dibujo. Bordonean las guitarras... Se advierte cómo las manos se alzan, se presiente el himno, y todos los niños se ponen en pie, en un impulso rápido. El teatro es un bosque de brazos de anhelos, de hermandad. Sin una señal, fundidas las voluntades en el mismo entusiasmo, cantan los hombres, las mujercitas y los niños, y al llegar al punto donde se vitorea a la Patria, en medio de un silencio vibrante, el general da los tres gritos que hacen de nuestra España algo distinto y nuevo...

Es la voz del conductor, es el alarido jubiloso del que se sabe bien llevado.

¿Podía tener esto ensayo? No; pero quizá la inteligencia de esa jefe de Propaganda había presentido el instante.

¡Valencia! ¡Qué fáciles son la sinceridad y el arte en esta tierra!

La fábula de la vela

Nos hemos quedado sin luz y sin teléfono. La noche es... como es. Zumban las brujas en el aire revuelto y por el cañón de la chimenea bajan sus gritos de espanto, murmullos aterradores, ese ulular que se arrastra por el camino y parece detenerse en la esquina de la casa. como si asomara con cautela los ojos para dar el bramido más profundo al verla desierta. Estas cosas aquí, donde tenemos el recuerdo de la luz metido en el cerebro, causan mayor impresión. No es tierra de fantasmas Levante; tiene demasiada fuerza el sol para eso y las noches una serenidad que las ahuyenta. Dicen que cae la nieve, y nosotros nos miramos entre sombras palpitantes, a la luz de la vela, que nos recorta en la pared, dándonos frío.

Por eso guardamos silencio. Callamos, con ganas de irnos a la cama y sin decidirse nadie a romper la tertulia. Uno habla. Se le ha puesto la voz bronca y extraña. Le miramos un momento para convencernos de que es él.

—Un día—dice—estábamos así. Era en Asturias. Se nos había apagado la luz, como ahora, sin razón aparente; aquellos nos puso de mal humor. Entonces, el capitán—¿os acordáis de él? Es un hombre inmenso, y la circunferencia de su vientre mide exactamente su altura—quiso afeitarse. Dormíamos en el polvorín, separados de los proyectiles y explosivos por unas tablas que hacían de tabique.

—¡Hombre, mi capitán, nos dejas a oscuras!

—No podría dormir con estas barbas.

¡No podría dormir! Llevaba con ellas quince días, y lo notaba entonces, precisamente entonces. El caso es que cogió el cabillo minúsculo y se fué con él. Todos quedamos como si la sombra se nos hubiera caído encima. El enemigo comenzaba a inquietarse. Poco después repiqueteó el teléfono: "¡Municiones!" Vino el capitán con la vela ya temblorosa. Media cara enjabonada, la otra parte limpia. Sostenía en alto la llamita, dándonos las órdenes precisas, escuetas, acertadas. Iba y venía entre aquel infierno, que sólo esperaba un chispazo para saltar, sonriente y sereno. Cuando terminamos la labor se quemaba los dedos. Fuera, nuestros cañones apagaban la furia roja. A la mañana siguiente amaneció un día claro en medio de los grises asturianos, y al demonio del hombre no se le ocurrió afeitarse aquella media cara barbuda. Esperó de nuevo la noche para completar su labor...

Todos sabíamos el episodio, y lo hemos oído sonrientes. Muchas veces nos volvemos a contar las cosas que se han vivido y están vivas en nosotros, y siempre parecen nuevas. Y a esta luz, con la velilla temblorosa y ese aire rechinante, mucho más.

—Cierta noche—comenta otro—vimos que a través del ventanillo de la casita donde guardábamos los explosivos se filtraba una raya de luz. Pasito a paso nos acercamos, y vimos a un hombre que había puesto la vela en el sitio más peligroso, y, de espaldas al ventano, manipulaba. ¿Qué hacía? No lo supimos nunca. Con una soltura de loco andaba con el polvo negro y terrible al borde mismo del fuego. Nosotros ni respirábamos. El deber nos tenía allí con el alma tan temblorosa como la llamita frágil de la vela. ¿Una hora? No lo sé... Cuando salió lo cazamos, y no llevaba nada encima. Dentro, todo estaba en su sitio...

Uno se ha levantado, y sopla la bujía.

—Así no hay peligro—sonríe tan contento.

Las llamas de la leña lamen en negro las paredes.
En los rostros hay un rojizo resplandor que conforta.

—No se oye el mar...

—Se habrá parado.

—El, amigos, es el único que esta noche nos recuerda dónde estamos. Su calma, su bondad, son eternas. Podrá ponerse más verde o más azul, pero no se enfada nunca.

—¿No sabéis más fábulas de explosivos?

—No.

—Enciende entonces, muchacho.

Y la vela alarga su luz con orgullo y va encogiéndose luego poco a poco, hasta quedar en su punto.

Mirándola se nos van las horas.

L a g r a n p a r t i d a

—¡Francisccoo!

—¡Voy!

El teniente Pérez Cinto parece que va a hacer un nudo con sus afilados huesos, y él, tan alegre, está muerto de risa. El teniente Rey golpea con su pata artificial: la otra, la que Dios le dió para andar por el mundo, se quedó en el campo. El teniente médico, panzudillo, con los ojuelos detrás de las gafas, burlón por temperamento, simula el papel de su enorme interés. Los demás, cada uno en lo suyo, en la labor, sonríen, trabajan y no pierden detalle de la partida.

Frente a frente juegan un capitán y un comandante. Aquél, con afán, con seriedad infinita; éste, con los pelos sobre la frente, purpúreo, en un esfuerzo de atención. Ya se va entre los dedos del comandante un alfil.

—¡Cómo está la política!

—Pues ¿y el Ayuntamiento?

—Esto es cosa de hombres. ¿Queréis echar a los niños?

—¡Francisccoo!

Llevan así quince días, pero hoy culmina el interés, por los diez duros que se apostaron. El capitán sabe jugar bien al ajedrez, pero el comandante ignora las más leves reglas del juego. El truco consiste en ganar la partida sin que se aperciba nuestro infeliz amigo de la complicidad de los demás. Ya os dije otro día que nuestro coronel es campeón en Galicia de estos menesteres; traza en un papel la marcha del juego, que el comandante se aprende de memoria, y si salta alguna ju-

gada que no podía suponer el cálculo, el comandante se levanta como podría hacerlo Zaconi, pasea, medita, y en uno de sus revuelos escucha tras de la puerta la solución que le traen los bigardos complicados en la broma. No se ha dado el caso de haber perdido una sola partida, y el capitán está convencido de la superioridad de su antagonista.

—Tú—le dice—debías jugar con don Fermín, y le pondrías en aprietos de los que no sé si podría salir.

—Comprenderás que yo no puedo ganar al jefe del Estado Mayor... ¡Jaque!

Mientras, el diálogo de la verbena continúa y sigue.

Y los diez duros se evaporaron en Jandilla y buenos trozos de lo magro. Horas después llegaba al capitán una carta femenina y misteriosa con el billete "robado".

—¡Cosas de estos!—dice—. Y ahora mismo vamos a bebérnoslos, para que aprendan a no derrochar.

Por el lío, el barullo y la algazara comprenderíais cuánto se le agradece el rasgo.

Nosotros no tenemos guerra, y para que esa cosa que dicen psicosis no nos agarre por el cuello, gastamos la energía en risas. Estos hombres que veis así, infantilizados, burlones, gritoncillos y manoteros, son los del sitio de Oviedo, los de Celadas y Morella. Vienen desde hace mucho a pie por los montes de España, sufrieron el terrible invierno de Teruel, las penas de la campaña tan larga, y ahora se rejuvenecen junto al mar, borrachos de otoño. Yo los he visto reír bajo el temporal, burlarse, como Rey, de su pobre muñón, jugar envueltos en la cortina de agua que anegaba las tiendas y convertía el suelo de tierra en un fangal.

Como si Dios hubiera querido premiarlos, su trance de paz ha sido en la masía del naranjal. No es muy divertido ver cómo amarillean y se doran los azahares convertidos en zumo, pero es mejor entornar los ojos por el sol que cerrarlos ante la nieve. Bienvenida siempre la paz, mejor bajo el azul.

¿Qué inventarán mañana? Nadie lo sabe. Lo terrible de sus bromas es que tienen que durar mucho, alargarse en revueltas y giros que las renueven, porque las noches son muy largas y la paz enerva al soldado. Y transmitir las a otros como el que cambia sellos, para que cada grupo se distraiga por sí solo.

Con estas líneas, la gran partida de ajedrez ha terminado. El capitán andará torvo un par de horas. Se le mirará en silencio al principio, sin hurgar más el amor propio rayado. Luego iniciará alguien una sonrisa, y de pronto estallará todo en la alegría del compañero. La señal la dará ese "¡Franciscoooo!" que se alarga por la huerta y parece saltar de árbol en árbol, como si la palabra tuviera cuerpo.

Las tres Marías y el pico

Viven... como viven. Pobres relieves de la tragedia, al salir de su Valencia se unieron al Ejército, y como son mujeres, no las dieron un fusil. Ellas buscaban la avanzada, y por la avanzada están, en servicios que sólo la mujer puede desempeñar.

Las tres se llaman María; así las mujeres de Cristo y las del poeta. Hay otra que forma en su línea, y que al responder a otro nombre es para todas el pico, el pico de las tres Marías. ¿Qué fueron? Antes, en los días de ventura, estudiaban, afinándose en cultura y preparación. Dos, Filosofía; otra, Medicina; el pico, pinta. Muchachas de ciencia, conservan la ingenua gracia de la ignorancia. Todo es posible. Nada debía sorprenderlas ya, y de todo ríen. Una no tiene a nadie sobre la tierra. Allá quedaron... Las otras presienten que se las espera, y cantan juntas y honestas desde que sale el sol hasta que se encienden candiles.

¡Viven... ¡como viven! Dos habitaciones estrechucas, en las que hay que saltar por encima de los catres para llegar al fondo. Trabajan donde comen, y al término de las horas de hospital o de Auxilio, en esos metros cuadrados que se les han cedido organizan pintoresco taller para sacar unas pesetillas más. No sólo de pan vive una licenciada, y la carucha joven y tersa precisa ciertas cosillas que animen colores, sombras y matices. ¡Amigo, veinte años no son para tirarlos, que pasan y no vuelven! Mis dos filosóficas amigas tejen lanas con una ligereza que sólo tiene igual en las lenguas; el pico pinta botones, muñecas, petacas... Y la tercera María recorta en madera los chismes graciosos e inútiles que ilumina su compañera. ¡Buen estilo!

Os lo repito con orgullo, por haber nacido en esta tierra de España. Buen estilo en la mujer nuestra y de nuestros días. Sola, guapa, teniendo que buscárselo todo, hundida en la amargura y el dolor, ríe, trabaja y vive con la sola ilusión de la victoria. ¿Mañana? Llegará, y veremos. Hoy ha pasado sin que el alma tenga una salpicadura de barro, y eso es lo importante. A los que se fueron, una oración y el fervoroso agradecimiento que nos hace a veces llorar; a los que luchan, afecto, gentil camaradería, y al que llegará... Bueno, pero ¿ha de llegar alguien? La vida es muy grata para saborearla así, ligera, casi alada.

Muchas veces me he encontrado con ellas, con las mujeres que van por la guerra. ¡Adiós, adiós!... Nada. Si ha saltado en los ojos de alguien una pregunta, la respuesta fué esa risa que parece la ráfaga de una ametralladora blanca. Y mis Marías, como todas, continúan. No quiere esto decir que a veces no surjan el amorío o la pasión; pero como estamos ante la verdad, pronto se hacen hondas e imperecederas.

La caricia de la mujer se afina en la guerra, espiritualizándose. No es un halago de la piel; busca las fibras cálidas muy profundas. Os voy a contar lo que han hecho ayer las tres Marías.

Estaban en su taller.

—Mañana—dijo una—es el Día de los Difuntos.

—Algo había que hacer.

—Yo creo que lo mejor es comprar unas flores y llevarlas...

—¡Comprar!

—Eso es lo de menos. Se las llevamos a un soldado en nombre de todos. .

—A un marino...

—Sí, al mar...

—Rafael tenía un hermano en el "Balears".

—¡Es verdad!

Y fueron por flores. Como no tenían dinero y era fiesta que no admitía gentileza de jardinero, mis tres Marías y su pico ofrecieron sus manitas para tejer coronas al precio de un ramo. Seis horas de trabajo, que ya han pasado, pero mira qué rojos y amarillos son estos crisantemos, que no desdeñaría Loti para su enamorada de la montaña, sobre la amatista nocturna del mar que le llevó. Ahora, al cruce de los caminos, a esperar un camión que nos conduzca donde está el soldadito elegido.

—¡Para aquí, chofer, que ya voy bastante despeinada!

Se alarga la costa en un saliente que eleva una torre desvencijada. Las piedras hacen espumear el agua, tan límpida, que todo el fondo se muestra en distintos y puros verdes.

El aire es transparente y fino cuando el cabrilleo del agua es dorado y se refleja desde tierra. Abajo, en el fondo, ancho caboso, busca su cena... Es la hora de arriar banderas, ese momento de suave tristeza en el que nos acordamos todos que tenemos que irnos. ¡Lo han cantado tantos! El ramo parece un puntito de luces revoloteadoras que caen sobre el gran almohadón chasqueante, nunca quieto, y asusta al caboso, que es un judío del mar, deslizante, blanducho y feroz.

—¿Me dejáis que bese vuestras manos?

—¡No seas tonto!

Ríen.

Y yo río.

La vida reclama, la carne joven pide.

—¿Merendamos?

—¿El qué?

—Algo habrá por ahí...

El ramo se mece ya entre las sombras.

Y los dientes trituran lo que había en el fondo del zurrón.

Así es...

El supuesto de ayer

Hace veinte días miraba el general estos naranjales que se extienden desde el pobre Nules al mar, llanada que toma por instantes en sus frutos el cálido matiz de una magnífica madurez. Creíamos que los contemplaba con esos ojos de agricultor que se le han puesto en los meses últimos, y que han hecho que todos respetemos la naranja, cuidándola como si de ella dependiera nuestra propia existencia. Es difícil esto. El fruto, ya casi maduro, se ofrece tentador al soldado, que por serlo y vivir en el campo tiene indudable tendencia a sorber el dulce licor que se le ofrece al alcance de sus labios. Pero se nos ha dicho que las bellas bolitas, tan aromadas, son oro de nuestra España, y aunque el deseo vaya hacia ellas, se le domina y contiene. Nadie coge una naranja, y el campo se transforma como en los mejores días de una paz respetuosa de todas las propiedades.

Hace veinte días el general miraba, y en los demás había como una complacencia por su propia satisfacción. Y dijo:

—Si el enemigo quisiera hacer un ataque consciente vendría...

El ayudante extendió los planos.

—... por aquí y por aquí.

El lápiz marcó dos rutas perfectamente definidas.

Un Ejército como el nuestro, aunque se encuentre largamente estabilizado en sus frentes, está dispuesto y a punto de maniobra. Horas después desplegaban unas brigadas, fabricaban un entrante profundo, las reservas

se movían y se hicieron en las mismas barbas del rojo espléndidas maniobras. Nadie movió un músculo. Ese prurito preguntón tan nuestro no existe en el frente. Se hizo con el sigilo, el silencio y la precisión necesarios. Y terminado todo, quedó el frente como estaba. pero perfectamente apercebido, por si saltaba la presión, dar la réplica contundente.

Siguieron las amplias jornadas de sosiego. A las noches oscuras dieron paso estas de hoy, con una luna nueva que permite ver con la misma claridad que durante el día, y ayer el enemigo se puso en movimiento precisamente por los puntos que la mano directora marcó con sus rayitas en el mapa. Los hombres se movieron igual que aquel día de las maniobras. Ellos alegremente entraron por la brecha que cedíamos con sonrisas, y al llegar al punto marcado las brigadas se cerraron sobre la retaguardia de las dos divisiones que emprendieron el ataque. A las diez de la noche había en nuestro campo quinientos enemigos a punto de entierro, más del millar de prisioneros y cuatro tanques desvencijados. Por la carretera comenzaron a rodar los camiones llenos de soldados de Negrín, y la gran alegría del triunfo embargaba el frente, porque nuestras bajas fueron escasísimas.

El supuesto de ayer se había convertido en una operación completa, en la que todo había salido como pensó el más exigente. Y los aviones rondaron el cielo para castigar mejor a los que se lanzaron.

—¿A qué viene esto?—preguntamos a un prisionero.

—No lo sabemos. De pronto se nos dió la orden de avanzar.

—¿Sin noticia anterior?

—Dicen que lo del Ebro va mal para Barcelona, y que se obliga a batirse en todos los frentes.

—¿Como recurso?

—Posiblemente.

—Pues ya lo veis.

Otro dice a mi espalda:

—Y lo sentís...

Pensad que éste es el peor sitio de nuestro frente. Es el llano, pleno de árboles; más a la derecha comienza la sierra, y nuestros soldados están en lo alto, dominando las posiciones rojas. Por ahí sería mucho más fáciles batirles.

La noche nos trajo también sorpresas. ¿Cómo dicen los poetas? El astro silente se puso rojo, rojo. Tan alto y tan diáfano en el cielo, que permitió admirar un eclipse en todas sus fases. Y cuando la luz de la noche se nos desvanecía sobre el mar, ese aparato noctámbulo que se descuelga sin motor nos dejó caer casi en la coronilla dos bombas que estropearon una hectárea de cosecha al general. ¿Por qué aquí? Ganas de matar tierra...

Luego todo continuó tranquilo. Sólo los ruidos de la tierra, del batir del mar y alguna voz humana que se eleva satisfecha de sentirse con vida.

Durante el día de hoy han tirado con cañón a la seranía. Mucho. Con rabia. La lección de ayer parece haberles dolido, por lo que gruñen.

Y si viérais al soldado cómo acoge esos cañonazos después de una victoria...

Hace poco quiso pasar la noche en la avanzada un amigo extranjero, quien deseaba gustar esa emoción para reflejarla en futuras conferencias. Al verle, al advertir sus ropas y su acento, un galleguillo de estos se le puso al lado y con todo respeto le dijo:

—Esté tranquilo. Aquí no pasa nada, porque nosotros somos muy seguros.

Pues eso. Nada más. Eso tan sencillo es lo que ocurre...

Del Puntal al mar

Chisporrotean los ataques rojos en toda la línea a lo largo del día. Se producen como pequeños incendios que saltaran en diversos puntos, deslavazados y sin forma, hasta llegar a catorce. Son respondidos con rudeza. Al ceder ellos, los nuestros contraatacan vivamente. Metieron ayer treinta tanques, fiándose mucho más de las máquinas que de los hombres; pero las máquinas, sin el apoyo de la infantería, apenas imponen nada. Toda una brigada quedó en el suelo, prisioneros sus oficiales y en nuestras manos el comandante, antiguo camarero, por lo que cuentan. El trance lo llevaba la división roja 53...

Hoy la amanecida fué con una preparación artillera inmensa. Nuestros observatorios cuentan hasta diecinueve baterías en fuego, concentrándose en la brecha que va desde Nules al mar. Ha permanecido tranquilo el resto del sector, y el Puntal y Villavieja fueron vigilantes testigos de la batalla.

Otra brigada, la 70, avanza en masa contra Nules... ¡Nules! La topografía del pobre pueblo cambia en cada jornada. Ya está liso, pero en algunos sitios las piedras se acumulan, empujadas por el proyectil; horas después, aquellos montones se trasladan de lugar. No hizo más la lámpara de Aladino al ser frotada. La 70 roja camina con decisión, hasta que se aplasta sobre las heroicas piedras y precipitadamente cede el terreno. Venían tan cerrados, tan ciegos, que un solo proyectil ha barrido treinta hombres. Entonces las otras divisiones

hacen la maniobra del día anterior, y los chicos de España les responden con igual denuedo, cerrándoles de nuevo la hernia que formaban las avanzadas, y desde ese callejón, las masas se derrumban con un espanto de bajas. Tres tanques explotan a la vista. Una llamarada inmensa rodea el inmóvil carromato, y luego muchas horas el humo denso, acre, señala el lugar con una persistencia obsesionante, haciéndonos volver los ojos hacia aquel acero que arde incomprensiblemente. En tres días se ha llegado a cogerles dieciocho carros. ¿Y hombres? Un prisionero nos dicen que van por encima de los cinco millares, que ya no tienen oficiales.

Todo el día, de lucha, de guerra; pero aquí, fácil, "muy parado" para nosotros, con escasísimas bajas, por lo privilegiado de nuestra posición y la exactitud de nuestra detallada maniobra. El ataque rojo ha fracasado, y como nuestras noticias son que allá, por el Ebro, el triunfo es rotundo, el descalabro es total, absoluto, definitivo.

Muchas veces tiendo a la anécdota, porque creo que en ella, el que sabe leer, advierte el punto en que se encuentra la guerra. De los hechos, de una frase auténtica, de un rasgo casi fugaz, puede desprenderse mucho más que del largo relato de una batalla triunfal. Esta de hoy es reveladora.

Delante de Nules se extienden las alambradas. En ellas se acaba de coger a seis rojos que formaban un equipo de "cortadores".

No se han defendido. Y dicen:

—Vinimos formados a cortar los alambres y abrir una brecha. Un comandante pidió voluntarios para hacerlo, y nadie avanzó. Entonces señaló a unos cuantos, pero se resistían a venir. Cada uno ponía su razón. Aquél tenía dos hijos; éste, madre sola... En fin, tuvieron que emplear la fuerza. Nos quedamos los seis, con ese dolor del que sabe ve el sol por última vez. El co-

mandante nos dijo: "No volver ni uno sin un trozo de alambrada; que yo vea que la habéis cortado."

Y vinieron, los pobres. Vinieron con sus tijerotas en la mano, con el miedo en el corazón, y antes de que pudieran hacer nada caminaban a nuestra retaguardia, hacia el puesto de mando desde el que el general esperaba alegre las mejores noticias.

No es posible hacer la guerra de esa forma. Hay en ellos una tristeza infinita. Desgana. Cansancio.

Viendo a esos seis recordaba yo un trance semejante que un día me contó el coronel Adrados. Necesitaba diez hombres para un servicio tan peligroso que el milagro era volver. El coronel habló un momento con todos, explicándoles lo que quería y cómo la muerte esperaba allí. "¡Voluntarios!", gritó. Todos dieron un paso hacia él. Tuvo que señalar al azar las seis siluetas heroicas, y cuando aquéllos fueron, para no volver más que tres de ellos, un soldado, uno, como si quebrara sollazos, dijo: "¡Todavía hay recomendaciones en España!"

Le dolía quedarse. No ofrecer ya todo, la vida, a la Patria. Y ahora mismo es inútil pedir voluntarios en nuestras filas, porque todos quieren ir. Es la ilusión de la victoria. El orgullo de saberse vencedor, el espíritu que ha entrado en el corazón y la sangre del español y le hace distinto a los hombres y a los soldados que no son ellos.

El desgaste y el horror es inmenso en el Ejército rojo de Valencia. Los prisioneros que van acumulándose en la proporción de los días mejores sólo saben hablar de esa impresión tremenda que le causan sus bajas.

Y los nuestros los oyen ya sin odio, como a seres inferiores que rematan un destino fatal, inexorable.

Ha terminado la aventura de Nules

El general viene a pie por la carretera. Quiere estirar un poco las piernas, y habla con sus oficiales de cosas distintas y distantes; ni una sola vez roza el tema de la guerra. Rueda la conversación sobre pequeñas inquietudes literarias y se desvía hacia el campo que brilla en el gris de la tarde, recién mojado. Apenas si escuchan un cañonazo los hombres de guerra. Si no fuera por las ropas, por los camiones que van y vienen, por ese coche de la Cruz Roja que se desliza veloz hacia la retaguardia, podría suponerse que unos hombres de Buriñana van hacia su pueblo en busca de las sopas, luego de un rato de amable camino...

Han pasado cinco días desde aquel en que los rojos iniciaron el fortísimo ataque sobre el sector que va desde Nules al Mediterráneo, extendiéndole luego hasta el Puntal. La Cruz de Santiago de mis gallegos está clavada bien firme sobre los riscos serranos y las arenas playeras, y todo el esfuerzo enemigo sólo ha conseguido que entrara más honda su raíz. Hoy han ido los que la llevan en el pecho al asalto de las posiciones rojas, y a cuerpo, audaces y rápidos, por asalto, han empujado más allá de sus líneas a quienes quisieron rebasar las nuestras. Ni una pulgada de terreno ha quedado fuera del dominio nacional; las posiciones que fué preciso ceder para completar la maniobra han sido pasadas con exceso en la jornada que se ha ido, y mentalmente ha-

ce mos el balance de esta batalla cruentísima para ellos, que nos ha costado muy poco.

Siete mil bajas.

Mil prisioneros.

Dieciocho carros de combate.

Sólo hoy pasan del medio millar los muertos que se han enterrado al cruzar sobre ellos.

¿A qué vino esto? Si las cosas de ahí enfrente tuvieran lógica, diríamos, con los prisioneros, que fué una orden de ataque para detener siquiera unas horas el desastre del Ebro. Pero ¿podían calcular que iba a ocurrir así? Para ello precisaban un método, una posición, algo que les diera siquiera la ventaja inicial, y nada de eso tenían al comenzar su triste aventura.

En los días que comenzó a rumorearse que iban a atacar oí varias veces al jefe:

—Sólo deseo que sea verdad.

No hab'a jactancia ni en la palabra ni en el gesto; hab'a, sencillamente, un estudio, una preparación, una réplica perfectamente calculada. Llegarán hasta aquí, y aquí les haré esto. Nada más. Y ocurrió.

Por eso, ahora, con ese íntimo contento del deber cumplido, el general pasea con sus oficiales camino de su base y puede hablar de cosas distantes y distintas, porque es viejo y manoseado lo que acaba de ocurrir.

Sólo si alguien alude al soldado parece que el tema es nuevo. ¡El soldado! Nunca llegaréis a admirarle bastante. ¡Es tanto! Un hombrecillo sonnriente y menudo que mira a los ojos de su capitán y se lanza a la lucha estoico. Yo diría y alegre. Si hay algo tremendo en la guerra, eso es el asalto. Como el de hoy.

Las siluetas que se hilan y la fila que se adelgaza, la nubecilla blanca de la bomba de mano... Si hay algo tremendo en la guerra es el asalto. Se sienten estirarse las facciones, huir las ideas, concentrarse toda la vida en el oído y en los ojos.

B A J O E L C I E L O D E L E V A N T E

Bueno. Ha terminado la aventura de Nules con el mayor éxito. Ahora los muchachos buscan el lugar donde reposar la cabeza sin que esta llovizna la moje demasiado. Llueve dulcemente, un agua tibia que parece de primavera junto al mar, pero que será fría allá arriba.

Nada les hace falta, pero acordaos de ellos. Llegará el invierno.

¡Cómo se han batido mis gallegos!

La guerra entre naranjos

Hoy casi no hacen fuego. Han retirado muchas de sus baterías, y después de las últimas ochenta horas todo parece terminado. Ese tren blindado que algunas veces se desliza hasta donde puede, y que, por el número de disparos, debe tener sus buenas tres piezas, golpea a Nules con el mismo afán de siempre, de una manera incomprensible, porque allí no hay nada, ni vive nadie. ¡Cualquiera! Nuestras piezas le persiguen en sus avances y retrocesos con ansia cazadora. Ya caerá, como han caído otros que esperan en su lugar el día de la chatarra.

—Muchachos, ¡qué bien se vive!...

—Soy el propio emperador de esta playa.

Las moscas, pausadas en sus corbeteos, motean la blanca pared. Ya no hay mosquitos, y mi amiga la lagartija cada día me mira más triste y anda más despacio. Llevamos un mes mirándonos a los ojos. Sus ojos amarillitos se fijan en mí, y comprenden que no voy a hacerla nada. Si me muevo palpitan sus flancos temerosos, pero no huye. Me pide blandamente permiso para sorber el sol, que se nos nubla con demasiada frecuencia y la pone triste. Quizá mañana no asome la ancha boca seriota por la grieta que le sirve de hogar; habrá cesado su vida, como terminó la del grillo que hace dos semanas cantaba con cierto óxido en su "voz" de superviviente, de viejo, de relieve del otoño magnífico que se nos va.

Soy el mismísimo emperador de esta arena que fué dorada al sol y es ahora cenicienta junto al verde del

mar. Quizá a otros esta infinita soledad les haría rodar por las quebradas de la...—¿cómo le llaman?—psicosis. A mí, no. Me encuentro bien, y consumo golosamente mis horas.

A veces me llega la voz amiga de una enfermera que cumple un servicio por ahí cerca.

—¿Cómo estás? ¿Te aburres?

Hay un matiz de ironía, de broma.

—Si yo tuviera confianza contigo, te haría algunas recomendaciones...

Miro entonces los hilos del teléfono, la curva de la carretera, que se dobla entre dos cerros, el camino de la civilización y de la ciudad. Pero por allí no soy nada, y aquí me creo todo. Vienen desde muy lejos las espumas a romperse en mis pies, y se levantan para que yo me entretenga; se doran los cogollos de las palmeras para romper la monotonía de sus verdes a mis ojos, y las nubes y el sol y el viento juegan con matices sólo para mí y mi regalo.

—Muchachos, ¡qué bien se vive con el vasito de te ante los labios !

—Mira, vamos a ponerle unas hojas de hierbabuena y azúcar de pilón, para que recuerdes Africa al sorberlo; sorberlo, sí, con ruido, como si estuvieras en casa de un amigo tetuaní.

—¿Cuándo se cansarán de tirar esas ametralladoras?

—Déjalos; cada disparo es una bala menos que tienen.

Están detrás de los naranjos. Es muy fácil ocultarlas. Toda esta plana es una inmensa arboleda; a los veinte metros ya no ves nada: sólo filas de arbolitos copudos e iguales que siguen y siguen ya veremos un día hasta dónde. Ellos y nosotros nos escudamos en el bosquecillo tan tupido, y las máquinas disimulan sus bocas traidoramente. Ya vi cosa igual allá, por Madrid, al otro lado del Jarama. Pero eran olivos, un ár-

bol serio, recio, duro y castellano. Por estas tierras, el paisaje es más dulce y blando; para el fin propuesto, lo mismo. La muerte, disimulada, acechadora. Pero eso es delante, lejos.

Tres días ha durado el ataque rojo, y, quebrantados por la respuesta, tornan a su quietismo, escondidos en los árboles. Ahora nosotros no les dejamos retirar sus divisiones en paz; lo que resta de sus divisiones, trituradas ante las piedras removidas del pobre Nules.

Vuelven las mujeres a su labor huertana. Han pasado esas horas inquietas reunidas en los "masés", con una interrogación en los ojos. Oían demasiados ruidos, que les recordaban nuestro avance. Tenían el temor de perder su paz. ¡Caramba! No todo el mundo sabe lo que pasa, y la guerra es la guerra. El corazón humano está hecho de dudas, y por mucho que confíen en los soldados de España, la guerra es la guerra.

A trabajar, que el rojo ha sido batido y se acordará durante mucho tiempo de esta intentona, y un día, cuando se ordene, os levantaréis con el ruido del Cuerpo de Ejército que se va a tiros campo adelante.

Ahora, alegres por el triunfo, confiados, ceñidos a la disciplina, a esperar aquí, como el propio emperador de esta playa, con un horizonte solitario e inmenso.

—¿Te aburres?

—No, Carmen; yo no me aburro nunca. Tengo reservas para divertirme, ¿sabes?; pero en mis años aún no sé lo que es el tedio. Y si saltara, se va uno ahí, a los naranjos, y ya no se acuerda de nada.

Mientras, sorbamos el sol a la vera de mi amiga la lagartija.

Los tres cañoncitos heroicos

Siempre que termina así, heroicamente, una operación de guerra, como ésta que fué sobre nuestro frente en el sector marítimo, las conversaciones del soldado comentan los trances ocurridos, destacando sin esfuerzo aquellos actos que, en medio del heroísmo de todos, todos consideran como más brillantes.

Es el desganado hablar del hombre que descansa tumbado y al pasar resalta la acción del compañero; es el grupo que se reúne alrededor de las marmitas y la fogata para gozar del calorcillo de las brasas y del olor del caldo.

La guerra no es sólo el momento de la lucha. Ese es el fin de la guerra, y muchas veces, el incidente. Lo de siempre, aquello que se vive en todas las horas, es la camaradería de la trinchera o del descanso, la busca del más afín, el contacto del hermano con el que se intima para siempre.

Muchas, muchas veces, he visto esos grupitos que no se deshacen durante largas horas y charlan pausadamente porque saben que los minutos no tienen fin. La guerra llega a hacernos perder la noción del tiempo, y así como se borran de nuestra imaginación fechas y semanas, empalmamos el día con la noche sin apresuramientos, sin importarnos nada que llegue uno u otra. Vuelve el hombre a sus primitivos, y hasta las funciones naturales se producen o buscan sin regla ni horario. Dormimos cuando se tiene sueño. Se come cuando aprieta el hambre, y si es preciso, ni se duerme ni se come hasta que el servicio ha dado fin. Pienso en oca-

siones qué será de muchos de nosotros cuando termine la guerra y tengamos que incorporarnos a la vida de los demás y ajustar la nuestra a normas civilizadas. No creáis. No es fácil. Dentro de la férrea disciplina que sujeta a todos, gozamos de la libertad del hombre de las selvas, sin familia y sin hogar. Vamos y venimos con una soltura que sólo se anuda en un punto, y acostumbrarnos de nuevo a las rigideces del mundo, a muchos les ha de costar gran esfuerzo y a otros profundo dolor...

¿Por dónde íbamos? Sí; las conversaciones de hoy ruedan hacia aquellos que se destacaron en la victoria, y entre todos, los artilleros de los tres cañoncitos antitanques. Sabéis que en el último ataque rojo vinieron sobre nuestras líneas unos cuarenta carromatos rusos. Al principio, al aparecer en nuestra lucha estos acorazados de la tierra, causaron la sorpresa que debieron producir al asomarse al paisaje guerrero del año 15. El hombre buscaba la coraza para oponerla a las balas, y como no era útil forrar el cuerpo de acero, se hacía un "estuche", y dentro de él iba sobre los nidos ametralladores para aplastarlos. Parapetada en el monstruo, la infantería esquivaba en cierto modo el arma automática que había transformado la técnica de la guerra. El heroísmo nacional buscó en la fuerza de su brazo y el temple de su corazón el modo de destruir aquellos blindajes aparatosos. Rusia confiaba en ellos. Rápidos en lo posible, no ofrecían blanco seguro a la artillería, que tenía que hacer una cortina de fuego para detenerlos, pero que era impotente para dedicarse a destruirlos tomándolos por objetivo de sus tiros. Y entonces surgió el cañón antitanque, ligero, de una rapidez de tiro inaudita y una eficacia impresionante. El carro se veía limitado en su acción ya para siempre.

En la lucha de los últimos días, tres solos cañoncitos antitanques han destruido quince de los dieciocho que se quedaron frente a nosotros.

Disimulados en el terreno, firmes en su acción, valerosos hasta el supremo sacrificio, esos muchachos, con su arma precisa, supieron esperar el paso de la coraza móvil y meter su proyectil, que estalló en el interior de la panza de acero, incendiando el hierro como si fuera madera. Cada uno se quedó con cinco a su alrededor, y los otros retrocedieron ante el terrible ejemplo.

Por orden del general se han llevado unos miles de pesetas a los servidores de las piezas afortunadas, y las conversaciones del frente comentan la hazaña y el premio.

Se paladea así durante unos días la victoria, en este mundo de la guerra, tan distinto y tan vario.

L a m u j e r

En aquel Madrid nuestro y en el mundillo colorista, aislado y vario que algunos vivíamos oí muchas veces decir a los compañeros y amigos:

—Sin la presencia y la sonrisa de una mujer yo no puedo trabajar...

La sonrisa de una mujer; era eso, precisamente. No rozaban con la imaginación a Boccacio ni lucía en sus ojos la irónica luz de Leonardo al pintar el retrato de Monna por encargo del dueño y señor de la enigmática risueña. Querían decir, con cierto dejo decadente y cansado, que en la mujer encontraban el aliento para continuar el camino y recorrerle por entero.

En aquellos atardeceres, cuando la Gran Vía parecía estrecharse con la aglomeración de automóviles y gentes y todas las fachadas parpadeaban brillantes de luces anunciadoras, surgían los grupos vociferantes y comenzaban a repartirse bofetadas. En ese instante oí a una mujer murmurar con pena:

—Nos queremos sobre un volcán...

Llegamos a creer era imposible vivir solos, infinitamente solos, en contacto con la Naturaleza y sin otra compañía que los ruidillos del bosque o del mar. Enfermos de literatura y de ciudad, se afinaban la vista y el tacto, adormeciéndose el corazón.

¡Han pasado tantas cosas! Los pies, hechos a pieles finas, calzan—así es, amigos—estas botas terribles cuyas suelas son un asombro de clavos. Y todo es lo mismo. Como si la ropa y la alimentación y el aire libre hubieran cambiado no sólo la apariencia externa, sino las

más hondas fibrillas del cuerpo que llevamos, todo aquello se borró. Es la guerra.

Las figuras pálidas, borrachas de madrugada, de los que en mármoles caftiles trazaban escenas o artículos se han perdido para siempre. Sabíamos dónde encontrar a cada uno y en qué hora estarían allí. Denso el aire, sucio el suelo y en la mano exangüe la pluma que decía cosas que otros ni presentían. ¿Qué será de ellos? Cerca o lejos, siempre, la sonrisa enferma de Mimi.

Aquí, a veces, encontramos a la Mujer. Es preciso bajar al llano o seguir la línea de la costa. No es, naturalmente, aquélla. Va por nuestros mismos caminos, atenta a su misión. Como conserva en su alma todos los rasgos de la feminidad, prodiga el amor que estaba destinado a uno solo en todos, y sus risas tienen ese violento sonido de la salud. Ya no son las novias ni las esposas: son menos y mucho más; no sé si me hago entender como quiero.

El hombre, en la guerra, al mismo tiempo que aparta de sí todas las sensiblerías y relieves de la civilización, sin darse cuenta afina sus mejores cualidades y parece que siempre lleva el corazón en la mano, para que todos lo vean y lo juzguen. Hace unas horas, la tienda de estos oficiales se abría como el más rico salón. Los cajones que servían de mesas y de asientos se apoyaban en un suelo arenisco y pulcro.

—¿Qué pasa?

—Vienen a cenar unas muchachas.

¡A cenar! Plato único, señores, toda la semana. Hoy, adornado con algunas latillas conserveras y exquisitas. Al aparecer las blancas siluetas hay esa rigidez de los primeros instantes en quien ha perdido la costumbre de recibir, pero pronto ellas mismas dan el tono de una conversación en recta. Todo el encanto de la mujer envuelve a los soldados, que se aniñan. No salta en ninguno ese prurito conquistador que es cosa de ciudad.

Cada uno se desenvuelve según su temperamento, y las horas pasan gratamente. No hay envidia en quien come solo. Envidia, no; pena.

Llegan las risas como una música lejana. No se oyen, se adivinan. ¿Por qué no vienes? Muy sencillo...

—¿Qué guardará ese hurón en su cerebro?

—Dejadle.

—Anda como triste, se aísla.

—Ya se le pasará.

A veces, a uno, a cualquiera, se le nubla el pensamiento y le da por no ir con nadie. Cumple su misión mudo, escatimando las palabras como si fueran tesoros; al terminar se tumba y permanece con los ojos abiertos. La mano, independiente de la voluntad, coge una ramita y con ella escarba el suelo. Después la deposita blandamente, sin troncharla.

Ya son los ojos insensibles a la belleza del otoño y del campo. Todos los verdes son iguales. El día y la noche cruzan sin huella.

La vida se parece a ese humo azulenco de la hoguera: denso abajo, al lado de las llamas; ligero, agitado por las corrientes, más arriba, y después, nada.

“La Cheperudeta”

La Virgen estaba en aquel camarín de su capilla y ardía toda la cera a su alrededor. Valencia, en sus penas y alegrías, volvía los ojos a Ella en busca de ese supremo consuelo que sólo la fe otorga o para reír el agradecimiento por la merced conseguida. Era una Virgen pequeñita, querida, que hicieron ángeles... Yo lo oí así, una tarde valenciana, a una mujer que miraba su paz en la tranquilidad de la casa rodeada de flores. Sentíase la vida entonces plenamente. Se sentía en el picoteo rumoreante de las gallinas, en el ruido del agua que corría por los canales de rojo ladrillo, en el cielo que cruzaban golondrinas. Y me decía:

—Nadie sabe de qué está hecha esa carita graciosa y juvenil. ¡Claro! Una mañana así como ésta, los ángeles la amasaron con sus divinas manos, y luego, al ver tanta luz y tanta flor en nuestra Valencia, la trajeron suavemente y con delicadeza la recostaron sobre un rosal. Ya ella, cuando descendía del cielo en brazos de sus alados portadores, miraba a la tierra un poco asombrada. “¡Mira, mira—exclamaba gozosa—qué bonito es todo eso y qué distintos son los colores!” Y al dejar de tener vida propia para convertirse en imagen y que se la diera nuestro espíritu, quedó la Virgen con la cabeza un poco inclinada, como si siguiera mirando desde el cielo la hermosa tierra valenciana. Hay en sus ojos la alegría de aquel momento, en sus labios fina sonrisa y en toda ella algo como curiosidad y encanto. Las gentes la vieron siempre un poco inclinada, y con ese cariño popular, con la adoración del pueblo a sus Vir-

genes, aquí como en tantas partes, comenzó a llamársele "La Cheperudeta", diminutivo nada irreverente porque la gente puso en ello la mejor devoción.

Llegó la guerra. Los que estaban en Valencia cuentan que en los primeros meses fué respetada la Virgen. Pero un día, los vitragos del extrarradio, mujerucas enfermas de odio, empujaron al mocerío borracho, y la Virgencita de los Desamparados sufrió su dolor. Parece que aún alguien conserva los restos de la imagen con el rostro machacado. Pero ya tendrá para siempre la huella del zapatón ruso y la cicatriz de la furia roja de sus propios hijos. Sabiéndolo, los valencianos han querido reconstruir su Patrona y guardarla lo más cerca posible de los restos de su capilla, convertida en bar actualmente.

Manos de hombres—;no aquéllas!—, con fotografías y con recuerdos, han hecho en la ciudad lejana y noroesteña la imagen levantina. No tiene el cielo de San Sebastián los matices que éste, y no es posible que quien allí trabaja sepa traducir todo el color que debe reflejarse en la luz de los ojos de "La Cheperudeta"; pero es como un retrato de ella, como una imagen de la imagen. Aquí la trajeron. En la sombra llena de recato del lugar donde estaba parecía la misma.

¿Recordáis aquel segundo domingo del mayo valenciano en el que se la trasladaba a la Catedral? Todos los muchachos de Valencia se apiñaban para llevarla, y la llevaban todos, porque iba como en un vuelo sobre las manos que se alzaban. Sano griterío de fiesta tronaba entre el estallido de la pólvora y el eco perdido de los trombones de las bandas. Al llegar a la calle de Zaragoza, el deseo y el deber chocaban. Unos querían conducirla ya al templo, otros pasearla en la ciudad; como un milagro más, sin que nadie llegara a sujetarla, se volvía la imagen hacia su Valencia y luego entraba, calmándose en el umbral pétreo toda la algara-

bía festera. Era en mayo, y en Valencia..., un asombro de primavera y de aromas.

La imagen de la imagen fué llevada ayer al convento de las Carmelitas de Castellón, y allí aguardará el instante de entrar en Valencia con el Ejército. Ayer era un día de noviembre, gris, ventoso. No había en la calle el ruido y la alegría de entonces, no puede haberla. Está ahí mismo la guerra, y delante y detrás de Castellón, los pueblos destruídos. Se conducía la imagen en silencio. Los valencianos recordaban otros momentos, ¡aquéllos!, y había lágrimas en sus ojos y en sus palabras. Cuando, como entonces, pero ahora calmamente, se volvió la imagen a la ciudad, uno dió el grito de siempre: "¡Viva "La Cheperudeta"!"; y nos pareció que la imagen inclinaba más su cabeza para mirar al que la recordaba la voz que siempre oyó y volverá a escuchar.

Después de unos días

Un compañero me dice:

—No escribes. ¿Qué te pasa?

He estado un rato sin hablar, sin contestarle. Hago mi rápido examen de conciencia, y no tengo nada que decirle; es precisamente eso. Se escribe porque se tiene algo que decir, y estos días me he limitado a mirar. No me he movido de mi sitio, estoy—¡cuánto orgullo!—donde estaba, y la máquina, ociosa, me ha esperado con sus letras inexpresivas.

Como no tenemos guerra, un día dije que gozosamente sorbía el sol siguiendo los pasos de mi pobre lagartija compañera. Ya no puedo ni decirlo eso, porque la pobre ha dejado de mirarme para siempre. Sus ojos amarillitos, que parecían cargados de pensamientos tristes, me miraban con una pena infinita.

“Ya está aquí el invierno—pensaba para ella y para mí—; ya vienen esas noches tremendas cargadas de humedad y de frío. No podré resistir mucho...”

Y al salir a la clara mañana de noviembre, en una dejé de verla. Su grieta, su hogar, aquel encanto de brechilla en el que amó a su modo y llevaba lo que la tierra ofrecía a su glotonería y la de los pequeños que acudían rapaces, va cubriéndose con esa cerradura invernal que teje la araña rastreadora. Ya estoy completamente solo.

A veces los pasos me llevan playa adelante, como un buen carabinero que cubre su servicio. Y aquí, el espanto de las huellas solitarias. Ver en la vuelta los pasos de uno marcados en la arena húmeda, claros, pro-

fundos, sin que otros pies crucen el sendero que hacemos. Luego vendrá el agua y, borrándolos, dará a la playa su aspecto nuevo. Mar adelante, sólo la silueta de alguien que vigila; tierra adentro, los naranjos, que se doran sin que nadie los toque porque así nos lo han mandado. ¿Cómo escribir? Hay tantos temas en el campo y tan pocos en la guerra... Y entonces, como este vicio de pensar y reflejar pensamientos está demasiado hondo, el lápiz traza versos y cosas que no son para el periódico...

—¿Tienes ya la neurastenia de la guerra?

He vuelto a quedar en silencio. Este compañero me pregunta cosas incontestables. ¿Yo qué sé! Recuerdo —cuando yo leía aprendía estas trivialidades— que en un romance provenzal quizá del siglo...—; qué más da!— se hablaba de algo parecido, y, cogiéndole del brazo, se lo cuento.

—En una ciudad vieja como el mundo—le digo—, cierta noche como ésta comenzó a llover. Caía así, una lluvia menuda, fina, casi impalpable. Todos los vecinos estaban en la calle, porque festejaban no sé qué cosas que ellos sabrían, y todos, insensiblemente, se mojaron. Reían con el suceso, porque el agua era como niebla y no les molestaba gran cosa. Sólo uno de ellos se quedó en su casa y le guardaron sus paredes. A la mañana siguiente hacía un gran sol. Las calles limpias, el aire tenso, convidaban al paseo, y todos, sin saber lo que hacían, se lanzaron de nuevo a la calle. Aquella lluvia maligna había vuelto loco a todo el que tocó, y unos se subían a los árboles, otros daban volatines, el de más allá reía y reía. El hombre que no había querido gozar de la fiesta con sus convecinos y no se había mojado era el único cuerdo. Después de afeitarse muy bien se caló el chapeo y se fué a sus quehaceres. ¡Qué asombro! Pero, amigo, como era el único que no hacía locuras, le tomaron por loco, y le lincharon...

Es ahora él quien no sabe qué decir. Debe tomarme por lunático peligroso, ya que le veo apresurarse a marchar. Me tiende la mano, que yo le tomo sin efusión, un poco tristemente. "Ea—me digo—, ya tengo algo que decir a quien me lee", y vuelvo tan contento a mi mesa.

¡Si vierais! No es raro oír que todos los que andamos, mejor dicho, andan, por la guerra, a los veinte y más meses que van les ha atacado la psicosis del no sé qué. Ni lo niego ni lo afirmo, porque lo ignoro. Sólo sé que desde aquel que a todos nos conduce al último, es posible les rozara la locura, pero una tan justa y a su tiempo, que ha salvado a España. Sólo eso. Los equilibrados hacen las pequeñas cosas que cuando todo termine les permitirá tener automóvil.

Y los veremos sin envidia, pero con una serenidad...

Y nos será perdonado no contestar. El contacto con la Naturaleza vuelve a ella, y ella tiene sus leyes, que no son precisamente las artificiosas de una educación aprendida.

N o s o t r o s

Yo no era militar. Un día, la llamada de la Patria me hizo vestir con miedo, respeto y orgullo el uniforme, y hoy miro las puntas doradas de mi estrella como lo más íntimo y querido. Así, muchos. Los jefes, los oficiales profesionales, no han marcado diferencias entre nosotros, y somos como una gran hermandad de sacrificios y alegrías, que se comparten entre risas y penas. Por los caminos vamos...

La enorme familia, con un solo pensamiento, se divide en pequeños núcleos, donde la confianza y el deber se funden: es el cuadro de oficiales de un batallón, de un regimiento, de un cuartel general. En el servicio, cada uno en su sitio, los ojos fijos en el superior; en la fiesta, cada uno en su sitio, pero unidos todos en el asueto. Alguna vez uno de ellos se desgaja de los demás, y sentimos entonces el dolor del desgarramiento. Así hoy.

Desde los días tristes y victoriosos de Teruel estaba a nuestro lado este comandante. Vivió las jornadas de Caudé, las mañanas de Concud, los días de Santa Bárbara y Alfambra, y con nosotros bajó por los llanos de Aguaviva, riscos de la Lobatera y fortificaciones de Monroyo a estas playas que gozamos. Es él un mediterráneo. Moreno, macizo, hecho al sol y al aire del mar. Llegó hablándonos su idioma dulce, nacido para la poesía, y se va con el nuestro en los labios, el nuestro, lleno de giros suaves, de diminutivos de las tierras gallegas. En tantos meses fué un compañero más, íntimamente unido a nosotros y a nuestra causa. Nunca pudo creerse

extraño. En el matiz de su jerarquía compartió las molestias y los peligros de la campaña.

Al irse quisimos despedirle dignamente.

Hay por aquí un "masé" levantado con todos sus blancos bajo palmeras y entre naranjos, donde se trabaja y se vive. Apenas si el sol puede entrar a la arena del suelo de su trocito de jardín. Es una casa labradora, que por ser levantina tiene el gusto de la flor. En la noche flota en el aire, con la humedad, el aroma del jazmín. Los enlaces fueron tocando llamada en nuestras puertas.

—Luego, id allí...

—¿Qué pasa?

—Vamos a despedir al comandante Dacunto.

Se asentía sin alborozo.

Los soldados ordenanzas supieron colocar con gusto una breve mesa, donde se enderezaban botellas distintas. La sidra astur, agrilla, espumosa; el vino andaluz, el mejor de los vinos. Separados por la obligación, bajaron todos aquellos que desde el Pico del Aguila y las montañas leonesas han llegado hasta el mar en Castellón, y con ellos, el general.

El general tiene esa rara cualidad de hacerse sentir compañero; seco y hasta duro un instante, es acogedor y blando al apartarse del puesto de mando. Y a su lado, el coronel, un coronel que cuida de los suyos como el dueño del "masé" cuidaba sus flores, con una herramienta cortante en la mano, pero ayudando con la poda y la mutilación el crecimiento y mejora. Claro que la planta, al ser cortada en su rama superflua, vierte una gota de savia y sentirá daño, pero la herida se cicatriza y el tronco es luego más vigoroso.

El general nos habló. Cuando él nos habla, insensiblemente guardamos la posición de firmes. Todas las potencias del alma se concentran, y entran en nosotros sus palabras como si penetraran por los poros.

El comandante, un hombre de lucha—¡lo sabemos bien!—, tuvo en sus ojos lágrimas.

—Se va usted, mi comandante—le dijo—, se va usted, que ha compartido con todos distintos momentos, y no queremos que nos olvide. Su espíritu queda aquí, en el Cuerpo de Ejército, y deseamos que nuestro recuerdo sea en usted constante. Le mandaremos bordar una Cruz de Santiago para que la lleve siempre sobre el corazón, y si el servicio se lo permite, vuelva...

Hubo ese momento callado de todas las emociones, y luego la algarabía de la juventud festera.

Recordamos todos, creo que todos, otra noche allá, en Santa Eulalia, hundida en la nieve. Era Nochebuena. Tristemente nos sentábamos en la mesa escueta, sin esas cosas que obliga la fecha. El coronel presidía, y al vernos, antes de partir el pan, con voz que quería ser alegre, habló:

—Levantad la frente; somos hermanos; no tenemos más familia que nosotros mismos; hoy es noche de gozo. ¡Arriba el corazón!...

Y supimos reír.

En la diferencia del momento y la distancia del motivo, también reímos ayer.

Causa pena ver marchar a un amigo que ha tenido delante muchas veces esas nubecillas blancas de polvo que levanta el plomo sobre la tierra seca; pero, ¡qué diablo!, nunca nadie se va para siempre, ni aun aquellos que caen cuando el plomo no levanta tierra.

Yo no era militar. Muchos de nosotros, tampoco.

Pero ahora somos.

Quizá estas cosas no os interesen, pero ¡a nosotros...!

Otra vez los de la legua

Alborotaba el pueblo aquella voz infantil que reunía en un momento a todos los chiquillos, soliviantados desde días antes:

—¡Los cómicos! ¡Los cómicos!...

Y cansados, con polvo en las pestañas y una mueca de sonrisa en el rostro de goma, sobre el carrillo bamboleante que arrastran dos mulas flacas, llegaban los cómicos, que, orgullosos, se llamaban actores, a regalar las gracias de su ingenio y darle consuelo al estómago en el hostel, un poco hosco y frío para ellos.

Apenas descansado el cuerpo y lanzadas al aire frases y canciones, volvían a los caminos con sus penas, sus placeres, su alegría y su hambre.

Por los caminos de la carreta ha aparecido el carro que lleva en su roa campanillero tirso. Es hoy un autobús gris que tiene en sus costados los arañosos de los espinos carreteros. Se bambolea como su abuelo el carrillo y entra por las veredas inverosímiles. Estos cómicos tienen el orgullo de llamarse cómicos. Saben que el nombre lleva todo el abolengo de una raza prócer; para ellos no hay posada cerrada ni pueblo murmurante. Hechos a la gran ciudad, al contrato pingüe, llegan con esfuerzo, pero alegre el ánimo, a los pueblines destruidos para regalar al soldado el mismo arte que gustan en coliseos lejanos señorones que pagan cara la fugaz visión que se simula sobre tablas.

Voces de hombres soliviantados desde hace unas horas gritan y gritan:

—¡Ya llegan! ¡Ya están!

Se han levantado unos de las trincheras húmedas que terminan en la playa; otros, de aquellas que, dominantes, tienen a sus pies Sagunto, y más lejana, perfectamente visible, la ciudad que será. Vienen en masa, contentos, sucios de guerra, a paladear el espléndido regalo.

—¡Cómo planchas esa falda que tiene en su orla el secreto de todos los giros!

—¡Figúrate!—dice ella—. Quiero plancharla yo misma, para que esté más a mi gusto.

—¿No tienes frío?

—No. A veces me he quejado de la calefacción de un camerino; pero era en París o en Burgos. Aquí, no.

—¿Sabes cómo te esperan?

—Lo sé. Ya verás... Nunca habré puesto en el "Amor brujo" una mayor atención.

—¡Qué lejos nuestra tierra, Lolilla!

—Nuestra tierra es ésta.

La he mirado, y yo sé cómo la he mirado. Nuestra tierra es ésta; la guerra ha borrado aquellos pequeños matices de patria chica, y nuestra tierra es más nuestra que nunca y más querida si la volvemos a pisar.

Hay allí un rumor creciente. Los muchachos, ilusionados, vociferan como si se encontraran en el teatro de allá. Simula uno la voz del caramelero, grita otro un pregón cortado, todos se ríen, alborotan, saltan y corren. ¡Qué alegría! ¿Sabéis? Unos artistas de verdad, de esos que andan por el mundo y cobran dólares y libras, han llegado hasta aquí, ¡aquí!, a cantar y bailar para nosotros.

—¡Un día de estos, muchacho, vale por dos permisos!

—¡Calladse todos!

La orquesta, que trae sus blusones de seda, afina. Tienen los musicantes una risa en los ojos que no tenían. Y es ahora el bolero el que se eleva en el silencio magnífico y comprensivo de los soldados. Lola Bena-

vente dibuja con la maravilllla de sus brazos todos los bordados de la fantasía. Cuatro hombres de chichia golpean rítmicos, y como el día se va, la luz de la tarde entra hasta el corazón de la bailarina, impulsándola.

—Oye, ¡todo eso es literatura!

—Claro. La realidad es que han llegado hasta aquí y han trabajado para los nuestros. Y, fíjate, este regalo de la imaginación te rodea el teatrillo de una aureola magnífica y hace que todo lo veas entre terciopelos, luces y sedas.

—¿También a nosotros?

—También. Veo sobre el pecho desnudo de aquel mozo que lleva en la manga tres galones de oro la más pulcra pechera y la cazadora manchuda de ese otro no la cambiaría por el frac de un lord de esos que comen con tenedores dorados y hablan de la beligerancia.

—Y a ellas, ¿cómo las sustituyes?

—¿A ellas? Ellas van dentro de nosotros mismos, y las vemos a nuestro lado aunque estén lejos.

—¡Qué grandes somos!

—Acabas de decir, sin darle importancia, la verdad. Y yo lo oigo y la escribo...

D i s c i p l i n a

Cruzamos de nuevo aquella carretera de Zorita que no habíamos visto desde los días del Maestrazgo en guerra. El comandante y yo vamos silenciosos. Miramos, miramos como si cada piedra, cada lentisco, anudara un viejo recuerdo emocionante.

—Allí... ¿Lo has olvidado?

—No, mi comandante; allí...

Es la caída de un cerro en vertical, que abre una grieta mordida por las aguas del invierno. Al fondo se riza la carretetra entre el monte y el río, y el río se remansa en una presa que hicieron los hombres.

—¿Qué os pasó?

Advertimos entonces que nos acompaña un amigo paisano. "Volvemos a su lado."

—Este es—le decimos—uno de los sitios de la victoria. Terminaba el día. La carretera era ya nuestra. Para llegar allá arriba habíamos empleado el caballo y las piernas, y entonces el general quiso bajar a pie, porque, aunque muy pina, la pendiente es breve. Casi al final, una ráfaga de ametralladora le dibujó, y volviéndose a nosotros comentó: "Una bala perdida..." Seguimos.

—Toda esta ruta es un recuerdo constante.

—Mira, todavía se pudre ahí el cadáver del tanque.

—¡Más de las Matas!

—Más de las Matas... Fui testigo en este pueblecito de torre oriental, mi comandante, de la conversación más larga que han sostenido dos hombres: duró cinco minutos.

Sonríe.

Nuestro amigo me mira, preguntón.

—Cañoneaban el pueblo cuando llegamos. Después de hablar un instante con los tres aviadores rojos que se equivocaron al aterrizar, continuamos. En esas eras, resguardados por la joroba del cerro, observamos. El cañón alargaba sus tiros para cerrar el camino. Avanzaban las explosiones, avanzaban, avanzaban... Entonces se encontraron los dos generales. El nuestro iba a coger el coche, el de la división a pie; los dos quedaron solos, con nosotros a unos metros. El del 12 ya acertaba bien, y el tiro de la batería cortaba la carretera, buscando carne. Luego, en automóvil, fuimos por allí, salpicado el cristalillo posterior de aquella tierra dorada que reseca nuestra garganta.

Cuando se habla de estas cosas, después se está callado mucho tiempo. Es nuestro amigo quien rompe el suave deslizar del paisaje helado.

—He visto ahora cosas admirables. No creo que nunca haya existido un Ejército en guerra con mayor disciplina.

—Así debe ser.

—Pero no ha sido muchas veces, ni en aquéllos mejor organizados.

—¿La naranja?

—Admirable. Los últimos vendavales han tirado algún fruto, y nadie lo ha tocado para llevárselo. Las líneas de trincheras han sido cavadas entre los árboles cargados de fruto, y nadie lo coge. ¿Creéis que esto no es revelador? Aquellas bolitas jugosas, dulces, tentadoras; los muchachos con la aventura dentro de la sangre, con esa interrogante tremenda del plomo en el aire y un absoluto convencimiento de que el oro de la fruta será oro para la Patria...

—Así se ha ordenado.

—Y el otro día...

—¿Cuándo?

—El de Santa Bárbara.

—No pude ir.

—Lidieron Pericás y Sánchez Mejías dos becerros. Y luego una voz dijo: “¡Atención! Varios oficiales van a lidiar un becerro. Ha terminado el espectáculo para soldados y clases.” Como un solo hombre, sin una vacilación, sin un gesto, se fueron hacia las puertas.

—Todo eso que te admira hace dos años que lo practicamos.

—Y así se comprende la victoria, la vida del frente y el Ejército.

—Con la misma disciplina van adonde no se vuelve. Alcorisa. Zaragoza. Mañana hablaremos de Zaragoza.

La amable retaguardia

Zaragoza. La ciudad...

Traemos del campo y del mar toda la móvil quietud del paisaje, y entramos en las calles de afán y de trabajo. Cruzan las mujercitas con el orgullo de su belleza, corren los puntos oscuros de los hombres, coches, tranvías. Es la ciudad. Nosotros andamos despacio. Se nos ha quedado para siempre este paso del que no va a ningún sitio, y cuando va, no corre demasiado. Advertimos en seguida los camaradas que acaban de llegar. Los cafés, abarrotados, parecen atraer a estos muchachos con su atmósfera pesada, densa, el humazo impregnando las ropas de olor se respira con gusto y hasta se acaricia el mármol peguntoso de las mesas. Está uno cansado de aire limpio, de horizontes amplios, y busca y quiere una pared limitada por el espejo en neblina que no es aquella del monte.

Vamos al Pilar.

He oído decir a mi lado:

—¡Se acuerda uno de ella tantas veces!

Ciega la penumbra del camarín, con aquellos puntitos titilantes de las velas. Gentes diversas adoran. Hay un hombre que en voz alta reza, siguiéndole las voces, sin precisar palabras.

—Señora...

Y lo demás no tiene sonido, es una idea, un deseo sin forma y formado allá lejos, desde la cuna, en las caricias de nuestra madre, que hizo nuestra conciencia de hombres impulsando el cuerpo a estas cosas en las

que estamos, aunque a veces el pobre quiera resistirse.

Otra vez en la calle. Sentimos un poco el frío. Levante nos tiene mal acostumbrados. Y aquí, los amigos, los viejos amigos y los nuevos.

Yo, que he correteado el mundo, pocas veces encontré esta cordialidad de Zaragoza. No sé expresarlo. Es como un gran abrazo de la ciudad al que llega. Se quedaría uno por siempre en la calle Alfonso. Las horas se deslizan suaves, dulcemente. Nunca se va solo.

Este alma de la ciudad, que en otros sitios he tenido que buscar en un rinconcillo olvidado de los demás, es aquí toda la urbe. Sonrisa en los ojos, halago en las palabras, firmeza en la mano que estrecha la nuestra...

—¿Cuándo os vais?

—Luego.

Comprenden la fuerza que nos impulsa, pero lo comprenden con pena.

—¿Cuando volváis...!

¡Cuánta esperanza cuando volvamos!

La charla envuelve, anima, sostiene. Ni una palabra de la guerra. Nos saben en ella y saben todo lo demás. Esta finura espiritual sólo la tienen los pueblos viejos, las razas de abolengo y señorío.

—¿Qué breve todo, mi comandante!

—Así es. Vamos.

Miramos aquella cúpula redonda, casi carnal en sus líneas; los bordados de piedra de una fachada, el ir y venir tumultuoso.

—¿Qué envidia!

—¿De qué?

—Tienes razón; de nada.

—El esfuerzo de los muchachos es precisamente para esto. Aquí, en esta calma y trabajo, se esfuerzan los que nos sostienen, nuestras madres y hermanas, que esperan; España...

Adelante por los caminos. Limpia el alma, sano el

corazón, otra vez a la carretera. Fuentes de Ebro, el pobre, aparece con su torre mordida, las casitas rotas. Se filtra un rayo de sol, y en él zurcen dos viejas enlutadas con los chiquillos juguetones al lado. Se arrebuja uno en el capote y cierra los ojos.

—¿Sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Nada.

Ni siquiera tiene la curiosidad de mirarme.

¿Dormimos? No lo sé. Quizá.

—Oye.

—Mándame.

No continúa. Y el coche salta en estos baches, que la media luz convierten en plata.

La misa del padre Vicente

—Asfalto. ¡Asfalto!...

Monte arriba parece que el paso se marca con ese ritmo que tiene “música de ciudad”.

—Oye, Carlos, ¿cuándo se hará la sinfonía del asfalto?

—Ya la escribirán.

—¡Cuidado!

El resbalón, el trágico resbalón, que nos deja sentados en un charco. ¡Cómo está el campo! Pegajoso, blando; en cada botaza, tres kilos de barro. Se nos ha roto el coche, y es preciso caminar hasta que cruce un camión amable. Una casa, Dios mío, una casa...

El pueblo se estrecha bajo la lluvia. Aquí fregotea esa muchacha el suelo de canchas pulidas.

—¡Tía, sal!

Y sale. El moñete anudado en lo alto del cráneo puntiagudo.

—Secaos. Voy a hacer una sopa y una tortilla.

Otros hombres comen almendras muy despacito. Se levantan, nos sentamos entre ellos. Pronto se han borrado todas las diferencias, y la charla se confunde y anima. Traen en los ojos la última escena vivida, y la cuentan escuetamente. Y uno dice:

—Esta mañana no había ni un tiro en el frente. Como había parado la lluvia, el “pater” dispuso que se colocara el altar al aire, y todos nos agrupamos alrededor. Debieron advertir el grupo, y comenzaron a tirar...

—Colocan bien los cañonazos, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! No son mancos, no.

—Se paró la misa y nos metimos en la posición.

Detiene su relato, y todos callamos. Sabemos que ha de decir algo más, que en ese instante madura en su cerebro. Es una impresión fuertemente grabada, y no se callaría aunque llegaran hasta aquí los cañonazos rojos. Le dejamos deleitarse con sus recuerdos y sorbemos la sopa de buen pan, en la que se ensanchan los ojos del aceite. Los muchachos se apartan, porque aquí la comida tiene toda su importancia. Sigue la niña su fregoteo, que sólo interrumpe para verter en la calle el agua sucia, y ella y la vieja hablan el dialecto que aprendieron en la cuna.

—Como no nos veían—sigue—, al rato dejaron de tirar. Volvió el cura al aire, y todos con él. Apenas había vuelto a comenzar, y comenzaron los cañonazos. Pero ya nadie se movió, porque él seguía. Algunas veces nosotros mirábamos las explosiones, pero él no. Una vez, sin cesar en sus rezos, delicadamente limpió del altarcillo las salpicaduras del barro. Al terminar se volvió a nosotros y habló. Nos dijo...

—¿Seguían tirando?

—Sí. Nos dijo...

—¿Qué importa!

—Es verdad. Además, no lo recuerdo. Esas palabras tan bien dichas se quedan en uno, pero no vienen a la lengua. El caso es que nadie se acordaba de lo que pudiera pasar, y entraban ganas de...

—Dilo ya.

—Lo sabéis todos.

Yo pregunto:

—¿Tú eres de carros?

—Del segundo.

—¿Cómo se llama el "pater"?

—Vicente Márquez Crespo.

—Conocí a otro como él. Ya está donde soñaba.

La vieja parece que acaricia al soldado con aquellos sarmientos retorcidos por el reuma.

—¿Quieres más almendras?

—Gracias.

—Sólo tengo un hijo... Todavía no ha podido pasarse... Se lo llevaron.

Me pongo de pie. Todos se levantan.

—El tiempo mejora.

—Sí, el tiempo mejora.

Son apenas las cuatro, y ya casi es de noche.

Me vuelvo. Saludo.

—Suerte—les digo.

—A sus órdenes... Suerte—me contestan.

Qué cosas estas cosas, ¿verdad?

Así se llegó al mar y se tomó Castellón

Nos habíamos arrancado con alegría de Santa Eulalia, y aquella noche nos metíamos entre las húmedas sábanas de nuestra camita de Cosa como si ocupáramos el viejo lecho del emperador Carlos.

—Mira cómo se empañan los cristales...

Asomamos un ojo sobre el embozo crudo, amari-llento, con toda la risa en él. Sabían nuestros huesos que si había fantasmas en el humilde pueblo podían pasar a la alcoba sin forzar obstáculos. Pero mañana...

—Mañana, Juanín, seremos los señores del Maestrazgo, y unos días adelante todo él será para tu placer. El Mediterráneo espera.

El comandante Castañón, mi compañero de cuarto, sonreía, enfocándome la linterna. Los dos ordenanzas quitaban allí mismo el barro de las botas, más contentos que nosotros.

—¿Has oído al general?

—Como si las palabras entraran por mis poros. El Sábado de Gloria...

—Estaremos en el mar...

Poco más sabíamos. Los planes del jefe y de su Estado Mayor habían resbalado en nuestra piel. No quiere uno saber demasiado de esas cosas. Lo esencial era que la suerte de nuestro Cuerpo de Ejército le sacaba del Teruel reconquistado y unas horas después nos pondríamos en marcha.

—¡Adelante mis gallegos!—grité entre sueños.

No nací ni me crié allá, pero sé llevar con orgullo,

sobre el corazón, la Cruz de Santiago. Y ahora os voy a contar cómo fué.

Voy a intentar un relato escueto, sin literatura, ceñido a la realidad y lo más breve posible. Hoy quiero ajustarme a los hechos con el seco estilo de un parte militar. La memoria no ha de fallar, y el hecho lo merece. Creo que aún nadie ha trazado aquella magnífica operación, y voy a dar los datos para que quien quiera estudie y escriba. Es ambicioso el intento; pero, amigos, he caminado todos los kilómetros, y en un Viernes Santo, a las cinco de la tarde, mojaba los pies en las aguas eternas. Todos los que llegamos podían decir lo mismo. Soy yo, como podría ser otro. Además, tengo a mi lado al mejor inspirador, quien lo hizo...

La marcha al mar.

En el avance del Ejército del Norte sobre Aragón y Cataluña, correspondía al Cuerpo de Ejército de Galicia el flanco derecho, sur o exterior. Estaba constituido por las divisiones 83, 84 y 4.^a, agregándoseles las unidades de la 108 a medida que las dejase disponibles el avance.

El primitivo plan limitaba el avance al curso del Guadalope; es decir, por lo que respecta al Cuerpo de Ejército de Galicia, a la región de Alcorisa-Alcañiz, y se descomponía en dos partes: primera, la ruptura de un frente viejo fortificado, apoyado en terreno muy favorable; segunda, marcha por un desfiladero de sesenta kilómetros de longitud para explotar el éxito, teniendo que constituir un flanco defensivo con frente al Sur que continuase la línea del Alfambra, guarnecida por la división 82.

El 9 de marzo, las divisiones 4.^a y 83, apoyadas por una fuerte masa artillera y la aviación, rompían el frente entre Segura de los Baños y Vivel del Río, mientras la 84 ejecutaba un atrevido movimiento envolven-

te por la Sierra de San Just, sobre la zona minera de Utrillas, lográndose al tercer día destruir la resistencia y penetrar hasta la altura de Montalbán. Seguidamente se explotó el éxito marchando a toda velocidad por Castel de Cabras y Obón sobre Alcorisa, desarrollando un frente defensivo desde Son del Puerto hasta Los Molinos, conservando estrecho contacto con las fuerzas del C. T. V. que desde la región de Muniesa habían marchado paralelamente sobre Calanda y Alcañiz.

Tan pronto como fuerzas de la división 108 pudieron relevar a la 84 en el frente defensivo del Sur, se reanudó la marcha sobre Morella con las divisiones 83 y 4.ª al frente y la 84 en reserva. El enemigo presentó durísima resistencia en la divisoria entre Alcorisa y Más de las Matas, y una vez ocupado este último pueblo y Aguaviva, penetró en tales términos entre el C. T. V. y el Cuerpo de Ejército de Galicia, desde la Cañada de Verich hasta las cercanías de la Foz de Calanda, que fué preciso desplegar la división 84 al flanco exterior y dominar sistemáticamente la resistencia enemiga, dura y porfiada, hasta que, ocupados los dos pilares del vértice San Joaquín y el pueblo de Monroyo, se tuvo base firme para proseguir el avance por las dos carreteras de Alcorisa y Alcañiz. Esta fase fué dura y cruenta, por desarrollarse en un terreno montañoso, cubierto de bosque, extremadamente accidentado y con un enemigo decidido a sostenerse a toda costa. Entre Monroyo y Morella existe un macizo de 1.200 a 1.300 metros de altitud, a caballo sobre la carretera de Alcañiz, que interviene en absoluto todos los accesos a Morella. Reconocida su importancia por el mando rojo en el verano de 1937, había sido estudiada y organizada su defensa y fortificación por los generales Rojo y Masquelet, construyendo en la roca doce obras escalonadas, verdadera perfección en la materia. Todo ello cayó al empuje de la 4.ª división de Navarra, que supo maniobrarlo hábilmente, dando lugar a la rendición de la

brigada que la guarnecía, dejando franco el paso a Morella, donde se entraba el día 4 de abril. La división 83, que sostuvo duros contraataques en la posición fundamental de San Joaquín, avanza por el Focall a la Garumba, siendo relevada posteriormente por fuerzas de la 108, que continuaron constituyendo un frente defensivo que protegiese el ala derecha en la marcha. Desde la altura de Monroyo, el ala izquierda marchaba también, sin más apoyo que los destacamentos que iba estableciendo sobre la marcha.

Desde Morella era irremediable la continuación rapidísima al mar para explotar el éxito. Las divisiones 4.^a y 83 se lanzaron a ello decididamente, franqueando el camino de Morella a Vinaroz por las sierras de Tozal Gros y el Turmell la 4.^a, y el Mosiacre y Fustes la 83, apoyada por la división 84. El enemigo intentó defender la salida del desfiladero contraatacando rudamente los contrafuertes del Turmell, pero, deshecho en choques repetidos, hubo de ceder el paso de Vallibona, por donde las fuerzas desembocaron con ímpetu irresistible hasta ocupar Benicarló y Vinaroz el día 15 de abril, fiesta de Viernes Santo, dividiendo en dos el Ejército enemigo. En esta última fase del Turmell al mar, el destacamento de enlace (1.^a división y una brigada de la 61), partiendo del Turmell marcharon sobre la Cenia y Uldecona para vencer la resistencia que el enemigo ofrecía en la región del Ebro al C. T. V. Las fuerzas quedaron, por tanto, con frente al Sur, en una línea defensiva desde la zona del Alfambra hasta Morella y una agrupación ofensiva entre la zona de Cati y el mar. En treinta y cinco días se había profundizado doscientos kilómetros, en su mayoría con ambos flancos al aire, realizando una ruptura y librando veintisiete combates durísimos con un enemigo siempre superior en número. Con el fin de ensanchar la zona costera, y mientras se organizaban las fuerzas, las divisiones 83 y

4.^a avanzaron desde la línea Tirig-Peñíscola a la línea Torres-Cuevas-Alcalá de Chisvert-Alcocebre, de mediados de abril a mediados de mayo. El avance al mar se caracterizó, especialmente desde Alcorisa, por la ejecución de dos cambios de frente apoyados en posiciones tácticas dominando las comunicaciones. Primero se realizó tomando como base el vértice San Joaquín, girando el ala izquierda desde la Ginebrosa hasta Torre de Arcas; el segundo, tomando como base la Pobleta, haciendo girar el ala derecha desde San Joaquín hasta el Monsiacre; el tercero toma como base el Monsiacre y hace girar el ala izquierda desde la Pobleta hasta el Turmell.

Maniobra sobre Castellón.

El avance de Benicarló-Alcalá de Chisvert hizo que el enemigo se diera cuenta del peligro que corría Castellón y que contraatacase vigorosamente, utilizando cuantas brigadas frescas pudo sacar del Ejército del Centro. Siendo innecesario e inconveniente proseguir tan duro avance frontal, en el mes de mayo quedaba constituido un sólido frente desde Cati-Alcocebre, apoyado en el Barranco de Seguer, y se constituía en el ala derecha una agrupación constituida por las divisiones 55 y 4.^a para maniobrar el ala izquierda enemiga. Más a la derecha, el destacamento de enlace debía cubrir el flanco exterior, enlazándolo con el Cuerpo de Ejército de Castilla. La 55 división, escalonada en amplio frente, desde el Fustes hasta la región de Iglesuela, realizó por brigadas un notable ataque sobre las zonas de Castellfort, Aras del Maestre y Villafranca del Cid, a fin de concentrarse en la divisoria, situándose después la división 4.^a al flanco derecho, en Villafranca del Cid, para proseguir el avance en las dos direcciones de Albocacer y Benasal. Alcanzada la línea Tirig-Villar de Canes-Benasal, se efectuó un cambio de frente al Sur, marchan-

do las divisiones 4.^a y 55 con la mayor rapidez posible hasta alcanzar la línea Adzaneta-La Varona, apoyada por la división 84, que se iba recuperando de la región Cati-Tirig. La mayor dificultad consistió en la falta de comunicaciones, que obligó a construir sobre roca, en cuarenta y ocho horas, una pista automóvil de dieciocho kilómetros de Villafranca del Cid a Benasál, y en otras cuarenta y ocho horas, una pista de veintidós kilómetros desde Villar de Canes hasta Adzaneta. Paralelamente, el destacamento de enlace había alcanzado en línea Benafigos, Vistabella y Puerto Mingalbo, asegurando el flanco exterior. El enemigo permanecía en el interior de la bolsa de Albocacer, y en vista de ello, la masa de ataque avanzó rápidamente sobre Villafames-Borriol para cortar las dos carreteras interiores, logándolo en Borriol después de tres días de lucha durísima, que dió lugar a la desbandada de las fuerzas enemigas, salvándose tan sólo las que por la carretera de la costa retrocedían ante el avance de la división 83, cogiéndose hasta el 12 de junio once mil prisioneros y cuarenta cañones. El día 13 de junio se entraba en las primeras casas de Castellón y se ocupaba el Grao; pero como brigadas de fuerzas enemigas rebasaran Castellón e intentaran defender la población, la 4.^a división, maniobrando con rapidez y energía, ocupó Villarreal, provocando la retirada del enemigo a Burriana, fijándose la línea de Burriana a Villarreal y Alcora-Lucena del Cid, estos dos últimos ocupados por el destacamento de enlace. Castellón quedaba liberado y fuera del alcance de la artillería enemiga. Posteriormente, la ofensiva sobre el Palancia, llevada a cabo por los Cuerpos de Ejército C. T. V., Turia, Maestrazgo y Galicia, lleva a éste hasta la línea Nules-Villavieja-Artana-Eslida. La Plana de Castellón quedaba íntegra y casi intacta en nuestro poder. La comunicación más directa de la España nacional con las Baleares quedaba establecida y asegurada.

El Gobierno rojo, en la isla O

Le da a uno cierta vergüenza escribir desde nuestra tranquilidad, mientras los hermanos de otros Cuerpos de Ejército entran victoriosos por Cataluña y más allá paran la ofensiva enemiga y comienzan a perseguirles. Parece que se roba atención a las gentes. Además, no siempre lo que se tiene que decir interesa. Así ahora, y a mí.

Pasamos las horas dándole vueltas al triunfo. En las avanzadas, contándoselo a los rojos, que ya oyen en silencio; detrás, con la cábala. Aquí mañana, aquí pasado...

En la pared, enfrente del mapa de nuestro sector, tenemos el catalán. Espléndido. Cada día la sinuosa línea del frente se traza enérgica con el carboncillo, del mar a los Pirineos, con esas puntas que hacen tan extrañas en el papel y son la esencia misma del avance. Los soldados nos rodean en la "operación". Avanzamos entre risas de ellos y adjetivos. Terminado el trance, todos nos quedamos un momento silenciosos, como si la emoción, brotando de muy dentro, cerrara nuestras bocas. ¡Ay, Dios mío! Una alegría, un encanto, una sensación de plenitud, de superioridad, de dominio; cada uno se considera por encima del resto de los hombres que no hablan castellano con acento de Castilla, con aquellas cadencias de las tierras de España. Nos miramos, sonreímos, y las manos se van a los hombros amigos.

En todos los ojos brota la pregunta. Nadie contesta. Nunca se habla por aquí de lo que hará cada uni-

dad. Recordad esos letrerillos que pueblan los lugares públicos de la retaguardia. Pasado Oropesa, cada muchacho los lleva impresos en su cerebro, pero los ojos chispean de deseo y de ansias. Nunca puso un hombre en nada más amor. Tanto, que por él se deja todo, hasta a la mujer, que espera siempre.

Esta noche, acabada de trazar la línea del avance, avanzó hacia el mapa una mano. Una mano de uña negra. Aquel dedo enérgico se posó en el papel como si quisiera rasgarlo, y quien tiene todos los derechos sobre él dijo:

—El Gobierno rojo se viene aquí.

—¿Dónde?

—Fijaos, fijese usted. En ese trozo de costa de Girona, debajo de las islas Medas, existen dos ensenadas que llaman allí la Tuna y la Fosca. No sé catalán, pero parece que esto es español. Sin duda el dialecto no tiene palabras que expresen mejor y más claro la índole del lugar. En medio brotan los chorritos de Font de Salut, y ya mar adentro—en el mapa está clarísimo—hay un redondel perfecto, en el que se instalarán Azaña, Negrín y Companys. Este.

Le hemos seguido en su explicación, y ahora miramos el círculo. A lo largo de la costa serpentea, en el mapa, una palabra eterna...

—¿En la O?

—Ahí mismo. La O del Mediterráneo cae donde os digo, a unas quince millas de la costa.

—Buena isla para sede de comités.

—La mejor. En su paz, nadie les perturbará y a nadie harán daño.

Le da a uno cierta vergüenza escribir desde la paz, pero a los dos días de no hacerlo se siente en los dedos el calambre del deseo y se trazan unas líneas—muy pocas—para reflejar un instante que, por lo menos a nosotros, nos interesó o nos hizo reír.

L U I S D E A R M I Ñ A N

Mientras en las ciudades o pueblos la gente se lanza a la calle a dar sus vivas alegres, como por aquí se vive en la calle, el soldado busca cobijo para saborear el triunfo.

La alegría es la misma.

Cirugía de guerra

Una tarde del mes de agosto de aquel 1937, en Luarca, la linda villa asturiana, se reunían silenciosamente unos médicos que comenzaban a traducir científicamente las experiencias de su labor en la guerra. Luarca casi era el frente. Oviedo, ¡Oviedo!, ya un trozo lleno de luz de la historia de España. El cuartel general estaba en Grado, otra villa de la tierrina triturada por el enemigo. A la casa donde reposaba y trabaja el jefe, al hospital donde se curaban los héroes, llegaban los cañonazos sin intervalo. Aquellos médicos eran los que todavía vivían de los que habían salido al campo como soldados y como médicos; algunos cayeron junto a los que curaban. No era un Congreso, era una reunión de doctores militares y militarizados, y allí, en la línea de fuego, hablaron con esa soltura que el técnico pone cuando habla para sus compañeros de arte o ciencia.

El resultado de su labor de aquellos días ha sido recogido en un libro que es hoy la actualidad aquí y fuera de aquí. Este libro, con fotografías y dibujos de los casos más interesantes, con el título "Cuestiones médico-quirúrgicas de guerra", dirigido por el capitán don Lorenzo Gironés, acaba de ser editado por el Cuerpo de Ejército de Galicia, continuación del VIII Cuerpo de Ejército, como entonces se llamaba, y que, como entonces, lo manda el general Aranda.

Todos comprenderéis; yo no puedo hablar de estas cuestiones más que con la ligereza de una impresión. Me admiró la labor de estos hombres en los equipos y

unido al Cuerpo de Ejército como uno más, oscuro oficial que hace menos de lo que quisiera, muchas veces he visto a los médicos por esas líneas...

¡Aquel día de Caudé! Había allí, en una casita, a la izquierda de la carretera, un puesto de socorro. Enfrente, en otra, el almacén de municiones, y delante, el trincherón del llano. El teniente médico, ásperamente vestido, sujetaba sus gafas de intelectual bajo un pasamontañas de soldado. Tres sanitarios se calentaban con ramajos, y llegó el horror. Sesenta aviones dejaron caer sobre el puesto de mando allí situado todas sus bombas, y en medio del humo, de la metralla, del infierno, el médico preparaba sus chismes como si a él no pudiera tocarle la metralla, para curar a los que la suerte quisiera abandonar.

¡Aquel día de Santa Bárbara! En la misma línea de fuego, el médico, de rodillas en el suelo, curaba, curaba, curaba...

¡Aquel día de Santa Eulalia! En la escuela del pueblo, helada, se alineaban las camitas, y los heridos, y los muertos, en una visión que muchos sabemos cómo fué. En una hora triste, cierta enfermera, herida en el corazón y en el cerebro, en su sensibilidad, emprendió el camino nieve adelante, como si huyera. Y volvió con lágrimas que nadie podía contener. El médico continuaba y continúa, oscuramente, calladamente, sin otro afán ni lucro que hacer el bien posible en la carne moza rota por la Patria.

Y hoy, a los tres años de guerra, con una vitalidad que nos da el triunfo, estos hombres se reúnen de nuevo en la línea de fuego en un Congreso Médico Militar, bajo la presidencia del iniciador de la primera reunión, general Aranda, a decirse en tono llano lo que han visto y lo que hicieron. A relatar con sencillez emocionante las enseñanzas de la guerra y poner en relieve los avances de la cirugía en su terrible especialidad.

He asistido a esta primera sesión.

He asistido a otros Congresos en España y fuera de ella.

Los Congresos científicos eran una especie de agradable turismo a costa de los Estados inscritos. El escenario se situaba en el mejor palacio de la ciudad favorecida. Damascos y terciopelos, banderas y champañ. Luego, viajes agradables. Las sesiones, brevísimas y matinales, sólo interesaban a un número reducido de congresistas.

Los médicos militares de España se han reunido en una sala cuyas paredes apenas ennoblece el yeso, y en la capital elegida, el presidente de la Diputación y el gobernador civil sólo pueden ofrecer el mismo sacrificio que se imponen desde sus cargos. El chaquet y el frac se han sustituido por estos uniformes descoloridos por el aire libre, y no hay cuidado que se empañen con el polvo del camino las botazas del general, que acaba de llegar del monte.

Más de cien comunicaciones han sido presentadas.

He oído hablar a uno de estos doctores, relacionando su práctica con las recogidas en la Gran Guerra. Y una consecuencia ha quedado grabada en mí. Si en la Guerra Europea, en los casos de herida en la rodilla—no me atrevo a recordar mal los términos técnicos—tenían un desenlace mortal en el 50 por 100 de los heridos, en los últimos meses no ha habido ningún fallecido por esta clase de heridas, tratadas con arreglo a las enseñanzas de nuestra contienda...

Allí los he dejado en sus trabajos. Seguramente las comunicaciones y actas del Congreso serán editadas en su momento.

Por todo esto ganamos la guerra. Hay tiempo en nuestros hombres para combatir y estudiar. Con afición y entusiasmo salen de las líneas para discutir las

L U I S D E A R M I Ñ A N

modalidades de su especialidad. En cualquier país del mundo esto produce asombro. Aquí es cosa diaria.

Un Congreso médico en la línea de fuego, al que asisten los mejores de cada especialidad, que al acabar su disertación vuelven a sus puestos sonrientes, es algo que sólo España produce.

El faquir y nuestra luz

—Ahí veo a uno.

Nos quedamos mirando a este hombre pequeñito y moreno que ha llegado a nuestra puerta, peregrino de todos los caminos. Tiene una sonrisa tristona y manos grandotas y fuertes.

—Este es el faquir...

Nos dicen, alargando los labios, para penetrar mejor en el misterio:

—Viene a entretener a los soldados con sus experimentos tremendos.

Ya es amigo, y estrechamos su mano y la de la "faquir" como la de viejos camaradas. Nos habla con un desgarró madrileño que no va del todo con esas perlas, adornos magníficos de la seda blanca.

—¿Qué hace?

—Se come lo más absurdo y peligroso.

—Eso lo hace mucha gente.

—Y sabe del más allá...

¡Caramba! Desde que el mundo rueda, el hombre anda con ello: el más allá. Y mirad por dónde hasta aquí llega el hombrecillo de los misterios indianos con toda su sabiduría encerrada en el cráneo más ibero de este mísero mundo. No simula acentos extraños ni envuelve en vapores y aromas sus prácticas; sencillamente, por las buenas, como dice él mismo, se traga todos los botones de nuestra guerrera, la copa que bebemos y algo de la botella... Los chicos se ríen, y quisieran verle mascar una butaca del cine-corral.

—Pero... aquí, en casa, ¿ve usted uno?

—Está lleno todo, y es que ustedes tienen bastante luz.

Nunca prestamos demasiada atención a esto, y hasta lo tomamos a broma, pero ¡estamos tan quietos y se aburre uno tanto!

—Ya que tenemos luz—le decimos—, vamos a probarla.

—Cuando quieran.

Y no se ofende. Hay en él ese agrado y bondad del español que viene y ofrece su esfuerzo. Sigue la broma, y hasta toma parte en ella.

Mucho se ha escrito sobre todo esto. El pobre Muñoz Seca puso en carcajada el inquietante problema. Pero nadie se ha reído tanto...

Hay aquí un hombre de rudas manazas y ojos redondos. Se pone pálido y se le alborotan los pelos por menos de nada. Miraba y remiraba aquellas prácticas silenciosas, sin interrumpirlas. Nos echaba furtivas saetas, sin querer convencerse de nuestra seriedad, y de pronto engarabita los dedos, alza los brazos, se abalanza como el mejor de los tanques y grita:

—¡Eso no se mueve más, como no venga aquí el espíritu de Sansón!

Y crujieron muebles y se quebraron patas.

El comandante extremó su amabilidad con los huéspedes. La risa le retozaba, y quería cubrirla con almen-drillas y coquintero.

—Perdone. Estos no respetan ni al Gran Lama.

Y la mirada triste del faquir y la alegre mirada de la "faquira" son la mejor respuesta.

Desde hace unos días nos divertimos mucho. Descienden por esa cuesta de Morella los camiones que portan ahora el más grato cargamento. Carros grises ruedan por la cuesta y traen los colores vivos de la farsa. Artistas de nuestra España llegan al frente y piden permiso para representar gratuitamente ante los soldados.

Los teatros pueblerinos, amplios, inmensos, se cuajan de uniformes arrancados de las trincheras. Cada división se reúne a la hora fijada para entretenerse con la comedia o el número. Nunca actores pusieron más esfuerzo en su oficio. Cada frase, cada gesto, es subrayado por los muchachos con clamorosas ovaciones. Y allí se confunden las risas del árabe, las del legionario y el infante. El tono igual de las ropas y las caras ponen en el patio uniforme algarabía.



Los artistas en la guerra

—No me importa que tu cogollo se ponga otra vez verde, verde.

Con la uña dura, como de hombre campero, ha rayado la corteza fibrosa y blanda de la palmera, que a la tenue brisa deja temblar las hojas de sus arcos majestuosos. Mira al suelo, donde unas violetas silvestres se inclinan sobre las cándidas margaritas.

—No me importa que volváis a brotar.

Y delicadamente las acaricia con las manazas, que un día fueron pulcras. ¿Qué dirá? Tiene para esas flores delicadezas que sólo se ponen al lado de la mujer querida. Ahora se acerca a la playa. Ciega la playa. Las bolsas de agua se rizan sobre los bordes de arena empapada, y algún bichejo indefinido y transparente boga como si desentumeciera su blando cuerpecillo. El hombre contempla sus huellas, que van borrándose apenas hechas en el calducho líquido y limpio.

Un gorrión le contempla, y él lo advierte.

—Ven, ven, pequeño.

Ahora, con el vientre pegado al suelo, observa un agujerito, y luego escarba con gran cuidado para ver a quién le sirve de canal de aire. Después se obstina en corregir la gran calzada de un hormiguero que despierta. Y unos pasos más allá enfrenta a dos insectos.

—Amaos—les dice, suspirante.

De pronto da un grito que apenas oye él mismo y se queda inmóvil, como "Pointer" de raza en muestra. Los ojitos amarillos de la minúscula lagartija se fijan en él por la grieta de una tapia.

—Es la primera—murmura.

Parece que algo inmenso ha conmovido todas sus fibras. Ya el mundo es sólo esta mirada del hombre a la bestezuela. Todo se ha parado alrededor, y los dos se comprenden sin temerse. Allá lejos se abullona, casi violeta a esta luz, la sierra, destacando en las cumbres los pinos chaparretes y la erguida aguja de las torres morunas que fueron fortalezas. Se presiente el despe-rezo de la perdiz y la vigilante alegría de las liebres. Allá, el mar, sin fundirse con el cielo, mucho más azul en el borde de su curva.

Y pasan las horas, hasta que del agua misma brota el disco partido de una luna anaranjada que parece cho-rreante de oro y gotea sobre el agua, produciendo esa franja temblorosa. El hombre siente escozor en los ojos. Se han afinado los términos, hasta ser más rotundas las siluetas y fundir todos los ruidos en el de la feble es-puma que se deshace para volver.

Los pasos no son firmes. Entra en la casa sin hablar y se deja caer en un sillón de raído forro. Otros están allí con las pupilas dilatadas ante la fogata. Nadie le pregunta nada. Todos callan.

Llevan muchos meses en el mismo lugar. Llegaron a él desde los pelados cerros, empujados por la guerra, y el mar les dió toda su alegría. Se bañaron. Reían como locos y jugaban como chicos. Un día alguno volvió se-rio al cobijo.

—¿Qué te ocurre?

—¿Estás enfermo?

Negó con la cabeza.

—¡Ya se le pasará!

Y vigilándole cariñosamente le dejaron.

No se le pasó. Otro tuvo idénticos síntomas, y lue-go el tercero.

Las conversaciones fueron arrastradas, lentas. Los retratos, los recuerdos familiares, un poco olvidados en

la velocidad de la marcha, convirtiéronse en altares. Se estaban ante ellos, en adoración, muchos minutos.

Eran como hermanos. Allí no había jefes ni subordinados. Se cumplía el servicio, no se olvidaba ni un detalle, y sólo brotaba la jerarquía en el momento preciso.

—¡Qué bien vivimos ahora!—se decían muchas veces.

Pero la soledad fué haciéndolos hoscos, huraños. Cada uno se refugió en sus aficiones, leyeron sus cuatro o cinco libros cien veces. Y se aislaron aún más.

Su mutuo afecto evitó en algún instante la frase molesta. A la aspereza contestaba la comprensión de los otros.

Todos sabían lo que pasaba.

Y en la noche uno dijo:

—Es lo mismo... Vosotros no sois militares, y no lo habéis sufrido. Cuando estábamos en Africa muchos meses en una posición llegábamos a este mismo punto. Parecía de pronto que nos odiábamos, y con el más leve motivo se entablaban discusiones interminables. Unos días en la plaza nos curaban.

—Sí, es la guerra.

—Es la guerra.

Y al filo de la amanecida se desearon buenas noches.

La guerra es el más apasionante de los deportes y la mejor de las artes. Nada como ella para elevar a un hombre en su propia estimación y hacerle sentirse hermano menor de los dioses. La vida y la muerte juegan ligeras, sin que ni a una ni a otra se la dé mayor importancia. El soldado, en el campo, no llega nunca a sentirse impulsado por nadie: va, y va por su cuenta. El terreno le ofrece los puntos de ataque y defensa y es autónomo en sus actos apenas comenzada la lucha. Sin darse cuenta, sus ojos buscan los del oficial, y siéntese como aconsejado por el pito o la voz de mando. A todos iguala el trance, y como el campo "se come" los batallones hasta no verse unos hombres a otros, el dra-

ma es único y personal. Cada cerebro y cada corazón funcionan por su cuenta y sienten para sí.

Pero la guerra no es siempre ataque. Si preguntais a todos los soldados, ellos os dirían que lo de menos importancia es eso. La guerra son los días y las noches que se van y llegan. Al avanzarse, cada hora trae una emoción, que aísla al hombre de lo que no está a tres metros de su cuerpo. Lo terrible de la guerra es sentirse meses y meses en el mismo sitio, sin la más leve comodidad, en contacto con la Naturaleza. Y la Naturaleza es ruda.

Muchas veces se acuerda uno de todos los lirismos que en lienzos, notas musicales y versos han conmovido a la Humanidad. Los producían quienes se acercaban en son de reposo, enfermos de ciudad. Al tísico le sabe el aire de nieve a salud. Pero poned sobre el campo helado, bajo unas lonas, solo, teniendo que producir todo lo que precisa, a un hombre sano, y pronto irá hacia la luz de la casa más cercana.

El soldado que durante mucho tiempo vigila la línea conserva íntegro el espíritu que a ella le llevó, pero guardado en lo hondo y con fiebre de avance, de lucha, de continuar. Y eso, como nosotros, con la moral de la victoria renovada a diario. En el frente sólo oiréis preguntar cuándo se da la orden de romper, como si el horizonte demasiado conocido atrajera fatalmente.

Por eso, por todo esto, traer un trozo de vida, de ciudad, de arte, es el mejor regalo. Nada puede hacer un artista que más hondamente sirva a su Patria que exhibir su arte ante el soldado. La noticia vibra en las trincheras, conmueve, provoca risas y bromas. Se retora al calor de la esperanza.

Bien sé que esto sólo da gastos al que gentilmente viene. Hay algo que debe compensar esos aplausos, que no se parecen a ninguno. Y el arte que más fácilmente llega al soldado y al frente es el del teatro.

Los hombres están allí, ya lo sabéis, solos. El hombre solo no sabe estar, le falta nada menos que "ella". El teatro la trae. La figura grácil de la mujer bien vestida, con todo su encanto avalorado por la farsa y la coquetería, muéstrase íntegro. No hay en ninguno pensamientos vergonzosos; aquellas palabras de amor, aquel juego de expresiones, la dulzura de la voz o los acentos del drama recuerdan lo que será otra vez para cada uno, y basta. Se ríe, se llora o se goza limpiamente.

Es un corralón pueblerino, inmenso. De la línea de fuego han bajado las divisiones con sus jefes. Masa verdosa, contenta, disciplinada, que se dispone a divertirse y lo aplaude todo. ¡Cómo festejan a los gentiles amigos! ¿Por qué no vienen más?

* * *

Al levantarse de sus camas aquellos que al filo del sol se dieron las buenas noches supieron la noticia. Vieron el espectáculo y regresaron a sus puestos. Reían.

Y siguieron riendo durante muchos días. Luego, el más propenso a la recaída volvió a sus mustiedades.

Tenían ya los almendros todas sus flores, y debajo de uno se sentaba.

—Claro, tenéis toda esa maravilla porque hace sol...

Y luego completó su pensamiento:

—Nadie nos olvida.

Y con más afán enfrentaba a los animalitos de Dios.

—Amaos. La vida es buena, y nada de lo que se hace se pierde. Ya veis. De allá lejotes nos llega todo, hasta lo que sólo se produce para unos cuantos...

El pájaro herido

—¿Otra vez por aquí?

—Sí; vengo a ver a mi hermanillo.

Y le reía la cara de goma, hecha a todas las muecas.

Su hermanillo era un oficial voluntario, de aquellos que salieron soldados de la heroica Galicia.

Y él, en sus vuelos por España, venía a posarse unos días en Castellón y aparecía en el escenario con su frac blanco o el pajizo sombrero que hizo famoso Chevalier. Hacía un trabajo inquieto, gracioso: saltos y brincos con música "foxtrotera", que lleva, como las bebidas compuestas, bajo una base melódica, todos los trompetazos locos que suponen la alegría moderna.

Ayer apareció otra vez. Al tendernos la mano con su risa de siempre, le miramos a los ojos y la estrechamos en silencio. Sabíamos...

Su hermanillo el oficial era uno de estos muchachos que se baten con el viejo entusiasmo de los viejos días. Uno de estos que están siempre en el campo. Figura anónima en el conjunto del Ejército y la más grande figura de la guerra. El alférez, el teniente provisional. Un corazón y unos nervios. Conductor de sus hombres por todos los riscos, entre silbidos que terminan en el gran silencio. Una mañana tan clara que a su juventud le parecía la primera y mejor de su vida fué la última. Así es de sencillo todo esto.

Alguien dió al artista volandero un abrazo, que muchos sabemos lo que significa, y él, que llegaba con su ilusión, sintió que algo se le rompía dentro. Se fué para el teatro, porque allí está su vida y no sabe estar en

otro sitio, y ya por muchas horas no fué más que un montón de carne acongojada. Entre las falsas sonrisas del escenario y las músicas que se escriben para que os deleitéis vosotros rodaban lágrimas. Sus compañeros iban de las candilejas al cuarto donde estaba. Y le acariciaban la cabeza hasta que llegaba el hombre que los lanza al público. Mucho se ha escrito sobre esta vida del teatro, pero el drama es tan hondo que muy pocos lo han reflejado exactamente.

El altavoz anunció: "Está enfermo y no puede actuar..." Y entre alguna risa surgió el chiste. El público desconoce la piedad.

¡A qué maduras reflexiones se presta esta actitud de la masa en plena soberanía! Cada uno de aquellos individuos que van a distraerse hasta la hora de su cena tiene afectos, penas y alegrías. Humanos, ante el hombre enfermo de dolor sentirían una partícula de él y los músculos de su cara se estirarían ante el pájaro herido; pero allí, en las butacas, señores de la momentánea suerte del artista, se creen un poco estafados si la enfermedad les arrebatara el capricho. Y gritan y dicen su frase ingeniosa, mientras la novia del que llora, que viene de allí mismo, del cuarto donde sólo hay sollozos, canta un chotis verbenero y luminoso.

Es así. Todo tan vulgar y parejo, que no merece la pena de un comentario más.

Ya no le veremos por aquí con esta frecuencia. Curado en lo externo, seguirá la ruta de su arte sin acercarse al frente de Levante, porque nada le atrae a él. Su vuelo es como el de esos pájaros que relampaguean en el aire, sin que sea posible adivinar su traza, de aquí para allá, sin saber hoy cuál será el hogar de mañana. Y la guerra le habrá dejado, como a muchos, esa huella que nada borra.

Ya se acaba. Quizá por eso duelen más estas bajas de los que caen al pie de la paz.

C a ñ a s y f e

Al largo de los días y de la liberación van desperezándose las viejas tradiciones provincianas, y hasta aquellas que estaban olvidadas desde hace mucho vuelven con la alegría de una juventud recién nacida; los pueblos, a fuerza de creerse modernos o modernizados, dejaban en el rinconcillo del recuerdo esas pequeñas cosas que forman nada menos que su historia. No es un olvido español: ocurre en todas partes.

Un día, Bélgica se acordó de que el año 30 había ocurrido algo transcendental, y todos los belgas, en magnífica mascarada, vistieron las ropas de aquel instante, lanzándose a la calle en conmovedora efemérides. Vi yo allí al postillón patilludo, al albo posadero, y al lado de la damisela de amplias caderas, el viejo zapatero de mandil de cuero, que recordaba también la vestidura que uno pone en la oscura silueta del martirizador del Delfín. Otro—¿dónde fué?—oí a toda una capital cantar la misma canción en coro inmenso, con acompañamiento de acordeones. Aquella canción, nacida allí mismo, después de recorrer las calles saltó a los escenarios, y, olvidada, volvió a la calle para remozarse de recuerdos.

En nuestra España, las viejas costumbres tienen un sabor heroico o religioso. No se conmueven nuestras fibras más que en estas dos cuerdas, porque nosotros sólo para eso vivimos. En el Norte o en el Sur, cada salto del terreno recuerda una gesta o una devoción. He-

chos al dolor de la invasión, a la lucha por recuperar nuestra personalidad, no borrada nunca, aunque por siglos detenten nuestro terreno razas que no pueden llamarse nunca vencedoras o ideas que sólo prendieron en una minoría, en todas las puntas de la rosa de los vientos vibra un recuerdo del tipo marcado. Ahora, cuando hemos llegado al máximo sacrificio, recuperamos las tradiciones añejas, y en muchos sitios es preciso explicar a los niños lo que significan.

Hace unos días vi llegar por la carretera larga fila de gentes que portaban cada uno verde caña. Con el hatillo de la merienda al hombro, alegres de sol y primavera, cogidos de la mano, los jóvenes venían de Castellón entre canciones y risas. La caña, aquí y en Andalucía, es simbólica. Se cimbra sin que nadie la cuide en todos los sitios que verdean. Airosa y frágil en apariencia, desmelenada sus largas y cortantes hojas con temblores casi femeninos y toma el color del topacio conforme el sol busca su vertical.

—¿Adónde vais?

—A la ermita.

—¿Aquella?

—Sí...

La ermita tiene su zarpazo rojo. Quizá la ruina que la corta sea cosa del tiempo, pero algún mordisco parece cercano. La sombrean calvarios de cipreses puntiagudos, iguales a los que se llenan de polvo en las quebradas de la Lobatera. Y es blanca. Así, de lejos, immaculada. La fila de gentes, la hilera de cochecillos y carros que les siguen, se van por un camino hacia el monte. Y todos llevan su caña, que traerán luego bendita.

¿Desde cuándo las cañas se pudrían sin acercarse al altar ermitaño? Pocos lo saben; dicen unos que desde que Rusia vino, otros señalan fechas más distantes. Posiblemente, siempre habría alguna caña dispuesta, pero

B A J O E L C I E L O D E L E V A N T E

lo que sí es verdad es que los niños y los jóvenes que hoy eran romeros no lo fueron nunca.

Hay tanto encanto en estas cosas, que se emociona uno al verlas.

En estas cosas está toda la razón de un país que no se funde si no se siente bajo los mismos recuerdos.

Don Benitiño y sus cuarenta hermanos

Viene la paz, está ahí, la acariciamos con nuestras propias manos y ponemos en ella esas húmedas miradas que sólo la emoción pinta en el hombre. Sentimos desplomarse hacia nosotros todo el frente, aquel que desde hace nueve meses sostenía nuestro Cuerpo de Ejército. La realidad es en los soldados como una alegría contenida y no exenta de tristeza. Es imposible borrar de la imaginación todo el dolor del pasado, la figura rota del que cayó, la tristeza de los pueblos destruidos, ese furor rojo que pulverizaba las piedras al saberse derrotado en todas las jornadas. En este día que llega la paz podemos sentarnos a la mesa presididos por nuestro general para festejar a quien desde ayer es un compañero más y desde siempre fué el mejor de los camaradas: don Benitiño.

Fué en tiempos alcalde de su Tineo, allá en los riscos astures; después, jefe de la Falange naciente; las cárceles del Principado se cerraron tras de él. Minero acomodado, activo y valiente, con el valor personal y ese otro tan difícil del desprendimiento, la más áspera propaganda le tuvo como actor y banquero, y un día, aquel en el que comenzaron a andar las columnas de voluntarios gallegos para libertar al heroico Oviedo, don Benitiño, atusándose sus canas y tentando los músculos recios de sus largas piernas de montero, cambió el rifle por el fusil y allá fué...

Varias veces he oído al general Aranda decir:

—El primer hombre que me llegaba de España, y al que vi entre las brumas y el humo de los incendios y de las explosiones, fué a don Benito.

Y don Benito siguió. Sus erguidos cincuenta años se habían remozado en la lucha. Tomó gusto a la “gresca”, y con un ansia de glorias nuevas y fe en los destinos de la Patria, humildemente pidió un lugar en la batalla.

Estos hombres, en otra época, se llamaban después esos nombres sonoros que pueblan los romances de España. Hoy—¡hay tantos y han pasado tantas cosas!—volverán a sus hogares con sólo su orgullo de vencedores. El nuestro, día a día, supo los sinsabores y alegrías de la campaña en una ruta tremenda. Bastará escribir unos cuantos nombres: de la Peña del Aguila a Burón, Tarna, Gijón, Teruel, Cosa, Vinaroz, Benicasim, Nules...

Comimos hoy con don Benitiño. La amplia mesa daba espacio a cuarenta hombres. Desde el general Aranda y su jefe de Estado Mayor, coronel Gutiérrez Soto, hasta mí, el último oficial del cuartel general. Plato único, bajo la Cruz de Santiago repetida en todos los humildes motivos decorativos, y ante el retrato del Caudillo. Plato único: una fabada de aquéllas cocinada en tierras de Levante, y todo el cariño, el fervor de quienes más de una vez se sintieron amparados y con sus problemas resueltos por la actividad de don Benito.

Cuarenta hombres...

—Está usted—le dijo el general—con sus cuarenta hermanos, porque ésta es la verdadera familia del militar.

¡Ah! Don Benito ya es militar...

En aquellos días duros del Alfambra gateaba monte arriba por las escarpas pelonas del Aragón helado, esquivando los cañonazos que persiguen a su camión bamboleante, para darnos un poco de comida. Llegaba

aterido, con pellas de barro que saltó por el hierro caliente en el rostro, y ante una pasada de aviación exclamaba sonriente: "¡Y querían ganar!" Otro más, en el Turmell, sobre las tres de la tarde, echaba leños a nuestra fogata, y de pronto, ensanchando sus narices cazadoras, murmuraba: "¡Vento mareiro!"...

Ahora le han dado su estrella, justo premio a la labor desprendida y continua. Y aquí estamos a su alrededor. Estamos todos. Estos a los que algunas veces he hecho asomar a mis crónicas, soldados inolvidables. El general, alegres las dos rayitas de sus ojos que todo lo ven. Don Fermín, que en plena lucha nos hablaba de sinfonías betovianas. Fuciños, que en el trincherón del llano sacó de la nada el más sabroso rancho. Couceiro, silencioso, valor inapreciable del Estado Mayor. Y luego, "la gente menuda": Ballesteros, el médico "permisionario". Pérez Cinto, que estaba chiflado al comenzar la guerra y ahora ya duerme encima de los naranjos. Rey, con la pata de palo porque la suya se quedó por ahí, al lado de los casquillos de una bomba. Todos, todos...

Mientras la banda trina en sus gaitas almorzamos. Don Benitiño mira a sus cuarenta hermanos como si todos necesitáramos su cariñosa vigilancia. "¿Qué haces?", parecen decirnos sus ojuelos menudos.

—Locos, locos siempre; ahora os ha dado por sentiros festeros.

Y uno, el teniente Cándido Bobillo—él no tiene la culpa—, en un rincón de la mesa levanta una y otra vez su vaso y bebe, no sin antes decir:

—¡Hay motivo!

De fuera nos llega una brisa que ondea blancas banderas.

—¡Terra miña!—grita Aguyó.

Los cuarenta hermanos parecemos agruparnos, fundirnos, ser uno solo.

B A J O E L C I E L O D E L E V A N T E

—¡Mi general!

—Dime.

—Esto se acaba.

—Sí; pero donde estemos uno de nosotros, allí estaremos todos.

Y Bobillo acerca el vaso a los labios:

—¡Hay motivo!

E l s a n t o c á l i z

El maestro reunió en una noche de la Santa Semana, y en 1744, a sus hijos, que hacen ya todas las rosas en metal noble, y les dijo: "Vamos a la Catedral, que el Cabildo precisa nuestras manos de hombres honrados para ponerlas levemente sobre la copa que rozaron los labios del Señor..."

El maestro Luis llegó ante el prelado, e inclinando la rodilla ante el ágata que forma la copa, quedaron sus ojos en el rojo oscuro, como si sus labios se hubiesen teñido de la sangre del Dulce Maestro.

Las manos temblonas comenzaron su trabajo. En breve fué reconstruída la copa que había roto el señor arcediano mayor al oficiar aquel Jueves Santo.

Este cáliz fué aquel que, después de la función, legó a San Pedro al distribuirse los Apóstoles todo lo que a la Virgen pertenecía, y que desde Jerusalén, por Roma, llegó a Huesca hasta posarse en los altares valencianos.

Un día entre los días, España fué invadida. Los cristianos se escondieron en las oquedades del Pirineo. Sus veintiocho perlas se irisaron mejor en la cueva que tuvo por templo, y una hora trágica y mala, nueva invasión se llevó las paredes de la humilde casita del Pirineo, donde, entre dos manos de cal y canto, sus balaxes y esmeraldas ganaron brillo.

Y en una mañana clara del Levante ganado entre cantos de reconquista semejantes a aquéllos, un soldado lo alcanza con mano temblorosa.

No había temblado esta mano en los más duros trances. Nerviosas, firmes un punto más que enérgicas, guió

a los gallegos desde los peñascos de Asturias al Meditarráneo.

En batallas difíciles, en instantes tremendos, vi yo mismo aquellos dedos dibujar ágiles sobre el papel las finas rectas de un perfil o seguir el sinuoso recorrido de un río para guiar a sus hombres. ¡Recuerdo tantas cosas!

Hubo momentos en que se dibujaban en la frente esas arrugas que marcan las más hondas preocupaciones. Otras en que el color se iba dejando en las mejillas una palidez como anticipo de muerte, y él, alegres los ojos, confiado en la suerte, sereno, con el rostro atezado e igual, nos miraba.

Y así, al retener la copa cogida, sin que su voluntad lo ordenara, la rodilla en el suelo y una cierta vibración en los dedos, tiende al altar el cáliz aquel que llevaba en su borde la huella de sus labios...

La Lonja de Valencia se abre al sol para que entre hasta la base de sus palmeras labradas en piedra. Saltan al aire fino de la mañana los trinos de las gaitas, que nos señalan. Rozan alfombras ferrados zapatones, y en el silencio que sigue cuando dentro del templo callan hasta los violines que susurran el Himno Nacional, Aranda, laureado, vencedor, en nombre del Caudillo, deja el cáliz sobre la albura del altar.

Casi uno de los más bellos fines de la revolución será el cerrar el paréntesis que los rojos abrieron en la historia de la Patria.

Es como si reconstruyéramos con paciencia de artifices aquella del maestro Vicens; que con el mismo respeto y gentiles romances reconstruyéramos viejas glorias nunca olvidadas.

Ellos destruían, rompían tradiciones, vendían alhajas. Materialistas, sólo valoraban el oro, como si eso fuera algo. Brutales, machacaban joyas que lo eran, más que por sus piedras y materiales, por la pátina de

L U I S D E A R M I Ñ A N

la Historia. Nosotros acabamos de recoger lo que manos piadosas ocultaron para que no fuera vendido a los mercaderes del mundo.

El general Aranda, hoy, después de salvar lo que otro supo esconder, llegó a la Casa de Dios y lo dejó donde estaba.

Un comandante y sus seiscientos hombres

Nuestro sol se rompe en las bayonetas y en el acero bruñado de los cañones. Bajo el aire batido por las cajas de la banda ondean los flecos de las gaitas del Cuerpo de Ejército, y las banderas que han llegado de Galicia para sustituir a la humilde tela que se rasgó en la gloria de las batallas ondean junto al mar que sus hombres alcanzaron. Mañana de gloria y de fiesta. Todo Valencia, repuesta ya de su martirio, vibra en la calle alrededor de los soldados. El corazón levantino se enardece y exalta con los trinos dulces de allá... Destacados, los muchachos del regimiento de Zamora, los del 16 de Artillería ligera y la compañía de Transmisiones de la división 83; éstos fueron.

Estos fueron. Y fueron al final de la guerra, cuando alumbraba la paz y era más difícil morir. Porque aunque nunca es sencillo ir a la muerte, hay momentos en los que parece que la carne se agarra más al suelo y falta todo aquel aliento que impulsa a la renunciación por el heroísmo. Morir al principio de una epopeya, en aquel minuto que todo entusiasmo estalla, puede ser fácil; pero al final, al pisar ya la victoria, es sacrificio que muy pocos pueden medir.

Los barcos navegaban mar adelante, hacia Cartagena. La radio había anunciado que algunos hombres ganaron para la Patria fuertes y baterías, y a bordo del "Castillo de Olite" los soldados iban. Se costeaba. Las baterías de tierra permanecían mudas: estaban en manos

amigas. Ya al embocar la bocana, la izquierda comenzó a hacer fuego. El barco, tocado en su popa, difícilmente viró; un nuevo disparo se llevaba la proa, y el puente volaba con sus tripulantes. Difícilmente el barquito herido puso su voluntad al mar; pero como se hundía volvió a maniobrar, dirigiéndose, en los aletazos de su agonía, al trozo costero nacional. Al llegar a los fondos de Escombrera se partió, hundiéndose la proa; tres minutos después, el agua se tragaba el resto del casco, y heridos y maltrechos nadaban seiscientos hombres. El teniente coronel Hernández Arteaga moría en el naufragio. Pero antes de hundirse el "Olite", en la cubierta barrida por la metralla, los supervivientes cantaron el Himno de la Falange; como tantas veces, en trances semejantes, cara al sol y a la muerte, se alzaron las voces de los combatientes. Mientras, las brigadas rojas habían podido avanzar sobre las baterías afectas y las tomaban, aplastándolas con su número, infinitamente superior. Los que lograron llegar a tierra fueron conducidos a Escombrera, y los heridos, internados. Entonces, entonces surgió el hombre, el comandante Fernando López Cantil, un zaragozano que se simuló sargento para que no le separaran de sus soldados, y que en las horas de vigilia—tres días sin comer—maduró su plan, comenzado a desarrollar en la cárcel de San Antón, donde conoció a los paisanos detenidos en la sublevación del día 5. Ya todos los oficiales, los pocos oficiales que se habían salvado, figuraban como soldados para poder moverse con mayor soltura. Y no hubo ni una sola delación. Así, en cuerda, fueron a Fuente de Alamo, en Murcia, cuya población era por entero fascista...

Quedaron alojados en una iglesia, y los milicianos les hicieron objeto de cruentos tratos. La comida era malísima.

—No puedo andar—dijo el comandante.

—¿Qué te pasa?

—Esta vieja herida, que se me ha envenenado con estas cosas...

—¡Este, que pase al hospital!

Allí se le presentó un pariente, al que no conocía, llamado Luis Cantil. Y con esa sonrisa engañadora del que sabe que juega con lo peor y conspira le apuntó:

—Voy a sacarte de aquí para que trabajes la sublevación de Cartagena.

—¿Cómo?

—Déjate llevar.

El día 28, unos cuantos hombres se trasladaban en camiones, y en esos camiones iban fusiles. El 29, aquel grupo de náufragos, con su comandante, desarmaba a la gente roja y llegaba frente al jefe rojo Pérez Sala.

—Me defenderé—gritó éste.

Se le mintió al detenerle:

—Somos muchos más que vosotros.

Y sin disparar un tiro entraban en la ciudad, donde se les unían soldados y oficiales entre clamores de entusiasmo. Cuatro días antes de llegar las columnas nacionales estaba tomada Cartagena y normalizada su vida ciudadana, al habla por radio el comandante López Canti con el Caudillo. En la gesta se distinguieron especialmente Hernáiz del Río, los oficiales de Artillería, los marinos, todos.

Ya en la paz, una mañana los submarinos "Sanjurjo" y "Mola", con el comandante heroico y algunos oficiales supervivientes, llegaron a Escombrera, descendieron a treinta y cuatro metros, hasta tocar fondo, y a ambos lados del casco roto del "Castillo de Olite", los que iban en su vientre de acero rezaron un responso. Después, otra vez en la superficie, las tripulaciones en cubierta, flores de Valencia cayeron en las aguas, y de nuevo, como siempre, el himno vibró en lo azul.

Hoy nuestro general ha prendido la corbata de la Laureada en las banderas de las unidades, y antes de

dislocarse en desfile las fuerzas que rinden honores se prenden las Medallas Militares a otros héroes de ayer, 5.º batallón de Carros, Transmisiones y oficiales Inocencio Recio y Julián Hernáiz.

¿Os decía que vibraban las gaitas? ¡Cómo cantan las gaitas bajo este sol! Yo creo que su madera clara, al calentarse, al sentir el aire pleno de azahar... No sé.

Los muchachos vuelven

He cruzado por un pueblecito levantino que mostraba los mordiscos de la batalla en el pálido caserío descascarillado. Unos cuantos soldados reían como chiquillos, sentados en los pedruscos y ante una botella que, por lo alegre de las caras, debía ser de lo fino. ¡Nunca Alejandro el Grande puso en manteles de mayores valientes zumo más rojo y gentil! Los mosqueteros lo bebían igual, pero no mejor ni ante más bello paisaje de sol y guerra.

Al cruzar el coche, uno de ellos levantó el vaso de estaño, y dando al aire el gorrillo gritó:

—¡Ya estoy cumplido!

Reímos con su mismo encanto, y todo pasó, como volvía a su sitio la nubecilla de polvo que levantaba el coche.

Hoy recuerdo la escena fugaz, y he querido contarosla porque los muchachos vuelven...

Ha terminado la guerra. Muchos sabéis lo que fué y todos lo que esto supone. En una hora buena, los soldados se levantaron de sus trincheras sin encontrar enemigo delante. Aquellas líneas hoscas, la faja mal-dita que tantas veces tuvieron que cruzar, no era ya nada. Un gran silencio delante. ¡Un gran silencio!

Yo sé bien cómo es el silencio campero, y no era igual. La noche en el campo de guerra parece llenarse de roces tremendos. Aquel animalito que busca en su primavera el buen amor al que le conduce su instinto produce un ruido que lleva la mano al arma. ¡La noche! Si es negra y profunda, la sombra densa es cortina del

peligro; si es clara, la luz verdosa pone sombras temblantes en las que se gastan los ojos del centinela, y allá, por el cielo, llega la muerte envuelta en tenues reflejos. Pero ahora el silencio era distinto; detrás no aguardaba la muerte, sino el laurel, y el soldado cruzó su alambrada, aquella que tenían delante, y con una copla en los labios y el fusil en banderola caminó hacia las ciudades.

Así ahora, muy pronto.

Con una copla en los labios y el fusil en el recuerdo de la aventura, los muchachos vuelven. Han ganado la guerra, y dentro de su uniforme glorioso tomarán la ruta de sus pueblos. Sin pedir nada, sin esperar nada, con el orgullo de haber salvado a su Patria, tornan al surco, al taller y a la Universidad. Una juventud vencedora y noble, que sabe del sacrificio y de la muerte, se desgaja del Ejército para nutrir las filas del trabajo que reconstruirá a España.

Yo puedo decirlo, porque los he visto. He hablado muchas horas con ellos, y ellos han partido conmigo su pan. Y puedo pedir para ellos...

Muy poco, no creáis: el soldado es disciplina y sobriedad.

Los muchachos vuelven a sus pueblos. En una hora buena, por el camino que encuadran las bardas de los corrales asomará el gorrillo que adorna airosa borla. Es preciso que allí, en el crucero con el que soñaron muchas horas de guerra, bajo los brazos de piedra que saben de temporales, aguarden al soldado que retorna todos los suyos. La vuelta al hogar, al pueblo, a la ciudad, no puede ser el solitario paso del caminante. Deben esperarle, con el silencio del deseo, todos, todos...

En algún sitio cantaron los míos:

En los viejos cruceros
de santa piedra
juraron los gallegos
ganar la guerra.

B A J O E L C I E L O D E L E V A N T E

En los viejos cruceros, en las ruinas de los que demolió el odio, en el lugar que todos vieron al volver la cabeza, ya en camino, con los ojos brillantes de fe y de lágrimas, y que muchos no verán ya nunca, los pueblos deben esperar a los muchachos que vuelven...

*Donato
de la Cruz*

Mis gallegos bajo el cielo de su Galicia

Un día, en la tiendecilla de lona del campamento de Chert, mientras el agua chorreaba por la tela y, revuelta, amarilla y sucia, burbujeaba entre los olivos, el teniente coronel Couceiro asomó su mojada nariz y me dijo:

—Cuando escriba usted bajo el cielo de Galicia verá el sol...

Reímos los dos. Me parecía sueño entonces el anuncio de la dorada luz, y mucho menos en el noroeste de nieblas. Pero hoy escribo bajo un sol que envidia mi Andalucía, ante el mar, quieto y azul como aquel de las playas famosas que se hace violeta en lo lejano y viendo salir un falucho cuya vela latina se hincha en la brisa, dulce como una caricia querida. Y escribo bajo el cielo de Galicia, con la mejor ilusión.

Si estuviera aquí Couceiro, le diría:

—Mi teniente coronel, suya es la razón.

* * *

Hace muchos meses, de esas montañas arrancamos... Estaba aún cercado Oviedo; Asturias entera se estremecía de guerra, y aún no llevaban fajín los que luego lo ciñeron. Al frente, Aranda, figura prócer de la guerra, en el corazón la laureada, que no se bordaba en su guerrera. Eramos bisoños, teníamos dentro un gran en-

tusiasmo, y a pesar de él, España nos parecía inmensa para ser conquistada paso a paso.

En el cerro del Aguila vimos al general avanzar hasta los primeros puestos. Le seguíamos admirados. Ya en la posición, nos ordenó que nos cubriéramos un poco, y él, erguido, saltó el pequeño parapeto, y diez metros por delante se puso a dibujar una panorámica del lugar que tenía ante los ojos, y en el que iba a operar al día siguiente. Silbaron las balas, bordando su silueta. Temblamos muchos. Calmoso, abandonó el sitio, satisfecho de su labor, y sin un comentario siguió monte arriba y abajo.

"No terminará la guerra", pensamos.

Luego, a través de los días, muchas veces estuvo en mayores peligros, pero Dios ha querido que volviera a Coruña con sus hombres para devolverlos a la tierra que los vió nacer.

Era su destino ése, y su carne fué salpicada muchas veces por la metralla, sin profundos desgarrones.

* * *

¡Cómo han desfilado mis gallegos!

Mis gallegos son los de Teruel y los de Nules, hechos al hielo y al calor, pies de hierro que treparon por las peores lomas del Maestrazgo. ¡Cómo han desfilado!

Voy a contaros otro desfile, inédito en la literatura de guerra:

Era en los primeros días de marzo del 38.

Teruel. El instante más dramático y duro de la guerra. La ciudad había caído ya, y el enemigo, tenaz, se agarraba a sus trincheras. La noche antes se había combatido en Santa Bárbara tan intensamente, que cuatro veces tomamos la posición y cuatro tuvimos que cederla ante la superioridad numérica de los rojos. No habían fatigado al soldado ni el invierno largo, con todas las nieves de Rusia volcadas en el frente, ni el cañoneo continuo, ni aquellos vuelos incesantes de los "ra-

tas" envalentonados. Cruzaba la guerra, con todo su horror.

Había un pueblo en la ladera del monte. Un pueblo gris, de breves casitas que se apretujaban contra una iglesia de torre truncada, como si buscaran su apoyo espiritual. No vivía en él nadie. Las gentes huyeron de la ira roja primero, del fuego después. El campo era como una faja maldita de abandono y quietud. Era la Pascua, la Pascua mora.

En aquel pueblo estaban los soldados y algunos regulares. Entraron días antes por las bardas de los corrales silenciosos, con la bomba de mano dispuesta y el orgullo de la conquista. Tan pequeñito, no podían albergar sus casas a todos, y en las callejas pinas durmieron los hombres, esparciendo una capa de paja para atenuar la viscosidad del barro.

Media mañana. El teléfono repiqueteó:

—Mi general, venga a almorzar con nosotros. Hacemos una pequeña fiesta en el descanso de hoy.

Ramadán. Ya en el camino, por la pista, el polvo se arremolinaba, empujado por el viento, y era como un gran torbellino cegador. En los muros de las casitas de piedra, los moros hicieron sus hornos. Esos hornos de barro en los que se asan lentamente los corderos sin descuartizar. Ellos y nosotros confraternizábamos, con el encanto de la paz de una horas. Sobre unos cajones habían puesto la mejor de las mesas, y las botellas brillaban negrotas en los manteles casi blancos. ¡El general llegaba!

De pronto, un soldado corrió silencioso. Luego otros se miraban, sin atreverse a ir. En los oficiales, un murmullo, unas frases entrecortadas. El general preguntó:

—¿Qué pasa?

Y el jefe, tranquilo:

—Nada: se ha prendido fuego el depósito de municiones. Está detrás de esa pared. ¿Quiere usted, mi general, que abandonemos esta casa?

Sonrió Aranda y señaló la puerta a sus hombres.

Alguna brasa había prendido a la paja del suelo, y la llama traidora envolvió el depósito de granadas y proyectiles de cañón. Al salir, aquello era como una gran traca peligrosa. Los proyectiles saltaban volteando y estallaban donde querían. Mucho peor que un fuego de batería...

Saludaban al paso los muchachos. Nadie se apresuraba. Vibraron las cornetas y silbaron los silbatos. La columna, con todas sus armas, abandonaba el pueblo en perfecto orden. Desfilaban los gallegos por los vericuetos del Bajo Aragón, en la mano el fusil y en los ojos la pena por la buena comida abandonada. Y el pueblo se consumía en el estruendo y los estallidos.

¡Cómo desfilaron mis gallegos! Ante su general, como hoy, con el ruido de la guerra y el horizonte por camino...

* * *

Bien merecen esas flores que Coruña ha arrojado a su paso.

Las tenían en Castellón, cuando dormían bajo los naranjos. Del Espadón al mar, todos los azahares granaban sobre sus cabezas. El fruto jugoso y dorado maduraba en las mismas trincheras. Estábamos en la guerra, y en la guerra es lícito al soldado coger todo lo que está al alcance de su mano y necesita. La naranja era gloria de los labios sedientos. A veces, un mortero hacía temblar el arbolito, y caían las bolas de oro en la propia faltriquera. Pero el general dijo a todos que aquellas frutas eran dinero de España, divisas para cañones, aviones y automóviles, y nadie las cogía.

Entre el fruto y los árboles desfilaron hacia Valencia, sin envidiar la rapiña de los rojos. Miraban sus campos magníficos y los comparaban con el campo devastado del enemigo; desfilaban a la ciudad prometida con el orgullo de saberse los mejores.

Bajo aquellos cielos, ¡cómo desfilaban mis gallegos!

La Cóndor se ha ido

Llegamos de Santiago, en donde, por la Puerta de la Gloria, la representación del Cuerpo de Ejército entró en la Catedral, mientras volteaba magnífico el botafumeiro, empujado por el rítmico esfuerzo de sus seis servidores, como en el día del Patrón. Chispas y humo aroman los nervios de la nave, y ante el altar, un bastón de mando es sustituido por la corona de oro que adornan el laurel y los colores nacionales. Apenas apagada la última vibración de las trompetas, y dulcemente dormido ese trino inconfundible de la gaita, nos llevan por el mejor de los caminos hacia el mar. Los camiones, llenos de soldados, ruedan al borde de la ría entre sonrisas y saludos. Cantan ellos las cosas de su tierra, y la carreta chirriante, con sus dos becerras de levantada cuerna, y la mujeruca que, descalza, avanza con su ferrada en equilibrio, apártanse, deteniendo el paso para verles.

Es inevitable acordarse... Un convoy como éste, en los mismos camiones y con las mismas armas, cruzó ante nosotros muchas veces, seguido por idéntica nube de polvo. Iban, como hoy, a un punto lejano; pero su destino era distinto. A veces se detenían, distanciándose, mientras los soldados se esparcían y los "ratas" buscaban nuestra carne.

Un teniente amigo me grita desde su puesto:

—¡Qué distinto!

Y con el alma en retozo seguimos adelantándonos a la 83 división, al mando del general Martín Alonso,

que ha tenido la fortuna de ser la que alegra los festejos del retorno.

En la ría han fondeado los cinco navíos que se llevan a la Cóndor. Apuntaban ya con su proa blanca al mar, bajo un sol que no tiene nada de gallego. Arden las piedras del muelle y apenas flamean los gallardetes. Allí mismo, rozado por el Atlántico, está el altar donde nos dicen la misa de campaña. Y toda la ciudad acude al acto, que ha de terminar imponiendo el arzobispo a nuestro general la laureada, que Vigo le regala.

Hasta la noche se nos da libertad. Vigo, marinero, tiene esa aristocrática indiferencia del que ha recorrido todo el mundo y no encuentra ya nada que le extrañe; pero Vigo, español, abandona su leyenda, y todo es entusiasmo. Basta llevar sobre el corazón la Cruz de Santiago para que la puerta más hermética se abra.

Entre nosotros van—como antes—los hombres de la Legión Cóndor. Son aquellos muchachotes rubios a los que vimos por primera vez más allá de Móstoles preguntándonos dónde había pinos para hacer el árbol de Noel de su Navidad. Aquellos que sólo con un pantaloncillo blanco clavaron sus cañones sobre el cinturón de Bilbao para ayudarnos en la ruptura de la famosa fortaleza; los que salían al aire en las mañanas tristes de Teruel, confundidos con las alas de España, en apoyo de los soldaditos gallegos que iban por Celadas hacia el Muletón. A los que vivían con nosotros les dábamos nuestros nombres, porque no sabíamos pronunciar los suyos. Teniente Vasques, capitán Sanchisten... ¿Recordáis? Asonantes de los aspirados apellidos imposibles.

Aquí están, en trance de marcha. Se unen a nosotros en el "hall" del hotel ante la última copa de vino español. El general Gil Yuste, en nombre del Caudillo, les habla, y la alta figura del jefe alemán, en pausado castellano, contesta.

Ya brillan las antorchas de la retreta. Han querido

despedirse de nosotros recorriendo, formados, la ciudad. Su banda acompasa la canción legionaria al paso de parada, acompañándola con el trueno del bombo y la finura del carillón. Es como si el aire caliente de la música nacida para Marruecos se templara con la brisa del Norte.

Y ahora, en silencio, golpea el paso, maza de gigante.

La negrura del mar en la noche se los traga. Rielan aún las llamitas, y se nos pierden.

Se van de España.

Hay en nosotros una pena de camarada entrañable. Se llevan en los ojos el recuerdo de nuestro sol y del heroísmo que han compartido; en el corazón, prendida en una cinta con los colores de España, la Medalla de Combatientes; muchos, la Militar; todos, la Roja; nos dejan el agradecimiento infinito por su comprensión desde la primera hora, su ayuda y su amistad.

Clavados en el muelle, cuando llega la mañana vemos embarcar a nuestros generales en sus mismos barcos y enfilan las Cíes con un cañonero nacional como guarda y honor. Los cinco grandes navíos se empequeñecen en la distancia y desvaen en ella. Ya está el mar liso, con sólo alguna vela latina recortándose lejana.

Hoy hemos puesto el punto final a una página de nuestra historia.

Ya está en pasado la guerra de España...

Galicia rinde un entusiasta homenaje a los soldados gallegos

A lo largo de la campaña fuí con los soldados gallegos; hoy vengo con ellos a la Galicia madre, y los veo como fundidos en las nubes bajas, en los jirones de niebla que se quedan prendidos en los brazos fuertes de los castaños. De mar a mar fueron, y de mar a mar vienen. Un día, allá en las cimas del Turnell, uno de ellos, chaparrete, duro, buen andarín, gateó al más alto peñasco con la bomba de mano dispuesta. Allí, sin dar mayor importancia a esos desgarrones como de seda rota de los proyectiles que llegan, venteó dilatando las narices, y en amplia sonrisa presintió el mar.

Nos parecía verle debajo de un azul limpio que recortaba el horizonte. Hombres de mar, sentían el mar en el roce de la brisa sobre su pie; "vento mareiro" se arrastraba entre los almendros de la llanada que se extendía cerca.

Y ahora es el viento arisco del mar nativo el que acaricia las banderas triunfadoras.

Es éste el último instante de nuestra larga marcha. Al terminar el desfile, apagarse el roce de la marcha del soldado por las calles de Santiago, muchos nos desgajaremos del tronco común, y al volver a la vida civil sentiremos el dolor de la separación. De ahí mismo salimos todos juntos, llenos de fe, confiados en nuestro mando, entusiastas, por una ruta que sabíamos áspera. León y Asturias supieron de los gallegos; Calahorra nos retuvo y festejó mientras se reorganizaban los cua-

Paradise

L U I S D E A R M I Ñ A N

dros; nos extendimos por Almudévar, cara a Huesca; sufrimos el fuego y el hielo de Teruel en el momento más dramático y duro de la campaña; anduvimos por Cosa, Alcorisa, Más de las Matas y Morella hasta subir los recios cantiles de Peñíscola; supo del esfuerzo y del sacrificio de estos muchachos la Plana, el arrozal y la huerta, y allá en Nules y en el Puntal, largos meses atisbamos Valencia. Y al fin supieron liberarla, agotando en ella la guerra.

No volvemos todos. La guerra ha sido muy dura, y los gallegos apenas si descansaron. Con el dulce acento de la tierra, muchos labios exangües llamaron a la madre y a la Patria con plomo en su carne; recuerda uno la hora maldita de Caudé, la loma de la Carolina, el trance de Alfambra o el instante de Vall de Uxó, y a los ojos llega una lágrima. Tantos y tantos que se quedaron por allí, como aquel comandante Bruzo, héroe de Oviedo, muerto en la madrugada y en el sueño por uno del 15 traidor y tremendo...

Pero ya todo ha terminado. Galicia se estremece y grita su entusiasmo, y es Coruña quien acoge a sus hijos. Los muchachos desfilan mejor que nunca, hay más agilidad y garbo en su paso y su braceo, roja brilla la Cruz de Santiago que todos llevamos sobre el corazón, y el acento de las novias y de las hermanas es más meloso y acariciador. Algunos no somos de aquí. Nacimos lejos, muy lejos, en lugares que apenas si ha oído de ellos el paisano que por las montañas padece sus ganados, y, sin embargo, nos parece que en los años de infancia correteamos el prado y vinimos por pan al llar donde la madre vigila las fabes sobre las olorosas llamas de la madera verde y mojada.

Galicia está orgullosa de su Cuerpo de Ejército. De todos los Ayuntamientos, de las parroquias lejanas, han llegado a la ciudad. Galicia ha sentido quizá como ninguna otra región el cariño por sus soldados. Dinero, víveres, golosinas, llegaban siempre a la línea de fuego.

Muchas veces, hasta esas cosas que se olvidan en la guerra como flores de civilización. Sentían los gallegos la atención de su patria chica y el amor de los suyos en los momentos peores. Ahora todo lo ofrece de nuevo, y nada basta para obsequiar a los soldados que vuelven.

Y Valencia, que se sabe recobrada por el esfuerzo de estos muchachos, se suma al homenaje del mejor modo: enviando a Coruña un grupo de sus mujeres, que lucen, bajo el sol aún pálido, las cálidas sedas de su tierra cegadora.

Coruña es un poco la Andalucía del Norte. Hay en sus calles y en su traza algo de allá. Alegría de gente joven, risueño encanto de playas soleadas y limpias. Y esa risa eterna es hoy más clara y mejor.

Los gallegos han vuelto. En la ciudad hay jalones históricos que recuerdan otras glorias; entre ellos, mañana se elevará la aguja del monumento en cuya base estrán escritos los nombres de los caídos, y estas flores que adornan toda la Coruña marinera nunca faltarán sobre sus mármoles y bronces...

Mis gallegos, en su Galicia

Aquella tarde, como tantas, estaba sentado en el murete que separaba el camino del mar. El ruido amigo de las olas chiquitinas apenas me adormecía, y los ojos saltaban de un sitio otro, sin detenerse en ninguno. La belleza de Benicasim nos empalagaba un poco, y tanta quietud y paz enturbiaba el ánimo hasta enfermarla. Por el camino llegaban los sesenta borregos de todas las tardes detrás del viejo pastor y su perro lanudo. Sabíamos que al llegar a nuestra altura se detendrían, mirándonos con los ojazos fijos, en los que se agitaban unas pestañas blancas, inexpressivas, para seguir luego de satisfecha su curiosidad bobiza; sabíamos que el perrote pondría su cabeza sobre nuestras rodillas y el hombre esperaría un momento la generosidad de la petaca que guardábamos, encendiendo el cigarro entre dos frases, iguales siempre:

—¿Todavía por acá?

—Ya seguiremos.

—¿Qué guerra, Dios santo!

Y con la última palabra, una piedra que voltea para que la oveja no entre en el jardín abandonado y sediento.

¡Cuánto hastío!

Aquella tarde no hacía sol. Un viento norte, de tierra, apelotonaba las nubes y las enredaba en los árboles de la sierra cercana, donde comenzaba—y comenzaba—el desierto de las Palmas. Los jirones grises se agarraban al suelo, arremolinándolos, alargándolos lentamente.

Bajo la pesadumbre del cielo llegaba el pobre rebaño flacucho, de guedejas amarillentas y sucias. Me miraron como siempre. Igual, "León" vino por la caricia y lo mismo el pastor se detuvo:

—Parece su tierra, mi teniente.

Tuve que despertarme un poco para poder comprender. Sí, yo era gallego para el levantino, que oía hablar del Cuerpo de Ejército de Galicia.

—¿Ha estado usted allá?

—También he sido soldado. Los soldados corren mundo.

—Tiene razón. Parece "mi" tierra. Pero allí las nubes no guardan esa tristeza. Y es que esta tierra no fué hecha para la luz gris.

Movió la cabeza, dándome a entender que comprendía; pero no contestó. Y seguí:

—Allí, la tristeza tiene un sabor de leyenda, de brujería. Esas nubes serían como cabelleras desmelenadas que se engancharan en las ramas con un alarido, y la conseja tomaría el sabor del humo de la olla, murmuradora entre las brasas.

Respondió simplemente:

—Ya saldrá el sol.

Seguía su paseo con mimos y acritudes de profesor de colegio envejecido sin ilusiones en su oficio.

Soñé entonces con la Galicia lejana y brumosa. Sabía que al terminarse la guerra iríamos allí a desfilar ante los "paisanos", y me estremecía de encanto ante el momento presentido. Estábamos ya en las puertas de Valencia, y sólo, lejano y pausado, retumbaba alguna vez el cañón.

Iremos, Cantón grande arriba, y quizá salga el sol, porque será este verano. Ya todo Levante estallará de luz y de calor, y el pequeñuelo de mi pobre lagartija, que murió cuando empezaba a conocerme, correteará entre las piedras de sus mayores...

* * *

Ha sido.

De Valencia saltamos a Coruña. El general Martín Alonso y su división, la 83, corrieron sobre los mismos camiones que conocen las rutas tremendas, carretera adelante, la de Galicia. Al llegar, el coronel me enseña un papel:

—Lea eso, usted que es aficionado a las cosas raras.

Es un anónimo. Dice, muy serio, que mañana mismo, en su hora veinticuatro, la luna cruza por no sé dónde, y la muy pícara atrae nubes de agua. "Lloverá más que nunca, y no tiene derecho un Estado Mayor a disponer un desfile sabiéndolo. Ordene ahora mismo que se suspenda para el día que yo marco, porque Coruña quiere rendir su agradecimiento y entusiasmo a los soldados de su tierra, y si llueve no podrá."

—¿Qué va usted a hacer, don Fermín? ¿Sabe esto el general?

—Los dos hemos enviado una copia al Apóstol, y en El confiamos.

Buen soldado, el señor Santiago — ¡España lo sabe! — ordena a sus legiones carguen sobre los hados nefastos, y Coruña se viste de Levante, como aquella tarde Levante se disfrazó de Galicia.

Hace un sol que derrite los cascos pulidos de los artilleros y escarabajea en los gorrillos de la infantería. Tanta luz, que los trajes claros de las valencianas que han venido a lucir las estampadas flores de sus telas brillan como allí, y a su lado parecen más profundos los rojos y negros de los terciopelos gallegos. Ciega la blancura de las enfermeras y las gaitas cantan, como cantan las cigarras, borrachas de sol y de calor.

En las tribunas, los nombres de nuestros jalones: Teruel, Morella, Vinaroz, Castellón... Y en el aire, todas las risas de la victoria. Nos volvemos a encontrar los que nos perdimos un momento.

—Esto no es Santa Eulalia.

Y la figura dulce de Emilia Torrado parece plegarse en el recuerdo.

Estaba el equipo en una escuela municipal fría y hosca. Todo era nieve. Las camillas secaban su sangre entre cristales de hielo, y ella nos dió un poco de te, casi en una caricia.

—¡Armiñán!

—A sus órdenes, mi coronel.

—Abra bien los ojos. Mejor ciudad que Castel de Cabras, ¿no?

Y se ensancha el amplio ademán del coronel Barrios, que hizo todos los puentes de nuestros caminos y ha levantado la gloria de las tribunas.

De los balcones caen papelillos y hojas de rosa. Sobre los soldados, esta lluvia ideal acompaña el paso. Y sobre el suelo quedan las flores, como si allí debajo estuvieran los que no desfilan...

Ahora, el botafumeiro de la Catedral compostelana voltea hasta rozar las piedras de la nave, y humo y chispas, entre la plata, parece llevarse el sonido de los violines de un lado a otro. El bastón de mando del general vuelve del Apóstol a Aranda. Lo dejó aquí al salir de Oviedo, camino del Mediterráneo, y muchas veces creímos quedaría para siempre en Santiago.

Y bajo el sol, por la carretera que bordan las rías, entramos en Vigo. Todo el campo ha saludado el paso de los soldados. Casa a casa, prado a prado, el niño y la mujer agitan sus pañuelos. Los hombres van a bordo del carromato, estaban en la guerra.

Vigo es como un señorón que se ha retirado de los negocios y vigila a sus muchachos, que saben tanto como él. Ha recorrido los siete mares, sabe mucho y pocas cosas le conmueven; pero hoy vibra, entusiasta y feliz.

—Cómo no, hijo mío—me dice—, si vuelven, ¡vuelven! Y me traen la paz.

L U I S D E A R M I Ñ A N

Vitorea en sus soldados a todos los soldados; en los generales, al Caudillo; en el triunfo, a España.

De mar a mar fuimos; del mar a Castilla vamos.

Parece que nos hemos desgajado de nuestro propio tronco.

Un día volveremos a Galicia solos, calladamente, humildemente...

FIN

I N D I C E

	Páginas
PROLOGO	5
Camino de Teruel	9
Cuando llegamos	11
Comienza la batalla	16
Las grandes jornadas	19
Después de dos días de combatir incesantemente	22
¡Dieciocho grados bajo cero en el campo de batalla!	25
Sigue la batalla	27
Quinto día de temporal	31
Teruel	35
Lección de guerra	39
Las mejores brigadas rojas se deshacen en la nieve	42
La lucha de ayer	45
Al cuarto asalto se venció	48
Aquel día de Caudé	51
Teruel se pierde	58
Teruel se ha rendido	62
La batalla en tierra y en el aire	68
Cara a los llanos que se extienden delante de Teruel	71
Se ha tomado el Muletón	74
El regalo	78
Teruel, en llamas	81
La batalla de las Celadas	84
Una posición en el camino viejo de Teruel	91
El comandante Negrón	95
Fracaso de los ataques rojos a Singra	99
Desgana	102
Veinte viven aún... ..	105
¡Ay, mi Sierra Palomera!	108
La batalla del Alfambra	111

Donde la justicia y el pan son una realidad	116
Eso lo dicen ellos	119
Desde el puesto de socorro	123
Un poco de "escaramuceo"	126
Comamos el carnero, hermano	129
Sorpresa al amparo del mal tiempo	133
Con la del alba	136
Casi el final	139
¡Y querían ganar!	142
La maniobra que nos dió el triunfo	146
El Torico famoso	154
Del 17 de diciembre al 24 de febrero se ha dado la mayor batalla de nuestra guerra	158
Las mutaciones del paisaje en las rutas que conducen a Teruel	169
Los rojos intentaron inútilmente defenderse	173
Avance sin sangre	176
Ocho cadáveres de hierro en nuestro terreno	179
Un disparo afortunado hundi6... ..	182
¡Gente del Norte!	186
En Alcorisa	189
Ese está "hibreo", déjalo	192
La increíble aventura de los aviadores rojos	195
Victoria en el Maestrazgo	199
Sol de domingo	202
En busca del llano	205
Masa temblorosa de sorpresa, que sólo pudo morir	208
¡Vento mareiro!	211
Por los montes sin caminos	216
El avance va, de cota en cota, ya en descenso	219
La muerte de los tres enlaces	222
Pronto se podrá decir a la Patria en el mar latino: "Esto nos pediste, y ya lo hemos logrado"	225
A las dos de la tarde se cortó la carretera por el kilómetro 87 y el ferrocarril por el 156, dividiendo en dos a la España roja.	229
De Vivel del Río al Mediterráneo	233
El héroe humilde	245
Nos hemos "infiltrado" en Peñíscola	248
Cuando el enemigo quiere combatir y cede a la fuerza el terreno que pisa	250

Dos Ejércitos bajo signos morales muy distintos	253
Los aviones rojos, tras la luz plateada de la luna	256
El padre Comesaña, herido	258
La batalla en Cati, bajo una cortina de agua	261
Necesitábamos dos pueblos, y las tropas los ocuparon rápidamente	265
Hemos liberado la carretera de Cati y queda inútil para los rojos la de Albocácer	238
Bombardeo nocturno en la costa	270
Un problema que ha quedado resuelto con maravillosa rapidez	272
Junto al mar y en la montaña	275
"¡Ave María Purísima!... ¡Las dos!"	281
Un teniente y su heroica defensa de la posición	284
Los héroes sin nombre	287
Fiesta en el frente	294
Rayas de luz en la tiniebla	298
Eça de Queiroz, en el frente	304
Un gimnasio en el monte	307
Cinco flechas	310
El tablero de ajedrez	314
La alegría de volver	317
Y los niños vinieron... ..	330
La fábula de la vela	334
La gran partida	337
Las tres Marías y el pico	340
El supuesto de ayer	343
Del Puntal al mar	346
Ha terminado la aventura de Nules	349
La guerra entre naranjos	352
Los tres cañoncitos heroicos	355
La mujer	358
"La Cheperudeta"	361
Después de unos días	364
Nosotros	367
Otra vez los de la legua	370
Disciplina	373
La amable retaguardia	376
La misa del padre Vicente	379
Así se llegó al mar y se tomó Castellón	382
El Gobierno rojo, en la isla O	388

Cirugía de guerra	391
El faquir y nuestra luz	395
Los artistas en la guerra	398
El pájaro herido	403
Cafías y fe	405
Don Benitiño y sus cuarenta hermanos	408
El santo cáliz	412
Un comandante y sus seiscientos hombres	415
Los muchachos vuelven	419
Mis gallegos bajo el cielo de su Galicia	422
La Cóndor se ha ido	426
Galicia rinde un entusiasta homenaje a los soldados gallegos.	429
Mis gallegos, en su Galicia	432

POR LOS CAMINOS DE GUERRA

DE NAVALCARNERO
A GIJON

La emoción de los días memorables en que los soldados de Franco rescatan el territorio dominado por el marxismo, se renueva con la lectura de estas páginas del nuevo libro de LUIS DE ARMIÑAN, escritas cerca de los guerreros, con la visión inmediata de los campos de batalla, tensos los nervios por el fragor de la lucha.

Para el exacto conocimiento de lo que ha sido nuestra guerra de salvación es indispensable la lectura de este interesantísimo libro de LUIS ARMIÑAN, publicado por

Ediciones Españolas
(S. A.)

ALMAGRO, 40.-MADRID



Ayuntamiento de Madrid

**PRECIO:
OCHO
PESETAS**